
Eyra K. E.
Al otro lado del reflejo

EYRA K. E.

Al otro lado del reflejo.

Para todas vosotras, que alguna vez os habéis preguntado si vuestra vida encaja en lo que la sociedad espera según la edad. Que os habéis sentido juzgadas por no tenerlo todo claro. Que habéis dudado, reído, llorado y vuelto a empezar.
Todo está bien si lo sientes.
No hay reglas.
Hazlo bonito.

CAPÍTULO 1

Siempre me ha fascinado el otoño. Hay algo en cómo los árboles se desnudan, dejando caer sus hojas con una elegancia natural, que me resulta hipnótico. Noviembre tiene esa calma fría que invita a recogerse, como un suspiro antes del caos de diciembre. Las calles se tiñen de tonos ocres y el aire huele a lluvia mezclada con café recién hecho.

Pero este noviembre… este noviembre se ríe en mi cara.

Mi vida está —o estaba— tan perfectamente organizada como los libros alineados en una biblioteca antigua. Cada cosa en su sitio. Cada plan, estructurado. Cada decisión, tomada con la certeza de que todo encaja.

Vivo en el centro de un pequeño pueblo a las afueras de Madrid. Cada rincón me resulta familiar: la calle por la que camino cada día después del trabajo, las cafeterías con olor a pan recién horneado, el murmullo de los coches, tan lejano en la quietud del pueblo, mezclado con las risas de los niños que juegan en las plazas.

Todo parece detenido en el tiempo… hasta que Álex me deja. Y entonces, todo lo que creía estable se tambalea.

Ocho años juntos. Ocho años que, hasta el último día, parecen sólidos, como una casa bien construida. Aunque, si soy honesta, ya siento que algo no encaja. En las semanas previas a la ruptura, nuestras conversaciones se alargan, pero se vacían. Álex está lejos, incluso cuando está cerca. Su mirada se pierde en algún sitio al que yo no llego, y yo me refugio en la rutina del trabajo, como si eso pudiera rellenar los huecos que comienzan a abrirse entre nosotros.

Esa tarde, estoy en la cocina cuando Álex me llama. La luz tenue de las lámparas colgantes dibuja sombras suaves sobre las paredes lisas, pintadas de un gris claro que contrasta con los muebles negros. Todo en esta casa sigue un orden impecable, como si cada objeto hubiera sido calculado para encajar en la estética minimalista que tanto le gusta a él. Estanterías negras vacías de recuerdos. Superficies limpias. Sin fotos. Sin adornos. Todo es funcional, elegante… pero frío.

Me apoyo en la encimera de mármol oscuro, girando lentamente la cuchara en la taza de café. El aroma llena el aire, mezclado con ese silencio incómodo que lleva días colándose entre nosotros. Pero no quiero verlo. No quiero aceptar la distancia que se ha instalado en cada rincón.

Llevo una sudadera holgada, el pelo recogido en un moño desordenado. Me siento cansada, pero pienso que solo es por la semana pesada en el trabajo. Ni siquiera imagino que algo va mal entre nosotros.

Desde el salón, Álex me llama con voz baja:

—Júlia… ¿puedes venir un momento?

Me giro con la taza en la mano. Lo veo de pie junto al gran ventanal del salón, con las manos en los bolsillos del pantalón.

El salón es tan sobrio como la cocina. Sofá gris oscuro, mesa de centro de cristal, alfombra negra. Sin fotos en las paredes, sin rastros de nosotros. Ahora lo veo claro.

Me acerco despacio, extrañada por su tono.

—¿Qué pasa? —pregunto, con la taza aún caliente entre las manos.

Y entonces lo sé.
No por lo que dice, sino por cómo me mira.

—Júlia… tenemos que hablar.

La frase me atraviesa como un cuchillo. Son esas palabras que nadie quiere escuchar, pero que llegan igual. A veces sin avisar. O peor, cuando ya lo sabías pero no querías aceptarlo.

—¿Qué pasa? —repito, intentando sonar natural, aunque su tono me pone en alerta.

Guarda silencio unos segundos, mirando al suelo. Luego levanta la vista y me sostiene la mirada.

—No sé cómo decir esto sin que suene mal, pero… hace tiempo que siento que lo nuestro no va bien.

El aire se vuelve más pesado.

—¿No va bien? ¿A qué te refieres? —pregunto. Intento mantener la calma, pero mi voz ya tiembla.

—No lo sé. Siento que estamos juntos por inercia. Que somos compañeros de piso, Júlia.

Me quedo quieta. No sé qué decir. Y él sigue.

—Hace meses que lo noto. No discutimos, pero tampoco… tampoco hay chispa. Los planes que hacemos son siempre con amigos. Cuando estamos solos, sí, lo pasamos bien, pero falta algo. ¿No lo has sentido?

Trago saliva. Quiero negarlo. Decirle que exagera.
Pero una parte de mí sabe que tiene razón.

—No lo había pensado así… —susurro.

—No quiero hacerte daño, Júlia. Pero creo que esto ya no tiene sentido.

El silencio se vuelve denso. Mi cabeza hierve de pensamientos, buscando algo que decir. Algo que arregle esto.

—¿Hay alguien más? —pregunto de golpe.

Sus ojos se abren, sorprendido.

—No. No es eso. No hay nadie. Simplemente… no siento lo mismo. Te quiero, pero como amiga.

Y ahí está. La estocada final.

Mi mente busca algo, cualquier cosa a la que aferrarse, pero todo se me escapa de las manos. Me aferro a la taza de café como si pudiera anclarme a algo real en medio de este derrumbe.

—¿Como amiga? ¿Después de ocho años?

—Lo sé. Suena horrible, pero es la verdad. No quiero seguir fingiendo. No es justo para ti ni para mí.

Aparto la mirada.

—No sé qué decir… —murmuro.

—No tienes que decir nada ahora. Solo… quería ser sincero. No quiero que esto se convierta en un drama.

Álex da un paso atrás y se cruza de brazos.

—Voy a quedarme en casa de mis padres un tiempo. Te dejo el piso hasta diciembre para que tengas margen de buscar otro sitio con calma. No quiero presionarte.

—¿Te vas ya? —pregunto, con un hilo de voz.

—Mañana recogeré algunas cosas. Pero quiero que tengas tiempo. No quiero hacer esto más difícil.

Asiento en silencio.

—Gracias… supongo.

No sé si agradecerle que me deje espacio o odiarlo por ser tan jodidamente razonable.

—Si necesitas algo, solo dímelo —añade, con voz baja.

No respondo. Solo me quedo allí, mirando la taza de café que ya no tiene sentido.

Y luego se va. Así, sin más. Sus pasos resuenan en el pasillo, y el silencio que deja detrás se siente demasiado grande para una sola persona.

Las palabras me caen encima como una bomba. Siento que me arranca algo esencial, algo que no esperaba perder. Ocho años de recuerdos, de planes, de rutinas inamovibles. Proyectos de futuro que desaparecen en un instante. No hay una pelea, ni reproches lanzados con rabia. Solo la verdad, deslizándose entre nosotros, dejándome con la sensación de haber perdido de algo que ya no puedo recuperar.

Y lo peor es que no sé cómo volver a esos días felices que compartimos.

La casa, nuestra casa, se vuelve enorme. Cada habitación, cada rincón, me devuelve el eco de lo que fuimos. Ahora me sobran las paredes, el silencio, los espacios compartidos que ya no nos pertenecen. La casa sigue siendo la misma, pero yo ya no encajo en ella.

Los días pasan arrastrándome con ellos. Noviembre, con su frío pegajoso y su luz pálida, se instala dentro de mí. Las calles del pueblo, que antes recorríamos juntos, ahora me pesan. Cada cafetería, cada esquina, cada adoquín me recuerda a Álex y a la facilidad con la que encajábamos en este escenario. Pero ahora todo es distinto, como si alguien hubiera cambiado el filtro de la realidad y lo hubiera puesto en escala de grises.

El trabajo, que antes me mantenía ocupada, también pierde sentido. Paso horas frente al ordenador, incapaz de avanzar. La bandeja de entrada se llena de correos urgentes, pero mi mente queda atrapada en bucles de recuerdos y preguntas sin respuesta. Antes, las fechas límite me motivaban; ahora solo me provocan ansiedad. Me quedo mirando la pantalla, viendo cómo el cursor parpadea en blanco. Como mi cabeza.

Y el piso… el piso es un recordatorio constante de lo que ya no existe. Las horas se me escapan entre visitas a apartamentos, llamadas con agentes inmobiliarios y la frustración de no encontrar nada que sienta como un hogar. Cada opción me parece más pequeña, más vacía, más alejada de la vida que imaginaba después

de Álex. No es solo la casa lo que pierdo, es la certeza de saber dónde pertenezco.

Podría mudarme a casa de los abuelos, con Marina. Pero no quiero que lo sepa. No todavía. No hasta que recupere el control de mi vida.

Lo peor no es dejar la casa. Lo peor es aceptar que ya no tengo un lugar. Que no sé dónde encajo. Que no tengo una estructura, un plan, una red de seguridad. Y eso me aterra.

Pedir ayuda tampoco entra en mis planes. Marina y Clara saben que algo va mal, pero no hasta qué punto. No porque no pueda contárselo, sino porque no quiero. No quiero sus miradas de compasión, ni que me digan que todo estará bien cuando yo ni siquiera sé si algún día lo estará. Así que, en lugar de aferrarme a ellas, me aferro a la rutina. Al trabajo. A la idea de que puedo con esto.

Hasta que un día, simplemente, ya no puedo más.

Hoy, después de una jornada especialmente difícil, tomo una decisión. No voy a pasar otra noche fingiendo que todo está bien mientras la ansiedad me corroe por dentro. No quiero salir, ni hacer como que no pasa nada.

Quiero quedarme conmigo.
Poner una copa de vino sobre la mesa, calentar algo fácil para cenar y dejar que la música haga lo suyo.
Solo eso. Estar en casa. Estar conmigo.
Y que el mundo, por una noche, me deje en paz.

Al salir del trabajo, camino sin rumbo por el pueblo, buscando algo que me dé un respiro. Manzanares el Real, con sus fachadas cálidas

y su castillo recortado contra el cielo, parece querer acogerme. Como si todo el pueblo me dijera que, de algún modo, estaré bien. Pero no quiero pensar en eso ahora. No quiero pensar en nada.

Entro en la pequeña tienda del centro. La de siempre. La que me ha salvado de más de una cena improvisada con Álex. Recorro los estantes sin prisa, aunque ya sé lo que voy a llevarme: una botella de vino blanco, más cara de lo habitual, y una comida para llevar. No necesito más. Solo una noche para mí, aunque sea en el mismo sofá de siempre… que en breve dejará de serlo.

De vuelta a casa, la sensación de vacío sigue ahí. Se me adhiere como un perfume que no se va ni con agua y jabón. Dejo la botella sobre la mesa del sofá y, con más esfuerzo del necesario, la abro. Me sirvo una copa generosa, casi hasta el borde, y me dejo caer en el sofá. Enciendo la tele, pero no encuentro nada que me interese. Así que, sin pensarlo demasiado, abro Spotify y le doy al play a la única canción que puede acompañarme en este momento: *Cold Little Heart*, de Michael Kiwanuka.

Las primeras notas me invaden con una melancolía que, de algún modo, me reconforta. Como si la canción entendiera mejor que yo lo que siento. El vino empieza a hacer efecto, y mientras la copa se vacía, mi cabeza comienza a recolocar las piezas. O más bien, a desordenarlas de otra forma.

De repente, algo se enciende en mi mente. Hay algo que no he querido ver, algo que siempre ha estado ahí, pero que nunca he cuestionado. ¿Cuánto tiempo llevamos siendo solo dos extraños compartiendo una vida que ya no nos pertenece?

La pregunta me golpea en seco. Como un puñetazo en el pecho. Como un secreto que llevaba demasiado tiempo oculto en mi subconsciente y que, por fin, ha decidido salir a la superficie.

Mi relación con Álex cambió hace mucho. Pero yo me empeñé en mirar hacia otro lado. En convencerme de que todo seguía igual. Y sin embargo, ya no puedo ignorarlo más.

Al principio, lo que teníamos me bastaba. Nos queríamos, no discutíamos, compartíamos buenos momentos. ¿No era eso lo importante?

Pero con la copa de vino en la mano y la música flotando en el aire, me doy cuenta de que llevo más de un año mintiéndome. Más de un año aceptando una relación que ya no lo es. Somos compañeros de vida, sí, pero no somos pareja. Y me aferro a esa rutina con uñas y dientes porque admitirlo significa enfrentarme al vacío.

Nuestros planes, los que tanto me ilusionaban, ya no giran en torno a nosotros. Cada cena, cada salida, cada fin de semana termina convirtiéndose en un plan grupal. Siempre con amigos, siempre con alguien más entre los dos. Como si, sin querer, evitáramos quedarnos a solas.

Y cuando lo estamos, todo es correcto. Cómodo. Amable. Pero no es suficiente. No es lo que solía ser. Y, lo más doloroso, no es lo que quiero.

Nos reímos, nos entendemos, nos acompañamos. Pero ya no nos pertenecemos. No como antes. La chispa se apagó, y ninguno de los dos tuvo el valor de decirlo hasta que ya no hubo otra opción.

Suspiro y cierro los ojos. Tal vez, en el fondo, la ruptura no me sorprende. Tal vez llevaba tiempo esperándola sin querer admitirlo.

Álex dio un paso atrás, aunque no lo vi. Yo también. Me convencí de que estábamos bien, de que la comodidad bastaba, de que si no discutíamos era porque funcionábamos. Pero ahora, en la quietud de este apartamento, me doy cuenta de que esa distancia sutil nos ha ido separando poco a poco.

En medio de la reflexión, siento un vacío imposible de llenar. Como si me arrancaran algo de dentro y ni siquiera supiera qué.

¿Cómo llegamos a esto?

Seguimos viéndonos, hablándonos, como si nada hubiera cambiado. Pero ya no somos una pareja. Solo dos personas aferrándose a la inercia.
Y ahora que todo se ha roto, lo único que queda es el eco de lo que fuimos.

El vino me nubla un poco la mente, pero también me da claridad. Por primera vez, entiendo lo que ha pasado.
Miro el móvil. Llevo días ignorando los mensajes de Clara y Marina, esquivando sus llamadas con excusas de trabajo. Pero ya no puedo seguir escondiéndome. Necesito hablar con ellas. Siempre han estado ahí. Y ahora, más que nunca, necesito su apoyo.

Me levanto del sofá, con los ojos húmedos, y escribo un mensaje con las manos temblorosas:

"Clara, no sé cómo empezar... Álex y yo hemos roto. No te he dicho nada antes, pero estoy pasando por un momento difícil. Necesito hablar."

Presiono “enviar” y dejo el móvil sobre la mesa. Respiro hondo.
No sé qué vendrá después, pero al menos, ya no estoy sola.

Clara está ahí. Y tal vez, solo tal vez, ese sea el primer paso para volver a empezar.

CAPÍTULO 2

Me quedo dormida en el sofá y, cuando abro los ojos, la luz grisácea de la mañana se cuela por las rendijas de las cortinas. Tengo la boca seca y la cabeza embotada, como si la resaca emocional fuera peor que la del vino. El televisor sigue encendido, murmurando un sonido lejano que no logro descifrar.
Entre los cojines encuentro el móvil, vibrando débilmente. Lo cojo sin demasiado ánimo y la pantalla me muestra varias notificaciones, pero una destaca por encima del resto: Clara.

Deslizo con torpeza y me encuentro con una imagen: unos billetes de autobús. Parpadeo un par de veces, tratando de enfocar.
¿Madrid? Clara ya lo ha pensado todo. Como siempre.

Releo el mensaje adjunto:

"Viernes. Puente de la Purísima. Tienes billete. Sin excusas. Vente a Madrid, te hace falta un cambio de aires. Te espero. Clara."

Suelto un suspiro largo. Solo Clara puede tomar decisiones por mí con esa facilidad. Me incorporo del sofá y, al hacerlo, veo varias llamadas perdidas suyas. Debe de estar realmente preocupada. Y con razón. He estado esquivándola, escondiéndome detrás del trabajo. Pero Clara me conoce demasiado bien como para creerse esa mentira.

Clara siempre va un paso por delante. Es de las que se lanza sin miedo mientras yo todavía estoy pensando si saltar. Tiene ese tipo de presencia que llena una habitación sin necesidad de hacer ruido. Alta, esbelta, camina con una seguridad natural que lo abarca todo. Su piel blanca está salpicada de diminutas pecas que cruzan su nariz y sus mejillas, dándole un aire juvenil y encantador.
Sus ojos verdes son hipnóticos, de esos que cambian de tono con la luz. Y cuando sonríe, unas pequeñas arrugas se forman en las comisuras, haciéndola aún más irresistible.

Luce un cabello largo, liso, que le cae por la espalda con ese brillo que solo tiene quien cuida cada detalle sin esfuerzo aparente. Clara tiene una elegancia innata, de las que no necesitan artificios. Siempre sabe qué ponerse para destacar sin parecer que lo ha intentado.

Transmite confianza. Es de esas mujeres que entran a un sitio y, sin decir nada, ya sabes que tienen el control. Pero también es dulce, cercana. Tiene la mezcla perfecta entre fuerza y calidez.
Puede ser la reina de una fiesta o la amiga que se queda contigo hasta las tantas, con un bol de helado y una botella de vino, escuchando tus dramas sin juzgarte y abrazándote fuerte cuando más lo necesitas.

Es imposible no mirarla. Imposible no querer estar cerca de ella.

Nos conocemos desde el pueblo. Fuimos juntas al colegio y más tarde coincidimos en la universidad, estudiando publicidad. Desde el primer día, nos entendemos sin necesidad de demasiadas palabras. Trabajamos juntas en la misma empresa durante un tiempo, pero mientras yo seguía un camino más convencional, Clara brilló. Las

marcas se fijaron en ella, su carisma la llevó a moverse entre eventos de lujo, colaboraciones con firmas importantes y, casi sin darse cuenta, entró en el mundo del famoseo.

Hace dos meses se mudó a Madrid por trabajo. Su nuevo puesto le permitió alquilar un apartamento precioso en Chamberí, un barrio elegante y tranquilo, pero lo suficientemente cerca de Malasaña como para perderse en sus bares y garitos favoritos. Siempre dice que necesita estar cerca del caos, pero con un refugio al que volver. Muy de Clara. El equilibrio perfecto entre lo salvaje y lo sereno.

Vuelvo a mirar los billetes.
No va a dejarme seguir encerrada en mí misma, consumiéndome entre pensamientos repetitivos y excusas.

Me acomodo de nuevo en el sofá, acurrucándome entre la manta. Sobre la mesa, la botella vacía y el vaso a medio terminar me devuelven el reflejo de la noche anterior. La noche en que comprendí que Álex y yo nos habíamos convertido en una amistad disfrazada de pareja. Que la distancia, tan sutil al principio, se instaló entre nosotros sin que yo tuviera el valor de verla. Me mentí creyendo que todo estaba bien.

Suspiro y miro el móvil. Es hora de aceptar ayuda.

"Gracias por los billetes. No sé si me merezco que estés tan pendiente de mí, pero lo necesito. El viernes estoy allí. Te quiero."

Presiono enviar. En ese mismo instante, siento un leve alivio en el pecho. No estoy sola. Clara es de esas personas que no dejan a nadie atrás, y yo no voy a ser la excepción.

Me levanto despacio, estirando los músculos entumecidos. Miro por la ventana: el cielo sigue cubierto de nubes grises, tan típico de

noviembre en Manzanares el Real. Sé que en Madrid todo será distinto. La ciudad tiene un ritmo propio, y Clara sabe moverse en él sin perder el paso.

Es hora de empezar a moverme.

El sábado amanece frío, pero con un tímido sol colándose entre las montañas. Algo dentro de mí cambia. No es una revolución, pero siento una chispa suave de energía recorriéndome. Tal vez el simple hecho de aceptar su invitación ya me regala un respiro mental. Un hilo del que tirar.

Envuelta en la manta, cruzo el pasillo hacia la cocina. Hace días que no me preocupo por comer bien; las últimas semanas han sido un cúmulo de cafés a medias y cenas sin sentido. Decido prepararme un desayuno de esos que podrían salir en Instagram: tostadas con aguacate y un huevo pochado. El aroma del pan tostado llena la cocina y, por un instante, todo parece estar en su sitio.

Al primer bocado, sonrío sin darme cuenta. Hacía tanto que no disfrutaba de algo tan simple como comer. No es un desayuno de revista, pero para mí es un logro. Un paso.

Después de desayunar, camino hasta lo que antes fue el vestidor. Ahora no es más que un cuarto lleno de cajas abiertas, más parecido a mi estado emocional que a un sistema de almacenamiento. Me siento en el suelo y empiezo a rebuscar entre la ropa, buscando algo cómodo pero digno para mi pequeña escapada.

Saco unos vaqueros oscuros, un jersey de lana beige y un abrigo gris. Los dejo a un lado, como si al elegirlos no solo preparara una maleta, sino también a mí misma.
Una parte de mí empieza a salir del agujero. Despacio. Pero firme.

Por la tarde tengo programada la visita a un piso. Vi el cartel en una fachada y no dudé en llamar. Aún no está anunciado en ninguna inmobiliaria, así que parece una de esas oportunidades que solo se presentan una vez.

Camino por las calles empedradas de Manzanares el Real, disfrutando del aire fresco de noviembre. Los rayos del sol se filtran entre las hojas caídas, tiñendo las calles de un dorado cálido. La calma del pueblo contrasta con el torbellino que llevo dentro.

Cuando llego, la propietaria me recibe con una sonrisa amable. Subimos por unas escaleras de madera que crujen suavemente. En cuanto abre la puerta, lo sé. Ese apartamento es para mí.

Dos habitaciones, techos altos y grandes ventanales con porticones de madera por donde la luz entra a raudales. El salón es amplio y luminoso, con la cocina integrada, separada solo por una barra de madera clara.

La decoración me atrapa al instante: tonos blancos combinados con muebles de madera natural y detalles en hierro forjado en estanterías y lámparas. En la cocina, baldosas hidráulicas en tonos suaves; en el resto del apartamento, tarima de madera clara. Las paredes están decoradas con estantes flotantes que sostienen plantas pequeñas y cerámicas artesanales. Todo transmite calidez. Todo parece esperarme.

El baño es más grande de lo que imaginaba, con espacio suficiente para una bañera antigua de patas curvas. Me imagino sumergida allí, rodeada de velas, con un libro en las manos tras un día eterno.

El precio es más que razonable. La propietaria, quizá intuyendo por nuestra conversación que mi situación no es la mejor, me ofrece

dejarme las llaves en una semana tras firmar el contrato. Acepto sin pensarlo. No hay marcha atrás.

Salgo del piso con las llaves imaginarias ya en el bolsillo. Camino de regreso a lo que aún es mi casa, pero en mi mente ya estoy decorando el nuevo apartamento. Plantas por todas partes, alfombras cálidas, cojines mullidos. Ese va a ser mi refugio. ¿Cómo es posible que haya encontrado un sitio así tan rápido?

Pero la euforia empieza a disolverse. Pienso en la mudanza. En Madrid. En Clara. ¿Puedo permitirme perder días de organización por una escapada? El peso de la responsabilidad me empuja hacia ese viejo hábito de querer controlarlo todo. Tal vez debería cancelar el viaje y centrarme en la mudanza. ¿Y si no me da tiempo?

Ladeo la cabeza. No. No voy a dejar que las dudas me detengan otra vez. Tengo todo bajo control. O al menos quiero creerlo. El piso ya es mío. Solo falta formalizarlo. Y Clara... Clara me está tendiendo la mano. Es momento de dejarme llevar.

Justo cuando meto la llave en el bombín, el móvil vibra en el bolsillo de mi abrigo. Miro la pantalla y veo su nombre iluminándose. Clara.

Suspiro, sabiendo que no me va a dejar hablar mucho.

—¡No me des las gracias! —suelta nada más descolgar—. Te lo advierto, Júlia, ni se te ocurra. Te mereces esto y más.

Suelto una pequeña risa mientras cierro la puerta tras de mí.

—Ni tiempo me has dado para decir nada… —respondo, dejando las llaves sobre la mesa.

—Y mejor, porque si te escucho decir algo tipo "no hacía falta", cuelgo. —Hace una pausa breve—. Bueno, a ver, escucha con

atención, porque tenemos un planazo. Y no admito quejas.

Me acomodo en el sofá, abrazando un cojín.

—Vale, jefa. Ordena.

—Exacto, jefa. —Su tono es divertido, pero con esa firmeza que siempre la define—. Empezamos con comida en un sitio que me han recomendado. Quiero que pruebes cosas nuevas, Júlia. Luego nos vamos a un spa que acaban de abrir en el centro, uno de esos donde te ponen pepinos en los ojos y te cobran por respirar aire filtrado. Pero oye, maravilloso.

—¿Pepinos? Me encanta gastar dinero en ensaladas faciales. —bromeo.

—Exacto, querida. Y después, algo más de tu rollo. Vamos a tapear a un bar que descubrí hace poco. Se llama Sylkar. Hacen la mejor tortilla de patatas de Madrid. Tienen de chorizo, de callos, de todo. Ya te veo babeando.

—Dios… me estás hablando sucio. —Me río.

—Es que te conozco. Pero espera, que esto no acaba aquí. —Baja un poco la voz, como si compartiera un secreto—. El sábado por la noche tenemos planazo: fiesta VIP. Muy top, muy secreta. Me han pasado dos invitaciones. La ubicación no se sabe hasta el mismo día, y lo único que sé es que va gente muy importante.

Me quedo en silencio unos segundos.

—Clara, ¿qué me estás contando? ¿Y qué pinto yo en una fiesta así?

—Lo que yo diga que pintas. Y para eso, tenemos misión. —Hace una pausa dramática—. Ir de compras. Júlia, ese armario tuyo de "mujer que ha elevado la ropa cómoda a otro nivel" no me sirve.

Vamos a encontrar el outfit perfecto para que entres por esa puerta como si fueras la dueña del evento.

—¿Mujer que…? —río con ironía—. Perdona, pero mi jersey de lana tiene mucho estilo.

—Sí, cariño, estilo de señora que vive con gatos. No pienso dejar que aparezcas en esa fiesta como si fueras a por el pan. Quiero ropa sexy, elegante… algo que diga: *"estoy soltera, pero soy inalcanzable."*

Ruedo los ojos, pero no puedo evitar sonreír.

—Vale, vale. ¿Algo más?

—Sí. Que duermas bien y no me vengas con excusas. El viernes te quiero en Madrid, lista para todo. Y Júlia…

—¿Sí?

—Esto es solo el principio.

Cuelga antes de que pueda decir nada. Me quedo unos segundos mirando la pantalla apagada del móvil, con su entusiasmo resonando aún en mi oído. Es contagioso, sí. Pero también me despierta una punzada de incertidumbre. ¿De verdad estoy preparada para sumergirme en ese mundo de fiestas exclusivas y planes improvisados?

Suelto un suspiro largo y dejo el móvil sobre la mesa. Me dirijo a la cocina, abro el pequeño armario donde guardo las tazas y escojo la más grande, la que siempre uso en las mañanas pesadas.

"¿Y si me hago una infusión?", pienso. Me apetece algo caliente. Algo que me reconforte antes de ir a dormir.

Mientras el agua hierve, me apoyo en la encimera y dejo que los pensamientos divaguen.

Clara siempre ha sido así. Impulsiva. Brillante. La clase de persona que no espera a que la vida le pase por delante. Y yo… yo he dejado que la mía se acomode demasiado.
Mi rutina con Álex era cómoda. Predecible. Demasiado.

Quizá Clara tiene razón. Quizá necesito algo que me sacuda. Que me saque de esta monotonía en la que me he quedado atrapada.

Una fiesta secreta. Planes espontáneos. Compras.

"¿Cuándo fue la última vez que hice algo así?"

Me muerdo el labio inferior. Seguramente fue antes de que Álex y yo nos instaláramos juntos. Antes de que la rutina se comiera la chispa.

El hervidor pita y vierto el agua sobre la bolsita de manzanilla. Me llevo la taza entre las manos y vuelvo al salón. Me siento en el sofá, meto los pies bajo la manta. Desde ahí, observo las cajas apiladas, desordenadas, a medio llenar, esparcidas por toda la casa.

"*Tengo que organizarme esta semana…*"

La idea de la mudanza me golpea de nuevo. Solo tengo hasta diciembre para dejar el piso. Me acerco la taza a los labios, dejando que el vapor me caliente la cara. El apartamento que he visto es perfecto, sí… pero también significa empaquetar, trasladar, empezar de cero.
Y ahora, además, un fin de semana fuera.

"¿De verdad puedo con todo esto?"

Niego con la cabeza, como si pudiera espantar los pensamientos negativos de un manotazo.

—Vale, Júlia. Prioridad: sobrevivir a la semana. —me digo en voz baja.

Mentalmente repaso todo lo que tengo por delante: terminar los informes pendientes en el trabajo, coordinar con la propietaria para firmar el contrato del piso, empezar a empaquetar lo esencial y… preparar la maleta para Madrid.

"No puedo ir hecha un desastre."

Me levanto de golpe y voy directa a lo que fue mi vestidor. Abro algunas cajas al azar, buscando algo que encaje con lo que Clara tiene en mente. La ropa que encuentro es tan plana como me siento últimamente: tonos neutros, prendas cómodas, nada que grite "voy a una fiesta secreta de alto nivel".

—Definitivamente, Clara tiene razón. Esto es un cementerio de jerséis.

Saco un par de vestidos que en su momento me gustaban, pero ninguno me convence. Suspiro, resignada. Lo de ir de compras es inevitable.

Dejo la ropa sobre la cama y vuelvo al salón. Apago la luz y me acurruco en el sofá. La taza aún está tibia entre mis manos. Cierro los ojos y, por un momento, dejo de pensar en la mudanza, en el trabajo, en Álex.

Me imagino en esa fiesta: música alta, luces tenues, gente elegante. "Quizá no esté tan mal perderme un poco…" pienso, justo antes de quedarme dormida.

Quizá, solo quizá, necesito justo esto.

CAPÍTULO 3

El sonido de las teclas a mi alrededor me resulta más ajeno de lo habitual. Antes, ese murmullo constante me tranquilizaba, me hacía sentir parte de algo. Hoy, sin embargo, es solo ruido. Llevo casi media hora mirando la pantalla de mi ordenador y el documento sigue en blanco. El cursor parpadea, como si se burlara de mí, recordándome que debería estar avanzando con la propuesta para EcoNova, pero ni siquiera sé por dónde empezar.

EcoNova es uno de esos clientes grandes, de los que te aseguran estabilidad y prestigio. Productos sostenibles, imagen limpia, con un discurso muy potente sobre el cuidado del medio ambiente. Un cliente perfecto para la agencia, y sobre todo, perfecto para mí. O al menos, lo habría sido hace unos meses. Antes, cuando las ideas me brotaban solas.

Siempre me ha apasionado mi trabajo. Marketing no es solo vender productos, es contar historias, conectar con la gente. Durante años fui la persona que cerraba los grandes contratos, la que encontraba ángulos distintos para cada campaña. Fui yo quien consiguió traer a Luna & Sol, esa marca de cosmética natural que ahora es un referente. Me gané la confianza de todos, y eso me hacía sentir

invencible. Pero ahora… ahora ni siquiera puedo redactar una introducción decente.

Respiro hondo, apoyando los codos sobre el escritorio. La bandeja de entrada está a reventar de correos sin responder. Peticiones, fechas límite, recordatorios. Todo acumulándose como una avalancha que sé que va a arrastrarme si no hago algo.

Pero no puedo. No logro concentrarme.

Pienso en el piso nuevo. En la mudanza. En Madrid. Y, claro, en Álex.

No quiero pensar en él, pero aparece en mi mente como un eco constante. Ocho años de relación no se borran de un día para otro. Ocho años compartiendo planes, rutinas, sueños... y ahora, nada. Me dejó porque ya no sentía lo mismo, porque decía que me quería como amiga. Qué irónico. Al final, eso es lo que éramos. Amigos que compartían techo.

Me esfuerzo por apartar esos pensamientos. No estoy aquí para pensar en Álex. Estoy aquí para trabajar.

Abro la carpeta del proyecto y releo las notas que tomé hace días. No me dicen nada. Todo me parece vacío, sin sentido. Me quedo mirando la pantalla, esperando que algo dentro de mí despierte, pero solo siento cansancio.

Decido levantarme a por un café. Quizá despejarme me ayude.

Cruzo la oficina y noto miradas que antes no estaban ahí. Marta, desde el departamento de redes, me mira fugazmente y luego susurra algo a Lucía. No puedo evitar pensar que es sobre mí.

¿Siempre ha sido así o estoy imaginando cosas? Antes me sentía segura aquí, valorada. Ahora solo siento incomodidad.

En la cocina me encuentro con Mario, uno de los creativos. Antes siempre teníamos alguna broma que compartir, pero hoy solo asiente con la cabeza y sigue revisando su móvil.

Es como si hubiera una barrera invisible entre ellos y yo.

¿Serán ideas mías? ¿O de verdad algo ha cambiado?

Cojo el café y vuelvo a mi sitio. En el monitor, las notificaciones siguen acumulándose. Siento un nudo en el estómago. ¿Cuándo fue la última vez que me sentí capaz de hacer algo bien? Antes me sobraban ideas, ahora solo me sobra ansiedad.

Me pongo los auriculares. Música suave, algo que me ayude a concentrarme. Pero ni eso funciona.

Pienso en salir a correr al llegar a casa. Siempre me ha ayudado. Desde hace años, correr es mi vía de escape. Me gusta sentir el aire frío en la cara, el ritmo constante de mis pasos. Me calma, me ordena las ideas.

Mi cuerpo es el de siempre. No soy de esas chicas que van al gimnasio a esculpir cada músculo como si fuera una obra en progreso. Tengo un cuerpo normal, de los que no llaman la atención ni molestan. Saludable. Morena de piel, con el pelo oscuro, espeso y ondulado, que me roza la clavícula y siempre parece tener vida propia. Nunca me he preocupado demasiado por mi físico, supongo que porque encajo en ese molde cómodo que alguien, algún día, decidió que estaba bien. Que era lo correcto.

La tarde se hace eterna. Sigo intentando avanzar con el proyecto, pero las ideas no llegan. Y para colmo, siento esa tensión en el aire. Susurros, miradas, gestos sutiles. Me convenzo de que son paranoias mías, pero la incomodidad sigue ahí.

Cuando por fin termina la jornada, salgo casi huyendo. El aire frío de la calle me golpea y, por un momento me siento aliviada. Decido no perder más tiempo y me pongo las zapatillas para salir a correr.

El paseo del río está tranquilo. Las hojas crujen bajo mis pies y el aire frío me despeja un poco. Cada zancada me aleja de la oficina, de los correos, de los murmullos. Pero no de mis pensamientos.

¿Por qué no puedo concentrarme? Siempre he sido buena en esto. Antes, la creatividad me sobraba. Pero ahora me siento vacía. ¿Será el agotamiento de buscar piso, la ruptura, o simplemente que ya no sirvo para esto?

No. No puedo pensar así. No soy ese tipo de persona.

Cuando llego a casa, me doy una ducha rápida y me preparo una cena ligera. El silencio de la casa me resulta pesado. Miro alrededor, las cajas apiladas, el desorden. Todo está en pausa, como yo.

Pienso en el fin de semana a Madrid. Clara tiene razón, necesito desconectar. Quizá me venga bien alejarme unos días.

Me dejo caer en el sofá, agotada. Miro el techo, como si ahí estuviera la respuesta. Pero solo hay silencio.

Cierro los ojos. Mañana será otro día. Y tiene que ser mejor.

◆ ◆ ◆

El reloj marca las nueve en punto y yo llevo diez minutos observando la pantalla del ordenador sin teclear nada. El cursor parpadea con un ritmo molesto, como si se burlara de mi incapacidad para avanzar. El documento en blanco sigue esperándome, pero no consigo encontrar la chispa de creatividad que antes me sobraba.

Apoyo los codos sobre el escritorio y me froto el rostro con las manos. La oficina está inusualmente silenciosa, pero es ese silencio incómodo, cargado de miradas furtivas y susurros que no alcanzo descifrar. Últimamente, noto gestos extraños a mi alrededor. Compañeros que antes me sonreían al pasar ahora evitan cruzar miradas conmigo. Comentarios en voz baja que se detienen cuando me acerco. Pero quizá solo sea mi cabeza jugando conmigo.

Sacudo la cabeza e intento concentrarme en la presentación que debo entregar antes del lunes. Un proyecto clave para cerrar el trato. Era el tipo de desafío que solía emocionarme, pero ahora todo me parece ajeno, como si este trabajo ya no fuera mío.

Entonces, una notificación en la esquina de la pantalla me sobresalta. Es un recordatorio del calendario corporativo.

“Reunión con Raúl García – Jueves, 11:00h. Sala de dirección."

Mi estómago se encoge. Raúl, mi jefe, nunca programa reuniones conmigo sin avisar antes. Siempre ha sido directo, pero también predecible. Y esta reunión improvisada no presagia nada bueno.

Trago saliva. Faltan dos horas y ya siento cómo los nervios me suben por la garganta. ¿De qué podría tratarse? ¿Será por el retraso en el

proyecto? Intento convencerme de que es algo rutinario, pero la ansiedad no me suelta.

Abro el correo e intento repasar los últimos mensajes que había recibido de Raúl. Nada. Ni una pista. Busco en Slack alguna conversación pendiente, pero solo encuentro mensajes viejos, la mayoría sin responder. Suspiro. ¿Habrá sido mi desmotivación tan evidente?

Mi mente empieza a fabricar teorías:

"Tal vez quiere revisar avances del proyecto." "O quizá alguien se ha quejado de mí." "¿Y si han notado que no estoy rindiendo como antes?"

Miro alrededor. Lucía, del departamento de redes charla en voz baja con Marta, otra vez. De reojo, me echa una mirada rápida y vuelve a bajar la voz. Me remuevo incómoda en la silla.

"Tranquila, Júlia", me digo mentalmente. Pero no consigo calmarme.

Para distraerme, abro la carpeta del proyecto. Está vacía. Bueno, vacía de ideas, porque documentos acumulados no faltan. Presentaciones incompletas, bocetos que no llevan a ninguna parte, estrategias que nunca termino de pulir.

Normalmente disfruto con la creación de campañas. Me ilusiona pensar en ideas frescas, en cerrar tratos. ¿Dónde ha quedado esa Júlia? Ahora solo siento un bloqueo constante, como si cada idea se disolviera antes que cobrara forma.

Me levanto y voy a por un café. El amargor me ayuda a despejarme, pero hoy ni eso surte efecto. Las manecillas del reloj parecen

moverse a cámara lenta.

Vuelvo a mi escritorio y miro el reloj: 10:25.

"Media hora más y ya saldré de dudas", pienso. Pero lejos de tranquilizarme, la espera se vuelve insoportable.

Intento hacer memoria. ¿Algún error reciente? ¿Algún correo sin responder? Pero solo recuerdo acumulación de trabajo, tareas sin terminar, ideas que nunca llegan a puerto.

Suspiro hondo, cruzo los brazos sobre la mesa y apoyo la frente.

"No puedes seguir así"

Pero la verdad es que no sé cómo estar de otra manera.

Cuando el reloj marca las 10:55, mi corazón empieza a latir con más fuerza. Me levanto despacio, repaso mentalmente posibles explicaciones y me dirijo hacia la sala de dirección.

El pasillo parece más largo de lo normal. Cada paso resuena demasiado fuerte,

Me detengo frente a la puerta de Raúl. Respiro hondo y toco suavemente.

—Adelante —escucho desde dentro.

Giro el pomo y cruzo el umbral, con el estómago hecho un nudo.

—¿Raúl?

—Pasa, Júlia —dice Raúl, levantando la vista de la pantalla.

Entro despacio, cerrando la puerta tras de mí. La sala de dirección siempre me ha parecido fría. Minimalista, con paredes grises, estanterías perfectamente ordenadas y una mesa impoluta donde solo descansan su portátil, una libreta abierta y un bolígrafo alineado con una precisión casi quirúrgica.

Raúl se inclina hacia atrás en su silla, entrelazando los dedos sobre el abdomen. Lleva la camisa arremangada y me dedica una media sonrisa, de esas que no sabes si tranquilizan o inquietan.

Me siento frente a él, intentando que no se note demasiado lo tensa que estoy.

—¿Cómo estás? —pregunta, pausado.

Su tono es cercano, pero hay algo más ahí. No es solo cortesía, no es una pregunta vacía.

—Bien, bien. Todo bien. Un poco cansada, pero ya sabes cómo es esto —intento sonar convincente, dibujando una sonrisa que ni yo me creo.

Raúl no aparta la mirada. Asiente lentamente, como si estuviera procesando algo más allá de mis palabras.

Siento un pequeño temblor en la pierna. Lo detengo presionando las manos contra las rodillas. No ahora, Júlia. No delante de él.

—Sí, lo sé. Pero te noto dispersa últimamente. Más de lo habitual.

—No, de verdad. Estoy bien. Solo… bueno, estos días han sido un poco intensos. Pero nada que no pueda manejar.

Raúl inclina la cabeza, analizándome como si pudiera leer entre líneas. Y quizá puede. Porque ni yo me lo creo.

—¿Tiene algo que ver con tu vida personal? —pregunta, cuidadoso, pero directo.

El aire se espesa. Abro la boca para responder, pero la cierro de inmediato. ¿Qué puedo decirle? ¿Qué mi vida sea un desastre, que Álex me dejó y que ahora estoy más perdida que nunca? No. Eso no es asunto suyo.

—No, no. Nada de eso. Son solo cosas mías. Estoy organizándome. Todo está bajo control.

Raúl guarda silencio unos segundos. Luego, apoya los codos sobre la mesa.

—Júlia, no quiero invadir tu espacio personal, pero me preocupa cómo está afectando esto al trabajo.

—No está afectando —miento, demasiado rápido.

Él frunce ligeramente el ceño.

—¿Seguro? El proyecto con EcoNova es prioritario y la entrega es en menos de un mes. No he visto avances y tampoco he recibido propuestas. Tu siempre eres la primera en traer ideas, en mover al equipo. Pero ahora … —hace una pausa—. No veo nada.

Siento el calor subiéndome por el cuello...

—Sí, claro, lo sé. Estoy trabajando en ello. Tengo varias ideas que quiero terminar de pulir antes de presentarlas. No quería traer algo incompleto.

Raúl me sostiene la mirada.

—¿Varias ideas?

—Sí —miento de nuevo, aunque mi voz suena débil.

Raúl asiente lentamente, pero no parece convencido.

—Bien. Confío en tu criterio. Siempre has sido brillante en esto. Pero sabes que esta campaña es crucial para nosotros. EcoNova busca un giro fresco y contamos contigo para liderarlo.

—Lo sé. De verdad. Lo tengo todo bajo control.

Raúl se reclina en la silla, suspirando.

—Está bien. Júlia, te voy a dar espacio. Pero necesito ver algo concreto antes de vacaciones de navidad. Aunque sea un boceto. ¿Puedes hacerlo?

Asiento rápido. Demasiado rápido.

—Por supuesto.

—Bien —responde, aunque noto un leve matiz de desconfianza.

El silencio se instala por unos segundos. Raúl mira brevemente su pantalla y luego vuelve a fijar sus ojos en mí.

—Solo quiero que me digas si necesitas apoyo. No espero que lo cargues todo sola.

Fuerzo una sonrisa.

—Gracias, Raúl. De verdad. Estoy bien.

Él asiente y baja la mirada a la libreta.

—Puedes volver a tu puesto. Espero ver esos avances pronto.

Me levanto. Las piernas me tiemblan un poco, pero mantengo el tipo.

—Claro. Gracias por entender.

—Confío en ti, Júlia.

Salgo de la sala sintiendo que el aire del pasillo pesa más de lo normal. Cierro la puerta suavemente detrás de mí.

Apoyo la espalda contra la pared y respiro hondo.

"Confío en ti."

Pero su tono había dejado un regusto amargo.

Sé que esa confianza pende de un hilo.

CAPÍTULO 4

Abro los ojos de golpe. Ni siquiera ha sonado la alarma. El cuarto está bañado por una luz suave que se cuela tímidamente por las cortinas. Mi respiración es rápida y siento un cosquilleo en el estómago. ¿De verdad tengo tantos nervios?

Me quedo unos segundos mirando el techo, con el corazón acelerado. Hoy es el día.

Me giro y busco el móvil en la mesita de noche. 6:48. Demasiado temprano, Suspiro y sonrío sola.

—Júlia, por favor…—murmuro.

No entiendo por qué me siento así. He estado mil veces en Madrid. Es más, estudié en la Universidad Autónoma de Madrid, donde pasé algunos de los mejores años de mi vida. Los dos últimos los compartí con Clara, alquilamos juntas un apartamento en Delicias. No era la zona más lujosa, pero era céntrica, bien comunicada y podíamos permitirnos ese alquiler.

Quizá eso es lo que me remueve tanto por dentro. Volver a Madrid es como abrir una caja de recuerdos que lleva demasiado tiempo cerrada.

Decido levantarme. El suelo está frío, pero esa sensación me ayuda a aterrizar. Camino descalza hasta la cocina y pongo agua a calentar. Hoy va a ser un buen día, me repito.

Mientras espero, abro la nevera y saco un yogur natural y unas fresas. No es el desayuno más elaborado del mundo, pero llevo días sin disfrutar de la comida. Me siento en la barra de la cocina y, saboreo cada cucharada. El dulzor de las fresas mezclado con el ácido del yogur me sabe a gloria. Sonrío.

Después de desayunar, voy directa al armario que antes compartía con Álex y que ahora parece un almacén de cajas. Empiezo a sacar la ropa que he elegido para Madrid. Unos vaqueros ajustados, un jersey grueso de lana color crema y el abrigo negro que tanto me gusta. También meto unos botines cómodos y un par de conjuntos más, por si Clara se saca algún plan de la manga.

Miro la maleta medio vacía.

—Ropa sexy, Júlia… —me recuerdo, rodando los ojos. Clara tiene razón. Así que rebusco hasta encontrar un vestido negro, sencillo pero favorecedor, y un top de encaje que lleva siglos sin ver la luz.

Listo.

Me maquillo ligeramente, lo justo para no parecer cansada. Al mirarme al espejo, noto que mis ojos tienen un brillo distinto. Hacía semanas que no veía esa chispa.

Cojo la maleta, el bolso y me pongo la bufanda. El frío del exterior me recibe de golpe al salir de casa. Camino rápido hacia la oficina, no quiero irme con el proyecto de EcoNova en el aire.

La agencia está especialmente silenciosa esta mañana.

Cruzo la puerta y saludo con un gesto a algunos compañeros. Las miradas son cortas, los saludos tensos. No quiero pensar demasiado.

Me siento en mi escritorio, enciendo el ordenador y abro la carpeta del proyecto. Nada. Ninguna idea. Miro fijamente la pantalla. La presión en el pecho vuelve. La conversación con Raúl aún resuena en mi cabeza.

"Confío en ti."

Suspiro.

—Hoy no, Júlia. Hoy no.

Inclino la cabeza con resignación y abro el bloc de notas. Escribo cualquier cosa que me venga a la mente. Palabras sueltas, conceptos sin forma. Ni siquiera leo lo que escribo. Solo quiero aparentar que avanzo.

A las 10:30, voy hasta la oficina de Raúl y asomo la cabeza.

—Raúl, ¿podría salir antes hoy? Quiero avanzar con el proyecto desde casa, sin distracciones.

Raúl levanta la vista, me analiza unos segundos y asiente.

—Sin problema. Pero Júlia, no te olvides de lo que hablamos.

—Lo tengo presente. Gracias.

Vuelvo a mi sitio con una mezcla de alivio y culpa. Pero hoy no es día para atormentarme.

Paso el resto de la mañana respondiendo correos pendientes y organizando tareas. No es gran cosa, pero al menos muestro actividad.

A la una en punto, cierro el portátil. Guardo todo y cojo la maleta. Saludo de lejos a algunos compañeros y salgo de la oficina.

El frío es más intenso a esta hora, pero no me importa. Camino hacia la estación con una mezcla de nervios y emoción. Cada paso me acerca más a Clara y a esa versión de mí que he dejado enterrada entre cajas y silencios.

Hoy, por fin, va a ser un buen día.

El autobús va casi lleno cuando subo, pero tengo suerte: un asiento libre junto a la ventana. Dejo la maleta en el compartimento superior, me acomodo y suelto un suspiro largo. De esos que parecen llevarse parte del cansancio acumulado. Aprieto el abrigo contra mi cuerpo y rebusco en el bolso hasta dar con los AirPods. Necesito desconectar. Meterme en mi propio mundo.

Abro Spotify sin pensarlo demasiado. Hoy no es día de baladas tristes ni de playlists melancólicas. No. Hoy el cuerpo me pide fuego, ritmo, algo que me devuelva esa energía que hace demasiado tiempo que no siento. Sin dudarlo, busco a Bad Gyal y le doy al play en *Blin Blin*.

La base retumba en mis oídos y, sin querer, se me escapa una sonrisa. Esa canción tiene algo. Poder, confianza. Cierro los ojos unos segundos, dejando que el ritmo me invada, y apoyo la frente contra el cristal frío.

El paisaje del pueblo comienza a difuminarse a medida que el autobús avanza. Miro mi reflejo en la ventana y, por un segundo, me sorprendo. Al otro lado del reflejo estoy yo: el cabello ondulado, la piel morena resaltando bajo la luz tenue. Me observo detenidamente.
¿Cuánto hace que no me miro de verdad?

Y, sobre todo, ¿en qué momento dejo de ser la protagonista de mi propia vida?

Sin darme cuenta, me he convertido en la chica que siempre está ahí, pero nunca destaca. Siempre a la sombra de alguien. De Álex, de mis amigas, de mi hermana. Como si me hubiera vuelto invisible.

Pero no siempre ha sido así.

Madrid me lo recuerda. Cuando vivía con Clara en Delicias, éramos imparables.

Recuerdo una noche en particular. Una de esas que empiezan tranquilas y acaban en una locura absoluta.

Salimos de la universidad un viernes por la tarde, agotadas de la semana. Clara sugirió tomar algo en La Burlona, un bar cerca de Atocha donde ponían música en directo. La idea era sencilla: una caña y a casa. Nada más.

—Una y nos vamos, ¿eh? —le advertí, mirándola de reojo.

—Sí, sí, una. —Clara rodó los ojos mientras sacaba su pintalabios rojo y se lo retocaba con maestría.

Dos horas después, ahí seguíamos.

Bailando entre mesas y risas, con un grupo de chicos retándonos a un concurso improvisado de karaoke. La apuesta: quien perdiera pagaba la siguiente ronda.

—Ni de coña, Júlia, esto lo ganamos —me susurró Clara mientras me arrastraba hacia el escenario.

No sé en qué momento acabamos cantando a gritos *Solo quiero bailar* de Zenttric como si nuestra vida dependiera de ello. Pero ahí estábamos, moviéndonos sin vergüenza mientras el bar entero coreaba el estribillo.

Y ganamos.

Después de varias rondas, terminamos conociendo a un par de chicas extranjeras que, entre risas y promesas de una noche épica, nos convencieron para ir a una fiesta en un piso de Malasaña.

Recuerdo entrar en aquel apartamento atestado de gente, con luces de neón colgando en las paredes y olor a incienso mezclado con cerveza, que lo envolvía todo. Clara y yo acabamos sentadas en el suelo, rodeadas de desconocidos, debatiendo teorías conspiranoicas con un tipo que juraba ser DJ en Berlín.

No teníamos ni idea de qué hora era cuando salimos de allí, pero cuando llegamos a casa eran las seis de la mañana. Todavía nos reíamos de lo fácil que nos habíamos dejado llevar. Acabamos en el sofá, devorando cereales directamente de la caja como si aquello fuera lo más lógico del mundo.

Sonreí al recordarlo.

Esa también era yo.

No la que se escondía detrás de otros. No la que dudaba de cada paso. Yo también había sido valiente, divertida, impulsiva.

Vuelvo a mirar mi reflejo en la ventana. Ahí está. Justo debajo de todas esas capas de inseguridad. Solo tengo que sacarla de nuevo.

El autobús sigue avanzando y, por primera vez en mucho tiempo, siento que algo dentro de mí despierta. No sé exactamente qué va a pasar este fin de semana, pero Clara tiene razón: me lo merezco. Esto y más.

Cierro los ojos, dejándome llevar por la música. El ritmo, los recuerdos, las ganas. Todo encaja.

Hoy no es día para pensamientos oscuros. Hoy es para recordarme quién soy.

Y Madrid me está esperando.

Cuando el autobús se detiene en la estación y las puertas se abren, siento esa corriente eléctrica que siempre me atrapa. El corazón me late más fuerte. El aire frío me envuelve en cuanto pongo un pie fuera.

Madrid siempre tiene esa energía que te sacude. Que te despierta. El asfalto brilla bajo las luces de la calle, reflejando el resplandor dorado y plateado de los adornos navideños que cuelgan de los árboles y las fachadas. Todo parpadea. Todo vibra. Como una fiesta silenciosa que parece abrazarte sin hacer preguntas.

El ajetreo, el ruido, el bullicio... Madrid en estado puro.

Clara, siempre previsora, ya me ha enviado un Cabify. En cuanto subo, el conductor arranca, dejándome disfrutar del trayecto. La ciudad me saluda desde el cristal.

Me coloco los AirPods de nuevo y dejo que Zenttric me lleve. Siempre tiene ese poder de calmarme, pero hoy… hoy es diferente. Hoy siento cada nota como si me acariciara por dentro. Como si el universo me estuviera susurrando que sí. Que todo va a ir bien.

Miro por la ventana, observando cómo la ciudad brilla a mi alrededor. Las luces navideñas cubren calles, tiendas, árboles. Madrid tiene esa magia especial de diciembre, cuando la Navidad lo envuelve todo y parece que todo es posible.

Pienso en lo que dice Carlos Miguel Cortés en su poema *Madrid es ella*, y por primera vez siento que sus palabras reflejan exactamente lo que estoy viviendo. Madrid te atrapa sin avisar, te envuelve, te convierte en parte de ella sin que te des cuenta.

Mientras contemplo la ciudad a través del cristal del Cabify, me viene a la mente ese fragmento que siempre me ha conmovido:

"Es la ciudad que no pregunta,
la que te da y te quita sin aviso,
la que te atraviesa sin pedir permiso,
sin preocuparse por tu amor ni tu odio.
Madrid, la que te lleva,
te arrastra, te convierte en parte de su historia,
sin que tú decidas.
Madrid es ella, la que se queda
en tu boca como un sabor a sal
y a vida no vivida."

El coche avanza por Gran Vía y luego gira hacia Chamberí. Las calles están cubiertas de luces navideñas, reflejadas en las fachadas

antiguas, como si toda la ciudad estuviera envuelta en un manto brillante de promesas nuevas.

Mientras la observo, lo entiendo.
Madrid es un poco como yo.
Nunca ha dejado de serlo. Solo que ahora, por fin, estoy lista para volver a mí. Para reconectar con esa parte de mí que olvidé.

La sensación de estar aquí de nuevo… esta vez es diferente. Todo encaja. La música, las luces, el pulso vibrante de la ciudad… Todo me susurra que he tomado la decisión correcta. Que este viaje, este fin de semana, es justo lo que necesito.

Recuerdo que cuando leí aquel poema por primera vez no lo comprendí del todo. *Madrid te cambia*, decía. Y me pareció bonito, pero ajeno.
Ahora lo entiendo con cada latido.

El coche gira en una esquina y, en cuestión de minutos, llegamos al edificio de Clara en Chamberí. Cuando bajo, una sonrisa se me escapa sin que pueda evitarlo. Puede que esté lejos de casa, pero tal vez, aquí también pueda encontrar algo que me haga sentir parte de algo más grande.

Clara me espera en la puerta con una sonrisa amplia y ese brillo en los ojos que siempre le sale cuando me ve. Su presencia, tan cálida y familiar, me hace sentir que, al fin, estoy donde debo estar.

Ahora solo queda dejarme llevar.

Clara ha acertado con la zona. Mientras caminamos hacia la entrada del edificio, noto el contraste con lo que he dejado atrás. Ella vive en otro mundo ahora. Uno más rápido, más elegante, más suyo. Aun

así, está feliz de tenerme aquí, lo noto… pero también hay algo en su mirada. Una preocupación callada que no sabe ocultar.

—Júlia, ¿de verdad estás bien? —pregunta de repente, con esa expresión suya de hermana mayor que conozco de memoria—. Ya sabes que me tienes preocupada.

Lo dice mientras entramos en el ascensor. El espejo del fondo nos devuelve nuestras imágenes, una al lado de la otra. Dos versiones diferentes de nosotras mismas. Ella parece brillar. Yo... intento.

—Sí, en serio, estoy bien —respondo con una sonrisa que quiere sonar convincente—. Es solo una mala racha, nada que no pueda superar.

Clara me mira de reojo, levanta una ceja y frunce un poco los labios. Esa cara suya de *no me lo creo ni de coña*.

—Sabes que puedes contar conmigo para todo, ¿no? Pero también sé que te cuesta pedir ayuda. Solo... no te hagas la valiente demasiado, ¿vale?

Suelto un suspiro y asiento despacio.

—Prometido. Pero de verdad, no hay de qué preocuparse.

Ella no parece convencida. Y, si soy sincera, ni yo misma me lo creo del todo.

Pero tengo que intentarlo. No quiero preocuparla más de lo necesario.

Clara entrecierra los ojos, como si estuviera intentando descifrar si voy de farol. Y lo peor es que seguro que lo está haciendo.

El ascensor llega al último piso y se abre con ese sonido suave y moderno que solo tienen los edificios bien diseñados. Todo en el

vestíbulo del piso de Clara parece sacado de una revista de decoración de esas que muestran salones impolutos con velas aromáticas encendidas, como si nadie viviera realmente allí. Minimalista, elegante, con ese toque caro que solo tienen los sitios en los que se paga un alquiler con muchos ceros.

Huele a madera y a algo más. A algo cálido, sofisticado. Todo está en armonía, como si Clara hubiera dejado su huella personal en cada rincón, con ese gusto suyo que mezcla lo sencillo con lo chic sin esfuerzo aparente.

Nos dirigimos a la puerta del apartamento y Clara saca las llaves con la misma seguridad con la que se pone el eyeliner: firme, decidida, impecable.

—Ya verás, va a ser un buen finde, te lo prometo.

Y justo en ese momento...

Vibración en el bolsillo del abrigo.

Lo saco, frunzo el ceño. Número oculto. De esos que aparecen sin prefijo, sin ubicación, sin ninguna pista de quién puede estar llamando.

—¿Quién será? —murmuro, sin quitarle ojo a la pantalla. No espero ninguna llamada, y menos a estas horas.

—Pues cógelo y lo averiguamos —dice Clara, encogiéndose de hombros, como si fuera lo más lógico del mundo.

—No sé… tiene mala pinta —confieso, sintiendo ese escalofrío en la nuca que solo me da cuando algo no cuadra. Algo instintivo. De tripa.

Y entonces, sin previo aviso, Clara me arrebata el móvil con la rapidez de un ninja entrenado en robar teléfonos a amigas inseguras.

—Venga, a ver quién es. Puede que sea Álex arrepentido —suelta Clara con ese tono suyo de *esto va a estar divertido*.
Y antes de que pueda decirle que no, le da a descolgar y pone el altavoz.
—¿Hola? ¿Quién es?

Silencio.

Pero no el típico silencio de alguien que duda, no.
Es otro tipo de silencio.
Un silencio raro.
Un silencio de esos que te ponen la piel de gallina.
De los que parecen esconder algo detrás.

Y entonces lo oigo.

Respiración.
Lenta.
Profunda.
Juro que el estómago se me encoge al instante.

Miro a Clara. Ella me devuelve la mirada con los ojos muy abiertos, mezcla de sorpresa y desconcierto.
—¿Hola? —insiste, esta vez sin rastro de gracia. Tensa.

Nada.
El silencio se alarga, se espesa.
Cada segundo pesa más que el anterior.
Noto cómo el pecho se me aprieta, cómo algo dentro de mí empieza a revolverse.

Una punzada de ansiedad se instala en mi estómago como una piedra.

Y de repente…

Click.
La llamada se corta.

Así. Sin más.

Nos quedamos en el pasillo, congeladas, con el móvil en la mano y la pantalla en negro.
La sensación es clara: algo no cuadra.

—¿Qué demonios? —suelta Clara al fin, mirándome incrédula—. Esto ha sido... muy raro.

Yo no digo nada.
Mi mente va a mil.
No reconozco esa respiración, no sé quién podría ser, pero hay algo en mi cuerpo que no me deja pasar página tan fácil.

—¿Me tengo que preocupar? —pregunto, sintiendo cómo esa incomodidad sutil se va apoderando de mí.

Clara me devuelve el teléfono con un movimiento rápido, serio, pero decidido.
Y antes de que pueda decir nada más, empuja la puerta de su apartamento.

—Olvídate de eso por ahora —dice, con ese tono que mezcla firmeza y cariño—. Estás aquí para desconectar, ¿recuerdas? Nos esperan un montón de cosas buenas. Y hoy es *nuestro* día.

Intento sonreír.
O al menos aparentarlo.

Pero esa sensación extraña sigue ahí.
Como una punzada silenciosa.
Como cuando tienes algo entre los dientes y, por más que pases la lengua, no consigues sacarlo.

CAPÍTULO 5

Son las cinco de la tarde y Clara ya está en modo huracán. Ni por un segundo se le pasa por la cabeza dejarme descansar.
Me arrastra hasta su cocina como quien arrastra a una amiga borracha a casa después de una noche de fiesta, solo que yo estoy perfectamente sobria… y demasiado cansada para resistirme.

Ha colocado dos taburetes de diseño junto a la isla, dejando claro que el sofá no es una opción válida.
—Siéntate aquí —ordena con una sonrisa, mientras saca dos cervezas de la nevera. Me pasa una sin preguntar.
No hace falta. Sabe que la necesito.
Clara siempre ha tenido esa intuición.

Alexa empieza a sonar de fondo, y en cuestión de segundos, *I wanna be your girlfriend* de Girl in red llena el espacio con esa vibra que es puro Clara: relajada, intensa, imposible de ignorar.

Yo simplemente me dejo llevar.

La música, la cerveza, las historias de Clara… todo me envuelve como una manta calentita en pleno invierno.

Siento que han pasado años desde la última vez que estuvimos juntas en el pueblo, pero en realidad solo han pasado unos meses.

Meses en los que su vida ha dado un giro de guion tan brusco que parece otra película.

—¿Quieres saber lo que es vivir en Madrid diez años más tarde? —pregunta, con ese brillo en los ojos que le sale cada vez que está a punto de soltar algo jugoso.

No espera respuesta. Sabe que siempre quiero saber más de su vida.

—Pues mira… —dice, dándole un trago a su cerveza—. Tengo un vecino que me tiene la cabeza un poco... revuelta. No es el típico tío de gimnasio, nada de eso. Es más bien bohemio, de esos que te miran con una chispa misteriosa en los ojos.

Hace una pausa dramática. Clara vive para las pausas dramáticas.

—Pelo algo alocado, barba de cuatro días y una actitud que te atrapa. Vive dos pisos más abajo y cada vez que lo veo pasar, me pregunto si estará viajando por el mundo o simplemente aquí, atrapado en sus pensamientos. Tiene ese rollo que me fascina… desenfadado, pero con aire de *odio el sistema aunque no renuncio a un buen café de especialidad*.

Se inclina un poco hacia mí, como si estuviera a punto de soltar la mejor parte.

—En serio. Sus ojos. Negros. No se olvidan. Está lleno de cosas, de historias que no te contaré ahora… pero que me encantaría descubrir.

Me quedo mirándola, intentando decidir si está describiendo a un vecino o al protagonista de su próxima historia de amor.
Pero claro, siendo Clara… todo es posible.

Río por lo bajo mientras la escucho hablar con tanto detalle.
No puedo evitar imaginarlo en mi cabeza, casi como un personaje de novela. Uno de esos que parecen demasiado interesantes para ser reales, pero que, con la forma en que Clara los cuenta, se sienten como si fueran parte de nuestra vida desde siempre.

—Y luego está mi trabajo —suelta de repente, cambiando de tema sin perder ese tono de emoción—. El mundo de los eventos de marcas es una locura. Te lo juro, no tengo tiempo para nada, pero me encanta.

Da un sorbo a su cerveza y apoya el codo en la encimera con ese gesto teatral tan suyo.

—Es un subidón estar metida en todo eso, aunque las invitaciones a fiestas… —hace un gesto con la mano, como espantando algo—. *Too much*. Al final me siento como si viviera en una película donde las luces y los focos nunca se apagan.

Hace una pausa.

—Pero lo peor es que nunca tienes tiempo para disfrutar de nada, porque siempre hay algo más. Otra reunión, otro evento, otra noche. Eso sí, el estrés y la adrenalina hacen que todo valga la pena.

La escucho, hipnotizada por su entusiasmo.
La cocina huele a cerveza fría, la música flota en el aire y nuestras risas se mezclan con el ritmo de la canción.
Es ese tipo de momento que no parece importante en el instante, pero que luego recuerdas con cariño.

Clara siempre ha vivido a un ritmo acelerado.
Pero es *su* ritmo.

Y aunque ahora mismo su vida sea el polo opuesto a la mía, no puedo evitar dejarme contagiar por su energía.

Nos quedamos ahí, riendo, charlando de todo y de nada, mientras el sol de la tarde empieza a apagarse tras los edificios.
Mientras la escucho, siento que mi vida está en pausa.
Por un rato, el mundo se vuelve más liviano.

Ya no me importa si mis proyectos siguen sin encajar, si el futuro es un gran signo de interrogación o si mi vida parece un puzle con piezas que no terminan de cuadrar.
Solo me dejo llevar, como siempre hago con Clara.
Con esa confianza tan natural que no necesita palabras para entenderse.
Con ella puedo olvidarme de todas las dudas, los miedos, el caos de los últimos meses.

Y eso, ahora mismo, ya es suficiente.

Clara me mira con intensidad. Esa mirada que conozco de sobra. Esa que dice *ya está bien de esquivar el tema, bonita*.

Sé que no puedo escaparme más. Y ella lo sabe también.

—Júlia, ya basta de rodeos —suelta, cruzándose de brazos. Su tono es firme, pero cariñoso. Como solo ella sabe ser—. Quiero que te sinceres. Cuéntamelo todo, sin filtros. Ya no tienes que cargar con esto sola. Saca todo lo que tienes dentro y libérate, porque lo que pasó con Álex… eso no puede quedarte dentro.

Siento su mirada sobre mí y, por un instante, me dan ganas de hacerme pequeñita.

Pero sé que tiene razón.

Es hora de hablar.

De dejar de guardarme las cosas. De darle un nombre a esta sensación extraña que me invade desde que todo se fue al garete con Álex.

—Fue… —empiezo, buscando las palabras—. Fue el tipo de ruptura que te agarra por sorpresa, ya sabes.

Clara no dice nada. Solo espera.

—Me dijo que ya no sentía lo mismo. Que me quería, pero solo como amiga.

La palabra *amiga* me sabe amarga. Seca. Injusta.

—No entendí nada al principio, Clara. Ni siquiera quise entenderlo. Él decía que lo nuestro se había convertido en una amistad, que no había pasión, ni ganas, nada… Solo una costumbre.

Clara asiente despacio. Como si en el fondo ya lo supiera. Como si necesitara escucharlo de mi boca para poder soltar el juicio.

Y entonces me lanza una pregunta que me descoloca por completo.

—¿Tú crees que hay alguien más?

Así. Sin rodeos.

Me mira directo a los ojos, como si quisiera bucear en mis dudas y sacarlas a la superficie.

Me quedo en blanco.

No quiero pensar en eso. No quiero imaginar a Álex siendo capaz de traicionarme de esa manera.

Pero la duda está ahí.
Latiendo.

—Lo he pensado —admito en voz baja, bajando la vista.

Y ahí está. Dicho en voz alta.

—Aunque él nunca dijo nada… había algo en él que había cambiado.

Tomo aire.

—Estos días, reflexionando, me doy cuenta de que nos habíamos distanciado mucho. Que el sexo dejó de ser una prioridad. Era como si fuéramos amigos… pero de esos amigos que comparten un espacio, pero no un amor.

Me muerdo el labio, sintiendo el peso de mis propias palabras.

—Y aunque la duda me carcomía, en sus ojos vi algo… como si estuviera diciendo la verdad, Clara. Como si realmente no quedara nada entre nosotros.

El silencio se instala entre nosotras. Pesado. Necesario.

Clara me observa. No con lástima, sino con esa lucidez suya que a veces me incomoda y otras veces me salva.
Y sé que ahora viene su verdad.

Y yo… yo siento que acabo de soltar un peso que llevaba demasiado tiempo cargando sola.

Clara permanece en silencio unos segundos, dejando que mis palabras floten en el aire. No me interrumpe, no intenta suavizarlo. Solo espera. Como si supiera que aún hay más por decir.

Y entonces lanza la pregunta más dolorosa de todas.

—¿Y la casa? ¿Dónde está Álex ahora? ¿Habéis hablado después de ese día?

El nudo en mi estómago se aprieta con fuerza.

Después de la ruptura, lo único que me queda es un vacío enorme, la incertidumbre... y ese maldito silencio que se instaló como un huésped no deseado en mi vida.

—No, Clara. No hemos vuelto a hablar —respondo, sintiendo cómo la voz se me quiebra—. Me duele. Me duele mucho.

Trago saliva, intentando mantenerme firme, pero la rabia y la tristeza me hierven por dentro.

—Ocho años compartiéndolo todo, y él… él simplemente desaparece. Como si no importara. Como si *yo* no importara.

Noto cómo se me humedecen los ojos, pero no lloro. Ya he llorado bastante. Lo que siento ahora no son solo lágrimas. Es decepción. Es rabia. Es cansancio.

—Eso es lo que más me jode, ¿sabes? —digo, bajando la voz—. No sé ni qué pensar. Es como si todo lo que fuimos se hubiera ido por la borda. Así, sin más.

Clara sigue en silencio, dándome espacio. No me presiona. No me consuela. Solo me escucha. Y eso, ahora mismo, es justo lo que necesito.

—Pero… —continúo, tomando aire— he encontrado algo que me da un poco de esperanza.

Levanto la mirada. Veo su expresión atenta, expectante.

—Un apartamento. Pequeño, pero acogedor. Lo vi el otro día y... no sé. Me hizo sentir bien. Tiene una vibra tranquila. Como de empezar de cero.

Busco sus ojos.

—Te gustaría, Clara. Te lo prometo.

Y entonces sonríe. Esa sonrisa suya, amplia, sincera, que siempre consigue hacerme sentir que todo va a ir bien.

—Eso es justo lo que necesitabas, Júlia —dice, con esa seguridad suya que siempre me contagia—. Sabía que en cuanto te quitaras esa nube de encima, algo bueno iba a pasar. Te lo mereces.

Me siento más ligera. Como si el peso de estos últimos meses por fin empezara a disiparse.

—¿Te importa si me doy una ducha y luego salimos a dar una vuelta? —pregunto, sintiendo una necesidad urgente de aire fresco, de movimiento, de algo nuevo.

Clara asiente con entusiasmo, como si llevara todo el día esperando que dijera justo eso.

—Esa es la Júlia que quería ver.

El vapor caliente todavía flota en el aire cuando salgo de la ducha. Me envuelvo en la toalla y me quedo un momento quieta, disfrutando del calor sobre mi piel.

Abro la maleta y rebusco algo cómodo, pero que me haga sentir bien. Algo que, al mirarme en el espejo, me recuerde que sigo aquí, que todavía soy yo.

Elijo unos vaqueros ajustados y un jersey de punto fino en color burdeos. Un poco de rímel, un toque de pintalabios color vino, y lista.

Me miro en el espejo.

Y por primera vez en días, me reconozco.

—Vámonos ya, anda, que nos cierran los bares —me apura Clara desde el salón.

Me río mientras me pongo los botines.

—Como si en Madrid cerraran pronto…

Salimos del edificio y la noche madrileña nos envuelve.

Las luces de Navidad siguen encendidas, parpadeando sobre las calles llenas de vida. Ese bullicio tan Madrid: gente que ríe, que habla alto, que camina deprisa, pero siempre encuentra tiempo para una caña o un vino en cualquier esquina.

Caminamos hasta Malasaña, ese barrio donde las paredes cuentan historias y cada bar tiene alma propia.

Encontramos una terraza pequeña y nos acomodamos entre el murmullo de conversaciones y el sonido de copas chocando.

—Dos vinos blancos, por favor —pide Clara, sin dudar.

Y mientras esperamos, con el frío de diciembre acariciándonos la piel y el rumor de la ciudad llenando los silencios, sé que esta noche es justo lo que necesitaba.

Que estar aquí, ahora, con Clara y con un vino en la mano, es la mejor forma de recordarme que la vida sigue.

Que *yo* sigo.

—¿Te acuerdas de cuando salíamos por aquí? —pregunto, girando la copa entre los dedos, con una sonrisa medio nostálgica.

—¿Cómo olvidarlo? Si casi no sobrevivimos a algunas noches.

Reímos. Esa risa que solo compartes con alguien que ha estado ahí desde siempre.

Pedimos algo para picar: unas croquetas caseras y unas patatas bravas. Básico, pero reconfortante. Como nosotras.

La conversación fluye como el vino. Suave, sincera, sin esfuerzo.

—¿Sabes qué he estado pensando? —empiezo, mientras observo a la gente que pasa por la calle, cada uno con su vida, su historia, su velocidad—. ¿Por qué sentimos esa presión constante de tener la vida perfecta? La casa perfecta, la pareja perfecta, el trabajo perfecto…

Clara se acomoda en la silla, con esa chispa traviesa en los ojos que le sale cuando algo le remueve por dentro.

—Porque nos han vendido esa idea desde siempre. Que a los treinta ya deberíamos estar casadas, con hijos, hipoteca firmada y perro que no suelta pelo.

Se queda callada unos segundos, como si masticara una idea.

—Y aquí estamos —digo, levantando la copa—. Sin anillo, sin hijos y sin hipoteca.

—Pero con vino —ríe Clara, brindando conmigo.

—Y con libertad —añado, sonriendo.

Clara me observa, y por un momento, su sonrisa se apaga un poco. Baja la mirada y la vuelve a subir, como si estuviera dudando entre decirlo o no.

—Mira, Júlia… yo no cambiaría mi vida por nada. Me encanta mi trabajo, conocer gente, moverme entre eventos, aprender de todo... Pero a veces también pienso… ¿y si me estoy perdiendo algo?

—¿El qué? ¿Cambiar pañales?

—¡Exacto! —Clara se echa a reír—. No sé. No digo que quiera eso ahora, pero… ¿y si un día me arrepiento?

Suelto un suspiro.

—Creo que todas lo pensamos alguna vez. Pero, sinceramente, ahora mismo no me veo en ese papel. No es miedo al compromiso, es que me encanta lo que hago, y me siento bien así.

—La gente habla mucho de "estabilidad", pero… ¿qué es eso en realidad? ¿Acaso nosotras no estamos estables? Tenemos trabajo, pagamos nuestras cosas, somos independientes. ¿Por qué solo cuenta si hay una pareja al lado?

—Exacto. Y te digo algo más: estoy harta de que la sociedad nos haga sentir que estamos incompletas.

Clara me mira con esa expresión entre ternura y orgullo.

—Brindemos por eso. Por estar incompletas y ser felices.

—Por nosotras.

Las copas tintinean, y por un momento, toda esa presión se esfuma. Nos quedamos ahí, en esa pequeña terraza de Malasaña, con el vino, las croquetas y la certeza de que, aunque el mundo siga girando a su ritmo, nosotras estamos justo donde tenemos que estar.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto? —dice Clara, dejando la copa en la mesa, con una media sonrisa dibujada en los labios.

—¿Qué? —pregunto, alzando una ceja.

—Que todavía podemos hacer lo que nos dé la gana. Si mañana quiero mudarme a otro país, puedo hacerlo. Si tú quieres reinventarte, también. No estamos atadas a nada.

Me quedo pensativa.

Tiene razón.

—Me he pasado semanas sintiéndome perdida por culpa de Álex, como si me hubieran arrancado el suelo bajo los pies. Pero… ¿y si esto es solo el principio de algo mejor?

—Claro que lo es. Ese piso que has encontrado es solo el primer paso.

—¿Sabes qué? Me muero de ganas de decorarlo. Llenarlo de plantas, poner alfombras bonitas, colgar láminas con frases cursis… hacerlo mío, de verdad.

—¡Así se habla! Y cuando termines, me invitas a un vino en tu nueva casa. Y si hay mantita, mejor.

Reímos.

La noche sigue avanzando, y aunque el frío de Diciembre sigue ahí fuera, la calidez de la conversación lo hace casi imperceptible.
Clara se estira en la silla, mirando las luces que adornan la calle.

—¿Vamos a dar un paseo? Me apetece caminar un poco antes de volver.

Asiento sin pensarlo.

Volvemos a casa caminando entre risas, con ese andar torpe y despreocupado que solo provocan el vino, la confianza y las ganas de alargar un momento bonito.
Las luces de Navidad siguen iluminando las calles, pero ahora todo se siente distinto. Más cálido. Más nuestro.

Nos reímos por cualquier tontería, como cuando Clara casi se come el bordillo.

—¡Madre mía, menos mal que no llevas tacones! —me burlo, sujetándola del brazo antes de que se vaya de bruces.

—¡Cállate! Que si me caigo, caes conmigo —responde, tirando de mí entre carcajadas.

Subimos las escaleras del edificio a trompicones, todavía riéndonos, y al entrar en casa nos recibe ese silencio cómodo y envolvente que solo tiene un hogar cuando sabes que estás en buena compañía.

Clara deja las llaves sobre la encimera y se estira con un suspiro.

—¿Sabes qué? Me alegra que hayas venido, Júlia. Ya era hora de que te escaparas un poco de todo.

Sonrío mientras me quito los botines.

—Y yo necesitaba exactamente esto.

—Gracias por insistir. No sabía cuánto lo necesitaba hasta ahora —le digo, con la voz un poco más bajita, como si las emociones se me colaran entre las palabras.

Clara me mira con una sonrisa tranquila, de esas que abrazan sin necesidad de tocarte.

—Para eso estamos las amigas. Para recordarte lo increíble que eres cuando tú lo olvidas.

Me acerco y la abrazo con fuerza, como si ese gesto pudiera compensar todos los días en los que me he sentido sola.

—No sé qué haría sin ti.

Clara sonríe.

Después de eso, cada una se va a su habitación.

Me meto en la cama, sintiendo cómo las sábanas suaves y el silencio de la noche me envuelven. Ya estoy acomodándome entre las almohadas cuando Clara asoma la cabeza por la puerta, con su

moño despeinado y esa expresión de *se me ha quedado algo en el tintero*.

—Oye… ¿le has contado algo a tu hermana?

Me quedo en silencio unos segundos. No porque no sepa la respuesta, sino porque me cuesta admitirla.

—No. A Marina no le he dicho nada todavía. Supongo que no quiero preocuparla.

Clara asiente despacio, sin juzgar.

—Bueno… cuando estés lista, lo harás. Y si no, ya sabes que aquí estoy yo.

—Lo sé. Buenas noches, Clara.

—Buenas noches, valiente.

Apago la luz.

Y en medio de esa oscuridad cálida, con el corazón más ligero y el alma un poquito más en paz, sonrío.

Siento que todo, poco a poco, va a estar bien.

CAPÍTULO 6

La luz de la mañana se cuela tímidamente por las cortinas del dormitorio, como si tampoco tuviera muchas ganas de empezar el día.
Despierto despacio, con la cabeza un pelín pesada —maldito vino—, pero con esa sensación reconfortante que solo deja una noche de risas, confesiones y croquetas.
Escucho el agua de la ducha correr en el baño. Clara ya está en marcha. Obvio.

Me estiro como un gato perezoso entre las sábanas, disfrutando del calorcito un minuto más, como si el edredón fuera una excusa válida para retrasar la vida.
Al pasar frente al espejo, me miro de reojo. Ojeras suaves, cara un poco hinchada, pero nada grave. Nada que un poco de hidratante, algo de maquillaje y una actitud renovada no puedan solucionar.

—¡Júlia, muévete! —grita Clara desde el baño—. ¡Hoy es día de guerra!

Suelto una carcajada.
Guerra no sé, pero con Clara de comandante, cualquier plan se convierte en una misión.

Rebusco algo cómodo en la maleta antes de meterme en la ducha. Agua caliente, jabón de olor caro y a vida de Pinterest. Por un rato,

dejo que el vapor se lleve lo que queda de cansancio emocional.

Salgo envuelta en la toalla como si fuera una diva en backstage. Clara ya está lista: moño despeinado estratégicamente perfecto, conjunto deportivo digno de editorial de moda y esa sonrisa suya que te dice te vas a cansar, pero te lo vas a pasar bien.

—¿Lista para conquistar el mundo? —me dice, levantando una ceja con mirada de reto.

—Lista para sobrevivir a tu energía —respondo entre risas.

Nos preparamos rápido y salimos a la calle.

Madrid ya está despierta, vibrando como solo sabe hacerlo un sábado por la mañana: con gente que camina deprisa aunque no tenga prisa, terrazas que se montan a toda velocidad y ese olor a café recién hecho mezclado con pan tostado que debería estar patentado como antidepresivo natural.

Desayunamos en un café acogedor, de esos con mesas de madera reciclada, plantas colgantes y camareros tatuados que recomiendan el flat white como si fuera arte líquido.

Pedimos café con leche y unas tostadas con aguacate —porque una cosa es reinventarse emocionalmente, y otra muy distinta es saltarse el desayuno de influencer.
Y ahí estamos, con el sol acariciándonos la cara, el café calentándonos las manos y la vida dándonos, por fin, un respiro.

—Hoy no hay excusas, Júlia —dice Clara mientras aplasta el aguacate sobre la tostada como si estuviera declarando una guerra personal contra mis inseguridades—. Vamos a encontrarte el vestido perfecto para esta noche.

—Clara, tampoco necesito algo tan… espectacular —protesto, pero sin convicción.

Ella me lanza una mirada que es puro "ni lo intentes".

—Perdona, ¿vamos a salir y pretendes no brillar? No. Eso no va a pasar. Hoy te vas a ver increíble. Punto.

Suspiro, pero no puedo evitar sonreír. Me conoce demasiado bien.

—Vale, pero nada demasiado llamativo, ¿eh?

—Confía en mí. Sexy, pero elegante. Como tú.

Y sé que no tengo escapatoria.

Terminamos el desayuno entre bromas y bocados, y nos lanzamos a la caza. Clara en modo personal shopper profesional, yo en modo víctima voluntaria.
Recorremos tiendas de pequeñas marcas, de esas que tienen ropa con alma, con historia. Piezas únicas que te gritan: “esto no lo vas a ver en Zara”.

Clara no para de empujarme fuera de mi zona de confort. Con cada percha que me pasa, me obliga a mirar un poquito más de cerca a esa versión de mí que llevaba tiempo dormida.

—Pruébate este —dice, alzando un vestido negro ajustado con la espalda completamente descubierta.

—¿Clara… en serio?

—Sí. Y estas botas también.

Me meto al probador con más dudas que entusiasmo, pero en cuanto me lo pongo y me miro al espejo...

Boom.

La tela me abraza justo donde tiene que abrazar. Me giro y ahí está: la espalda al descubierto, como una promesa silenciosa. Es sexy, sí, pero sin cruzar esa línea que incomoda. Clara tenía razón. Otra vez.

—¿Y bien? —pregunta desde fuera, impaciente como una niña en la mañana de Reyes.

—Me lo llevo —respondo, saliendo con una sonrisa que no me visitaba desde hacía semanas.

—¡Sabía que lo lograríamos! —exclama, y chocamos las manos como si acabáramos de ganar una batalla épica contra el desánimo.

Salimos de la tienda con varias bolsas colgando de los brazos, riéndonos como dos adolescentes que acaban de comprar su primer vestido de fiesta.

—Esta noche vas a romper corazones, Júlia.

Sonrío, sintiéndome distinta. Más yo. Más viva.

—O al menos, pasarlo bien. Y con eso me basta.

Clara me pasa un brazo por los hombros, en uno de esos abrazos suyos que valen más que todas las frases motivacionales de Instagram juntas.

—Hoy va a ser una noche para recordar.

Le creo.

Siento una vitalidad que hacía tiempo no experimentaba. Como si, de pronto, alguien hubiera abierto las ventanas de mi vida y hubiese entrado aire fresco.
Las calles se despliegan ante nosotras como un abanico de posibilidades, y Clara y yo estamos dispuestas a explorarlas todas. Literal y metafóricamente.

Seguimos recorriendo tiendas con ese entusiasmo que solo se tiene cuando la ropa bonita y la autoestima empiezan a caminar de la mano. Me atrevo con prendas que hacía meses —vale, años— no me ponía. Cambio los jerséis holgados por tops ceñidos que realzan mi figura sin asfixiarla.
Y sí, me acuerdo de que unos buenos tacones siempre son el toque final perfecto.
Me hago con unos que combinan elegancia, comodidad… y el poder de pisar fuerte.
Literal y metafóricamente.

Cuando nuestras manos ya no pueden con una bolsa más —ni física ni emocionalmente— decidimos regresar al apartamento de Clara para dejar nuestras compras y, de paso, soltar el cansancio que se nos ha ido colando en los hombros.

Porque tenemos una cita sagrada: el spa del Four Seasons Hotel Madrid.
Un lugar de esos que no solo prometen lujo, sino que te lo sirven envuelto en toallas calientes y aceites esenciales.

Nada más entrar, un aroma suave a cítricos y lavanda me sacude por dentro, bajándome las revoluciones como si alguien pulsara un botón invisible.
Los tonos cálidos de la iluminación parecen susurrarme al oído: *relájate, que ya era hora*.

Clara y yo nos miramos, cómplices. No hace falta decir nada. Las dos sabemos que esto es justo lo que necesitábamos. Lo que merecíamos.

Nos reciben con toallas calientes y una infusión de jengibre con limón que, honestamente, sabe a gloria bendita. Siento cómo el primer sorbo recorre mi cuerpo como un abrazo interno, y es como si algo dentro de mí se desbloqueara.
Y ahí lo veo claro: hace demasiado que no me cuido.

Desde la ruptura, todo ha sido un vaivén emocional, una montaña rusa sin cinturón de seguridad, entre el trabajo, el insomnio y esa constante sensación de estar siempre un paso por detrás. Estoy agotada. Y mimarme, aunque sea solo un poco, es un lujo que he ido postergando como si no tuviera importancia. Como si *yo* no importara.

Primero, el masaje. Lavanda, romero y manos expertas que encuentran cada nudo de tensión en mi espalda, incluso esos que ya daba por parte fija de mi arquitectura corporal.
Cierro los ojos y me dejo ir.
La música suave, la calidez de las manos sobre mi piel, el aroma relajante… Es como si, poco a poco, me estuviera devolviendo a mí misma.

Después viene el tratamiento facial: exfoliación con ácidos naturales y mascarilla de arcilla blanca. No sé si estoy rejuveneciendo o ascendiendo a otro plano de existencia.
Y entonces, como si el vapor abriera también los poros del alma, me hago la gran pregunta:

¿Por qué no he hecho esto antes?

¿Por qué he priorizado siempre todo lo demás por encima de mí? El trabajo. La pareja. El deber. Las listas interminables.
Como si cuidarme fuera un lujo y no una necesidad.

Para terminar, vamos al circuito de agua. Y ahí, sumergida en las aguas templadas, con las burbujas masajeándome hasta el alma, siento cómo cada parte de mi cuerpo —y de mi cabeza— empieza a aflojar.
Cierro los ojos y me permito simplemente estar.
Sin hacer.
Sin pensar.
Sin planear.
Solo estar.

Siempre he creído que la estabilidad es tenerlo todo en orden: una casa acogedora, un buen trabajo, una pareja con la que compartirlo. Así me han educado. Así lo vi en casa. En los cuentos. En las películas.

Pero… ¿y si no es así?
¿Y si la estabilidad es otra cosa?
¿Y si la estabilidad es, simplemente, poder respirar tranquila?
Sentirme cómoda conmigo misma, aunque el resto esté patas arriba.

De repente, estar aquí, rodeada de vapor, luces tenues y silencio, me hace darme cuenta de algo importante:
mi vida no se ha ido a la mierda por completo.

Vale. No tengo pareja.
Mi trabajo pende de un hilo fino como el encaje caro.
Y mi casa… bueno, son un par de cajas y un sofá por montar.

Pero, ¿y si eso no es un fracaso?
¿Y si es una oportunidad?

He estado tan obsesionada con construir el futuro perfecto, que se me ha olvidado algo muchísimo más importante:

puedo empezar de cero.
Puedo construir algo nuevo.
Algo distinto.
Algo que sea solo mío.

El masaje me ha dejado una ligereza física, sí, pero lo que siento ahora va mucho más allá.
Como si también me hubieran tocado un punto exacto en el pensamiento, en la forma de mirar mi historia.

Suspiro y abro los ojos.
Observo las luces reflejadas en el agua, ese vaivén suave que parece susurrarme respuestas.

Miro a Clara. Está a mi lado, con los ojos cerrados, completamente entregada al momento. Ni un músculo tenso, ni una preocupación asomando por la comisura de sus labios. Como si hubiera nacido para flotar en aguas templadas con aroma a lavanda.

Ella siempre ha sido así. Valiente.
Se lanza de cabeza a la vida sin pensarlo demasiado, sin hacer listas mentales de pros y contras, sin miedo a que algo no salga como esperaba.

Y quizá eso es justo lo que necesito aprender yo.
Quizá la estabilidad no sea una meta.
No sea una casa perfecta, ni una relación duradera, ni una cuenta bancaria sin sustos.
Quizá la estabilidad sea *esto*.
Aquí. Ahora.

Sonrío. Me hundo un poco más en el agua, dejando que las burbujas me abracen y me recuerden que la vida también puede ser ligera.

Que, a veces, solo hay que parar. Respirar.
Y no hacer absolutamente nada más.

Salimos del spa sintiéndonos como nuevas.
Y no es una frase hecha. Es una verdad como un templo.
Caminamos por la calle como si flotáramos, con el pelo aún húmedo, la piel resplandeciente y una paz interior que, sinceramente, no sabía que se podía conseguir sin mudarse a Bali.

—Clara, creo que podría acostumbrarme a vivir así —digo, estirando los brazos con dramatismo—. Un par de masajes a la semana, tratamientos faciales… y, quién sabe, igual me reconvierto en una influencer de bienestar.

Clara suelta una carcajada y se echa el pelo hacia atrás como si estuviera protagonizando una campaña de champú.
—Claro, Júlia. Te veo subiendo historias de tu rutina matinal mientras tomas un té matcha.
—Oye, no lo descartes. Pero sin té, ¿vale? Que eso sabe a césped recién cortado.

Nos reímos. Esa risa fácil, limpia, de las que no necesitan contexto. La que te aligera el cuerpo sin darte cuenta.

Seguimos caminando hacia su apartamento, envueltas en una calma deliciosa, como si el mundo se hubiese desacelerado por arte de spa. El tráfico empieza a espesar las calles, pero nosotras vamos a otro ritmo, en nuestra burbuja.

Hasta que el teléfono de Clara vibra en su bolsillo.

—¡Ahí está! —exclama, sacando el móvil con una emoción que parece navideña.

La miro de reojo, y en ese segundo exacto, mi recién estrenada paz interior decide evaporarse como el vapor de las saunas del Four Seasons.

—¿Es la ubicación? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

Clara asiente, con una sonrisilla de esas que huelen a travesura.
—Sí, señorita. Calle Serrano. Número prohibitivo. Ya sabes… zona VIP.

Y, de pronto, el nudo en el estómago. Chiquitito, pero matón.

Serrano. Estupendo. Lo que me faltaba: meterme en un local lleno de gente que lleva bolsos que valen lo mismo que tres meses de alquiler, bebiendo cócteles con espuma de jengibre fermentado y hablando de inversiones en palabras que ni sabría escribir.

—Clara… —empiezo con tono de súplica—, ¿segura de que no preferimos un bareto de los de toda la vida? Tapas, cañas, servilletas por el suelo… gente normal.

Pero Clara ya niega con la cabeza antes de que termine la frase.
—Ni hablar. Júlia, una noche fuera de tu zona de confort no te va a matar. Te prometí una noche inolvidable. No pienso fallarte.

Resoplo. De esos suspiros largos, con dramatismo incorporado y resignación de serie.
—Vale, pero necesito datos. ¿Temática? ¿Música? ¿Qué tipo de fauna social me voy a encontrar? ¿Gente de nuestra edad o adolescentes bailando reguetón con coreo de TikTok?

Clara se encoge de hombros como si eso fuera lo más divertido del plan.
—Ni idea. Solo sé la hora y el sitio. El resto… sorpresa.

—¿Sorpresa? Me estás diciendo que vamos a una fiesta secreta, en la calle más pija de Madrid, sin saber ni lo que nos vamos a encontrar. ¿Y eso te parece normal?

Ella sonríe, feliz como una niña con un caramelo enorme.
—No. Y por eso va a ser memorable.

Y ahí estoy yo. Sin expectativas, con un vestido negro en una bolsa, el estómago encogido… y unas ganas que no sé si son miedo o curiosidad. Quizá las dos cosas.

Quizá esta noche marque un antes y un después.
Quizá sea un desastre.
O quizá —solo quizá—, me descubra en un sitio donde nunca pensé encontrarme.

—Ay, Dios mío… —susurro, tapándome la cara con las manos como si eso pudiera protegerme del mundo.

—Relájate, Júlia. Esto es Madrid. Aquí todo puede pasar, y ese es el punto —dice Clara, con esa seguridad suya que a veces me saca de quicio… y otras, me salva la vida.

La miro, frunciendo el ceño.
—Lo dices como si eso fuera algo bueno.

—Lo es. Y en cuanto estés dentro, con una copa en la mano, la música en el cuerpo y ese vestido de infarto, me lo vas a agradecer.

Suspirito dramático. Muy yo.
Pero hay una parte, escondida entre todos mis miedos y listas mentales, que empieza a latir más fuerte.
Una parte que se siente viva.

CAPÍTULO 7

El apartamento de Clara parece otro.
Hay una energía distinta, casi eléctrica, como si las paredes supieran que algo grande está a punto de pasar.
La música suena de fondo: una playlist cuidadosamente elegida entre temazos nostálgicos y ritmos actuales, de esas que invitan a bailar frente al espejo con la brocha de maquillaje como micrófono. Nos movemos de un lado a otro, ultimando detalles.

El tocador del vestidor parece el backstage de una pasarela: brochas, paletas de sombras, pintalabios abiertos, perfumes caros, joyas desparramadas… Como si hubiéramos saqueado una tienda de lujo y lo hubiéramos hecho con absoluta elegancia.

Me planto frente al espejo de cuerpo entero.
Deslizo las manos por mi vestido negro nuevo. Se ciñe a mi cuerpo como si hubiera nacido para mí. Resalta mis curvas con la dosis justa de atrevimiento, sin perder ese aire elegante que me hace sentir poderosa.

La tela es suave, como una caricia. El cuello alto compensa la osadía de la espalda descubierta, creando una mezcla perfecta entre sofisticación y sensualidad. Las medias semi oscuras aportan un punto misterioso, y los botines de piel con tacón estilizado rematan el look con una frase muda pero rotunda: *aquí estoy yo*.

Respiro hondo mientras me recojo el pelo en un moño desenfadado —pero cuidadosamente planeado—, dejando caer un mechón ondulado sobre la frente. Añado un toque más de iluminador en los pómulos y repaso mis labios en rojo vino.

Me miro.
Y me reconozco.
O quizá no.
Quizá reconozco una versión de mí que había estado demasiado tiempo dormida. Y ahora está despertando.

—Dios, Júlia… —escucho la voz de Clara a mi espalda—. Estás impresionante.
Me giro. Nuestros ojos se cruzan en el reflejo.

Ella también está deslumbrante.
Luce unos pantalones de pinza negros que se ajustan como un guante a su cintura y caen con elegancia sobre sus caderas. El top plateado cae con fluidez sobre su torso, con un escote pronunciado que deja poco a la imaginación por delante y absolutamente nada por detrás. Encima, una blazer entallada que le da ese aire sofisticado sin restarle ni un gramo de actitud.
El pelo liso, suelto, perfecto. Los labios nude. Los ojos delineados con la precisión de quien domina su propio estilo.

—Estás increíble—le digo, devolviéndole la sonrisa.

Clara me guiña un ojo.
—Nos vamos a comer la noche, Júlia. Y ni siquiera vamos a tener que pedir postre.

Reímos, sintiéndonos imparables.
Me coloco los pendientes largos que rozan mis clavículas con cada

movimiento. Cojo el bolso de mano y salimos del apartamento como si fuéramos diosas griegas descendiendo a la Tierra por una sola noche.

En la puerta nos espera el Cabify. Nos deslizamos en los asientos de cuero negro y, mientras el coche arranca, empiezo a notar cómo la realidad de la noche se instala en mi pecho.
La ciudad pasa veloz al otro lado de la ventana: luces, reflejos, sombras... Todo late como si Madrid también estuviera nerviosa.

—¿Sueles ir a este tipo de fiestas? —pregunto, fingiendo casualidad mientras juego con el borde de mi bolso, como una adolescente en su primera cita.

Clara me lanza una mirada de reojo, esa que mezcla picardía y misterio con una pizca de provocación. La misma que utiliza cuando sabe que está a punto de meterme en líos, pero de los buenos.

Miro la pantalla de su móvil. La ubicación que recibió hace un rato marca un punto exacto en la calle Serrano. Nada más. Sin nombre. Sin cartel. Sin pistas.

Suspirito. Uno de esos que sale sin pedir permiso.

—Júlia, relájate —me dice Clara, dándome un codazo suave—. Solo sé la hora y el sitio. La chica que me pasó la invitación juró que no hay nada igual.
—Genial. Misteriosa y sin información. Lo justo para tranquilizarme. —ruedo los ojos, pero me río.

Al llegar, el edificio no tiene pinta de fiesta. Nada de alfombra roja. Nada de porteros sonrientes. Solo una entrada discreta, elegante, con un portón negro y luces tenues que iluminan la fachada de piedra como si fuera la entrada a un universo paralelo.

Minimalismo millonario.

Un hombre de seguridad —alto, atractivo, con un traje que le queda tan bien que parece esculpido— nos hace un gesto para acercarnos. A su lado, una mujer impresionante, con un vestido negro de encaje que le dibuja el cuerpo como si fuera arte, nos dedica una sonrisa.

—Buenas noches, soy Érica. ¿Puedo ver su invitación?

Clara saca el móvil como si llevara toda la vida entrando a sitios así. Érica escanea el código y asiente con esa mezcla de profesionalidad y encanto que te hace sentir bienvenida... pero vigilada.

—Dentro está estrictamente prohibido hacer fotos —advierte con voz firme y sedosa—. Vamos a guardar sus teléfonos en estas cajas de seguridad. También pueden dejar aquí cualquier otra pertenencia que prefieran no llevar encima.

Nos entrega una llave pequeña, de esas que parecen abrir secretos en vez de taquillas. Dejamos nuestras cosas. Nos miramos. Sabemos lo que esa mirada significa.
Ya no hay marcha atrás.

—En la fiesta hay varias zonas —continúa Érica, mientras nos guía hacia una entrada interior—: la sala principal, el jardín exterior y una piscina climatizada que pueden usar libremente.

Hace una pausa. Baja un poco la voz.
—También tenemos habitaciones privadas.

Y ahí lo entiendo.
Esto no es una fiesta cualquiera.

Esto es *otra cosa*.

Mi mente se queda enganchada en esas dos últimas palabras. Habitaciones privadas.

Un cosquilleo me recorre la espalda. No sé si es por la intriga, por el miedo o por ese vértigo delicioso que da saber que estás a punto de entrar en terreno desconocido.
Pero ya estoy aquí.
Y no pienso echarme atrás.

—Por cierto —añade Érica, con esa voz serena de quien lleva años diciendo solo lo justo—, el respeto es nuestra norma número uno. Si en algún momento se sienten incómodas, avisen a cualquier camarero. Actuaremos de inmediato. La privacidad aquí no es solo una norma, es un principio.

Asiento en silencio, intentando recordar cómo se respiraba con normalidad.

Nos guía por un pasillo tenuemente iluminado. Pequeñas luces empotradas en el suelo dibujan el camino como si estuviéramos a punto de entrar en una escena de cine.
Y entonces… cruzamos la entrada.

Y el lugar nos envuelve.

La elegancia se respira en cada detalle: la iluminación baja que acaricia más que alumbra, las paredes en tonos oscuros que absorben el ruido y lo convierten en intimidad, la música suave que flota como un perfume caro y envolvente.
Todo está diseñado para que el mundo exterior deje de existir.

Érica sigue caminando con su paso firme, impecable, y yo siento que estamos entrando en otro universo. Uno donde las reglas no se dicen, se intuyen.

El pasillo se estira unos metros más y, al final, como si fuera un secreto revelado solo para nosotras, se abre la sala principal.

Y me deja sin aliento.

Una barra redonda domina el centro, como una joya bajo el foco justo. Mármol oscuro y detalles dorados.
Encima, frutas frescas, copas delicadísimas, botellas alineadas con una precisión que parece parte del diseño.
Los camareros y camareras se mueven como si bailaran. Cada cóctel es un espectáculo. Agitan, vierten, decoran. Sus manos cuentan historias.

A nuestro alrededor, el espacio parece un mapa cuidadosamente trazado del deseo, la conexión y el silencio cómplice.

Sofás bajos en tonos neutros dibujan la zona chill out, ese rincón donde las conversaciones se susurran al oído, donde las copas se rozan y las miradas se entrelazan sin pudor.
Más allá, mesas altas con taburetes de terciopelo acogen pequeños grupos que ríen en voz baja, compartiendo confidencias con la complicidad de quien sabe que la noche aún guarda secretos.
Y en los rincones más oscuros, sillones individuales ofrecen refugio a quienes prefieren la intimidad al bullicio. Todo está cuidadosamente pensado para que el deseo respire sin interrupciones.

Detrás de la barra, en una plataforma sutilmente elevada, el DJ parece flotar entre sombras. Apenas se le distingue, pero su música… su música se siente en cada fibra del cuerpo.
Elegante, cadenciosa, con ese tempo justo que acaricia los sentidos y diluye la noción del tiempo.

Y allí estoy yo.
Con el corazón acelerado, los tacones firmes sobre el suelo de piedra, y esa extraña certeza de que me encuentro en el epicentro de algo que no entiendo del todo… pero que no quiero perderme.

Clara y yo intercambiamos una mirada cómplice. De esas que no necesitan palabras para decir *esto es otra liga*.
Nos sentimos parte de algo nuevo, emocionante, casi irreal.

—No está nada mal, ¿eh? —susurra Clara, con esa sonrisa traviesa que le aparece cuando algo le fascina de verdad.

Asiento, todavía con la mirada prendida del lugar.

Más allá de la barra, un nuevo pasillo se despliega como una invitación silenciosa.
Pero esta vez, las paredes son de cristal.

A la derecha, una piscina cubierta se extiende en calma absoluta. Iluminada en tonos azulados, el agua quieta refleja las lámparas suspendidas, creando un efecto casi hipnótico.
Me detengo un segundo. Observo. Respiro. El mundo parece haberse ralentizado en ese instante.

Al otro lado, un jardín emerge entre la penumbra, salpicado por faroles colocados con precisión estética. Todo en él es equilibrio: lo salvaje y lo sofisticado, lo íntimo y lo exuberante.
Los sofás minimalistas, la vegetación que crece sin parecer desordenada, el aroma fresco…
Alguien ha diseñado este espacio para que la noche tenga su propia narrativa.

Al fondo, otra sala espera.

Más íntima. Más lenta.

Decorada con camas bajas, mesas elegantes y una iluminación tan tenue que todo parece flotar en ámbar. Huele a incienso y madera, una mezcla cálida que me obliga a cerrar los ojos un segundo, solo para inhalar más hondo.

En el centro, una escalera de roble asciende con una elegancia casi teatral.
Los pasamanos, con detalles dorados, brillan lo justo. Lo suficiente para sugerir que, arriba, hay algo más.

—Esto parece sacado de una película —murmuro, sin poder contenerme.

Subimos despacio. Los tacones resuenan suaves, como una promesa en cada peldaño.
Con cada paso, siento que nos acercamos a un lugar que no entendemos del todo, pero que nos llama con fuerza.

Arriba nos recibe un mostrador minimalista, elegante hasta el último detalle.
Tras él, dos personas reparten toallas, bañadores, ropa de cama y zapatillas con una discreción casi invisible. Todo está previsto.

Desde allí, a través de las barandillas preciosas de madera y metal, veo la sala principal.
Es como observar desde un balcón secreto. Un lugar privilegiado donde mirar sin ser vista.

A medida que avanzamos por el pasillo detrás del mostrador, mis ojos se pierden en la hilera de puertas. Todas iguales. Todas discretas. No las cuento, pero hay más de las que imaginaba. Demasiadas para no preguntarse qué esconden.

Érica, que aún nos acompaña, nos lanza una de sus miradas enigmáticas. Tiene el arte de decir mucho con muy pocas palabras.
—Aquí pueden encontrar espacios más privados —explica, con la naturalidad de quien habla de suites de hotel—. Algunas incluso tienen jacuzzi, por si prefieren una experiencia más... relajante.

Mi estómago da un pequeño vuelco.
No sé si quiero saber más...
O si, en el fondo, sí que quiero.

Volvemos a la sala principal como si regresáramos de otro universo, uno al que solo unas pocas personas tienen acceso. Todo sigue igual: la música, la luz, la elegancia suspendida en el aire.
Es como si nadie notara que acabamos de cruzar una puerta invisible.

Érica nos presenta a uno de los camareros.
—Este es Óscar.

Alto. Guapo. Rubio. Esa sonrisa ladeada que no se ensaya frente al espejo, se nace con ella.

—Encantado, chicas. ¿Qué os sirvo? —pregunta, y en su tono hay algo más que simple hospitalidad. Es como si supiera que está sirviendo el inicio de una historia.

Clara me lanza una mirada de reojo y susurra, sin contener la sonrisa:
—Como si nos fuéramos a acordar mañana de su nombre.

Suelto una carcajada, de esas que te salen sin filtro. Sin pensarlo. Desde el centro del cuerpo.

Pedimos dos gin-tonics y nos dirigimos hacia la zona chillout.
El ambiente es como una burbuja perfumada con jazmín, envuelta

en luces suaves y movimientos que parecen ir a cámara lenta.

Nos acomodamos en uno de los sofás bajos, esos que te atrapan sin remedio. Me hundo entre los cojines, copa en mano, mientras siento cómo el frescor del gin-tonic resbala por mi garganta y apacigua, al menos un poco, los nervios que aún me revolotean en el estómago.

Observo.
Me esfuerzo por absorber cada detalle. Cada gesto. Cada mirada.

La gente sigue llegando. Y para mi sorpresa… parecen normales.
Nada de postureo desmedido. Ni celebridades de revista.
Hombres y mujeres bien vestidos, sí. Pero con clase contenida. Sin excesos. Todo justo en su sitio.

Suspiro, algo más tranquila, y me giro hacia Clara, que está en su mundo, acariciando el borde de su copa con la yema del dedo como si tocara un piano invisible.

—Clara… —digo en tono de conspiración, inclinándome hacia ella—. ¿A qué clase de fiesta me has traído?

Ella alza una ceja, divertida, sin moverse un centímetro.

—¿Qué pasa ahora?

Me acerco más, bajando la voz, casi como si le estuviera contando un secreto peligroso.
—¿Has escuchado lo que nos ha dicho Érica? —susurro, mientras mis dedos juegan con la servilleta—. Habitaciones privadas, ropa de cama, zapatillas… Clara, esto pinta raro.

Ella suelta una carcajada, libre y musical, como si acabara de confirmar que me estoy adentrando, sin saberlo, en territorio inexplorado.

—Por favor, Júlia. Te estás montando una película —dice Clara, dándole un sorbo a su copa como si estuviéramos comentando el argumento de una serie de Netflix.

—Es una fiesta, nada más. Un sitio exclusivo donde la gente viene a sentirse cómoda. No hay nada oscuro, créeme.

Le lanzo una mirada incrédula.

—¿Y tú cómo puedes estar tan segura? —pregunto, con el entrecejo arrugado y la copa medio temblando entre mis dedos—. No sé, es que… —bebo un trago largo, como si el alcohol pudiera hacer de escudo—. Habitaciones, batas, ropa de cama... suena a algo más que una simple fiesta.

Clara sonríe de lado y se encoge de hombros.

—Mira, lo único que sé es que esta fiesta es para gente selecta. Gente que quiere desconectar, vivir experiencias diferentes...

Su tono baja, se vuelve casi un susurro, misterioso. Y para mi desgracia, está disfrutando muchísimo de mi cara de incredulidad.

—Pero tranquila —añade, con esa chispa en los ojos que le sale cuando está a punto de liarla—, no vamos a hacer nada que no queramos.

—Claro que no —respondo demasiado rápido. Tanto que hasta yo noto lo forzado. Como si necesitara convencerme a mí misma más que a ella.

Un escalofrío me recorre la espalda.

No de miedo. No del todo. Es esa sensación incómoda de estar en el borde de algo... y no saber si dar un paso más o retroceder.

Porque no puedo negar que el sitio tiene algo… intrigante.

La música flota como un susurro elegante. Las luces tenues saben exactamente dónde acariciar y dónde esconder.
La disposición del lugar es tan perfecta que parece calculada al milímetro: la barra circular como centro de gravedad, las zonas chillout con camas que invitan a todo menos a dormir, la piscina azul iluminada tras el cristal, el jardín de revista…

Aprieto los labios. Me quedo en silencio.

Estoy atrapada entre dos fuerzas:
La curiosidad.
Y el escepticismo.

—¿Y si hay cosas que no quiero saber? —murmuro, más para mí que para Clara. Como si el pensamiento se me escapara sin permiso.

—No seas dramática, Júlia. Vamos a disfrutar y punto. Nadie nos obliga a nada. —Me guiña un ojo, dándole otro sorbo a su copa.

La miro con cara de *ojalá tuviera tu capacidad de desconectar*.
Recorro la sala una vez más con la mirada, tratando de convencerme de que no hay nada raro.

Y lo cierto es que… no lo hay.

La gente ríe, charla, pide copas con total normalidad. Todo fluye con una naturalidad pasmosa. Nada de comportamientos extraños, ni miradas turbias, ni orgías encubiertas.

Pero esa idea...
Esa pequeña sospecha sobre lo que podría estar pasando realmente detrás de esas puertas privadas sigue latiendo en mi cabeza.
Como un cosquilleo suave, pero constante.
Imposible de ignorar.

Suspiro, con el runrún mental agitado, y la miro con los labios fruncidos y las cejas en modo drama activado.

—Mira, si quieres que me relaje de verdad… necesito algo más fuerte que este gin-tonic.

Clara sonríe, cómplice.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

Asiento, levantándome del sofá con decisión.

—Chupitos, Clara. Nosotras, la barra y una buena ronda de chupitos. Si vamos a estar aquí, mejor hacerlo bien.

Clara suelta una carcajada que resuena por encima de la música, como si acabáramos de romper alguna norma elegante y no escrita del lugar.

Se levanta de un salto y me agarra del brazo.

—Esa es la Júlia que me gusta. Vamos a por ellos.

Cruzamos la sala con paso firme, decididas. Como si la respuesta a todas mis dudas existenciales estuviera servida en vasitos pequeños con sal y limón.

El camarero guapo —el que nos presentó Érica— nos dedica una sonrisa de esas que parecen tener efecto anestesia.

Nos miramos rápido. Telepatía de amigas.

Se vienen chupitos.

—¿Cómo se llamaba? —le susurro a Clara, inclinándome como si estuviéramos conspirando.

Parpadea con fingida inocencia, como si el nombre fuera lo menos importante en este universo paralelo.

—Ni idea. Creo que empezaba por O… o por J... Da igual. Es guapo. Eso es lo importante.

Río. Esa risa que solo sale cuando sabes que estás a punto de hacer algo un poco loco, un poco irresponsable… y absolutamente necesario.

Nos apoyamos en la barra con la seguridad de quien ha tomado una decisión y no piensa echarse atrás.

—¡Chupitos! —dice Clara con entusiasmo—. Algo fuerte.

El camarero —el del nombre olvidado o quizá nunca dicho— nos mira con una mezcla de diversión y complicidad.

—Tengo justo lo que necesitan.

Y lo prepara todo con movimientos tan suaves que parece estar bailando con las botellas. Vasos pequeños, cristal tallado, perfectamente alineados frente a nosotras como si fueran joyas.

—A vuestra salud, chicas —dice, guiñándonos un ojo mientras nos desliza la bandeja.

Clara y yo nos miramos, con una sonrisa que solo tiene un significado.

Puro ritual.
Pura conexión.

—Por la aventura —digo, levantando mi vaso.

—Por la noche que nos espera —añade Clara.

Chocamos los vasitos y bebemos de un trago. El licor baja como fuego líquido por mi garganta, directo al pecho, donde estalla en una ola cálida que me afloja los hombros… y el alma.

—Vale —digo, dejando el vaso sobre la barra con un golpecito suave —. Ahora sí empiezo a relajarme.

Clara ríe y pasa un brazo por encima de mis hombros, con ese gesto suyo que es mitad burla, mitad protección.

—¿Lo ves? Te dije que no hay nada que temer.

Se gira hacia el camarero, alzando una ceja como quien lanza un reto con forma de sonrisa.

—Pon otra ronda, anda.

Cuando él vuelve con la segunda ronda de ese fuego líquido, Clara apoya un codo en la barra y le sonríe con esa mezcla perfecta de picardía y simpatía que solo ella maneja con tanta naturalidad.

—A ver, guapo… ¿estos llevan algo especial o solo quieres vernos dobladas antes de medianoche? —pregunta, girando el vaso entre los dedos como si fuera un amuleto.

El camarero, lejos de inmutarse, le devuelve la sonrisa con esa soltura de quien ya ha sobrevivido a muchas Claras en su vida.

—Tranquila. Solo te ayudarán a disfrutar más de la noche — responde, inclinándose un poco hacia nosotras—. Pero si necesitas una tercera ronda… ya sabes dónde encontrarme.

Clara se echa a reír, y yo niego con la cabeza, divertida. Siento cómo el alcohol me desliza por dentro, soltando nudos, bajando defensas, liberándome.

Pero entonces, lo siento.

Ese cosquilleo en la nuca. Esa sensación inconfundible.
Como si alguien, sin tocarme, me hubiese llamado con la mirada.

Me tenso.

Intento disimular. Me muevo despacio, como quien observa el ambiente sin ninguna intención concreta… y ahí está.

Alto. Pelo oscuro. Despeinado con estrategia. Camisa negra arremangada hasta los codos. Muñecas fuertes.
De esas que te desconcentran, aunque no se estén moviendo.
Una mandíbula marcada y una presencia que no grita, pero que se impone.

Y los ojos.

Azules.

Intensos.

Clavados en nosotras.
¿O en mí?

¿Me está mirando? ¿O es mi imaginación desatada por el segundo gin-tonic?

Mi estómago se encoge un poco. Esa sensación vieja. De antes. Cuando sentía que alguien me veía. No miraba: *veía*.

Por puro instinto, cruzo la mirada con él.

Y ahí está.

La punzada eléctrica.

El clic.

Un vértigo tonto que me deja sin aire durante un par de segundos.

Pero entonces, el pánico.

Aparto la vista como si me hubieran pillado espiando algo prohibido. Vuelvo a la conversación con Clara como si nada. Como si la piel no me ardiera por el atrevimiento.

—Aquí tienen. A ver si ahora sí se relajan del todo —interrumpe el camarero, empujando la bandeja con los chupitos hacia nosotras con una sonrisa encantadora.

Clara agarra su vasito sin percibir mi micro-crisis emocional.

—Va, Júlia. Esta ronda nos la bebemos a la de una, dos y… ¡tres!

Le sonrío. Fingiendo una normalidad que ya no me creo ni yo.

Pero mi mente...

Mi mente sigue allí.

Atrapada en ese cruce de miradas que ha durado medio segundo.
Y que, sin embargo, me ha dejado temblando.

Me han visto.

No como parte del fondo.

No como "la amiga de".

Me han notado.
Y eso…
Lo cambia todo.

CAPÍTULO 8

El alcohol empieza a hacer su magia.

Esa bruma dulce que te afloja las ideas, te desata la lengua y convierte cualquier tontería en carcajada. Clara y yo nos reímos más de la cuenta. De cosas sin sentido. De recuerdos antiguos. De cómo el camarero mira las copas antes de servirlas, como si fueran pociones mágicas y él, un hechicero con licencia para encantar.

La música sube poco a poco, fundiéndose con el murmullo de la gente que ya ocupa cada rincón. Todo vibra con ese ritmo pausado pero inevitable de las noches que prometen más de lo que muestran.

Y entonces me doy cuenta.

Muchas personas se saludan con una familiaridad que no se puede fingir. Besos en la mejilla. Abrazos rápidos. Risas bajas, miradas cómplices.

Como si este lugar no fuera nuevo para ellos.

Como si llevaran viniendo aquí desde siempre.

—¿Te has fijado? —le susurro a Clara, inclinándome hacia ella.

—¿En qué? —responde, distraída, girando el borde de su copa con los dedos como si fuera un oráculo.

—Casi todo el mundo se conoce. Es como si fueran… habituales.

Clara se encoge de hombros, sin darle demasiada importancia, con esa ligereza suya tan desesperante y tan envidiable.

—Obvio, Júlia. Estas cosas funcionan así. Exclusividad, club privado, gente que se mueve en los mismos círculos.

Asiento, pero hay algo que no se disuelve con el alcohol.

Una inquietud latente.

Una punzada de curiosidad que se clava bajo la piel.

Y entonces alzo la vista.

A esas puertas.
Las del piso de arriba.

Siguen ahí, discretas, idénticas. Pero ahora me llaman como si susurraran mi nombre.
La curiosidad me pica como un mosquito en pleno agosto. Molesta. Persistente. Imposible de ignorar.

Me levanto.

—Vamos arriba otra vez. Quiero ver cuántas habitaciones hay.

Clara alza las cejas y me mira como si estuviera presenciando algo entretenido.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora.

Y no sé si es el alcohol, el chico de los ojos azules, o simplemente esta necesidad absurda de cruzar el límite.

Pero lo que tengo claro… es que no pienso quedarme sentada.

—Sabía que acabarías diciendo eso —suelta Clara, cruzándose de brazos con ese aire triunfal tan suyo.

—Es que tengo mucha curiosidad, Clara. Esto me está pareciendo demasiado raro… y necesito saber más.

—Pues venga, te sigo, pero sin levantar sospechas —dice, poniéndose seria como si fuera una espía infiltrada en una misión de alto secreto.

Subimos las escaleras con calma. Despreocupadas. Como si solo quisiéramos un cambio de perspectiva. Nada raro. Solo dos chicas elegantes curioseando un poco. Nada más.

Al llegar arriba, nos apoyamos en la barandilla de madera de roble, fingiendo que admirábamos la vista.

Desde allí, la sala principal parece una maqueta perfectamente diseñada.

La gente se mueve con un ritmo casi hipnótico. El DJ sigue hilando su sesión con la precisión de un cirujano emocional. La barra sigue siendo ese punto de gravedad donde todo ocurre, donde las miradas se cruzan y las decisiones se toman con un sorbo.

Y, sin querer, mis ojos comienzan a escanear el lugar.
Buscando algo.
¿O a alguien?

El chico de la barra.

Pero no lo veo por ninguna parte.

La luz tenue convierte los cuerpos en sombras danzantes. Todo está diseñado para insinuar, no para mostrar. Para mantenerte con la intriga justo en el punto exacto de ebullición.

Frunzo el ceño.

¿Se ha ido?

¿O está ahí, camuflado entre la gente, observando... como yo?

—¿A quién buscas? —pregunta Clara, divertida, con esa sonrisa suya que mezcla malicia y ternura como nadie.

—¿Eh? ¿Yo? A nadie...

—Sí, claro —responde con una risita que me hace rodar los ojos—. Júlia, te he visto mirar. No me engañas.

—No sé de qué hablas.

Demasiado rápido.
Y claro, mis mejillas me traicionan. Se me sube el color sin permiso.

Clara me da un codazo cómplice.
No dice más. Solo deja que el silencio hable.

Y luego, gira la vista. Hacia las puertas.

Yo la sigo, como hipnotizada.

Ahí está.
El pasillo con las habitaciones.
Iguales, silenciosas, perfectamente alineadas. Como si fueran parte de un decorado de película. O de una fantasía que alguien ha diseñado con mucho cuidado y pocas palabras.

No se oye nada.

Nadie entra.
Nadie sale.
Pero ambas sabemos que algo se está cociendo ahí dentro.

—A ver, contemos. ¿Cuántas crees que hay? —dice Clara, entrecerrando los ojos como si resolviera un acertijo.

Respiro hondo, dejando que mi mirada se deslice con disimulo por el pasillo.

—Ocho… creo. Pero no estoy segura.

Me muerdo el labio.

¿Qué hay detrás de esas puertas?

¿Quién?

¿Y por qué ese silencio tan… calculado?

—¿Tú crees que deberíamos…? —empiezo, en voz baja. Como quien lanza una bomba esperando que no explote.

Pero Clara me corta con una sonrisa cargada de intención.

—Ni se te ocurra, Júlia. Somos curiosas, no suicidas.

Reímos bajito. Casi en susurros.
Como si tuviéramos miedo de romper el hechizo.

Pero por dentro…

Por dentro, algo en mí arde con ganas de saber.
Y siento que el alcohol, ese pequeño demonio temerario, me empuja con una sonrisa torcida y me dice:
Vamos. Solo un poquito más.

Sin pensarlo demasiado —y ese era justo el problema cuando el alcohol se mezclaba con la adrenalina—, me separo de la barandilla y camino con decisión hacia el mostrador del piso superior. Ese que reparte toallas y bañadores como si fuera una cadena de comida rápida... pero en versión erótica-chic.

Siento ese impulso que no viene de la lógica, sino de las tripas.
Una mezcla de osadía, gin-tonic y algo que se parece demasiado a morbo.

Clara me sigue, claramente sorprendida.
—Júlia, ¿qué estás haciendo? —susurra en mi oído, caminando a mi

lado con paso firme pero disimulado.

—Solo quiero preguntar... por curiosidad —respondo, intentando sonar casual, aunque mi corazón retumbe en el pecho como una alarma mal disimulada.

El chico del mostrador levanta la vista en cuanto nos acercamos.
Traje negro, impoluto.
Peinado sin un solo pelo fuera de sitio.
Sonrisa medida al milímetro.
Y una mirada de esas que parece que lo han visto todo… y no cuentan nada.

—¿Puedo ayudarles en algo? —pregunta, con una voz tan perfecta que casi me dan ganas de pedirle que me lea audiolibros.

Apoyo las manos sobre la madera pulida del mostrador, intentando no parecer demasiado ansiosa.

—Pues… sí. Tengo curiosidad por… —hago una pausa, eligiendo bien las palabras— saber qué hay detrás de esas puertas.

Su sonrisa no se mueve ni un centímetro.
Clara, a mi lado, en completo modo observadora profesional.
Como si estuviera esperando que alguien nos echara de ahí por hacer preguntas indebidas.

—Las primeras cuatro puertas están abiertas a quien quiera entrar —responde con esa neutralidad corporativa de quien ha repetido esta frase mil veces—. Son salas temáticas. Espacios para relajarse y disfrutar de una experiencia más… privada.

Asiento despacio, mordiendo el labio. Hasta ahí, nada demasiado descabellado.

—¿Y las otras? —pregunto, conteniendo la respiración sin saber por qué.

Él baja apenas un matiz el tono. Como quien te cuenta un secreto… sin contártelo del todo.

—Las siguientes cuatro requieren reserva previa. Esta noche ya están reservadas. Normalmente para invitados con necesidades más específicas.

Intercambiamos una mirada rápida, Clara y yo. De esas que no necesitan palabras.

¿Necesidades específicas?

¿Eso qué significa?

¿Masajes con final feliz? ¿Sesiones de tantra intenso nivel gurú? ¿Terapia con cuencos tibetanos desnudos?

Pero antes de que mi imaginación se dispare del todo, el chico sigue hablando, con esa calma de quien no se inmuta ni en una tormenta.

—Las dos últimas puertas pueden verlas ustedes mismas. Son de cristal.

¿Perdón?

Parpadeo.
—¿De cristal? —repito, fingiendo indiferencia. Mal. Muy mal. Me tiembla hasta el rimel.

Asiente con total normalidad.
—Sí. Todo lo que ocurre dentro es visible desde fuera.

Clara se queda con la boca entreabierta. Literal.
Y yo noto cómo algo en mi estómago se revuelve.

No es asco.
No es miedo.
Es algo más complejo.
Un cóctel entre pudor, incredulidad… y una chispa peligrosa de curiosidad que no sé de dónde ha salido pero ya no me suelta.

¿Quién querría estar en una habitación con paredes de cristal?

La pregunta me quema en la lengua. Pero me la trago.

—Bueno… —dice Clara, recuperando la compostura como una reina del disimulo— eso es… interesante.

El chico mantiene su sonrisa perfectamente neutral.
—Aquí respetamos todas las preferencias.

Me giro hacia Clara con una mirada que lo dice todo:
Tenemos que verlo.

—Vamos a echar un vistazo —susurro, sintiendo la adrenalina burbujear por dentro como si me hubiera tomado una copa de champán en vena.

—Júlia… —responde Clara con ese tono de advertencia que no engaña a nadie. Sus ojos brillan como dos faros de pura emoción. Le encanta esto. Nos encanta.

Respiro hondo.

Hoy he venido a vivir cosas nuevas, ¿no?
Pues eso.

Avanzamos despacio por el pasillo donde se encuentran las puertas idénticas que parecen susurrarte secretos al oído con solo pasar cerca. Todo está en silencio, pero no un silencio incómodo… es ese tipo de calma que esconde algo detrás. Y entonces…

Me freno en seco.

Oh.
Vaya.
Ahí está.

El chico de la barra.

Y no. No es casualidad. O sí.
Da igual. Porque en cuanto lo veo, mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro.
Mis piernas se tensan.
Mi estómago se encoge.
Y mis tacones, esos que llevaba con tanta dignidad, de pronto parecen instrumentos de tortura medieval.

Respira, Júlia. Solo es un chico.

Pero no.
No es *solo* un chico.

Pasa delante de nosotras con una naturalidad que no se ensaya. Sin prisa, sin mirar a nadie más.
Solo a mí.

Sus ojos, esos malditos ojos azules, me atraviesan como si ya supiera algo de mí que yo aún no tengo claro.
Es una mirada directa. Firme.
Pero no invasiva.

Mi respiración se acelera. Mi cuerpo se pone en alerta como si alguien acabara de apagar todas las luces dentro de mí y encender solo una, enfocando directo a mi pecho.

Intento fingir normalidad.

Spoiler: no lo consigo.

Tropiezo con el suelo.
Con EL SUELO.
Como si estuviera en una comedia romántica escrita por alguien con muy mala leche.

Clara, santa Clara, me agarra del brazo justo a tiempo para evitar que me estrelle contra la piedra.
Disimula tan bien que casi me lo creo yo también.

Pero él lo ve.
Lo noto.

Porque sonríe.

Y su sonrisa no ayuda en absoluto.
Es de esas que no sabes si agradecer o maldecir.

Intento recomponerme, pero vuelvo a tropezar —con nada— y Clara suelta un susurro cargado de risa contenida.

—Madre mía, Júlia, disimula un poco.

No puedo.
No con él ahí.
Tan cerca.
Tan seguro.
Tan… todo.

Cuando pasa de largo, su aroma me envuelve.
Especias suaves, algo cálido y limpio. Se queda pegado a mi piel como si, sin darme cuenta, me hubiera rozado.
Me muerdo el labio.

No sé muy bien qué hacer con esta energía nueva que acaba de instalarse en mi cuerpo como un temblor dulce.

Clara se inclina hacia mí, disfrutando —cómo no— de cada segundo de mi caos interno.

—Creo que te has olvidado de respirar —susurra con esa voz entre divertida y cómplice.

—Cállate —musito, sin convicción, mientras intento recomponerme con algo que se parezca, aunque sea de lejos, a la dignidad.

Pero cuando él se aleja, no puedo evitar girar la cabeza de reojo.
Y ahí está.
Girando también.
Solo un segundo.
Una última mirada.

Y esa mirada me desarma.
Me atraviesa.
Me deja sin suelo.

Estoy perdida.

Seguimos andando por el pasillo hasta llegar al final —si a eso se le puede llamar caminar—. Mis piernas se sienten raras. Como si estuvieran hechas de otra materia.

Y entonces, ahí están.

Las habitaciones.

Tal como nos dijo el chico del mostrador.
Dos.
Con paredes de cristal.

Completamente iluminadas.
Como vitrinas que no quieren esconder nada.

Me detengo en seco.
El cuerpo dice basta.
El corazón late como si corriera sin moverse del sitio.

El contraste con el resto del club es brutal.
Todo lo demás está sumido en penumbra, en ese ambiente íntimo y calculado que lo vuelve elegante.
Pero aquí… aquí hay luz.
Y hay cuerpos.
Siluetas.
Solo eso.
No se ven rostros. Pero los movimientos, la tensión, la cercanía…

Los cuerpos lo dicen todo.

—¿En qué demonios nos hemos metido? —pienso, pero no me atrevo a decirlo en voz alta.

Trago saliva.

A mi lado, Clara intenta disimular. Mira al frente como si fuéramos dos turistas curiosas en una galería de arte contemporáneo.
Pero yo la conozco.
Siento cómo se le acelera el pulso por la forma en la que aprieta los brazos contra el cuerpo.
Está tan incómoda —y fascinada— como yo.

La idea era sencilla: seguir el pasillo que voltea las habitaciones, como quien da un paseo elegante, fingir indiferencia y luego volver al mostrador de toallas como si nada.

Pero no podemos.

No ahora.

Porque hay más gente.
Parados frente al cristal.
Observando sin pudor.
Copas en la mano. Miradas quietas.
Hombres. Mujeres. Parejas.
Y todos tienen esa expresión…

Serena. Fija. Como si no vieran algo prohibido, sino algo… ritual.
Algo que tiene sentido para ellos.

Y eso es lo que más me desconcierta.

—¿Qué coño…? —murmuro sin mirar a Clara. La palabra se me escapa, apenas un susurro que tiembla en mis labios.

Y entonces lo veo.

En una de las habitaciones.

Una pareja.
No distingo bien si son dos hombres, dos mujeres, una mezcla… da igual.
Las sombras lo difuminan todo.
Pero sus cuerpos se mueven como si estuvieran dentro de un lenguaje que yo no hablo.

Una de las figuras tiene las manos atadas —sí, atadas— a algo en la pared.
La otra se mueve a su alrededor con una lentitud eléctrica.
No hay vulgaridad. No hay obscenidad.
Pero hay deseo. Crudo. Tenso.

Tan presente que casi puedo tocarlo.

Mi cuello arde. Mis mejillas, ni te cuento.
El calor me sube de golpe.
Como si alguien hubiera encendido una llama bajo mi piel.

Un escalofrío me recorre la espalda.
Instintivo. Frío. Profundo.
Sin pensarlo, agarro a Clara del brazo. Fuerte.
—Vámonos de aquí. Ahora.
—¿Júlia? —susurra, sorprendida, pero no le doy tiempo.

Tiro de ella como si me fuera la vida en ello.
Mis tacones golpean el suelo como si marcaran el pulso de mi ansiedad.
Tac. Tac. Tac.
Un sonido ensordecedor en medio de ese silencio denso que lo cubre todo como una manta húmeda.

El corazón me golpea en las sienes.
No sé si es miedo.
O vergüenza.
O algo peor. Algo mucho más difícil de aceptar.

Solo sé que tengo que salir de ahí.

El chico del mostrador sigue en su sitio.
Imperturbable.
Como si lo que acabáramos de ver fuera parte del decorado habitual.
Como si nada, absolutamente nada, fuera extraño en ese lugar.

Nos apoyamos en el mostrador como quien regresa de una expedición por un planeta desconocido.
Intentamos recuperar la compostura. Respirar como personas

normales.
Pero sabemos que estamos hiperventilando.

Clara me mira con los ojos abiertos como platos, brillando de incredulidad.
—Vale… Júlia. Necesito procesar esto.
—Yo necesito un gin-tonic. Urgente. Y olvidar que he visto eso.

Nos miramos.
Y estallamos.
Risa nerviosa. De esa que se escapa cuando no sabes si reír, llorar o pedir un taxi.
Pero en el fondo, lo sabemos:
La noche está lejos de terminar.

Bajamos las escaleras como si regresáramos al mundo real.
A la barra.
A la copa que quizás pueda calmar esta sed rara.
Una sed de respuestas. De límites. De saber hasta dónde podríamos llegar.

Y entonces… ahí está.

Él.
Otra vez.

El chico de los ojos azules.

Y esta vez no hay margen de duda.
No está mirando a nosotras.
Me está mirando a mí.

La mirada se me clava en la piel.
No me atraviesa. Me envuelve.
Y no sé cómo sentirme.

Es deseo.
Y es incomodidad.
Es “sal corriendo”.
Y es “quédate un poco más”.

Pero esta vez, esa mirada no va a hacerme pequeña.
No otra vez.

Así que levanto la barbilla.
Y paso de largo.
O lo intento.

Porque aunque mi cuerpo siga caminando, algo en mí se queda atrás, atrapado en el roce invisible de sus ojos sobre los míos.

Y entonces, lo hace.
Se acerca.

Como quien sabe exactamente qué está haciendo.
Como quien no tiene prisa porque ya está seguro de lo que va a pasar.

Y con una sonrisa que me desestabiliza desde los tobillos hasta el pecho, dice:
—¿Sorprendida?

Me quedo en blanco.
Literal.

Las palabras se me evaporan.
El aire se vuelve espeso.
La tensión se cuela por cada rincón de mi cuerpo.

Pero justo cuando siento que voy a desmoronarme como un castillo de cartas…

Clara.
Mi salvavidas.
Mi ancla.
Mi aliada.

—Nos gusta lo que vemos. Ya sabíamos a dónde veníamos.
Clara lo suelta con un tono casual, casi coqueto, pero sin perder el control.
Y con eso, me salva.
Desvía la atención. Le devuelve el poder a la situación.
Y me da aire.

Pero él…
Él no me quita los ojos de encima ni un segundo.
Ni cuando Clara habla.
Ni cuando sonríe.
Ni cuando fingimos que esto es una conversación normal.

Cuando la escucha, levanta una ceja, como si no terminara de creerse lo que acaba de oír. Su expresión se desliza de la intriga a una ligera incredulidad, y con un leve giro de cabeza, murmura:

—Ya veo…

Su voz es suave, pero no inocente. Lleva algo escondido. Un subtexto que no sé leer… y que, sin embargo, me atraviesa.

Hay algo en su mirada que deja claro que, para él, esto no ha terminado.
Que la conversación solo acaba de empezar.

Quiero decir algo. Algo con gracia. Con seguridad. Devolverle la pelota.

Pero lo único que me sale es una sonrisa torpe y un intento desesperado de cerrar la escena:

—Eh... bueno... ya... Nos vemos.

Y sin esperar respuesta, me giro sobre los tacones y empiezo a bajar las escaleras junto a Clara, deseando que la distancia apague el incendio que se me ha encendido por dentro.

Mi mente está en blanco.
Mi cuerpo, en llamas.
Pero al menos escapo del momento.

Clara me lanza una mirada de reojo, con esa sonrisa divertida que dice *te lo dije* sin necesidad de palabras.
Sabe que el chico de los ojos azules se va a quedar rondando mis pensamientos.
Y tiene razón.

Volvemos a la barra.
Nuestro camarero —ya oficialmente el favorito— nos reconoce al instante.
Clara, en su papel de clienta habitual, lo llama por su nombre y pide dos rondas como si llevara años viniendo aquí.

Yo, en cambio, no estoy.
Mi cuerpo sí.
Pero mi mente sigue arriba.
En ese pasillo.
En esa mirada.
En él.

¿Quién es ese tipo?
¿De dónde ha salido?

¿Por qué me mira así?

Hace tanto que no siento esto…
Ese temblor sutil que nadie ve, pero que recorre cada vértebra.
Esa electricidad que no se razona.
Esa chispa que aparece cuando no la buscas y, justo por eso, te prende.

Y cada vez que pienso en él, algo dentro de mí se activa.

No es lo correcto.
Acabo de salir de una relación.
Mi vida aún no está en su sitio.
Yo aún no estoy en mi sitio.

¿Cómo puedo estar pensando en otro chico?
¿En una noche como esta?
¿En un lugar como este?

Pero esa es la verdad:
Esta vez no ha sido mi cabeza la que ha reaccionado.

Es algo más profundo.
Más visceral.
Y ya no hay forma de ignorarlo.

No, no, no, me repito una y otra vez.
Pero algo, ahí, en el fondo del estómago, susurra otra cosa.
Que quizá… necesito dejarme llevar un poco.

No puedo negar esta atracción, por mucho que intente convencerme de que no tiene sentido.
No es el momento, me digo.

Y, mientras tanto, la imagen de esos ojos azules sigue ahí.
Persistente.
Insoportable.

Justo cuando más perdida me siento, Clara me saca de mis pensamientos al acercarme la copa, con esa sonrisa suya que lo cura todo.

—Dios mío, ¡qué cañón de tío, Júlia! —exclama, con una chispa de picardía brillando en los ojos—. ¡Te lo dije! ¡Hoy rompes corazones! ¡Esa es mi chica!

No sé si reír o ponerme a llorar.
Sus palabras le dan un poco de ligereza a todo este caos emocional, pero aun así… algo dentro de mí se remueve.
Una punzada.
Una incomodidad que no sé colocar.

—No sé, Clara… —susurro, mirando mi copa como si ahí estuviera la respuesta que no encuentro en mí—. No sé si estoy preparada. No quiero nada... solo quiero disfrutar esta noche contigo. Recordar cómo era... antes.

Ella me mira en silencio. Con esa seriedad suya que usa poco, pero que, cuando aparece, pesa.

No dice nada al principio. Solo me da un apretón en el brazo. Corto, firme. Como diciéndome: *aquí estoy*.

—Te entiendo perfectamente —responde al fin. Su voz es tranquila, pero cargada de intención—. Este es tu momento. Y yo estoy aquí, Júlia. Para lo que sea. Si en algún momento te arrepientes, lo olvidamos todo. Nada de presiones, ni líos. Hoy solo se trata de ti.

De nosotras. De reír, de soltar, de respirar.
Y si se da… también de volver a sentir.

Un nudo se me forma en el pecho.
Pero esta vez… no quiero soltarlo.
No lo rechazo.
Solo lo dejo estar.
Como si también tuviera algo que enseñarme.

Clara siempre ha sido mi refugio.
Mi casa con patas.
Y en ese instante, sé que puedo bajarle el volumen a todo lo demás.
Ponerlo en pausa.
Solo estar ahí.

Ella me observa un segundo más. Me escanea.
Y entonces, con esa sonrisa suya, se inclina hacia mí y me da un toque en el brazo.

—¿En serio vas a dejar que todo eso te baje los ánimos? —me dice con ese tono de medio burla, medio desafío—. Júlia, por favor… recuerda que tú fuiste la que subió a preguntar por las habitaciones. ¡Con un par!

Pongo los ojos en blanco, medio avergonzada, medio divertida.

—Eso fue diferente…

—Eso fue valiente —me interrumpe—. Y tú lo fuiste. ¿Qué te parece si vuelves a serlo?

Me lanza esa mirada intensa y juguetona que siempre logra sacarme de mi cueva.

—¿Te atreves a ser otra esta noche?

Me quedo en silencio.

Y entonces llega el remate.

—Hoy no somos tú y yo —dice en voz baja, casi como si me contara un secreto—. Hoy somos Andrea y Sofía.

La sonrisa se me escapa sin permiso.

—Andrea y Sofía… —repito, saboreando los nombres como si trajeran consigo una versión de mí que tenía olvidada.

—Ellas no tienen miedo. Ni culpa. Ni dudas.
Ellas van a por todo.
Y el siguiente punto en nuestra lista es la piscina climatizada.

No digo nada al principio. Solo la miro.
Un segundo.
Dos.

Y entonces lo sé.
Estoy al borde.
Al filo de algo.
Y no sé si es una locura...
O exactamente lo que necesito.

Hoy no soy yo, pienso.
Hoy, en este lugar, voy a ser otra.
Alguien sin miedos.
Sin pasado.
Sin peso.

—Vale —digo al fin. Y mi voz suena distinta. Más firme. Como si la adrenalina hubiera tomado el control—. Hoy soy Andrea. Vamos a la piscina.

Clara levanta los brazos como si acabáramos de ganar una guerra.

—¡Así se habla, Andrea!

Sus manos alzadas, su sonrisa radiante… por un segundo, parece que celebramos algo más grande que una simple decisión.
Y quizá sí.
Quizá celebramos la valentía de soltar.

Nos ponemos en marcha hacia la zona de toallas, sin mirar atrás.
El nudo en el estómago sigue ahí, pero ya no me frena.
Esta vez, me impulsa.

Hay algo en mi interior —algo parecido a esa versión valiente de mí que a veces susurra desde el fondo— que me grita: *esto es lo que necesitas*.
Dejar de pensarlo todo.
Dejar de analizar cada paso.
Ser otra, aunque solo sea esta noche.

Nos acercamos al chico del mostrador. El mismo de antes.
El de la sonrisa medida y los gestos suaves, como si cada noche viera cómo las personas se reinventan sin juicio.

—Hola, queríamos toallas y… —empieza Clara.

—Y bañadores —añado yo, frunciendo el ceño al decirlo, pero sin dar un paso atrás.

De dónde salen exactamente esos bañadores?
¿Los lavan? ¿Se adaptan por arte de magia al cuerpo de cada una?
¿Hay hadas textiles trabajando detrás del mostrador?

Pero Andrea no se detiene en preguntas logísticas.
Andrea fluye.

Andrea vive.

El chico nos explica, con ese tono educado y neutro, que podemos elegir lo que queramos: tallas, colores, toallas. Todo está previsto. Natural. Como si formar parte de una fantasía bien planificada fuera lo habitual.

Así que lo hago.
Agarro la toalla con gesto elegante, elijo un bañador negro —simple, escotado, valiente—, y sigo a Clara con paso firme y copa en mano. Porque sí, la copa viene con nosotras. Prioridades.

La zona de la piscina es otra historia.
Un oasis sensual, escondido tras el bullicio.
Vapor suave, luces tenues en tonos azules, y música amortiguada que se desliza entre las paredes como un susurro.

Nos cambiamos en los vestuarios con ese pudor compartido entre amigas.
Rápido, con cuidado, protegiendo el moño y el maquillaje como si fuéramos magas del equilibrio estético.
Porque liberarse no implica salir del agua pareciendo un Gremlin.

Y al salir…
El aire cálido me acaricia la piel.
El bañador se ajusta como una promesa.
Sigo siendo yo.
Pero no del todo.

Clara está a mi lado, espectacular como siempre.
Y yo… me siento distinta.
No como alguien nueva.
Sino como una parte de mí que llevaba demasiado tiempo en pausa.

Y entonces, mis pies tocan el borde del agua.
Y lo sé.
Esta noche, voy a permitirme soltar.
Solo un poquito.
Solo por unas horas.

CAPÍTULO 9

El aire se vuelve más cálido a medida que nos acercamos a la piscina.
No es solo el vapor, ni la humedad suave que se respira en este rincón escondido del edificio.
Es la atmósfera.

Esa energía cargada de deseo silencioso que parece haberse escapado de las habitaciones del piso superior para instalarse también aquí, en cada rincón.
Todo vibra con la misma intensidad.

Las conversaciones se vuelven susurros.
Los gestos, cómplices.
Los cuerpos… entrelazados.

Parejas que se tocan sin miedo.
Miradas que dicen demasiado.
Risas contenidas.
Movimientos fluidos.

Como si, en este lugar, los límites no existieran.
Como si las reglas las dictara el deseo.

Clara me mira con esa sonrisa suya que mezcla travesura con certeza.
Nos sentimos como dos exploradoras en un mundo nuevo.

Como si hubiéramos entrado en una jungla de sensaciones donde, por una vez, podemos jugar sin remordimientos.

—Mira, Júlia —susurra, su voz envuelta en complicidad—. Este es nuestro terreno. Nada nos va a frenar.

Asiento.
Despacio.
Como quien aún tiene un pie en el pasado.

Nos sentamos al borde de la piscina, hundiendo las piernas en el agua.
Está fría, pero no demasiado. Justo en ese punto donde el cuerpo tiembla… y despierta.

Las copas siguen en nuestras manos.
Y cada sorbo calienta el ambiente, suaviza los bordes, empuja los miedos hacia el fondo.

Miro el líquido dentro del vaso como si allí viviera la última parte de mi cordura.
La última excusa para no lanzarme de lleno.

—¿Lo hacemos? —pregunta Clara, con una sonrisa que ya es una invitación.

—Primero las copas —respondo, con una risa suave que se parece demasiado a un desafío.

No es solo por el alcohol.
Es el gesto.
El símbolo de soltar.
De brindar por lo que viene.

Levantamos las copas como quien sella un pacto silencioso.
Y bebemos.
Lento.
Largo.
Como si quisiéramos alargar ese instante justo antes del salto.

La fiesta sigue latiendo a lo lejos.
Pero aquí, entre el agua y las luces tenues, todo es más íntimo.
Más suave.
Más nuestro.

Y entonces… lo inevitable.
La norma de "no mojarse el pelo" vuela por los aires con la primera salpicadura.
Clara, en plan niña traviesa, me lanza un chorro de agua con una carcajada.
Le devuelvo el golpe, sin pensar.

Y ahí empieza todo.
El juego.
El caos.
La libertad.

Las risas brotan sin medida, sin filtro.
Nos olvidamos del maquillaje, del peinado, de las copas… y del mundo.
Solo somos dos mujeres chapoteando como niñas pequeñas, jugando en un lugar donde la culpa no tiene cabida.

Y cuando ya no podemos resistir más...
Nos lanzamos.

Enteras.
Al agua.

Me sumerjo con los ojos cerrados y el corazón abierto.
Dejo que el agua me abrace, que me cubra entera.
Como si pudiera arrastrar consigo todo lo que llevo dentro.
Las dudas.
Las heridas.
Las partes rotas.
Y dejarme solo con lo que quiero ser.

Ahí, bajo la superficie, flotando, me siento ligera.
Libre.
Nueva.

Subo a tomar aire.
Y lo primero que veo es a Clara.
Empapada.
Guapísima.
Riendo sin parar.

Y lo sé.
Esa imagen se va a quedar conmigo para siempre.

Porque en ese instante… lo entiendo:
No necesito olvidarme de quién soy.
Solo necesito recordar quién también puedo ser.

No hace falta hablar de nada importante.
Nuestras risas lo llenan todo, como una banda sonora perfecta para esta burbuja que hemos creado dentro de la piscina.

Risas de amigas que se conocen de toda la vida, que se han visto en todos los estados posibles —peinadas, despeinadas, rotas y

resucitadas— y que, aun así, siguen eligiéndose.

Es un instante de pura diversión.
De libertad absoluta.

No hay espacio para pensamientos que pesen.
Ni para frases trascendentales.
Solo estamos nosotras dos.
Mojadas.
Risueñas.
Y más vivas que nunca.

—¿Quién diría que acabaríamos en una piscina en medio de una fiesta tan exclusiva? —suelta Clara entre risas, sacudiéndose el pelo justo cuando una ola me cae de lleno en la cara.

—Nosotras, claro. ¿Quién más? —respondo, con esa sonrisa traviesa que ya empieza a salirme sola.

Clara se pasa una mano por la cara, fingiendo indignación.

—Menos mal que el maquillaje es waterproof. Con el pelo... ya veremos qué hacemos.

Me echo a reír, una carcajada limpia que me brota del pecho.

—¡Qué suerte! Aunque creo que con este look mojado ya no sé si parecemos recién salidas de un spa… o de un sistema de alcantarillado.

La risa es como una limpieza emocional.
Un soplo.
Nos vamos calmando poco a poco, apoyadas en el borde de la piscina, las piernas flotando, las copas ya vacías, pero la adrenalina aún burbujeando en las venas.

Y entonces, lo veo.
Él.

El chico de los ojos azules.
Otra vez.

No está solo.
Óscar —el camarero de confianza que ya es medio mejor amigo de Clara— viene con él.

No puede ser.

Pienso que el calor que siento es del agua.
Pero no.
Es su mirada.

Esa forma en que me mira… como si me viera.
De verdad.

Entran vestidos.
No parecen querer bañarse.
Están buscando.

Y por cómo se detienen al vernos, sé que ya nos han encontrado.

Óscar, con su sonrisa irresistible, se acerca directamente a Clara.
Y yo...
Yo vuelvo a ser la espectadora silenciosa.

—He acabado mi turno, Clara —dice con voz relajada—, pero antes quería despedirme.

Mientras tanto, siento la mirada de Lucas clavada en mí.
No aparta los ojos.
No pestañea.

No sonríe.
Solo me mira.

Y yo...
Yo soy un temblor disfrazado de calma.

—Lucas me dijo que os vio por aquí y quería saber si estabais bien —añade Óscar, con tono casual.

Mi mente hace clic.
No es imaginación.
Me ha estado observando.

Intento mantener la compostura.
Apagar el cosquilleo que me recorre el cuerpo.
Inútil.

Clara, por supuesto, no tarda en notar la tensión flotando en el aire. Se inclina hacia mí y, con una sonrisita traviesa, me susurra:

—Oye… ¿te imaginas que hemos caído en una trama secreta con estos dos?

No puedo evitar reír.
La idea es absurda.
Y, al mismo tiempo… completamente posible.

Clara sigue charlando con Óscar, pero yo...
Yo solo tengo ojos para Lucas.
O mejor dicho: él solo tiene ojos para mí.

Y entonces, sin avisar, sin permiso, sin titubeos...
Se agacha frente a mí.

—Creo que tus límites mentales te impiden descubrir el mundo... — dice, con esa voz baja y segura que suena a caricia peligrosa—.

Conmigo, los superarías. Aunque no estoy seguro de que estés preparada para ello.

Me quedo helada.
¿Una propuesta?
¿Un reto?
¿Una amenaza disfrazada de deseo?

No sé si debería asustarme...
O dejarme arrastrar.
Quizá ambas cosas.
Y eso es lo más desconcertante.

No espera respuesta.
Solo añade, como quien lanza un anzuelo:

—Por cierto, me llamo Lucas.

Y sonríe.

Esa sonrisa.
Esa maldita sonrisa.
Segura.
Peligrosa.
Una sonrisa que sabe exactamente lo que está haciendo.

Y yo…
Me quedo muda.
La mente en blanco.
El cuerpo rígido.
El corazón atrapado en algún punto confuso.

¿Qué demonios está pasando?

Me lo repito sin descanso, buscando una respuesta que no llega.
Miro a Clara. Sigue hablando con Óscar, riéndose, ajena a todo.
Ajena a la tensión.
Ajena al huracán que acaba de instalarse en mi pecho.

El rumor del agua y sus voces me hacen preguntarme si no estaré imaginando todo.
Quizá es eso.
Quizá se me está yendo la olla.

Intento decir algo. Cualquier cosa.
Pero lo único que sale de mi boca es:

—¿Eh… cómo?

Con una vocecita temblorosa que no escuchaba desde hacía años.
¿Qué me pasa?, pienso. *¿Por qué soy así de torpe?*

Lucas no pierde ni un ápice de su aplomo.
Sigue sonriendo con esa seguridad arrogante que empieza a colarse por las grietas de mi sentido común.

—Si quieres, te hago un tour por la fiesta y vemos hasta dónde llegan tus límites —dice, como quien habla del tiempo.

Mi corazón da un brinco.
¿Perdón?
¿Eso es una invitación?

Me siento atrapada entre dos impulsos:
Seguirle el juego o salir corriendo.

Cada palabra suya, cada mirada, cada pausa medida, me deja más fuera de juego.
No sé qué decir.

No sé cómo moverme.
No sé ni quién soy.

Pequeña.
Así me siento.
Ridículamente pequeña.

Pero entonces me acuerdo.
Esta noche no soy yo.
Soy Andrea.

Respiro hondo.
Aprieto los dientes.
Y me lanzo con una seguridad que no siento, pero que finjo como si la llevara tatuada:

—Con las veces que me has mirado, dudo mucho que tengas el poder de meterte en mi cabeza y saber cómo soy —digo, clavándole los ojos—. Mis límites están justo aquí. En el punto exacto para estar en esta fiesta. Esta noche.

Y sin darle tiempo a responder, doy un paso atrás.
Salgo del agua con calma.
Recojo la toalla del suelo y me la envuelvo con un gesto que parece casual, pero no lo es.

Y entonces, pasa.
Me siento sexy.

Ya sé, suena a cliché de peli mala, pero… es real.
Me lo creo.

Con la toalla abrazándome el cuerpo, camino despacio hacia él, que sigue agachado junto al borde, inmóvil, como si mi huida silenciosa lo hubiera dejado congelado.

Me siento a su lado.
Dejo las piernas colgando en el agua.

Pero esta vez no soy la misma.
No soy la chica que se encoge.
No soy la Júlia de siempre.

Lo miro de reojo, consciente de la sorpresa que cruza fugaz por su rostro.
Leo la curiosidad en sus ojos.
Y me encanta.

Él no se lo espera.
Yo tampoco, si soy sincera.

—Me llamo Andrea —le suelto, con una sonrisa ladeada—. Y quiero saber… ¿qué clase de límites crees que no soy capaz de romper?

Mi voz suena firme.
Segura.
Como si tuviera todo bajo control.

El juego ha empezado.
Y no pienso salirme de él.

Lucas me sostiene la mirada sin pestañear.
Se inclina apenas hacia mí, lento, con esa calma suya capaz de derretir hasta el acero.

—¿Sabes? —murmura—. Cuando estabas en la habitación de cristal, te vi huir.

Un latigazo me atraviesa el pecho.

—Eso fue lo que me hizo pensar que sí tienes límites. No es que pueda leerte la mente… —se encoge de hombros, medio sonriendo

—. Pero ver cómo se te acelera la respiración… eso sí sé hacerlo.

Y entonces, el mundo desaparece.
El sonido del agua.
Las risas lejanas.
La música.
Todo se apaga.

El aire entre nosotros se vuelve denso, casi irrespirable.
Y yo… me quedo quieta.
Callada.
Saboreando la tensión que se ha instalado como un secreto entre los dos.

Nuestros ojos no se sueltan.
Somos él y yo.
Solo eso.
Mirándonos.
Midiéndonos.
Jugando a un tira y afloja que ninguno quiere perder.

—¡Tachán! —interrumpe una voz conocida, como un chapuzón inesperado.

Clara.
Con su energía de huracán domesticado, caminando hacia nosotros como si fuera la dueña de la piscina… y del edificio entero, si me apuras.

Lucas se aparta un poco. Lo justo para romper la burbuja invisible que nos envolvía.
Y ella, por supuesto, no tarda ni un segundo en leernos el ambiente.
Ni uno.

Se planta delante de él con una sonrisa capaz de paralizar el tráfico en plena Gran Vía.
Y sin pestañear, dice:

—Siento interrumpir —con ese tonito teatral suyo, como si estuviera en un musical y no en una fiesta semiclandestina—, pero creo que alguien tiene que poner un poco de orden por aquí.

Le tiende la mano con una elegancia que no se aprende. Se nace con ella.

—Soy Clara. Y tú eres… el chico que no ha dejado de mirar a mi amiga.

Lucas no se achanta.
Ni medio milímetro.
Le sostiene la mirada con esa seguridad desvergonzada y magnética que, a mí, ya me tiene las defensas en huelga.

Sonríe.
Y responde, sin vacilar:

—Exacto. Soy el que no ha podido dejar de mirar a Andrea… —hace una pausa—. Y el que quiere enseñarle el rincón más bonito de esta fiesta. Si ella me deja, claro.

Después, como si todo esto formara parte de una coreografía medida al milímetro, vuelve a mirar a Clara.
Y añade, con ese tono envolvente que parece perfumar el aire:

—Y si tú también lo apruebas, por supuesto.

Y ahí lo veo claro.
Lucas no es solo un guapo con ego.
No.

Es listo.
Muy listo.
Ha entendido quién es Clara para mí.
Ha captado que, para llegar hasta mí, primero tiene que pasar por ella.
Por mi filtro.
Mi brújula.
Mi escudo.

Clara me mira entonces.
No dice ni una palabra.
No le hace falta.
Esa mirada suya, brillante y cómplice, me lo dice todo:

Vamos, Júlia. Deja de pensar. Esta noche no eres tú. Esta noche… eres Andrea.

Y decido soltarme.
Dejar que esa versión mía tome el volante.
Sin miedo.
Sin plan.
Solo con la certeza de que, pase lo que pase, esta noche va a ser distinta.

Antes de salir, paso por el vestuario para volver a ponerme el vestido.
Me quito la toalla con calma, observando mi reflejo.
El pelo, aún húmedo, cae ondulado sobre mis hombros.
Lo dejo suelto.
Porque sí.
Porque me siento poderosa.

El espejo me devuelve una imagen distinta.
Más mía.
Más libre.

No es solo el vestido, ni el pelo desordenado.
Es la mirada.
La forma en la que me sostengo a mí misma.
La manera en la que, por fin, parezco estar en paz con mi reflejo.

Cuando salgo, lo veo.
Lucas está apoyado contra la pared, como si el mundo girara a su alrededor sin que él tuviera que moverse.

Postura relajada.
Mirada afilada.
Energía peligrosamente atractiva.

Me recorre de arriba abajo.
Y luego, sin disimulo, se muerde el labio.

Boom.
Calor directo al pecho.

Pero esta vez no aparto la mirada.
No.
Le devuelvo la sonrisa.
Y me acerco.
Con paso firme.
Jugando en su terreno.

—Entonces, Lucas… —digo, con una sonrisa ladeada—. Dime, ¿cuál es ese lugar tan bonito del que tanto presumes?

Se inclina hacia mí y me toma de la muñeca.
No con fuerza.

Solo lo justo.
Lo suficiente como para que no quiera soltarme.

Su mirada se clava en la mía.
Y otra vez estamos ahí.
A centímetros.
En ese espacio donde el aire se espesa y todo lo demás desaparece.

—Si hablamos de bonito… —susurra, con esa voz grave que me roza la piel como una caricia—, lo más bonito de aquí eres tú.

Subida de tensión nivel urgencias.
Otra vez.

Siento una descarga que empieza en la nuca y termina justo donde no debería.

—Pero no creo que busquemos lo mismo, nena.
¿*Nena*?
¿En serio?

—Así que solo puedo ofrecerte ver el jardín… —añade, con esa sonrisa suya que sabe a pecado dulce—
…a no ser que tengas un gusto exquisito por las peceras humanas.

Ahí está.
El reto.
Sobre la mesa.

Su voz, cargada de intención, hace que mi respiración se agite.
Un cosquilleo me trepa por el cuello y baja en espiral hasta el estómago.

Y lo sé.
Lo sé.

Pero no pienso ponérselo tan fácil.

Lo miro. Fija.
Sin pestañear.
Sin retroceder.
Porque esta noche ya no hay vuelta atrás.

Sonrío.
Una de esas sonrisas que no se planean, que nacen del fuego y no del miedo.

—Gusto por las peceras, no —digo, con una seguridad que hasta a mí me sorprende—.
Pero por descubrir lo que hay detrás de otras puertas…
Sí.

Lucas suelta una risa breve, ronca, de esas que suenan a satisfacción.
Como si acabara de aprobarme en un examen que yo ni sabía que estaba haciendo.

No dice nada más.
Se gira sobre sus pasos y empieza a subir hacia el piso de arriba.
Sin prisa.
Sin pausa.
Como si supiera que voy a seguirlo.

Y sí.
Lo sigo.

Cada paso es un umbral.
Una línea invisible entre la Júlia que fui…
y la Andrea que acaba de decidir que esta noche es suya.

Siento el calor subir por la nuca, recorrerme los hombros, apretarme el pecho.
Deseo.
Adrenalina.
Y pura, pura locura.

¿Qué estás haciendo?, grita mi yo racional.
Esa Júlia que vive atrapada entre normas y listas de pros y contras.

Esto no toca.
Esto no está bien.
Esto no termina bien.

Pero Andrea no hace listas.
Andrea no pregunta.
Andrea siente.

Y esta noche…
esta noche, lo único que quiero es sentir.

CAPÍTULO 10

Subimos en silencio.
Pero no es un silencio incómodo.
Es ese tipo de silencio que te acaricia la nuca, que te eriza la piel, que grita sin necesidad de abrir la boca.

No hace falta hablar.
Los gestos hablan por nosotros.

Lucas camina como si tuviera un mapa mental del lugar, con una seguridad tan natural que parece haber nacido entre esas paredes.
Yo solo lo sigo.
Aunque, más que seguirlo, me dejo arrastrar por la corriente que hay entre nosotros.

Cada paso es una locura más grande que la anterior.
Cada vez que nuestras miradas se cruzan, él suelta una sonrisa que me desarma, y yo respondo con esa risa nerviosa que ya me ha traicionado más de una vez esta noche.

Y entonces, aparece el pasillo.
Ese pasillo con puertas que parecen tener secretos inscritos en los pomos.
Lucas se detiene.

No dice nada.
Solo me toma de la muñeca.

Otra vez.

Ese gesto.
Tan suyo.
Suave, pero firme.
Como si no necesitara permiso para hacerme girar hacia él.

Y ahí estamos.
Frente a frente.
A un suspiro de distancia.

Sus ojos azules me taladran.
No de forma brusca.
No.
Me miran como si supieran algo que yo aún no he descubierto de mí misma.

Me arden las mejillas.
El pecho.
La vida entera.

Lucas inclina apenas la cabeza, acortando la distancia, y su mirada baja lentamente hasta mis labios.

—Tienes los labios más bonitos que he visto en mi vida —susurra, como si lo confesara en mitad de una iglesia vacía.

Y yo...
Solo puedo sonreír.
Pequeña, nerviosa, medio tonta.

Mi corazón late tan fuerte que temo que él pueda escucharlo.

¡Reacciona, Júlia!, me grita la parte cuerda de mi cerebro.
Pero Andrea está al mando.

Y Andrea no reacciona. Andrea siente.

—¿Ah, sí? —murmuro, más como un reflejo que como una respuesta.

Lucas no se aparta.
Al contrario.
Se acerca más.
Hasta que su aliento me roza el cuello.

Y entonces habla al oído, como si supiera que ese es mi punto débil.

—Sí.
Y ahora dime, Andrea... —pronuncia mi nombre falso con una soltura que me hace dudar de si yo soy realmente otra—
…¿cuál de estas puertas quieres descubrir primero?

Trago saliva.
Su voz es una caricia con filo.
Segura.
Provocadora.
Llena de una promesa que no me atrevo a descifrar del todo.

Las puertas están ahí.
Silenciosas.
Esperando.

¿Qué hay detrás de ellas?
¿Y qué significa elegir una?

No sé qué decir.
No puedo pensar.

Pero cuando escucho mi nombre en su voz —tan firme, tan segura —, algo dentro de mí hace clic.

Andrea regresa sin pedir permiso.
Como si nunca se hubiera ido.
Como si siempre hubiera estado ahí, esperando su momento.

Y no sé de dónde sale, pero sale.
La valentía.
La osadía.
La locura.

Soy yo quien lo toma por la muñeca.

La piel de Lucas está cálida y firme bajo mis dedos.
Y ese simple contacto es todo lo que necesito para empujarme al abismo.

—Ven —digo, sin titubear.
Y él viene.
Claro que viene.

Lo llevo hasta el final del pasillo.
La última puerta.
La más cercana a las habitaciones de cristal.

Desde aquí, la vista es perfecta.
Las luces tenues, los reflejos, las siluetas moviéndose tras los cristales como un secreto compartido entre sombras.

No quiero mirar desde lejos.
Quiero descubrir mis propios límites.
Esos que Lucas cree que tengo.
Quiero romperlos.
Quemarlos.
Jugar con fuego.

¿Es una locura?
Probablemente.
¿Me importa?
En absoluto.

Nos quedamos quietos frente a la puerta.
El pomo frío bajo mis dedos contrasta con el calor que me estalla en el pecho.
La adrenalina es un tambor lento y constante en mi sien.

—Esta puerta tiene algo diferente —murmuro, girando el pomo apenas, como si pudiera adivinar el misterio al otro lado.

Lucas me observa con esa mezcla suya de diversión y peligro.
Cabeza inclinada.
Sonrisa contenida.
Chico que ya ha jugado a todos los juegos y, aun así, quiere más.

—¿De verdad crees que es esta puerta…
—o solo porque desde aquí puedes ver las habitaciones de cristal? —pregunta, medio sonrisa, media provocación.

Su voz ronca me atraviesa como una descarga.
Respira, Júlia.
Respira.

—Quizá las dos cosas —respondo, mordiéndome el interior de la mejilla para no sonreír demasiado.

Lucas da un paso más.
Lo justo para que su presencia me envuelva.
Para que mi piel se convierta en un campo eléctrico.

—Estás tentando a la suerte.

Me inclino hacia su oído.
Despacito.
Con la voz suave.
Con ese tono que sé que lo desarma.

—La suerte es solo cuestión de azar…
y yo siempre apuesto fuerte.

Mis labios rozan apenas su piel.
Lo justo para sentir cómo su respiración cambia.

Lucas sonríe.
Una sonrisa que no se enseña, se intuye.
Cargada de intención, de peligro, y de algo que no sé si estoy preparada para entender.

Y antes de que pueda pensar… ya lo ha hecho.
Me toma de la muñeca —firme, sin violencia— y me guía sin decir una palabra hacia el pasillo que rodea las habitaciones de cristal.

No protesto.
No quiero hacerlo.
Mi cuerpo ya ha tomado la decisión por mí.

Allí, el ambiente cambia.
Más oscuro.
Más íntimo.
Más *nosotros*.

Luces tenues.
Reflejos en el cristal.
La música suena lejana, como si el mundo ocurriera en otro plano.

Y entonces, Lucas se coloca detrás de mí.
Tan cerca que lo siento antes de verlo.

Su cuerpo, una amenaza deliciosa contra el mío.

—Mira —susurra en mi oído.

Su aliento cálido me roza el cuello.
Y se me eriza la piel como si el aire hablara en su idioma.

Me toma las muñecas y las lleva hacia mi espalda.
Las sujeta con una precisión medida, calculada.
Una prisión voluntaria.
Una rendición consciente.

Mi respiración se vuelve errática.
Las piernas me tiemblan apenas.

Con la calma de quien sabe lo que hace, recoge mi pelo y lo aparta lentamente hacia un lado.
Deja mi cuello expuesto.

Y yo… me quedo quieta.
No por miedo.
Por deseo.

Cierro los ojos un instante.
Contengo el aliento mientras cada célula de mi cuerpo vibra de anticipación.
Siento la tensión acumulada en la nuca, en los muslos, en el pecho.
Pero no es miedo.
Es algo más profundo.
Más eléctrico.

Y entonces, su boca.

Sus labios se deslizan por mi cuello con una lentitud exquisita.
Dejan un rastro húmedo, cálido, y absolutamente devastador.

Me escapa un gemido bajo, ahogado.
Uno de esos que salen sin pedir permiso.

Me arqueo, mi espalda choca contra su pecho firme.
Y entonces lo oigo.
Su risa grave, pegada a mi oído.
Esa que nace desde dentro.
Cargada de una seguridad que desarma.

Lucas no juega.
No necesita hacerlo.
Simplemente… manda.

—Dime, Andrea… —susurra, su voz tan cercana que me cala los huesos— ¿quieres seguir tentando a la suerte?

Sí.
Dios, *sí*.

Pero no lo digo.
Solo me quedo ahí, con el corazón a punto de estallar, sintiendo cómo el deseo me empapa hasta los huesos.

Mis ojos siguen fijos en el cristal frente a nosotros.
En esa pecera silenciosa, donde dos siluetas se entrelazan en una danza que antes me pareció incómoda…
y ahora me resulta hipnótica.

Ya no me da vergüenza mirar.
Ahora quiero entender.
Sentir.
Formar parte de eso.

Me humedezco los labios y, sin apartar la vista de la escena, susurro:

—Depende… ¿tú crees que soy de las que se asustan fácil?

Él se ríe por lo bajo.
No por burla.
Por admiración.
Como si estuviera viendo cómo me convierto en algo que no esperaba.

Su mano desciende desde mi cuello.
Lenta.
Deliberada.

No es una caricia inocente.
Es una prueba.
Y yo...
No tengo intención de fallar.

Rozan mis pechos con la yema de sus dedos.
Apenas un roce sobre la tela.
Mi respiración se corta.
Cierro los ojos, perdiendo el control un segundo, solo para reencontrarme con nuestro reflejo en el cristal.

Su mano sigue bajando.
Más.
Hasta detenerse justo encima de mi sexo, presionando con suavidad sobre la tela húmeda del vestido.

Siento cómo mis caderas reaccionan solas.
Buscando más contacto.
Más de él.
Más de mí.

Vuelve a inclinarse hacia mi oído.
Su aliento me estremece.

—Dímelo tú, Andrea… ¿paro aquí? ¿O cruzas esa línea conmigo?

Maldito cabrón.

Mi cabeza dice: esto es una locura.
Pero Andrea…
Andrea arde por dentro.

Por primera vez, me gusta que me miren.
Que nos miren.

Me gusta el reflejo en el cristal.
Me gusta vernos.

Empujo mis caderas hacia su mano.
No como súplica.
Como respuesta.
Como promesa.

—Si te detienes ahora… —susurro, sintiendo cómo la voz me tiembla, pero no por miedo, sino por deseo— serás tú el que pierda, Lucas.

Y justo ahí, en ese juego de sombras y luces, en el reflejo de dos cuerpos que empiezan a explorar los límites entre lo íntimo y lo expuesto, lo sé:

Ya no hay vuelta atrás.

Andrea no solo ha tomado el control.
Andrea ha despertado.
Y le gusta lo que ve.

Entonces él sonríe.
Y desliza la mano con una precisión que me obliga a contener el aliento.
Sus dedos se cuelan bajo la tela del vestido, ascienden por mi muslo con una lentitud calculada, trazando círculos tan suaves, tan despiadadamente provocadores, que tengo que cerrar los ojos y morderme el labio para no soltar un gemido.

No lo miro.
No puedo.

Tengo los ojos fijos en la habitación de cristal frente a nosotros.
Allí, las sombras danzan entrelazadas.
Piel contra piel.
Movimiento contra suspiro.

El reflejo de las luces acaricia esos cuerpos como si los bendijera.
Es como ver una película silenciosa... solo que esta vez, yo también formo parte del guion.

Y entonces me asalta una idea:
¿Nos estarán mirando a nosotros?

El pensamiento me atraviesa como un rayo.
La posibilidad de ser observada…
de ser parte de ese otro lado del cristal,
no como espectadora, sino como protagonista...
me hace temblar. Literalmente.

Un escalofrío me recorre desde el cuello hasta los tobillos,
cargado de algo parecido al deseo más puro.
Más visceral.

Mis manos, aún atrapadas entre su agarre firme, se tensan.
Estoy perdiendo el control, y lo sé.
Lucas también lo sabe.

Se acerca más.
Pega su pecho firme contra mi espalda aún húmeda,
y su aliento caliente me roza la oreja como una caricia.

—Estás temblando, nena… —susurra con esa voz rasgada que me perfora como un suspiro hondo.

Su boca recorre la línea de mi mandíbula,
y su lengua traza un sendero lento, ardiente, por mi cuello.

—Pero tranquila… sé exactamente lo que necesitas.

Dios.

Intento responder.
Decir algo sarcástico.
Fingir que todavía tengo el control.

Pero justo entonces, sus dedos llegan a mi centro.
Y me toca con una suavidad tan exquisita… que me quiebra.

Como una caricia de seda sobre una herida abierta.
Como una promesa dicha al oído.

No es brusco.
No es urgente.

Es peor.
Es perfecto.

Un gemido se me queda atorado en la garganta.
Cierro los ojos con fuerza, completamente rendida a la sensación.

Me estoy volviendo loca.
Y lo peor —o lo mejor— es que ya no quiero escapar.

Lucas juega conmigo.
Con mis tiempos.
Con mis deseos.

Sabe exactamente cómo hacerme arder sin quemarme del todo.
Su mano se mueve con una delicadeza desesperante, rozándome justo lo suficiente para mantenerme al borde.
Sin darme lo que quiero.
Lo hace a propósito.

Cabronazo.

Aprieto los muslos, buscando más contacto.
Más fricción.
Más de él.

Pero Lucas ríe bajo, en mi oído, disfrutando de mi frustración como si fuera su recompensa.

—No tengas prisa, Andrea… —murmura, su voz pura malicia—. Me gusta verte así.

Y yo...
Solo puedo pensar en una cosa: quiero más.

La dureza de su cuerpo presionándose contra mi espalda me hace jadear.
Saber que yo le provoco eso...
Dios.
Me incendia por dentro.

Sin darme cuenta, empiezo a moverme contra él.
Mis caderas buscan su cuerpo en un vaivén lento, casi involuntario.

Pero Lucas no cede.
No todavía.

Es cruel.
Delicioso y cruel.

—Así no… —su voz es baja, profunda, cargada de esa maldita seguridad que me desarma—. Hoy no decides tú.

Mis músculos se tensan.
Mi piel arde.
La presión entre mis piernas es insoportable.

Sus caricias son demasiado suaves para calmarme,
pero demasiado intensas para ignorarlas.

—Lucas… por favor… —las palabras se escapan, en un susurro suplicante.
Y me odio un poco por ello.

Lo siento sonreír contra mi cuello.
Su aliento cálido me recorre la piel erizada
mientras sus dedos siguen esa danza tortuosa.

Quiero gritar.
Quiero empujarlo contra la pared,
bajarle el pantalón
y hacerlo mío hasta quedarnos sin aire.

Pero él no me lo permite.
No todavía.

Solo quiere llevarme al límite.
Doblegarme con placer.

—¿Tan rápido te rindes? —bromea,
deslizando un dedo más profundo.
Lento.
Calculado.

Y suelto un gemido ahogado.
No puedo más.

Todo mi cuerpo grita por él.
Por sentirlo dentro.
Por confirmar que esta locura no es solo mía.

Pero Lucas solo juega.
Juega…
y gana.

—Necesito... —mi voz tiembla, y sé que suena vulnerable—. Te necesito dentro.

Lucas ríe.
Una risa oscura, sucia, perfecta.
Y acerca los labios a mi oído.

—No tan rápido, Andrea… Primero quiero verte venir.

Y entonces, como si el universo respondiera,
sus dedos se mueven con una precisión devastadora.
Ya no hay más espera.
Entra en mí sin aviso.
Sin tregua.
Firme.
Profundo.

Me arqueo, sintiendo cómo el placer me parte en dos.
Una ola me arrastra, me estalla en la espalda, en los muslos, en los labios.
Todo mi cuerpo se quiebra en su abrazo.

Un gemido escapa de mi boca.
Alto.
Urgente.
Y se pierde en el eco del pasillo, mezclado con la música lejana y las sombras cómplices de las habitaciones de cristal.

Me derrumbo contra él.
Las piernas me tiemblan.
Apoyo la cabeza en su pecho, sintiendo su respiración tan agitada como la mía.

Nadie, nunca, me ha hecho sentir así.
Solo con sus manos.
Solo con esa maldita seguridad con la que sabe exactamente cómo tocarme.
Cómo leerme.
Cómo hacerme perder el control.

Lucas no se detiene.
Sus dedos siguen dentro de mí, marcando su propio ritmo mientras yo aún intento recomponerme.

Como si quisiera recordarme que el placer no termina cuando yo decido.
Sino cuando él lo dicta.

Maldito cabrón.

—Increíble… —murmuro sin poder evitarlo, con la voz rota,
el cuerpo aún palpitando.
Aún caliente.
Aún rendido.

Siento su sonrisa rozar mi cabello justo antes de que,
con esa fuerza que tanto me excita,
me gire para dejarme frente a él.

Aún tengo la mirada borrosa por el clímax cuando lo veo llevarse la mano a la boca.
La alza delante de mí.

Sus dedos…
Cubiertos de mí.
De mi deseo.
De mi entrega.

Y sin apartar los ojos de los míos, los lame.
Uno a uno.
Despacio. Provocador.
Como si quisiera saborearme.
Como si yo fuera el mejor postre de la noche.

Dios santo.

—Deliciosa… —susurra, con esa sonrisa torcida que me rompe las defensas.

Siento cómo la poca estabilidad que he recuperado se me escapa otra vez de las piernas.

Intento decir algo.
Cualquier cosa.
Una frase ingeniosa, una réplica que me devuelva algo de poder.

Pero solo consigo abrir la boca…
y cerrarla como una idiota.

Lucas ríe, suave.
Su mano libre sube hasta mi barbilla,
y con el pulgar, limpia el sudor que aún me tiembla en el labio inferior.

Se inclina.
Sus labios rozan los míos, apenas.

—¿Sabes? —murmura, con esa voz suave y peligrosa, justo al borde del beso—,
lo que estás sintiendo ahora… esa incomodidad, esa tensión que te electriza…
no es solo por las miradas.

Mis ojos buscan los suyos.
Intensos.
Lectores de todo lo que no digo.

—Es porque estás en un lugar donde nadie tiene miedo de cruzar sus propios límites —continúa—.
Y eso te está desconcertando, ¿verdad?

Trago saliva.
No digo nada.

Clara lo habría negado con un chiste.
Júlia tal vez habría soltado una excusa.

Pero Andrea…

Andrea solo lo mira.
Un leve encogimiento de hombros.

Como quien intenta quitarle hierro a algo que, en realidad, le quema por dentro.

Lucas entrecierra los ojos, como si pudiera leerme entera.

—¿Tú crees que soy una chica que teme cruzar límites? —pregunto al fin, con un hilo de voz que pretende sonar retador… pero que tiembla, inevitablemente, por dentro.

Lucas sonríe, despacio.
Su risa breve suena como una confesión compartida.

—No digo que tengas miedo —contesta—.
Digo que tal vez aún no sabes lo que te gusta.
Hasta que te atreves a probarlo.

Como ahora.
Como esos ojos que te observan desde el otro lado del cristal...

Su mirada se desliza por encima de mi hombro.

Y entonces lo siento otra vez.
Esa vibración.
Esa presencia.
Las sombras detrás del vidrio.
Las siluetas.
Las miradas.

Y no es solo incomodidad.
Es algo más.
Una descarga.
Una alerta encendida.

No puedo negarlo.
La sensación que me recorre la piel no viene solo del hecho de ser

observada…
Sino de cómo eso me hace sentir.

Cómo una simple mirada a través del cristal puede colocarme en un lugar tan vulnerable…
y, al mismo tiempo, tan jodidamente excitante.

Lucas acerca su rostro al mío.
No llega a rozarme.
La distancia es mínima. Ínfima.
Pero suficiente para que el aire entre los dos se vuelva denso, eléctrico, cargado de un deseo no verbalizado.

—Eso, precisamente… —susurra, su voz grave, casi como un secreto al oído—
es lo que te hace sentir viva. Sabes que te están viendo. Y en algún rincón de tu mente, Andrea, te preguntas qué pasaría si te dejaras llevar.
Porque, aunque intentes negarlo… esa atención no te desagrada.
Te atrae.
Te llama.
Y te hace querer cruzar esa línea que siempre creíste inquebrantable.

Trago saliva.
Mi respiración se acelera.
Como si su voz tuviera el poder de desmontarme desde dentro.

No sé si la conversación me incomoda o me excita.
Quizá ambas cosas.

Pero hay algo en la forma en que Lucas habla…
en cómo me mira…

que me hace cuestionar todo lo que creía saber de mí misma.

—¿Y tú? —pregunto, con una voz que no suena tan firme como quisiera—.
¿Qué es lo que te atrae, Lucas?

Él me sostiene la mirada.
Con esa calma tensa que contrasta con la intensidad con la que me devora por dentro.

—A mí me gustan los juegos —responde, dejando que sus palabras se deslicen lentas, provocadoras—.
Me gusta la complicidad en las miradas.
El tira y afloja.
El saber que hay alguien observando.
Que hay deseo contenido.
Que el espectáculo no termina cuando dos se tocan… sino cuando alguien más lo desea también.

Siento el pulso en mis sienes.
Lucas no se inmuta.

—No tengo límites —continúa—. No me importa si una tercera persona se une, si eso lleva el placer a otro nivel. Me excita dar, provocar, llevar a alguien al punto exacto donde deja de pensar.
Pero sé que esto es distinto para ti —añade, bajando un tono, más sincero—.
Es la primera vez que lo haces.
Y no sé si estás lista para todo lo que este mundo implica.

Lo miro, con el cuerpo ardiendo.
El deseo me tiembla bajo la piel, me muerde las costillas desde dentro.

No sé si estoy lista.
No sé si puedo con todo esto.
Pero sí sé algo: no puedo dejar de mirar las habitaciones de cristal.
No puedo dejar de pensar en ser yo la observada.
No puedo dejar de sentir que quiero más.

Y Lucas lo sabe.
Lo ve en mis ojos.
En mi pulso.
En el silencio que no dice que no.

—No es justo —susurro, casi más para mí que para él.

La voz me sale rota, con ese nudo en la garganta que no sé si es frustración o deseo contenido.
Me siento… vacía.
Como si me llevaran justo al borde de un precipicio y me soltaran la mano cuando estoy a punto de volar.

Lucas me mira.
No dice nada al principio.
Solo clava los ojos en mí, como si pudiera leerme entera con una sola mirada.

—Lo sé —murmura al fin, con un tono tan bajo que parece hablar consigo mismo—. Sé que quieres más. Sé que este momento te ha llevado a un lugar que no esperabas… y del que no quieres salir.
Pero también sé que no quiero que mañana te mires al espejo y sientas que te llevaste algo que no estabas lista para sostener.
No es que no quiera, Andrea.
Es que hay algo dentro de mí que me dice que ahora… no debe ser.

Lo odio un poco, en ese instante.
Lo odio por leerme tan bien, por frenarse justo cuando yo estoy lista para romper todos mis límites.
Y también lo adoro, en silencio, por tener la cabeza fría cuando yo ya no puedo pensar.

Lo miro, con el corazón latiéndome rápido.
El deseo aún me arde en el pecho, pero también una frustración creciente.
Aprieto los labios.

¿Cómo puedo desear tanto algo que apenas acabo de probar?
¿Cómo puedo haber cruzado una línea y sentir que no quiero volver atrás?

—No es justo… —repito, pero esta vez mi voz ya no suena rebelde, sino vacía. Vacía de lo que no se da.
Y lo peor… vacía de él.

Lucas me mira con esa mezcla de ternura y firmeza que solo él sabe usar.
Me toma por los hombros, con suavidad, pero sin dejar que me pierda en lo que siento.

—No es el momento, Andrea —dice, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo—. Vamos a buscar a Clara.

Se gira.
Y yo me quedo allí.
Con el cuerpo aún palpitando, con la piel todavía temblando, con el alma… suspendida.
Mi deseo no se ha apagado. Solo se ha quedado en pausa.
Y ese "no ahora" duele más que un "no".

A lo lejos, Clara y Óscar se acercan por el pasillo, como si fueran el ancla que necesitamos para volver a la realidad.
La música sigue sonando, pero el ambiente ha cambiado.
Es como si la noche se cerrara sobre sí misma, guardando nuestros secretos entre las luces tenues y las paredes de cristal.

Lucas da un paso al lado, dejando espacio.
Clara se acerca con su sonrisa encantadora, abraza a Lucas como si lo conociera de toda la vida, mientras Óscar le estrecha la mano en silencio.
Todo parece tan normal…
Y yo me siento como si acabara de vivir algo que no voy a poder contar nunca del todo.

Y entonces, Lucas se gira.
Sus ojos vuelven a buscarme.
No dice nada. No necesita hacerlo.
Ese silencio suyo, lleno de significado, me rompe más que cualquier palabra.
Se acerca.
Me roza apenas el rostro con los labios, un beso en la mejilla que me deja helada por dentro… y en llamas por fuera.

—Ha sido una fantasía complacerte como lo he hecho hoy —susurra, tan cerca de mi oído que me estremezco.

Y después se va.
Y yo me quedo allí.
Con ese susurro taladrándome la piel.

¿Fantasía?
¿Eso ha sido?

¿Un sueño? ¿Una ilusión?
No lo sé.
Pero sí sé algo: jamás volveré a mirar mi reflejo sin preguntarme quién es esa mujer que se dejó tocar frente a un cristal...
y deseó, por primera vez en mucho tiempo, no despertar nunca.

Él se aparta un poco, aún con esa sonrisa ladeada que tanto dice sin decir nada.
Pero esta vez, en sus ojos, hay algo más.
Algo que no estaba antes.
Tristeza, quizás. O resignación.
Como si supiera que ese momento tiene que acabar, y lo supiera mejor que yo.

—Nos volveremos a encontrar, si el destino lo quiere —dice con voz suave, como si le hablara al viento.

Y sin esperar respuesta, sin mirar atrás, se da media vuelta y camina hacia la puerta.

Lo observo alejarse, con la sensación de que algo dentro de mí se va con él.
Como si, en ese breve encuentro, me hubiera desarmado y llevado una parte que ni yo sabía que tenía.

Me quedo ahí, en silencio, con las piernas aún temblorosas y el corazón a la deriva.
No sé qué decir.
No sé qué pensar.
Solo sé que lo que acaba de pasar me remueve más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Clara y Óscar hablan unos metros más allá, ajenos a lo que acaba de suceder.
Ríen, se lanzan miradas cómplices, como si el mundo siguiera su curso sin alteraciones.

Pero yo no.
Yo no estoy igual.

Algo ha cambiado.
Dentro de mí.

¿Qué acaba de pasar?
¿Cómo he llegado hasta aquí?
¿Cómo puede ser tan claro y, al mismo tiempo, tan jodidamente ambiguo?

Siento el sabor del deseo aún en la lengua, ese hormigueo en la piel que no se apaga aunque el contacto haya terminado.
Y con él, una frustración aguda, casi dolorosa.
No por lo que ha pasado.
Sino por lo que no.

Me he quedado en el borde.
Con la mirada puesta en algo que no sé si es un abismo… o una oportunidad.
Y Lucas, ese cabrón magnético, se ha ido sin darme la respuesta.

Respiro hondo, intento recomponerme, pero no funciona.
Ese sabor amargo de lo que no fue, lo que casi, lo que rozó y no se quedó, me arde en la garganta.
Y no sé cómo quitármelo.

CAPÍTULO 11

Al despertar, todo está en silencio.
Solo el murmullo lejano de la ciudad alcanza mis oídos, como un eco suave que me recuerda que el mundo sigue girando aunque yo sienta que se ha detenido.

Me cuesta recordar cómo he llegado hasta aquí.
La luz que entra por las ventanas de la habitación de Clara es tan intensa que tengo que entrecerrar los ojos, y en cuanto intento moverme, una punzada en la sien me obliga a quedarme quieta.

Resaca.
De las buenas.

Recuerdo a duras penas la fiesta, las luces parpadeando, las risas, los cuerpos que se mezclaban en una coreografía invisible, las miradas...
Y él.
Lucas.

Pero todo parece tan difuso, como si la noche se hubiera desvanecido en un sueño raro, con imágenes entrelazadas, mezcladas con adrenalina, deseo… e incertidumbre.

A mi lado, Clara ya está despierta.
Cómo lo hace, no lo sé.
Se mueve en su cama como si hubiera dormido diez horas perfectas.

Se incorpora de golpe, con esa energía suya que parece no agotarse nunca, y me mira con una sonrisa que ya anticipa lo inevitable.

—¡Vamos, cuéntamelo todo! —dice con esa voz chispeante, como si fuera una adolescente esperando los detalles más jugosos del baile del instituto—. ¿Qué pasó con Lucas? ¡No me dejes con la intriga!

Yo, medio adormilada, pestañeo varias veces, intentando hilar recuerdos que se me escapan entre los dedos como arena mojada. Lucas, su mirada, ese beso en la mejilla, su voz cerca de mi oído… Y ese "fantasía".
Todo lo demás es como una película mal editada: escenas sueltas, sensaciones sin contexto.

Risas.
Su mano.
Mi cuerpo cediendo sin que pueda evitarlo.

Clara, por supuesto, no me da tregua.

—¡Ay, no me hagas esto! —dice mientras tira del edredón y me destapa como si tuviéramos quince años—. ¡Vamos, Júlia! ¡Dame el capítulo que me perdí!

—No fue nada, Clara. En serio —murmuro, llevándome una mano a la frente mientras el dolor me palpita detrás de los ojos—. Solo fue una fiesta… y luego… no sé. Las miradas, ese momento extraño... fue raro.

Clara me mira como si acabara de confesar que he salido a por pan y he vuelto con un unicornio.

—¿Raro? ¿RA-RO? Júlia, venga ya. ¡No me jodas! Tú estabas a punto de derretirte cada vez que ese tío te miraba. Y ahora me vienes con

“raro”... —hace comillas en el aire con los dedos—. ¡Tía, te vas a tener que esforzar más si quieres venderme esa versión!

No puedo evitar sonreír.
Clara tiene esa capacidad de hacerme reír incluso cuando me siento hecha polvo por dentro.

Pero por dentro...
Por dentro está todo revuelto.
Confuso.
Denso.

Me quedo en silencio, con la cabeza a punto de estallar por la resaca… pero, sobre todo, por los recuerdos.
Los retazos de la noche anterior empiezan a encajar como piezas sueltas que se unen de golpe, nítidos y vertiginosos.

El pasillo.
Lucas detrás de mí.
Sus manos sujetándome con firmeza.
La presión.
Las miradas.
El reflejo de los cuerpos en las habitaciones de cristal.
Mi cuerpo… cediendo al placer con una intensidad que me ruboriza hasta el alma.

Un calor me recorre desde el pecho hasta las mejillas.
Algo dentro de mí ha despertado.
Algo que no sabía que existía.

Me quedo quieta, sintiendo el corazón martillear con fuerza.

Oh, Dios.
¿Qué he hecho?

¿Cómo puedo dejarme llevar así, sin pensar, sin control?

Mi cuerpo aún reacciona al recuerdo —al roce, a la tensión, al vértigo de sentirme observada—, pero mi cabeza…
mi cabeza es un nudo de confusión, deseo y vergüenza.

Clara me observa desde la cama, y cuando nota mi expresión, arquea una ceja.
Se queda en pausa un segundo, y luego… sonríe.

Pero no es su sonrisa habitual.
Es esa media sonrisa suya, esa que dice *te tengo calada*.

Y yo, ahí sentada, envuelta en una mezcla de sábanas y resaca, me siento más desnuda que nunca.

—No me digas que tienes esa cara porque no te crees lo que hiciste anoche… —dice con tono burlón mientras se apoya sobre mí, los codos hundiéndose entre las sábanas.

Me pongo roja al instante.
No puedo evitarlo.

Mi cuerpo me traiciona, y mis palabras… se atascan.
Intento hablar, pero no sé por dónde empezar.
Trago saliva.
Clara no me va a dejar escapar así.

—Clara… —logro decir, bajito—. No me juzgues, ¿vale?

Ella frunce los labios, en plan *¿te estás oyendo?*

—Fue una locura —sigo, atropelladamente—. Ni siquiera sé cómo acabé… ahí. Fue más de lo que esperaba, y no sé si estoy preparada para todo eso.
O si simplemente me pasé de la raya.

Me quedo mirándola, buscando comprensión, aunque parte de mí siente que ni yo misma entiendo lo que me estoy diciendo.
Hay algo dentro de mí que no puedo callar.
Una parte que no quiere olvidarlo.
No es solo Lucas.
Es lo que me ha hecho sentir.
Lo que yo he descubierto de mí misma.

Clara deja de bromear.
Se sienta a mi lado, más seria, aunque sin perder esa ternura suya que siempre aparece cuando más la necesito.

—Júlia… —dice con una voz suave, sincera—. No te voy a juzgar. Ya sabes que eso, nunca.
Solo te voy a decir esto: sé honesta contigo. Porque a veces nos metemos en cosas que creemos que podemos controlar y luego no sabemos cómo salir.
Y otras veces… nos asustamos de lo que descubrimos, aunque eso que descubrimos nos haga bien.

Me siento un poco más tranquila, pero esa incomodidad sigue ahí, latiendo despacio, como un eco.
No sé si me he metido en algo demasiado profundo…
o si, por el contrario, estoy justo en el umbral de algo que puede cambiarme para siempre.

La respuesta, sin duda, aún no la tengo.

La sonrisa de Clara me alivia más de lo que esperaba.
Sus ojos brillan con esa complicidad suya, esa que no necesita palabras para hacerme sentir segura.

Tomo aire, sabiendo que si hay alguien a quien puedo contarle esto, es a ella.
Aunque me cueste.
Aunque no sepa por dónde empezar.

—Vale… te lo cuento —digo, con la voz aún un poco baja, como si me diera miedo decirlo en voz alta—.
Lo que pasó con Lucas fue... una locura, Clara.
Estábamos en la pecera, él detrás de mí, sus manos… todo fue tan intenso.
Las miradas desde las habitaciones de cristal, el calor, las sombras...
Me perdí. Literalmente.
Me perdí en él, en el momento. En lo que me hizo sentir.

Me detengo un segundo, trago saliva.

—Y después… —continúo, bajando aún más la voz—.
Llegó el momento.
El clímax.
Fue más de lo que esperaba.

Me siento poderosa, sí, como si de repente pudiera con todo...
Pero al mismo tiempo, tan vulnerable.
Como si me hubiera abierto por completo, como si todo el mundo hubiera podido ver dentro de mí...
y, aun así, no importara nada más.

La risa de Clara me pilla desprevenida.
Una carcajada cálida, limpia, casi incrédula.

—¡No me digas que tú, la más prudente del grupo, la que hace listas para todo… te dejaste llevar así! —dice entre risas, lanzándose

contra el colchón como si acabara de ver la escena más inesperada de su vida.

Pero yo no río.
No puedo.

No porque me avergüence...
sino porque, de pronto, siento un nudo en el pecho.
Una punzada.
Como si algo dentro de mí se estuviera removiendo sin permiso.

—No sé, Clara… —mi voz suena más débil de lo que quiero—. No fue como pensaba.
Sí, me dejé llevar. Pero...

—Me detengo, mirando mis propias manos como si fueran ajenas—.

No soy esa chica.
No soy Andrea.
No soy la que pierde el control así, delante de todos.
Y mucho menos la que lo disfruta.

Clara se queda en silencio.
Ya no ríe.

Solo me mira, atenta, como si intentara descifrar una parte de mí que ni yo conozco.

Yo sí sé lo que quiero decir.
No me reconozco en esa versión mía que ha dejado que alguien más lleve las riendas, que se ha expuesto tanto, que ha sentido tanto…
Como si me hubiera puesto una máscara para ser otra, y ahora no supiera cómo quitármela sin romper algo por dentro.

—Es otra versión de mí. Una que aparece anoche. Siento que no soy yo la que toma las decisiones. Es como si una parte mía, más impulsiva, más libre —o tal vez más temeraria—, se apodera de todo. Y mientras pasa... no lo cuestiono. Solo dejo que ocurra. Me dejo llevar.

Clara me mira con sorpresa, pero sin juicio. Se queda en silencio, dejándome espacio.

—Y al principio todo parece estar bien —sigo—. Como si no tuviera que preocuparme por nada, como si por fin pudiera soltar el control. Pero luego, cuando vuelvo a ser yo… cuando ya no soy Andrea, me doy cuenta de que no quiero volver a ese lugar. No si no soy consciente de cada paso. No si no lo estoy eligiendo con el corazón y no solo con el cuerpo.

Clara se acerca un poco, con esa suavidad que tiene cuando sabe que algo me remueve por dentro.

—Entonces… ¿esa parte de ti te hace hacer algo que no quieres? —pregunta, sin presionarme, con tono sincero.

—No exactamente —admito, bajando la mirada—. No me arrepiento de lo que siento… de lo que experimento. Pero no lo vivo como Júlia. Lo vivo como otra. Como alguien que no soy. Y eso... me asusta. Me hace sentir poderosa, sí. Pero también invisible para mí misma. Como si, durante un rato, me hubiera borrado.
Y esa parte de mí… no es la que quiero ser. No es la que soy en realidad.

Clara se sienta a mi lado, su mano cálida en mi hombro. Me reconforta ese gesto, esa forma suya de estar sin invadir.

—¿Te arrepientes? —pregunta finalmente.

Cierro los ojos un momento.

—No me arrepiento de haber disfrutado… —digo, al fin—. Pero sí de no haber sido yo quien está al mando. No quiero volver a dejar que algo, o alguien, tome el control de esa forma. No así.

Clara asiente despacio, con comprensión.

—Eso es lo más importante, Júlia. Saberlo. Ser capaz de mirarlo a la cara, aunque duela. Y si alguna vez decides volver a vivir algo así, que sea desde ti. Desde tu verdad. No desde una máscara que te obligue a desconectarte de ti misma.

Le sonrío, agradecida. No sé si puedo explicarlo mejor. Pero ella, de algún modo, ya me ha entendido.

—Sí. Necesito sentir que soy yo quien lleva las riendas. No quiero volver a esconderme tras ninguna Andrea.

Clara me devuelve una sonrisa cálida, esa mezcla de ternura y fuerza tan suya.

—Pues bienvenida de vuelta, Júlia. Estés donde estés, sé que siempre vas a encontrar el camino de vuelta a ti.

Nos levantamos de la cama con el sol filtrándose suavemente entre las cortinas. El invierno se cuela por las rendijas, y yo siento que algo en mi interior también se ha congelado un poco… pero no del todo.

Clara, como siempre, se levanta con energía, como si la noche anterior no hubiera sido más que un sueño.
Yo me quedo un momento más en la cama, con la cabeza palpitando por la resaca, y el cuerpo… con resaca de emociones.

Miro el techo, buscando señales de mí misma.

—¡Venga, despierta! —me dice Clara, lanzándome un par de pastillas de ibuprofeno con la misma velocidad con la que se enfunda su abrigo de lana gris, perfecto para el frío matutino—. No podemos perder el día.

Yo solo estiro la mano desde debajo del edredón y cazo las pastillas con la precisión de alguien que no está segura de si está viva o en el limbo del "me he pasado". Me las trago sin agua, como buena soldado de la guerra etílica. Clara ya está lista para comerse el mundo. Yo apenas puedo con mi alma.

¿Perder el día? ¿Con qué energía? ¿Con qué dignidad?

Me incorporo con cuidado, como si mi cuerpo fuera un jarrón chino al borde del colapso. Tomo aire. Huele a café y a esperanza. Más o menos.

Me visto con la motivación de una alga marina y me enfundo un jersey de cuello alto gris, suave y acogedor como un abrazo, unos pantalones negros de lana que no marcan absolutamente nada y unas botas de piel que me hacen sentir un 3% más preparada para el invierno.

Cuando nos cruzamos frente al espejo del pasillo, Clara me mira de arriba abajo, se cruza de brazos y alza una ceja con gesto de madre orgullosa y mejor amiga sin filtro.

—¡Perfecta! —dice con una sonrisilla maliciosa mientras se acomoda la bufanda de cuadros escoceses—. Pensé que ibas a salir con el uniforme de "me acabo de dejar" otra vez. Pero no, oye. Esto ya es progreso.

Suelto una risa baja, más parecida a un bufido de resaca que a algo humano, pero no puedo evitar sentir cómo sus palabras me hacen

cosquillas en el pecho.
Tiene razón. He estado tan sumida en lo que se ha roto —yo incluida —, que se me ha olvidado que también puedo recomponerme. A mi ritmo. A mi manera.

Salimos del apartamento con las mejillas rojas y las manos en los bolsillos. El frío de diciembre se nos mete hasta en los pensamientos, pero de alguna manera, también despeja las ideas. Las calles de Malasaña están vivas, llenas de luces navideñas que parpadean como si quisieran animarnos, escaparates decorados como cuentos de Navidad, y el olor a castañas asadas se cuela entre los abrigos como un recordatorio de que, a pesar de todo, la vida sigue.

Clara habla, ríe, improvisa planes que seguramente cambiaremos sobre la marcha.
Yo la sigo, en silencio, pero sintiéndome un poco más… real. Como si, después de todo lo vivido —lo raro, lo intenso, lo incómodo y lo excitante—, pudiera volver a habitarme.

—Vamos al Rastro —dice Clara, con esa chispa en los ojos que tiene reservada para los domingos con posibilidades. Esa mirada suya que convierte cualquier plan en el mejor plan del universo, aunque solo se trate de caminar entre montones de trastos y libros con olor a humedad.

—¿En serio? —pregunto sin mucho entusiasmo, pero sin resistencia. Clara tiene ese superpoder de arrastrarte con la energía de una canción que no puedes dejar de tararear.

—Sí. Hay algo en esos objetos olvidados que me da vida. Como si cada cosa tuviera una historia que aún no ha terminado. Además,

con este fresquito… es el plan perfecto.

Y tiene razón. Yo no lo sé aún, pero lo necesito. No solo moverme —aunque el ibuprofeno todavía esté haciendo malabares con mi resaca—, sino mover la cabeza. El alma. El corazón. Sacudirme. El Rastro, con su caos poético y su desorden glorioso, es el lugar ideal para empezar a remover cosas, no solo entre montones de vinilos o figuritas de porcelana, sino dentro de mí.

Cuando llegamos, el aire gélido nos corta las mejillas con ese cariño traicionero que solo tiene Madrid en diciembre. Pero las calles están vivas. El mercado es un río de voces, de pasos, de manos revolviendo cajones llenos de cosas que ya nadie quiere, pero que alguien —como Clara, por ejemplo— puede volver a amar.

Los puestos parecen eternos: alfombras raídas, lámparas con encanto decadente, joyas vintage con pinta de haber vivido romances imposibles y mil guerras sentimentales. Libros subrayados, ropa de segunda mano que huele a otras vidas, a otras pieles, a historias de gente que ya no somos.

—Mira esto —dice Clara, levantando una bufanda de lana marrón con rayas en tonos cálidos. Es enorme, de esas que te envuelven como si te abrazaran hasta los huesos—. ¿Te imaginas pasear con esto por la ciudad, con una taza de café caliente entre las manos y un amor de esos que no aprietan?

Sonrío. Clara es poesía disfrazada de sarcasmo y eyeliner.

Pero mientras finge estar interesada en la bufanda, mi mente —la traidora de siempre— se va directa a él. A Lucas. A la noche anterior. A la sensación de perderme y encontrarme al mismo tiempo entre

sus manos. A esa versión de mí que aún no sé si quiero invitar a quedarse o echar a patadas.

No quiero pensar en eso. No aquí. No con la ciudad ofreciéndome belleza en cada esquina, con Clara rebuscando tesoros entre los restos de otros. Así que me obligo a parar.

Me miro en el reflejo de un escaparate antiguo: el pelo recogido en un moño descuidado, el abrigo cubriéndome hasta el cuello, los ojos un poco más oscuros de lo normal… pero míos. Yo. Júlia. Con todo lo vivido, lo confundido, lo sentido. Y decido que, por esta mañana al menos, voy a dejar de buscar respuestas. Que voy a ser como uno de esos objetos del Rastro: no una pieza rota, sino una historia en pausa, esperando que alguien —quizá yo misma— quiera volver a abrir el libro y seguir leyendo.

Revisamos más puestos, tocamos cosas que no pensamos comprar y charlamos con los vendedores como si nos conociéramos de toda la vida. Entre risas tontas y comentarios absurdos sobre vajillas imposibles y cuadros feísimos con marcos dorados, me voy desconectando. Poco a poco, dejo de pensar en lo que me da vueltas en la cabeza. Me enfoco en los detalles, en los recuerdos que los objetos me traen sin querer. Como si la vida tuviera la manía de repetirse hasta que una aprende la lección.

Clara, por supuesto, encuentra magia en cada esquina. Una bufanda, una cámara vieja, una cajita de madera. Todo le brilla en las manos como si fuera un tesoro. Yo no busco nada. Pero hay algo. Algo dentro de mí que empieza a moverse, como cuando te das cuenta de que estás despertando de un sueño muy largo.

Al final salimos del Rastro sin bolsas, pero con el corazón un poquito más ligero. Clara me mira con esa sonrisa suya de "¿ves cómo esto también cura?" y yo asiento, sin decirlo. Porque tiene razón.

Nos vamos a una terraza cercana a hacer el aperitivo, ese momento sagrado entre amigas donde el frío te pellizca la cara y el cuerpo te pide algo salado. El camarero —muy majo y con pinta de estudiar teatro por las noches— nos trae la carta con una sonrisa. Pedimos dos aguas con gas y tapas para compartir: aceitunas, tortilla de las buenas y unas albóndigas que huelen a madre.

No tengo demasiada hambre, pero el ambiente me envuelve sin que me dé cuenta. Gente riendo, abrigada hasta las orejas, el bullicio del puente de la Purísima como telón de fondo… y, de repente, es fácil olvidar.

—No entiendo cómo puedes no tener resaca —le suelto a Clara, que parece tan fresca como si no hubiera bebido ni una copa.

Ella ríe, encantada de sí misma.

—Es genética, cariño. Como lo del cutis. Y también ayuda no mezclar vino, ginebra y chupitos de colores, por cierto.

Me sirve más aceitunas como si no acabara de darme una pequeña bofetada de realidad. Y luego, ya más en serio, me mira de reojo.

—¿Todo bien? ¿Sigues dándole vueltas a lo de anoche?

—No sé —respondo, bajito—. Me dejé llevar. Y no sé si está bien. No soy de las que se dejan llevar, ¿sabes? Siempre he tenido todo bajo control. Medido. Organizado. Y anoche... anoche fui otra.

Clara no me interrumpe. Solo me observa con esa expresión que tiene cuando sabe que estoy a punto de decir algo que necesito

soltar.

—Pues igual necesitabas ser otra —dice al fin, con una sonrisa tranquila—. Y no pasa nada. A veces romper lo que somos nos ayuda a construir lo que queremos ser. Ya veremos qué pasa con Lucas… si pasa algo. Pero hoy estás aquí, conmigo, riendo. Y eso ya es mucho.

Me quedo en silencio. El aire frío nos abraza, pero por dentro siento una especie de calorcito nuevo. No sabría explicarlo, pero es como si estuviéramos justo al borde de algo. Un comienzo, un cambio… algo.

Pero el reloj me devuelve a la realidad.

—Creo que ya debo irme, Clara. El autobús sale pronto.

Clara y yo llegamos a la estación de autobuses arrastrando las horas, como si nos resistiéramos a dejar que el fin de semana se acabe del todo. Hemos exprimido la mañana entre risas y confesiones medio improvisadas, pero, aun así, al ver el cartel luminoso marcando la hora de salida, siento ese nudo incómodo en el pecho. Uno que aprieta justo ahí, donde la nostalgia y la gratitud se chocan sin avisar.

—Te voy a echar mucho de menos —me dice Clara, abrazándome tan fuerte que por un segundo siento que me sostiene entera.

Cierro los ojos. Qué difícil es despedirse de alguien que te recuerda quién eres cuando tú misma lo olvidas.

—Yo también —le susurro, sujetándome a su abrazo como quien se agarra a la orilla antes de volver a nadar mar adentro.

Ha sido mi refugio, mi cable a tierra, y este fin de semana me lo ha recordado con cada risa, cada copa y cada conversación que me

deja el alma un poco más ligera.

Clara me mira con esa chispa suya en los ojos, la que no pierde ni cuando está seria.
—Las Navidades ya están a la vuelta de la esquina. Como siempre, voy a casa de mis padres. Ellos ya han contado contigo. Con vosotras —añade, como quien incluye sin pedir permiso—. Con Marina también, claro.

Sonrío.
Esa familia es mi casa, aunque no lleve su apellido. Siempre lo ha sido, aunque nunca lo diga en voz alta. Porque desde que mis abuelos murieron, la Navidad se ha vuelto una fecha rara, suspendida, como si me quedara a la espera de algo que ya no va a volver.

Mi madre… esa es otra historia. Una que no duele, pero sí pesa. Se fue sin mirar atrás, con su maleta llena de excusas y parejas nuevas. Mi hermana y yo nos quedamos con los abuelos, que nos criaron con una ternura silenciosa. Y cuando ellos faltaron, fue la familia de Clara la que se encargó de llenar el hueco.

Clara me conoce tanto, que ni siquiera necesita que hable. Me aprieta la mano con cariño y me da esa mirada suya que dice *sé lo que estás pensando* sin necesidad de abrir la boca.

—Sé que no ha sido fácil. Pero ahora tienes un nuevo comienzo, Júlia. Te lo has currado mucho, y aunque no lo veas claro, lo estás haciendo bien. Muy bien. Y si en algún momento flaqueas, ya sabes que estoy aquí. Siempre.

Me da un pequeño empujón en el hombro, de esos que solo hacen las amigas que saben empujarte hacia delante sin que duela.

—Que no te cueste mucho la mudanza —añade, con una sonrisilla—. Y recuerda que todo lo que venga, lo vas a manejar. Estoy muy orgullosa de ti. De lo que has pasado, de lo que has superado… y de lo que vas a construir.

No puedo evitarlo. Una lágrima se me escapa sin pedir permiso. No es de tristeza, no. Es de esa emoción que solo se siente cuando alguien te mira y te ve de verdad. Cuando te dice justo lo que necesitas escuchar, sin que lo hayas dicho tú antes.

—Gracias, Clara. De verdad —digo, limpiándome la lágrima con la manga del jersey—. Gracias por este fin de semana, por todo. Por hacerme sentir que puedo dejar atrás a esa Júlia. Porque ahora... ahora me siento diferente. Más fuerte. Más preparada. Más yo.

Clara me abraza otra vez, con esa manera suya de abrazar que es como un ancla en mitad de la tormenta. Y en voz bajita, como si me estuviera dando una bendición secreta, susurra:
—Recuerda esto: todo lo que viene es tuyo, Júlia. Porque eres tú la que lo elige. Nadie más.

Y ahí es cuando sé que está bien. Que puedo volver a casa. Que, aunque físicamente nos separen kilómetros, esa sensación de tenerla siempre conmigo va a quedarse.

Nos despedimos. La veo alejarse con paso decidido y esa energía suya que parece capaz de mover el mundo. Yo me quedo quieta un momento, mirando cómo se aleja entre la gente, sintiendo que algo se ha movido dentro de mí. Algo bueno. Algo importante.

Vuelvo a casa, sí.
Pero no soy la misma que llegó a Madrid dos días antes. Algo ha cambiado.

Vuelvo más liviana, más segura.
Con el corazón menos roto y el alma un poquito más cosida.
Con la certeza —esa que se instala en el pecho como una promesa—
de que lo mejor aún está por venir.

CAPÍTULO 12

La luz se cuela entre las cortinas con una calidez que no duele, como una caricia que dice: venga, hoy sí. El aire está fresco, sí, pero no helado. Es como si el día respirara conmigo. Me despierto de golpe, sin esa sensación pegajosa de las resacas emocionales. Es raro. Como si por fin, después de días de niebla mental, alguien hubiera abierto una ventana en mi cabeza.

Me siento distinta. Como si algo dentro de mí se hubiera recolocado durante la noche. Tal vez es el hecho de saber que, por fin, el cambio empieza. Real. Tangible. Medible en cajas.

Porque sí: el piso está patas arriba. Cajas por todas partes. Unas cerradas con celo y perfectamente etiquetadas —muy yo—, otras aún medio abiertas, como si dudaran si quedarse o largarse. Cada una es un pequeño universo de cosas que ya no uso, recuerdos que he decidido no tirar, pero tampoco mirar demasiado. Son eso: restos de la Júlia de antes.

Me siento en el borde del sofá y respiro hondo. Todavía queda mucho por hacer, pero algo me dice que hoy voy a poder con todo. La mudanza no es solo cambiar de dirección. Es dejar atrás una vida que ya no me queda bien. Es, básicamente, deshacerme del polvo emocional que he ido acumulando durante años. Mi nuevo piso aún no es mío, no del todo, pero lo será. Lo llenaré con plantas, con

libros, con alfombras suaves bajo los pies y con ganas. Muchas ganas.

Y justo cuando empiezo a hacerme una lista mental de todo lo que tengo que hacer, suena el móvil. Lo miro. Marina.

Sonrío, claro. Marina, mi hermana pequeña, siempre aparece cuando necesito poner los pies en el suelo. Tiene ese superpoder. Aunque, también hay que decirlo, a veces consigue sacarme de quicio como nadie.

Contesto con un tono animado, sin mucha ceremonia, con la energía que siento.

—¡Hola! —digo—. ¿Qué tal?

No me da tiempo ni a respirar.

—¡Júlia, por favor! ¡¿Pero tú te crees que esto es normal?! —su tono es mitad regañina, mitad drama de telenovela—. ¡¿Mandarme un audio a las mil de la noche?! ¡Y encima medio borracha! No se entendía nada, ¡nada! ¡Parecía que habías metido la cabeza en una lavadora!

Me río. No lo puedo evitar. Su indignación es tan auténtica que me enternece.

Claro que me acuerdo del mensaje. Era tarde, llevaba un par de copas encima y, entre la música y la adrenalina, se me ocurrió que era el momento perfecto para soltarle lo que llevaba semanas evitando decir. Porque así soy yo: valiente cuando voy por la tercera copa y me creo filósofa.

—Lo siento, de verdad —digo, bajando un poco la voz, porque sí, estoy un poco avergonzada—. No era la mejor forma, lo sé. Pero

estaba con Clara, me vine arriba, y no sé… fue un impulso. No pensé.

Marina suspira al otro lado. No se calma del todo, pero su tono se suaviza. Con ella es así: fuego rápido, pero corazón blando. Y sé que, en el fondo, lo único que le molesta es que no se lo haya contado antes. Cara a cara. Con confianza. Como siempre lo hemos hecho.

—Júlia, siempre estás metida en tus cosas, y cuando intentas escapar de todo... nos dejas a todos fuera —dice Marina, con esa mezcla de reproche y ternura que solo una hermana puede lanzar sin que suene a juicio—. Me tienes que contar esas cosas en persona, no por WhatsApp, no a las tantas de la noche y en medio de una fiesta. ¡Y, además, te has escapado de todo! ¿Cuántas veces intento verte, hablar contigo y…?

Me duele. Me duele porque tiene razón. Porque mientras intento protegerme del caos de mi vida, la aparto a ella también. No quiero que piense que la dejo fuera. No lo quiero. Pero en mi afán por poner distancia entre el dolor y yo…

Marina es mi hermana pequeña, sí, pero también es familia.
De la buena.
De la que nunca te suelta, aunque te pongas insoportable.

—Lo sé, lo sé… te prometo que no vuelve a pasar —digo, bajando la voz, tragándome la culpa—. No es mi intención hacerte sentir así. Solo... necesito encontrar una forma de sostenerme, y ni siquiera sé por dónde empezar.

—Lo sé —responde, ahora más bajito, con ese tono que usa cuando está a punto de ablandarse pero todavía quiere hacerme sentir un

poco culpable—. Pero bueno, cuéntame… ¿qué pasó con Álex? ¿De verdad se terminó todo? Porque, tía, después de ese audio a lo "soy libre pero me quiero morir", no sé qué pensar.

Respiro hondo. Y lo noto. Ese vacío que llevo sintiendo durante semanas… ya no aprieta. Ya no duele como antes. Puedo hablar de Álex sin que me tiemble la voz, sin ese nudo en el estómago que parecía haberse instalado ahí como inquilino fijo. Lo pienso y, por primera vez, no siento el impulso de llorar. Es un avance.

—Sí, terminó —digo, con una calma que ni me reconozco—. Se acabó. Álex me dice que ya no siente lo mismo. Que me quiere como amiga, que necesita seguir adelante. Y mira, al final... lo entiendo. Porque, si soy sincera, creo que yo también me había ido apagando.

Silencio al otro lado. De ese que no pesa. De ese que escucha.

Miro las cajas apiladas en el pasillo. Algunas abiertas, otras selladas, todas llenas de lo que fue. Me sorprende pensar que, en cierto modo, Álex también cabe en una de ellas. No literalmente, claro, pero sí su historia, su final, ese amor que alguna vez lo fue todo y que ahora es solo una pieza más del pasado. Una pieza que ya no duele tanto.

Entonces, la voz de Marina rompe el momento con su clásico dramatismo de hermana mayor en cuerpo de pequeña.

—Oye… abre la puerta. Estoy aquí fuera.

Me quedo en shock.

—¿Qué?

—Que estoy aquí. Que no vas a pasar sola este día, eso ni de coña. Te digo que no me vas a dejar fuera otra vez. Baja y abre, que vengo en modo mudanza profesional. Con ganas de meter mano.

Me levanto casi sin pensar, con una sonrisa tonta y un calorcito en el pecho. Porque Marina, con su torbellino de energía y esa forma suya de entrar sin permiso pero con todo el amor, es exactamente lo que necesito. Abro la puerta y ahí está, con su abrigo de lana, sus botas de batalla, y esa mirada entre crítica y divertida.

—Vaya panorama. Esto no lo solucionas ni con Spotify en modo épico. ¡Venga, ponte las pilas, que hay mucho que hacer!

Marina no me da opción a nada. Se quita la chaqueta como quien se quita los miedos y se planta en el centro del salón, lista para ponerse en faena. Yo apenas abro la boca y ella ya está arrastrando una caja con cara de "esto no se va a hacer solo, hermana". Nos ponemos manos a la obra sin pensar demasiado. De un lado a otro, cargando, apilando, resoplando. Cada caja pesa más de lo que debería, y no solo por lo que lleva dentro. Es como si cada una estuviera llena de un trocito de mí que estoy intentando soltar.

Pero aquí estamos. Juntas. Como siempre.

Cuando el coche por fin llega al nuevo apartamento, me quedo unos segundos mirando el edificio con ese nudo extraño en el estómago. Es una mezcla entre vértigo, ilusión y la sensación de estar asomándome al borde de algo nuevo. Las cajas siguen en el maletero, esperando a ser descargadas, pero yo… yo necesito un momento. Porque esto no es solo una mudanza. Es un cambio de piel. Un paso hacia lo que viene después del desastre, del duelo, del "no sé quién soy sin él".

Dejo atrás lo viejo, lo que ya no es mío.
En algún punto del camino, acepto que este lugar, aunque no huela a hogar, será mi refugio, mi nuevo espacio.

Marina no espera. Por supuesto que no. Salta del coche como si le hubieran dado cuerda, y en dos segundos ya está abriendo el portón y organizando cajas mentalmente como si estuviera preparando una operación de rescate. Siempre es así. Donde yo me paralizo, ella se mueve. Donde yo dudo, ella improvisa.

Entramos juntas y, lo primero que me golpea, es la luz. Juro que el apartamento respira. Las paredes aún desnudas, el eco de nuestros pasos, el olor a pintura reciente. Todo nuevo. Todo por hacer. Pero hay algo ahí. Algo que se siente bien.

—Este sitio me gusta —dice Marina mientras recorre el salón con pasos rápidos, observando todo con la mirada crítica de quien sabe lo que hace. Sus ojos brillan, se nota que le gusta el lugar, y eso me tranquiliza un poco. Porque, la verdad, necesito que ella apruebe este cambio, que me diga que, aunque sea en silencio, este lugar sí tiene algo.

—¿Sí? —pregunto, esperando su veredicto como si fuera la jueza suprema del buen gusto y las decisiones vitales.

Asiente, mirando por la ventana, como si ya pudiera ver las plantas, las alfombras y la cafetera humeando por las mañanas.

—Sí. Es muy tú. Bueno, la tú que está renaciendo. Esto no huele a pasado, Júlia. Esto huele a vida nueva.

Siento algo en el pecho. Algo tibio, como si me dieran permiso para volver a empezar. Aunque no lo necesite.
La observo de reojo, mientras empiezo a sacar las primeras cajas, y

siento cómo mis pensamientos se amoldan a la idea de un futuro aquí.

Cada caja que vacío, cada objeto que coloco en su sitio, me hace sentir un poquito más liviana. Como si, con cada cosa que saco del cartón, también me estuviera sacando de dentro algo que ya no me hace falta. Es casi terapéutico. Un ritual silencioso de despedida a todo lo que he sido, para empezar, por fin, a ser otra cosa. A ser... yo.

—Gracias por venir hoy, de verdad —le digo a Marina mientras le paso otra caja más. Ya lo sabe, claro que lo sabe. Pero tengo que decírselo. Porque su presencia es mucho más que práctica: es emocional. Marina es la persona que necesito tener cerca en momentos como estos, aunque no se lo diga tan a menudo como debería.

Ella se gira con una ceja levantada, como si no se esperara el agradecimiento, y me mira con esa mezcla de sorpresa y ternura que solo una hermana puede mostrar sin parecer cursi.

—No me hagas mucho caso —dice, con una sonrisilla pícara mientras camina hacia la cocina—, pero este sitio es justo lo que te hacía falta. Y no hablo de metros cuadrados ni de ventanas grandes. Hablo de lo que representa. Este lugar es todo lo que has soltado. Todo lo que ya no te sirve. Está vacío, sí. Pero vacío de lo malo. Y listo para que lo llenes de ti. De la tú nueva. De la que viene ahora. Y lo que viene, Júlia... va a ser mejor. Lo estoy viendo.

Me la quedo mirando en silencio. Trago saliva. Marina tiene esa habilidad mágica de decir justo lo que necesito oír sin necesidad de

que le cuente nada. Siempre ve más allá. Donde yo veo paredes, ella ve posibilidades. Donde yo veo cajas, ella ve renacimientos.

—¿Sabes qué? —digo, dejando una caja a un lado para finalmente tomar un descanso. Me apoyo en el marco de la puerta mientras la miro con una sonrisa—. Creo que tienes razón. Esto es lo que necesitaba, y no me había dado cuenta hasta ahora.

Ella me mira como quien sabe que acaba de ganar una pequeña batalla emocional y, por supuesto, no deja escapar la oportunidad.

—Claro que sí —dice, con las manos en las caderas y esa pose de jefa de obra que se le da tan bien—. Y ahora, ¿qué toca? Pues poner esto bonito. Ordenar, colocar, limpiar y empezar. ¡Así que venga, hermanita, que las cajas no se vacían solas!

Reímos. Las dos. Como cuando éramos pequeñas y montábamos castillos de cojines en el salón y nos creíamos invencibles. Y, de alguna forma, esa sensación vuelve. Como si, en ese momento, en medio del caos, estuviéramos construyendo algo nuevo. Algo real.

Y sí, con Marina al mando de la operación, las cajas comienzan a desaparecer. Una a una. Siento cómo mi vida va encajando. Cómo este espacio empieza a parecer mío. Porque, por dentro, también me estoy ordenando. Como si cada objeto fuera una pieza de un puzle interno.

La observo moverse por el apartamento como si ya fuera suyo, con esa energía arrolladora que siempre arrastra hasta al más escéptico. Llena el espacio de luz sin ni siquiera proponérselo.

Mientras el polvo se mezcla con las risas y los recuerdos se desempolvan junto a las tazas envueltas en papel de periódico, siento una cosa extraña. Paz. Así, sin más. No una paz de anuncio

de meditación, sino una de esas que se cuelan cuando ya no tienes miedo. Las cosas no van a ser fáciles —porque la vida no suele dar treguas tan largas—, pero algo dentro de mí ya no arrastra tanto. El pasado, por fin, ocupa el sitio que le toca: el fondo de la caja.

—¿Nos tomamos un café? —propone Marina, asomándose con la taza ya en la mano, como si supiera que ese momento también lo necesito yo.

—Sí, venga —digo, dejando caer el cuerpo en el suelo, justo junto a ella.

Nos sentamos en el salón, en el suelo, apoyadas contra la pared recién pintada, con las piernas estiradas y las tazas de café humeando entre los dedos. Aún quedan cajas, muchas. Pero en este instante, el caos me da igual. Me basta con el silencio cómodo y con tener a Marina a mi lado.

—¿Sabes qué? —murmuro, después de un sorbo—. Creo que este piso va a ser mi sitio.

Marina me sonríe con esos ojos suyos que siempre me leen antes de que yo pueda decir nada.

—Claro que sí, Júlia. Lo sabía desde el minuto uno. Solo tienes que ponerle tu esencia… y unas cuantas plantas, que esto sin verde no tiene alma —dice entre risas.

Y yo río con ella, sintiéndome por fin en sintonía con lo que viene.

De pronto, el móvil vibra sobre la caja que usamos como mesa improvisada. La pantalla ilumina el cartón con una luz tenue.

Número oculto.

Frunzo el ceño.

Otra vez.

—¿Qué pasa? —pregunta Marina al verme fruncir el ceño.

Le muestro la pantalla del móvil.

—Es la segunda vez que me llaman desde un número oculto. Me pasó también en Madrid.

Se inclina para mirar el teléfono, como si fuera a encontrar alguna pista oculta.

—¿Tienes idea de quién puede ser? ¿Álex, quizá?

Niego, aunque algo en mi interior no deja de considerarlo.

—No lo creo...

La llamada termina y la pantalla vuelve a quedar en negro. Marina suspira, encogiéndose de hombros.

—Será publicidad o alguna chorrada. No le des más vueltas.

Y justo entonces, vuelve a sonar.

Nos miramos. Sin pensarlo demasiado, descuelgo y pongo el altavoz.

—¿Sí?

Al otro lado no hay nada. Solo un silencio espeso, interrumpido por una respiración lenta, casi imperceptible.

Nos quedamos quietas, atentas.

—¿Hola? —insisto, con el estómago encogiéndose poco a poco.

Nada. Solo esa respiración, constante, como si alguien estuviera escuchando.

—Cuelga. Júlia, cuelga ya —dice Marina, cruzada de brazos.

Pero no lo hago. Espero unos segundos más, hasta que la llamada se corta de golpe.

—Genial... —murmuro, dejando el móvil sobre la caja.

Siento el corazón latiendo más rápido de lo habitual.

—Te lo dije, tía —resopla Marina—. Seguro que era alguna mierda de telemarketing.

Asiento, aunque algo dentro de mí no lo tiene tan claro. Dejo el móvil sobre la caja, mirando la pantalla como si fuera a iluminarse de nuevo. Respiro hondo. Una incomodidad sorda empieza a instalarse en mi pecho.

—Vale, lo admito… me da un poco de mal rollo.

Marina arquea una ceja, dándole un sorbo a su café.

—¿Mal rollo? Júlia, por favor, no empieces con el drama. Es una llamada, no una escena de *Black Mirror*.

—Ya, ya… —aprieto los labios—. Seguro que es una chorrada. Alguna empresa o un pobre operador intentando ganarse el bonus de diciembre —añado con media sonrisa, como si pudiera barrer el ambiente denso con una broma.

Le sonrío, aunque la sensación sigue ahí, clavada, como un nudo que no se deshace.

—Aun así... no sé. Que haya pasado dos veces me mosquea.

Marina me sostiene la mirada, más seria ahora.

—Mira, si vuelve a pasar, bloqueas el número o silencias el móvil. Punto. Bastante tienes con el caos de cajas como para sumar fantasmas telefónicos.

Suspiro, asintiendo.

—Tienes razón. No voy a dejar que una llamada rara me arruine el día.

Marina alza su taza en alto, en señal de brindis improvisado.

—Eso es. Por las nuevas etapas... y por no caer en la paranoia.

CAPÍTULO 13

Vuelvo a la oficina con una determinación nueva. Café en mano, me dejo caer en la silla, respiro hondo y abro el portátil. *Hoy sí.* Me siento con ganas, centrada, lista para clavar el proyecto y dejar de arrastrarlo como una condena.

Pero la pantalla en blanco me devuelve la mirada, desafiante.

Parpadeo. Muevo los dedos sobre el teclado. Nada. Ni una idea decente.

Empiezo a garabatear en la libreta. Palabras sueltas, esquemas, intentos torpes. Pero lo que sale... no está ni cerca de lo que sé que puedo hacer. *Joder.* ¿Cómo puede ser que, después de un fin de semana tan inspirador, tan fuera de mi zona de confort, siga en este maldito bloqueo?

Cambio la playlist por algo que me motive más. Carolina Durante a todo volumen. Nada. La mente sigue cerrada por reforma.

Cuanto más intento forzar las ideas, más se me escapan. Como si estuviera peleando con una versión testaruda de mí misma que se niega a colaborar.

Miro el reloj. Las horas pasan y yo sigo en el mismo punto muerto. Repaso notas, releo conceptos que hace semanas me parecían brillantes... ahora solo me suenan vacíos. Sin alma. Sin fuego. Siento

cómo la presión sube desde el pecho, esa sensación tan familiar de no estar a la altura. De no ser suficiente.

La oficina bulle: gente en llamadas, correos que van y vienen, reuniones con post-its de colores, sonrisas que fingen tenerlo todo bajo control. Y yo aquí. Bloqueada. Luchando contra un documento en blanco como si fuera un monstruo imposible de derrotar.

Resoplo. Me paso las manos por la cara. Esto no puede seguir así.

Decido levantarme y dar una vuelta. Camino por el pasillo, me paso por la cocina, me sirvo otro café. Todo con la esperanza de que, al moverme, las ideas decidan moverse también. Pero cuando regreso a mi escritorio, el bloqueo sigue ahí. Firme. Inamovible. Insolente.

Suspiro. Cierro los ojos un momento. Me repito que solo es un mal día. Que ya he salido de baches peores. Que la creatividad no es un grifo que se abre a la fuerza... pero tampoco puedo dejar que me inmovilice.

Así que cambio de táctica.

Abro un documento en blanco. Nada de buscar la perfección: una lluvia de ideas rápida, sucia, sin filtros. Aunque sean cuatro frases sueltas, lo que sea para arrancar el engranaje.

Pero entonces, como un eco cabrón, vuelven sus palabras. Las de Raúl.

—"Júlia, necesitamos algo fresco, innovador. Confío en ti para sacarlo adelante."

Confía en mí. Genial. Y yo… bueno, yo solía hacerlo también. Hasta hace un mes. Ahora solo tengo este maldito cursor parpadeando, y

un nudo en el estómago que parece no tener intención de deshacerse.

Recuerdo su mirada en la última reunión. Esa mezcla entre presión y esperanza. Como si esperara que, por arte de magia, me sacara algo brillante de la manga. Como siempre.

Cierro los ojos, me masajeo las sienes. Vale, nueva estrategia. Aquí no va a pasar nada. No con el zumbido constante de las teclas, las miradas que se cruzan, los pasos que van y vienen. Necesito salir de aquí. Necesito respirar. Pensar. Lo que sea.

Decido fingir que estoy indispuesta. Nada dramático. Solo una retirada digna y estratégica.

Me levanto, me acomodo el jersey y camino hacia el despacho de Raúl con mi mejor cara de "no puedo con mi vida". A ver si cuela.

—Raúl, ¿tienes un momento? —Mi voz suena cansada. Falsa, pero bastante convincente.

Él levanta la vista de la pantalla, con el ceño fruncido.

—¿Todo bien, Júlia?

—La verdad... no mucho. Creo que algo que comí anoche me ha sentado fatal. Llevo toda la mañana con el estómago revuelto —añado, llevándome una mano al vientre, dramatismo incluido.

Me observa durante unos segundos. No está del todo convencido, lo sé. Pero tampoco va a arriesgarse a que le vomite en la alfombra.

—Uf, vale. Mejor vete a casa y descansa. Si mejoras, seguimos mañana.

—Gracias, de verdad. Intentaré avanzar desde casa si me veo con fuerzas.

Asiente y vuelve a sumergirse en su pantalla. Yo salgo de su despacho con una punzada leve de culpa... que entierro en cuanto cruzo la puerta. No es que esté mintiendo descaradamente. Bueno, sí. Un poco. Pero necesito aire, espacio, silencio. Y si eso significa fingir una indisposición, pues oye… supervivencia emocional.

Recojo mis cosas deprisa, sin llamar la atención, y salgo de la oficina con una mezcla rara de alivio y urgencia.

El trayecto hasta el apartamento es tranquilo. Las calles del pueblo siguen con su rutina, pero yo voy en mi burbuja, repitiéndome como un mantra que todo va a salir bien. Que este bloqueo no es permanente. Que solo necesito otro escenario.

Abro la puerta del piso, dejo las llaves sobre la encimera y me quedo ahí, quieta, mirando el salón. La luz entra generosa por las ventanas. Las cajas apiladas en la esquina parecen menos caóticas hoy. El aire huele a esperanza y a posibilidades.

Me dejo caer en el sofá, respiro hondo y abro el portátil. Aquí, en mi nuevo espacio, en este lugar que ahora es solo mío... debería ser más fácil, ¿no?

Pero no. La inspiración sigue sin aparecer. La pantalla sigue igual de blanca. Y mi mente, igual de bloqueada.

Miro alrededor. Las cajas aún sin abrir me observan como testigos mudos de una etapa que no he terminado de cerrar. Quizá ese sea el problema. No puedo avanzar porque todavía arrastro lo anterior. Y lo anterior tiene nombre propio.

Álex.

El cursor parpadea como si se burlara de mí. El café se ha enfriado. Y yo sigo sin escribir una maldita línea.

Suspiro, me paso una mano por el pelo y murmuro:

—Venga, Júlia… céntrate.

Nada.

Y entonces, lo veo. Lo sé. Lo entiendo.

No voy a avanzar hasta que no le devuelva las llaves. Hasta que no cierre esa puerta, literal y metafóricamente. Quizá es una tontería. O quizá es justo lo que me tiene anclada. No importa. Lo siento en el pecho.

Agarro el móvil. No lo pienso demasiado. Abro WhatsApp. Ahí está su chat, dormido desde hace semanas. Mensajes cordiales, prácticos. Nada más. Nada menos.

Respiro hondo y empiezo a escribir:

Júlia:
Hola, Álex. ¿Cómo estás?

Lo envío. Y de inmediato siento ese nudo en el estómago. Bebo un sorbo de café, como si no me afectara, pero mis ojos no se despegan de la pantalla.

Pasan los minutos. Nada.

Vuelvo a escribir:

Júlia:
Te escribo porque el piso ya está vacío. Esta semana me viene bien para darte las llaves, cuando tú puedas.
Y si te apetece, podríamos tomar un café y ponernos un poco al día.

Enviar. Móvil boca abajo. Hecho está.

Me levanto. Me pongo a mover cajas que no necesitan moverse, a doblar cosas que ya estaban dobladas. Y justo cuando me convenzo

de que no va a responder, vibra.

Álex:
¡Ey, Júlia! Me alegro de que ya tengas piso nuevo 😊

Sonrío. No sé muy bien por qué. Supongo que, después de tanto tiempo juntos, Álex sigue teniendo esa manera de hablarme que me resulta familiar. Casi cómoda.

Álex:
Me sabe mal que hayas tenido que irte tú, pero bueno... Espero que estés bien.

Siento una punzada. No de dolor, más bien de nostalgia. Es raro cómo cambian las cosas. Cómo alguien que fue tu todo, ahora solo es un chat con emoticonos y frases de cortesía.

Álex:
Lo del café me parece bien, aunque... ¿crees que es buena idea?

Y ahí está. La gran pregunta.

Cojo el móvil sin pensarlo demasiado. Ya no me tiemblan las manos como antes.

Júlia:
Tranquilo, Álex. Estos días me han servido para pensar y... creo que en el fondo tú ya lo sabías antes que yo. Solo que ahora lo veo más claro.

No tarda mucho en contestar.

Álex:
Bueno, me alegro de que lo veas así... No quería que doliera tanto, de verdad.

Parpadeo un par de veces. Sus palabras me tocan más de lo que esperaba. Tal vez porque son ciertas. Tal vez porque, aunque ya no duela como antes, todavía queda algo ahí, latente.

Álex:
Podemos quedar el miércoles en La Reunión, sobre las seis. ¿Te va bien?

Miro el mensaje. Suspiro. Y en lugar de escribir, simplemente le doy al "me gusta". Un gesto rápido. Un cierre sin dramatismos.

Listo. No hay vuelta atrás.

Apago el ordenador con un suspiro largo. Hoy no es mi día, y ya está. Si algo he aprendido últimamente, es que no se puede empujar la inspiración. Ni las emociones. Ni nada, en realidad. Cuando el cuerpo dice basta, hay que escucharlo.

Porque de nada sirve quedarse ahí, delante de la pantalla, esperando que la inspiración caiga del cielo como si fuera una oferta del Black Friday.

Me tumbo en el sofá y echo un vistazo al apartamento. Todavía huele a nuevo, a vacío, a promesa.
Cojo el móvil y me meto en Pinterest. Solo por curiosear, me digo. Un vistazo rápido. Error. A los cinco minutos ya tengo cinco pestañas abiertas en el navegador, comparando cojines en tonos neutros, velas con nombres en islandés y cuadros minimalistas que, por lo que cuestan, deberían venir firmados por algún artista emergente de moda.

—Júlia, Júlia… —murmuro, mientras añado una alfombra de yute a la cesta. ¿La necesito? Probablemente no. ¿Pero quedaría divina en el salón? Sin duda.

Y así, entre dilemas decorativos sobre si el beige me hará parecer más adulta o directamente una señora de revista nórdica, se me ha ido la tarde. Casi sin darme cuenta, el cielo ya está oscuro y mi estómago empieza a protestar con dramatismo.

Suspiro. Me levanto rumbo a la cocina con la misma motivación que se tiene para ir al gimnasio en enero: nula, pero con la esperanza de hacer lo correcto.

Mientras revuelvo el cajón de los cubiertos, me sorprendo pensando en todo el dineral que he soltado desde que decidí independizarme de verdad. Muebles, cajas, transporte… y ahora, esta fijación con decorar hasta el último rincón.

—Bueno, al menos es inversión en felicidad, ¿no? —digo en voz alta, intentando convencerme mientras busco algo comestible. Aunque, siendo sinceras, a este ritmo la única felicidad que me voy a permitir es cuando mi cuenta corriente deje de llorar.

Decido hacerme una ensalada rápida porque, entre velas, cojines y alfombras, se me ha olvidado lo más básico: hacer la compra. Sigo removiendo en la nevera y encuentro un queso que, aunque técnicamente no ha caducado, tiene una textura sospechosa. Lo miro. Me mira. Lo devuelvo a su sitio.

—Poco a poco, Júlia. Nadie dijo que ser adulta fuera fácil.

Después de cenar, recojo la cocina con una calma que me sorprende. Sin prisas. Sin esa sensación de ir corriendo todo el día detrás de un reloj invisible que siempre marca tarde. Hoy no. Hoy me permito hacer las cosas despacio, como si el tiempo, por una vez, fuera mío.

Me quito la ropa y me meto en la ducha. El agua caliente cae sobre mis hombros y cierro los ojos, disfrutando del silencio, del vapor envolviendo el baño y del olor a vainilla del gel que compré en uno de esos arranques de "quiero sentirme en un spa". Pequeños lujos que antes no me paraba a notar y que ahora se han vuelto mis rituales favoritos.

Salgo envuelta en la toalla, con el pelo recogido y los pies descalzos acariciando el suelo. Camino hasta el dormitorio —mi dormitorio— y algo en mí cambia. En el último mes había estado durmiendo en el sofá, como si la cama fuera territorio hostil. Tal vez por no enfrentar la soledad del colchón vacío, o porque quedarse dormida frente a Netflix era más fácil que aceptar que Álex ya no dormía a mi lado.

Pero hoy... hoy es distinto.

Me meto entre las sábanas limpias y frescas y respiro hondo. La habitación aún está medio vacía, pero ya empieza a tener alma. Mis cosas. Mis olores. Mi ritmo. Las paredes blancas esperan pacientes a que las vista con cuadros y recuerdos. En la mesita de noche hay un libro a medio leer y una vela encendida a medio apagar. Y la cama... la cama es otra historia. Grande, esponjosa, mía.

Me acomodo de lado, dejando que la imaginación se me llene de futuros posibles: los cojines en tonos tierra, una lámpara cálida en la esquina, una alfombra mullida para las mañanas con los pies descalzos. Poco a poco, este lugar se está convirtiendo en mi refugio. En mi casa.

Cierro los ojos con una sonrisa tranquila. Por primera vez en mucho tiempo, me siento en paz. Y, sin darme cuenta, me quedo dormida

con la imagen de mi nuevo hogar posándose suave en mi cabeza. Como un sueño que, esta vez, sí empieza a hacerse realidad.

CAPÍTULO 14

El miércoles avanza más rápido de lo que me gustaría. Me he despertado con esa sensación pegajosa de que hoy es uno de esos días que simplemente hay que atravesar. Ni disfrutar, ni aprovechar. Sobrevivir.

Llevo en la cabeza una cuenta atrás mental para esta tarde. Álex. El café pendiente. No es que me dé miedo, pero sí... una pereza emocional importante. Como cuando tienes que hacerte una analítica y sabes que no va a doler mucho, pero tampoco te apetece una mierda.

En la oficina, las cosas simplemente... ocurren. Después de mi fuga estratégica de ayer, decidí relajarme un poco y dejar de forzar la inspiración. No apareció en plan milagro divino, pero al menos logré esbozar una idea. ¿Es la mejor idea que he tenido en mi carrera? Ni de lejos. ¿Es viable? A ver… digamos que no es un desastre absoluto.

Raúl quiere resultados y yo, intento centrarme. Retoco presentaciones, hago algún que otro apaño gráfico y me repito que no puedo dejar que el bloqueo me gane.
No pienso convertirme en esa que falla entregas. Así que me aferro a lo que tengo como si fuera un salvavidas de papel. No es brillante, pero al menos flota.

A media mañana me levanto a por café. La oficina está inusualmente tranquila, lo cual agradezco. Camino por el pasillo como si tuviera claro lo que estoy haciendo, cruzándome con compañeros que van a lo suyo. Cuando llego a la cocina, la cafeína me da un pequeño empujón emocional. Pido poco últimamente, así que eso ya cuenta como victoria.

Saco el móvil y abro la conversación con Álex. Todo confirmado: seis de la tarde, La Reunión. Sin margen para dramas ni excusas de último minuto. Solo leerlo me hace tensar los hombros.

Me pregunto cómo será. ¿Incómodo? ¿Demasiado neutro? ¿Con ese abrazo frío que no sabe a nada y ese "bueno, ya nos veremos" que en realidad significa "nunca más"? Qué fuerte cómo algo que fue rutina, ahora parece casi ciencia ficción. Como si ya habláramos idiomas distintos.

Suelto un suspiro y vuelvo a mi escritorio con la taza en mano. Sigo dándole vueltas al proyecto, retocando aquí, arreglando allá, intentando autoconvencerme de que, con el envoltorio adecuado, igual cuela. Porque seamos sinceras: en marketing, vender humo con carisma es casi una habilidad profesional.

A las 16:00 en punto, dejo de teclear y cierro el portátil con un golpe seco, como si eso sellara oficialmente la jornada. Ha sido un día de altibajos: momentos de lucidez entre largos tramos de desesperación. Pero tengo algo. Y con eso, basta.

Recojo mis cosas y salgo de la oficina. En cuanto cruzo la puerta, la ansiedad me alcanza como una ráfaga. Ya está. Se acerca. El reencuentro. El pasado con forma de ex y una taza de café en medio.

Paso por casa con la cabeza dividida entre el trabajo y la conversación que me espera en unas horas. Me doy una ducha rápida. No una de esas que lo curan todo, pero sí de las que al menos te hacen sentir que te has quitado una capa de dudas de encima.

Salgo con el pelo aún algo húmedo, el estómago encogido y la extraña sensación de que, pase lo que pase, esta cita no es solo con Álex.

También es conmigo misma.

Me pongo algo que no estaba en mi armario hace unas semanas, algo que me hace sentir diferente. No sé si es la blusa de seda que todavía huele a tienda nueva, los pantalones de talle alto que me marcan la cintura como nunca antes me había atrevido, o las zapatillas elegantes que gritan "sé quién soy" aunque yo aún lo esté descubriendo. Me miro en el espejo y, por un segundo, me pregunto si Álex lo notará. Si verá que algo ha cambiado. Que yo he cambiado.

Y justo ahí, como una ráfaga inesperada, aparece Lucas. Su imagen, su voz, esa forma que tenía de mirarme sin pedir permiso. Un cosquilleo me recorre el estómago y me sonrojo, como si alguien pudiera verme pensando en él. ¡Ay, no! No ahora. No puedo. Estoy a punto de ver a Álex, de cerrar un capítulo, no de abrir otro con fantasmas que aún no entiendo del todo.

Me reprendo mentalmente, sacudo la cabeza y me obligo a centrarme. Hoy no toca Lucas, hoy toca Álex. Hoy toca dejar ir.

Salgo de casa sin darle más vueltas, como quien se lanza al agua sin comprobar la temperatura. Llego al café con diez minutos de

adelanto. Siempre he sido puntual, incluso para los momentos que no quiero vivir. Bajo del coche y me quedo quieta, respirando hondo. El lugar no tiene nada de especial, pero hoy parece cargado de significado. Como si cada silla, cada taza, cada rincón supiera lo que está a punto de pasar.

Me siento en una de las mesas, el corazón latiéndome un poco más rápido de lo normal. Observo la gente como si buscara algo en lo que anclarme, algo que me dé estabilidad. Y mientras espero, lo que más me sorprende no es el nudo en el estómago, ni la incertidumbre que me aprieta el pecho. Es esta sensación de no saber cómo va a ir. De no tener el control. Y de estar, a pesar de todo, bien con eso.

Álex entra en el café y, en cuanto cruza la puerta, mi mirada se clava en él como si el tiempo no hubiera pasado. Lo reconozco al instante. Su porte tranquilo, el pelo oscuro un poco más largo, algo despeinado pero cuidado, y esa expresión serena que siempre me dio paz. Tiene el rostro algo más marcado, con líneas que antes no estaban, pero sigue siendo el mismo hombre al que quise durante ocho años. El mismo, pero distinto. Como yo.

Nos encontramos con la mirada. Por un segundo, no sabemos cómo saludarnos. Hay un instante de incomodidad, como si nos estuviéramos viendo por primera vez. Optamos por un abrazo, torpe y breve, más por protocolo que por cariño. Me rodea con los brazos, pero no hay calor. Es como abrazar a un recuerdo. Nos separamos enseguida.

Nos sentamos frente a frente. El aire entre nosotros parece más denso de lo que recordaba.
La conversación no fluye tan fácil como antes. Pedimos nuestras

bebidas y mientras el camarero se aleja, yo lo observo, intentando reconocer algo familiar en él, algo que me devuelva la certeza de que alguna vez fuimos nosotros.

Pero lo que siento es distancia.

Y entonces me dice:

—Te veo diferente, Júlia.

Y esas cuatro palabras se me clavan en el pecho.

Diferente.

No sé si lo dice como un halago, como un reproche o como una simple constatación, pero algo dentro de mí se sacude. Lo miro, y me doy cuenta de que tiene razón. No soy la misma. No soy la Júlia que lo esperaba en casa, la que hacía planes para dos, la que tragaba silencios incómodos pensando que eran parte de la rutina. Esa Júlia ya no está.

Me revuelvo un poco en la silla. Por un instante, me siento pequeña, como si todo lo que había ganado en estos días se tambaleara solo con su presencia. Pero no. Respiro hondo. Miro a Álex. Y aunque me duela, aunque parte de mí todavía lo quiera, sé que esa historia ya no encaja con la mujer en la que me estoy convirtiendo.

Así que, sin mucha preparación, solté:

—He tenido tiempo para pensar... Y sí, creo que algo dentro de mí ha cambiado. No sé explicarlo bien, pero... estoy distinta.

Álex me miró en silencio. En su rostro no hubo grandes gestos, pero sus ojos —esos que alguna vez creí conocer al milímetro— mostraron un leve destello de sorpresa. Se tomó unos segundos

antes de contestar, y lo hizo desviando la conversación hacia algo que, curiosamente, decía mucho más de lo que aparentaba.

—¿Y cómo está tu hermana?

Era tan él. Evitando lo emocional directo, preguntando por Marina como si fuera un tema neutro, aunque en realidad supiera perfectamente que, si ella lo sabía, era porque yo ya había procesado lo suficiente para decirlo en voz alta. Siempre entendió mi forma de funcionar. Sabía que no hablaba de ciertas cosas hasta tenerlas masticadas.

—Está bien —le respondí, acompañando la frase con una media sonrisa que, para ser sincera, me costó mantener—. Aunque también tuve que contarle todo esto... ya sabes, el final de lo nuestro.

Él asintió, lento, como si esas palabras le calaran más de lo que quería demostrar. Después, con un cambio sutil de tono, me preguntó:

—¿Y el nuevo piso? ¿Ya estás más asentada? ¿El trabajo va bien?

Lo miré. Y en su voz había algo cálido, una preocupación genuina. No la de antes, no esa que viene del amor de pareja, pero sí la que nace del cariño que queda cuando ya no hay nada más. Y aunque eso me reconfortó, también me dolió. Porque ese interés no era por la Júlia que estaba construyendo, sino por la que conoció. Por la que ya no existe del todo.

Me encogí de hombros.

—El apartamento bien. Poco a poco lo voy haciendo mío. Aún hay cajas por abrir, pero ya tiene algo de mí. Estoy decorando... pensando en lo que quiero, en cómo quiero que se sienta vivir allí.

Hice una pausa.

—Y el trabajo... bueno, tirando. He tenido bloqueos —reí un poco, bajando la mirada hacia mi taza—. Nada grave, pero cuesta. Estoy intentándolo.

—¿Y tu familia? —pregunté, sorprendida de mí misma por lo natural que salió—. ¿Cómo lo han llevado?

Álex no pareció sorprendido por la pregunta. Siempre fue así: a veces directo, a veces esquivo, pero nunca fingía. Suspiró antes de contestar, como si estirara el silencio para ganar un poco de aire entre su verdad y la mía.

—Mis padres... están bien, supongo. Ya sabes que te querían mucho. Y, siendo sincero, también les costó. No entendían por qué teníamos que acabar así. Siempre te vieron como parte de la familia, Júlia.

Su respuesta, aunque simple, me tocó. Porque no era solo nuestra ruptura. Era todo lo que arrastrábamos con ella. Sus padres, los domingos de comida, las llamadas de su madre preguntándome por trabajo o por Marina. Su familia también había perdido algo, aunque nadie lo dijera en voz alta.

Seguimos hablando con cierta ligereza, como si flotáramos sobre un terreno delicado que no queríamos pisar demasiado fuerte. Pero las palabras seguían resonando en un rincón escondido de mi pecho. Y entonces, casi como si ya no pudiera seguir sosteniendo el equilibrio entre lo que decíamos y lo que callábamos, Álex rompió el ritmo de la charla.

—Júlia... —dijo, bajando un poco la voz. Sus ojos se clavaron en los míos, y por un momento, sentí cómo todo el ruido del café desaparecía.

Tragó saliva antes de continuar:

—Se me hace duro estar así.
Verte. No sé.
A pesar de que fui yo quien dio el paso, el que lo sintió primero... no puedo evitar que me duela verte tan distante. Tan... cambiada.

Se frotó la nuca con nerviosismo, ese gesto tan suyo cuando no sabía cómo seguir.

—Aun así, sigo creyendo que fue lo mejor. Que tenía que ser así. Pero me cuesta. Me cuesta sentarme frente a ti y sentir que todo esto ya no nos pertenece.

Su tristeza me golpeó en silencio.
Era como si las palabras que tanto me costaron a mí también le pesaran a él. Como si los dos estuviéramos buscando una forma de aceptar lo irreversible, de poner nombre a algo que ya no tiene vuelta atrás. Verme allí, frente a él, parecía removerle más de lo que esperaba. Como si tampoco hubiera conseguido dejarme del todo.

Lo miré fijamente. En sus ojos había una tristeza familiar, esa mezcla de nostalgia y culpa que también habitaba en mí. Verlo así, luchando con su propia decisión, me encogió el pecho.

—A mí también se me hace difícil, Álex —dije al fin, con voz baja, pero firme—. Tú fuiste mi mundo durante mucho tiempo. Estar contigo era mi certeza. Sentía que, mientras estuvieras a mi lado, todo estaría bien. Que no me caería.

Tragué saliva. Las palabras salían con más peso del que esperaba.

—Y cuando te fuiste, me di cuenta de que no sabía caminar sola. Al principio, el miedo me paralizó. Me faltabas tú, pero sobre todo me faltaba yo. No sabía quién era sin tu reflejo.

Hice una pausa. Sentí cómo algo dentro de mí se recolocaba, como si por fin estuviera diciendo lo que necesitaba oírme decir.

—Pero no podemos seguir juntos solo por eso. No porque no sepamos estar solos. No si lo que nos une es el miedo a la ausencia. Yo también he dado un paso, Álex. Y aunque duela, sé que ahora me toca aprender a sostenerme por mi cuenta. A redescubrirme sin ti.

Él no respondió enseguida. Se quedó callado, observándome, y su expresión cambió. Ya no era la del hombre seguro que decidió cerrar una etapa. Era otra. Su rostro se tensó ligeramente, como si algo le hubiera hecho grieta por dentro. Como si, en ese momento, estuviera cuestionándose si todo esto —la ruptura, el silencio, la distancia— había sido lo correcto.

El silencio que se instaló entre nosotros se volvió algo incómodo, como un peso invisible sobre la mesa. Hasta que finalmente, Álex soltó un suspiro largo, de esos que arrastran todo lo que no se sabe decir.

—Creo... —su voz tembló, rota en los bordes—. Creo que, durante un tiempo, lo mejor sería no saber nada el uno del otro. No sé si... si es sano seguir viéndonos, seguir enfrentándonos a lo que ya no podemos cambiar. No quiero hacerte daño, Júlia. No quiero seguir arrastrando algo que ya no tiene sentido.

Sus ojos se llenaron de una tristeza que dolía mirar, como si en ese momento comprendiera del todo que esto era definitivo, pero aún así, no estuviera del todo listo para soltar. Yo también lo sentí. Como si, de pronto, algo se encogiera dentro de mí.

Antes de que pudiera responder, Álex me sostuvo la mirada. Y entonces, con una calma que cortaba el aire, dijo:

—Pero hay algo que quiero que sepas. No importa lo que pase, yo voy a estar aquí. Si un día te sientes perdida, si necesitas hablar, o si simplemente algo no va bien… llámame. No quiero que me borres del todo. Lo que fuimos valió la pena, Júlia. Y aunque esto haya terminado, aunque ya no estemos juntos, eso no cambia lo que significaste para mí.

Tragué saliva, sintiendo las palabras clavarse despacio, como si me estuvieran cosiendo por dentro con hilos de memoria.

—Me alegraré por ti cuando te pasen cosas buenas. Y si alguna vez necesitas apoyo, aunque no pueda estar como antes… estaré, de otra manera. Solo quiero que lo sepas —añadió—. No me apartes. No del todo.

Sus palabras me cayeron como lluvia suave en una tarde que, hasta entonces, parecía despejada. No eran promesas vacías. Eran verdad. Y dolían. Porque en ellas había una despedida, pero también una permanencia, como si me dejara un pedazo suyo para guardar en algún rincón del alma.

Sentí cómo se formaba un nudo en mi garganta. Porque, aunque lo nuestro se había acabado, había algo que seguía ahí. Un eco. Un vínculo imposible de borrar. Y su voz, esa que tantas veces había sido mi casa, ahora se transformaba en un recuerdo que, de alguna forma, siempre viviría en mí.

CAPÍTULO 15

Camino arrastrando los pies por la acera mojada, como si cada paso resonara en la calle vacía y me recordara todo lo que ya no está.
Aunque la tarde ha empezado a despejarse, la tristeza sigue agarrada a mí.
Pesada.
Densa.
Como una manta húmeda que me aplasta y no me deja avanzar.

Las palabras de Álex se repiten en mi cabeza como un eco cruel.
No puedo respirar con normalidad.
Un nudo en el estómago me aprieta con fuerza, mientras las lágrimas caen sin control, resbalando por mis mejillas con esa urgencia de todo lo que llevo conteniendo.
Es como si, de repente, el dolor hubiera encontrado una grieta por donde escaparse.

Me siento rota.
Vacía.
Como si me hubieran arrancado algo que ya no sé si quiero recuperar.

Su sinceridad.
Su tristeza.

Su voz diciéndome que no quiere apartarse del todo...
Todo me cala hasta los huesos.

Y, aun así, lo único que no puedo sacarme de la cabeza es lo mucho que le he fallado.
No con actos.
No con palabras.
Pero sí con pensamientos.

Con ese recuerdo de Madrid latiendo debajo de todo.
Con Lucas.
Con lo que pasó.
Con lo que despertó en mí.

No fue una traición.
No.
Pero duele igual.
Porque me hace sentir sucia.
Culpable.
Como si hubiera abierto una puerta prohibida, aunque Álex ya se hubiera marchado cuando lo hice.

Cuando llego a casa, cierro la puerta con manos temblorosas.
Y en cuanto el clic del pestillo suena, me derrumbo.
Me dejo caer al suelo, como si mis piernas dijeran: hasta aquí.

Y lloro.
Con fuerza.
Con ruido.
Con toda la rabia que llevo semanas tragándome.

Lloro por Álex.
Por mí.

Por lo que fuimos.
Por lo que ya no somos.
Por todas las veces que fingí no ver el final.
Por las ganas imposibles de volver atrás, aunque en el fondo sepa que no existe tal camino.

Y entonces, ahí, tirada en medio del salón, rodeada de cajas aún por abrir y muebles que todavía no tienen historia, lo entiendo.
De verdad.

Lo de Madrid no fue un error.
Fue un reflejo.
La prueba de que, aunque me negara a aceptarlo, ya había empezado a dejarlo atrás.

Por mucho que duela verlo marcharse.
Por mucho que me rompa reconocer que ya no somos nosotros...
No queda nada que pueda salvarnos.

Yo ya no soy la misma.
Y él, tampoco.

Lo quise tanto.
Tanto como me dejó querer.
Tanto como supe hacerlo dentro del espacio que creamos juntos durante tanto tiempo.

Pero, al final... nos perdimos.
Y aunque, en lo más profundo, desearía que todo fuera diferente, que todavía quedara algo entre nosotros capaz de salvarnos, sé que no.
Que no es posible.

La distancia que nos separa ya es demasiado grande.
Tan inmensa que ni el recuerdo más bonito podría tender un puente.

Me quedo ahí, en el suelo, llorando por lo que fue.
Por lo que perdí. Por lo que no volverá.

Cojo el teléfono con las manos temblorosas, incapaz de seguir tragándome el silencio.
Marco el número de Marina.
La única que, en este momento, puede entender este agujero sin fondo que me aprieta el pecho.

Cuando descuelga y escucha mis sollozos, no hace preguntas.
Solo dice:
—Voy para allá.

No pasan ni diez minutos cuando ya está en la puerta.
Como siempre.
Con ella llega una especie de aire fresco. No de ese que entra por la ventana, sino del que se cuela en el alma.

Trae una botella de vino blanco y una pizza de masa fina con extra de queso: su kit de primeros auxilios emocionales.

Yo… bueno.
Yo parezco sacada de un drama de sobremesa.
Despeinada, mocosa, con unas ojeras de campeonato y un pijama que debería haberse jubilado hace dos inviernos. Uno de esos con bolitas, agujeros y colores dudosos que ya no tienen ni excusa vintage.

Cuando Marina entra, me escanea de arriba abajo.
Y, como buena hermana, alza una ceja con su sonrisa de "estás fatal, pero te quiero igual".

—¿Y esa reliquia? ¿Te has confundido las cajas con las del contenedor de Cáritas o qué?

Suelto una risa floja.
Rota, pero risa, al fin y al cabo.

Me dejo caer en uno de los taburetes de la cocina, aún con las manos temblando, mientras ella se pone a sacar la pizza y pelearse con el sacacorchos.

—No me digas nada, Marina…—murmuro, pasándome la manga por la cara como una niña pequeña—. Estoy hecha un cuadro.

Ella me mira con esos ojos suyos llenos de paciencia, da un sorbo al vino recién servido y suelta una de esas preguntas marca de la casa: directas, sin anestesia, pero cargadas de cariño.

—Entonces… ¿la quedada con Álex? ¿Ha sido tan dura como lo pintas?

Su tono es suave, pero firme.
Como quien sostiene un espejo sin romperlo. Como quien ya sabe la respuesta, pero necesita que seas tú quien la diga.
Porque a veces, hasta que no lo decimos en voz alta, no empezamos a soltarlo de verdad.

Suelto un suspiro largo.
De esos que parecen querer vaciarte por dentro.
Dejo caer el peso sobre la barra y empiezo a girar la copa entre las manos, como si el vino pudiera darme la respuesta que yo no encuentro.

Marina me ha visto mejor últimamente.
Más fuerte.
Más yo.

Ella cree que ya estoy pasando página. Que lo de Álex es un capítulo cerrado.

Pero la realidad es otra.
El libro sigue abierto.
Y yo tengo el dedo metido justo en la página del adiós.

—No sé, Marina… —digo al fin, con la voz más floja de lo que pretendía.
Le doy un trago largo al vino, de esos que bajan con más nudo que gusto—. El café ha sido… raro. No incómodo, pero sí... no sé. Como si fuéramos dos personas que se quieren, pero ya no se conocen. Como si lo nuestro se hubiera disuelto en el aire, pero aún quedara ese cariño flotando, sin saber dónde posarse.

Ella no dice nada.
Solo me mira.
Con esa paciencia suya de hermana mayor emocional —aunque sea la pequeña—, esperando a que suelte todo de una vez.

—Y luego… me ha dicho que lo mejor es no saber nada el uno del otro. Que dolía menos así. Pero también me ha dicho que, si alguna vez necesito algo, él va a estar ahí. ¿Cómo se gestiona eso?

Me llevo la copa a los labios de nuevo, pero ya está vacía.
Y eso, en cualquier historia de desamor, es una metáfora con patas.

—Y no sé —añado, sin mirarla, dibujando círculos en la madera de la barra con el dedo—. Me siento mal. No sé si por cómo terminó todo, por lo que dijimos… o por lo que no dijimos. A veces me pregunto si hice algo mal. Si quizá... no fui del todo honesta.

—¿"Hiciste algo mal"? ¿Perdón? ¿Qué has hecho tú mal, Júlia?

Me quedo callada.
Un segundo.
Dos.
Tres.
Demasiado silencio para que no suene sospechoso.

—Nada. No he hecho nada mal. Es solo que... creo que me adelanté emocionalmente. Que me abrí a cosas antes de haber cerrado del todo lo anterior. Y no sé si eso está bien. Si es traición o solo supervivencia.

Marina entrecierra los ojos, con esa cara suya de "te huelo la mentira desde aquí".

—¿Me estás ocultando algo?

Niego.
Rápido.
Muy rápido.
Tan rápido que podría haberme iluminado un cartel de neón parpadeando: culpable.

—No, tía. Solo que ver a Álex hoy ha removido cosas. Me ha hecho pensar que quizá él no estaba tan bien como aparentaba. Y eso me ha jodido un poco. Porque duele ver que duele.

Ella me sostiene la mirada.
Un segundo.
Dos.
Una eternidad.

Marina me observa con los ojos entornados, como si estuviera jugando al ajedrez con mis palabras.
Y yo ya he movido ficha antes de tiempo.

Sabe que algo no cuadra.
Que mi discurso tiene costuras.
Y ella no es de las que dejan una puntada suelta.

Y luego, con esa sabiduría milenaria disfrazada de sarcasmo, dice:

—No me digas que te sientes mal por lo que hiciste… —repite, esta vez en serio, con ese tono que usa cuando quiere que deje de marear la perdiz—. Júlia, ¿de verdad sientes que le hiciste algo malo?

Me quedo callada.
El silencio me araña la garganta.
Las palabras se me quedan atascadas justo donde más duelen.

No puedo hablar de Lucas.
No puedo decirle que en Madrid sentí cosas que no entiendo, que me dejé llevar como nunca, que crucé un límite que ni siquiera sabía que existía… pero que, joder, necesitaba cruzarlo.

—No, no es eso —respondo demasiado rápido.
Demasiado defensiva.
Mal.
Fatal.

Marina no es tonta.
Y yo acabo de plantar otro cartel de neón que grita: "Aquí hay algo que no estoy contando."

Bajo la mirada.
Busco una salida más digna.

—Es solo que... no lo había visto tan vulnerable antes, ¿sabes? Pensaba que estaba bien. Que era él quien tenía todo claro. Que ya lo había superado.

Pero verlo así, en ese café, tan humano, tan tocado… me ha hecho mierda. Me ha removido todo.

Pensé que esto iba a ser más fácil.
Que, al menos, uno de los dos estaría bien.

Marina no dice nada.
Pero lo que no dice grita más fuerte que cualquier palabra.
Tiene esa mirada suya de "te estoy dejando espacio, pero no te estás librando".

—Júlia, sé que todo esto es complicado. Que estás hecha un lío. Pero si te sientes mal por algo… de verdad mal... lo mejor es que lo enfrentes. No podemos construir nada nuevo sobre cosas que no queremos mirar. Lo sabes, ¿no?

Tomo aire.
Largo.
Profundo.
Como si pudiera inhalar una respuesta.

Le doy un trago al vino, de esos que no calman la sed pero sí anestesian las emociones.

No puedo contarle lo que pasó.
No todavía.
Pero tampoco puedo seguir fingiendo que estoy bien con lo que hice.
Porque no lo estoy.
No del todo.
No cuando siento que, en algún lugar, he traicionado algo.
Aunque ni siquiera sepa exactamente qué.

—Lo sé, Marina... lo sé —murmuro al fin, bajito, cansada—. Pero ahora mismo, lo único que tengo claro es que necesito empezar de nuevo. Desde cero. Sin Álex. Sin nosotros. Solo yo.

Ella asiente, con los ojos cargados de preocupación.
De esas preocupaciones que no gritan, pero se sienten. Que se quedan contigo aunque cambies de tema.

Ya no me quedaban lágrimas. Había llorado tanto que sentía el cuerpo entumecido, como si la tristeza se hubiera evaporado junto con mis fuerzas. Lo único que quedaba era el cansancio, ese que te pesa en los párpados y en los huesos, y la resaca emocional.

Me quedo en silencio, con la copa entre las manos, mirándola como si fuera una bola de cristal que se niega a funcionar.

Dentro de mí, algo se ha soltado.
El nudo que llevo días arrastrando se ha aflojado.
Pero no lo suficiente. No con la paz que esperaba.

Más bien con la sensación amarga de haber soltado una verdad que no quería liberar.

Ya no me quedan lágrimas.
He llorado tanto que siento el cuerpo entumecido, como si la tristeza se hubiera evaporado junto con mis fuerzas. Solo queda el cansancio. Ese que te pesa en los párpados, en los huesos, en el alma.

Sin decir nada, pongo una serie absurda en Netflix.
Una de esas con tramas tontas y risas enlatadas que no exigen nada.

Solo eso: ruido de fondo.
Algo que me distraiga, aunque sea un poco.

Marina lo entiende al vuelo.
No pregunta.
No insiste.
Se queda sentada a mi lado, en silencio.
Sin buscar explicaciones.
Y eso es todo lo que necesito.

No sé cuánto tiempo paso mirando la pantalla sin realmente ver nada. Solo estoy ahí. Respirando. Dejándome arrullar por carcajadas ajenas, como si pudieran poner orden en el caos que tengo dentro.

—Marina… —susurro, casi sin pensar.

Ella gira la cabeza, apenas, sin apartar la vista del televisor. Como si no quisiera presionarme.

—¿Te puedes quedar a dormir?

Me sorprende lo frágil que suena mi voz.
Como si pedir compañía fuera lo mismo que rendirme.

Marina sonríe.
De esa forma suya que no necesita palabras.

—Claro que me quedo. Todo el tiempo que quieras.

Siento que el aire vuelve a entrar un poco en mis pulmones.
No necesito soluciones.
No necesito discursos.

Solo eso.
Que alguien se quede.
Que alguien no se vaya.

CAPÍTULO 16

Me despierto con el cuerpo pesado, como si hubiera corrido una maratón en sueños. La cabeza me da vueltas y la primera imagen que me viene a la mente es la de Álex, sentado frente a mí en el café, con esa mirada que todavía no sé si era tristeza, nostalgia o culpa.

Joder.

Parpadeo, confusa, y lo primero que veo es a Marina hecha un ovillo en el sofá, con la manta enredada hasta el cuello y la boca entreabierta. Esa imagen me arranca una sonrisa minúscula. No sé qué haría sin ella. Ayer llegó como un huracán amable, con pizza, vino y su paciencia infinita, y aguantó mi derrumbe sin emitir juicio.

Lloré hasta quedarme vacía. Hasta que el cuerpo dijo basta. Y ahora... ahora solo queda el eco. Ese vacío raro que se te instala en el pecho cuando ya no hay más lágrimas, pero tampoco consuelo.

Me levanto despacio, sin hacer ruido, y voy directa a la cocina. Necesito café. Algo que me caliente por dentro y me recuerde que sigo aquí, que no me he evaporado con todo lo que solté anoche. Apoyo los codos en la encimera mientras la cafetera burbujea y dejo caer la cabeza sobre los brazos.

No dejo de pensar en lo de ayer. En lo que sentí después de ver a Álex. No fue solo tristeza. Fue culpa. Como si lo hubiera traicionado

sin haber hecho nada malo. Como si lo que pasó en Madrid, lo que sentí... fuera algo sucio.

Pero no quiero sentirme así.

No puedo sentirme así.

Álex tomó su decisión. Me dejó porque ya no sentía lo mismo por mí. Y ahora soy yo la que tiene que aprender a vivir con ello.

El sonido de pasos arrastrándose por el pasillo me saca de mi espiral. Marina aparece en la cocina con el pelo alborotado y cara de no saber ni dónde está..

—Uf… ¿ya es de día? —bosteza Marina mientras se deja caer en una silla como si el mundo le pesara más que la manta que aún lleva arrastrando.

—No, es un simulacro —le digo mientras le sirvo una taza de café y se la paso con solemnidad—. Para que practiques lo de madrugar.

Pone los ojos en blanco, pero sonríe. Esa sonrisa suya que, sin decir nada, me recuerda que está aquí y que entiende más de lo que aparenta.

—¿Cómo te sientes?

Abro la boca para decirle que bien, que estoy mejor, que el café es magia líquida… pero no me sale. Ni una palabra convincente.

—Vacía.

Asiente como si acabara de soltarle una verdad universal. Como si ese "vacía" lo dijera todo.

—Es normal. Es la resaca emocional —dice, y el término me queda rebotando en la cabeza como una alarma suave.

Resaca emocional. Me encanta. Lo define todo. Ese vacío de después, cuando ya lloraste lo que tenías que llorar y ahora solo te queda mirar el techo sin saber muy bien quién eres.

Marina da un sorbo a su café mientras me estudia como si pudiera leerme entera con solo un vistazo.

—¿Tienes que ir a trabajar, no?

—Sí… —Bebo café como si pudiera solucionar mi vida en tres tragos —. Me toca enfrentarme al proyecto ese que tengo pendiente y que, sorpresa, no avanza ni un centímetro. Estoy seca. En la mente, digo. Lo otro... bueno.

—¿Escasa de imaginación tú? —Se apoya en la mesa con los codos, con esa expresión de "ni de coña te creo"—. Júlia, eres la persona más creativa que conozco.

Suelto una risa bajita, medio amarga.

—Lo era. Ahora soy una versión BETA, en pruebas, y con fallos de fábrica. Todo lo que intento hacer me parece flojo, como si estuviera fingiendo ser yo y no me saliera bien el papel.

Marina remueve su café sin prisa, como si estuviera preparando la respuesta perfecta.

—Es normal. Llevas un mes emocionalmente en una montaña rusa. ¿Cómo te tratan en la oficina?

Suelto el aire como si me hubiera estado aguantando esa pregunta desde hace días.

—Puff… regular. Antes sentía que me valoraban. Que cuando hablaba, me escuchaban. Ahora es como si todos esperaran a ver si

remonto o si termino de estrellarme. Me ven como un proyecto fallido.

Marina frunce el ceño.

—¿Te han dicho algo?

—No. Pero están esas miradas. Las conversaciones que se cortan cuando entro. La forma en la que Raúl me habla… como si no supiera si motivarme o darme por perdida.

—¿Y qué pasa con Raúl?

—Pues que no sé si está decepcionado, cabreado o simplemente harto. Me confió este proyecto, me dio tiempo, y yo no he estado. Hoy tengo que apañar algo, lo que sea, aunque sea con grapas y cinta adhesiva emocional, pero tiene que salir algo decente.

—A ver, Júlia, no eres una máquina. Es normal que te haya costado centrarte. Pero no te rayes tanto. Seguro que al final te sale algo bueno.

Ojalá tuviera su fe en mí. Ojalá pudiera comprarla por Amazon con envío urgente y devoluciones gratis.

Miro el reloj. Mierda.

—¡Joder, voy a llegar tarde!

Me levanto tan rápido que casi le doy una patada a la taza. Marina me lanza esa media sonrisa suya, la que mezcla ternura y cachondeo a partes iguales.

—Tranquila. Tú ve y demuestra lo que vales. Y esta noche, si quieres, repetimos sesión de pizza y vino. Pero esta vez, sin lágrimas.

—Hecho. —Le lanzo un beso al aire y salgo disparada a la habitación a vestirme, cruzando los dedos para que hoy, al menos, el día no me reviente por dentro.

◆ ◆ ◆

Cuando llego a la oficina, la rutina me cae encima como una manta pesada. Las paredes de siempre, el teclado que suena a productividad ajena, y ese café de máquina que huele a castigo. Nada nuevo.

Me siento, enciendo el ordenador, y ahí está: el proyecto. El dichoso proyecto. Me lo quedo mirando como si fuera una ecuación imposible. Frunzo el ceño. Respiro hondo.

—Venga, Júlia. Céntrate. —me susurro como si fuera mi propia entrenadora de boxeo emocional.

Empiezo a trabajar. Ajusto, corrijo, borro, vuelvo a escribir. Y, por primera vez en semanas, me meto de verdad. Me dejo llevar por esa parte de mí que aún sigue viva, la que ama lo que hace, aunque ahora mismo esté un poco apagada.

Pasan dos horas. O tres. No sé. El tiempo se disuelve entre ideas, tipografías y palabras que por fin tienen sentido. Y cuando levanto la vista, lo tengo.

Terminado.

Cierro el documento y lo miro como si fuera una criatura a medio criar. Está bien. Correcto. Profesional. Incluso bonito. Pero algo dentro de mí se remueve.

La inseguridad me muerde el estómago. Como si tuviera un enjambre de dudas zumbándome por dentro. Miro la pantalla y lo sé: no estoy convencida. Algo en mi interior grita que podría haber hecho algo mejor, más original, más *yo*. Pero no hay tiempo. Y, lo peor, tampoco hay otra idea.

Paso las manos por la cara.
Qué rabia.
Qué impotencia. Me dan ganas de tirarlo todo a la mierda y empezar de cero, pero ¿con qué cabeza? Si ni siquiera tengo un plan B.

Esto es lo que hay. Lo único que tengo. Y aunque me duela reconocerlo… es lo que voy a entregar.

Abro el calendario. Me quedo mirando el recuadro vacío donde debería ir la hora de la reunión, el cursor parpadeando como si estuviera igual de nervioso que yo. Podría aplazarlo. Fingir que tengo algo mejor en camino. Esperar un milagro.

Pero no. No hay milagros hoy.

Tecleo rápido y agendo la reunión con Raúl para la tarde. Pulso *Confirmar* y, en cuanto lo hago, siento el nudo en la garganta bajar al pecho. Ya está. Se acabó. No hay vuelta atrás.

Cierro los ojos y me dejo caer contra el respaldo de la silla. Respiro hondo, intentando convencerme de que no es tan terrible. Que no es espectacular, vale, pero tampoco es un desastre. Y a veces, solo *a veces*, lo funcional tiene que ser suficiente.

Resoplo y decido aprovechar el rato antes de la reunión para hacer algo útil. Si vuelvo a mirar el boceto, solo voy a encontrarle más defectos. Así que abro el correo: ese pozo sin fondo que llevo evitando desde que Álex me dejó.

Error.
Me dan ganas de cerrar el portátil y salir corriendo.

243 correos sin leer.
Vale, la mayoría son newsletters, spam y campañas que podría haber filtrado hace siglos… pero entre todo eso, hay correos importantes. Y llevan semanas esperando respuesta.

Me paso la siguiente media hora respondiendo como si me fuera la vida en ello. Archivo lo que ya no tiene sentido, reenvío lo que no me toca y contesto lo que aún puedo salvar. Entre ellos, varios mails de Raúl con preguntas sobre el proyecto que ignoré por puro pánico.

También hay uno de Recursos Humanos.
Reunión de seguimiento de rendimiento.

¿Es rutinario? ¿O es el principio del fin?
Lo marco con la estrellita de "Importante" aunque lo que me pide el cuerpo es marcarlo con una calavera.

Cuando levanto la vista del ordenador, ha pasado más de una hora. La oficina empieza a llenarse de ruido: teclados tecleando, teléfonos sonando, conversaciones a media voz. El runrún habitual de una tarde cualquiera.

Voy por café, el segundo del día, y vuelvo a mi sitio. Reviso las redes de las marcas que llevamos. Hay campañas en marcha que necesitan seguimiento, comentarios que responder y algún que otro cliente desatando su ira en TikTok.

Respondo con mi mejor tono profesional, aunque en mi cabeza le estoy gritando cosas bastante menos diplomáticas.

El tiempo vuela.

Cuando miro el reloj, ya son las tres.
La reunión con Raúl es en media hora.
Mi estómago se encoge.

Abro el boceto una última vez. Lo miro con todo el juicio crítico que puedo reunir, intentando ver lo que Raúl va a ver. Y me repito —aunque no me lo crea del todo— que, aunque no sea el mejor trabajo que he hecho, es suficiente. Tiene que serlo.

Agarro el portátil.
Respiro hondo.
Salgo de mi despacho con la cabeza alta.

Vamos a por ello.

Llamo suavemente a la puerta del despacho de Raúl antes de asomar la cabeza.
—¿Puedo pasar?

Raúl levanta la vista de su portátil y asiente con un gesto.
—Claro, Júlia. Siéntate.

Entro con el portátil en la mano y cierro la puerta detrás de mí. El ventanal a su espalda deja pasar la poca luz de la tarde, proyectando sombras largas sobre la alfombra. Todo parece un poco más serio de lo habitual. O quizás soy yo.

Respiro hondo y me acomodo en la silla frente a él.
—He preparado la presentación con el enfoque que discutimos en la última reunión. Te haré una simulación de cómo lo presentaré al cliente.

Raúl asiente sin decir nada, entrelaza las manos sobre la mesa. Su gesto me da luz verde.

Conecto mi portátil a la pantalla. El boceto aparece en grande y mi pulso se dispara. Estoy acostumbrada a vender ideas, a defender propuestas, pero esta vez me siento como si estuviera rindiendo cuentas por mi existencia. Exagerada, sí, pero real.

Me aclaro la garganta.
Empiezo.

—La propuesta se basa en reforzar la identidad de la marca a través de contenido visual más emocional y cercano. Hemos detectado que el público objetivo responde mejor a campañas que apelan a la nostalgia y la autenticidad, por lo que…

Sigo.
Paso diapositiva tras diapositiva. Explico la estrategia. Uso gráficos, métricas, ejemplos. Intento sonar firme, segura, brillante incluso. Me esfuerzo por parecer la Júlia que, hace unos meses, sacaba proyectos adelante sin dudar.

Cuando termino, dejo escapar el aire que había estado conteniendo sin darme cuenta.

Miro a Raúl.
Espero.
Y él… nada.

Se queda mirando la pantalla con el ceño fruncido, tamborileando los dedos sobre la mesa.

Mi estómago se tensa.

Raúl frunce los labios y me lanza una mirada que no sé interpretar del todo. Me pongo recta, como si eso fuera a protegerme del juicio. Espero que hable.

Cualquier cosa.
Lo que sea.

—Bueno… —digo, intentando que mi voz suene relajada—, ¿qué te parece?

Raúl se reclina en su silla y deja escapar un suspiro.

—Júlia…

Y con solo oír mi nombre dicho de esa manera, lo sé.
Lo sé.

Sé que no le ha gustado.
Sé que he fallado.

Trago saliva mientras él busca las palabras.

—No es suficiente.

Un golpe seco, directo al estómago.

—Esperaba más.

Intento mantener la compostura, pero siento cómo la sangre me sube a las mejillas.
Cómo se me encoge el cuerpo.

—¿Más en qué sentido?

Raúl me mira con paciencia. Esa paciencia que a veces parece empatía, pero que hoy suena a decepción.

—No veo nada nuevo aquí. La estrategia es correcta, pero… es básica. Es lo que cualquier otra agencia podría presentar.
Tú antes pensabas más allá.
Me traías ideas frescas, enfoques diferentes.

Esto… —señala la pantalla con un gesto de la mano—. Esto es seguro, pero no es innovador.

Me muerdo el interior de la mejilla. Asiento lentamente. Por fuera parezco tranquila. Por dentro, estoy hecha trizas.

—Lo entiendo.

Raúl asiente con firmeza.

—Júlia, no sé qué ha pasado en tu vida estos últimos meses, pero está claro que hay algo que ha cambiado.

Su tono cambia. Es más suave. Y por eso mismo, duele más.

—Pero el cliente espera algo más arriesgado. Necesitamos que redirecciones esto y traigas una propuesta mejor.

—La presentación es en tres días.

Levanto la mirada, alarmada.

—¿Tres días?

Raúl asiente con firmeza, sin pestañear.

—Puedes hacerlo. Solo necesito que vuelvas a ser la Júlia que convencía a los clientes en la primera reunión.

La Júlia que convencía a los clientes.
La que improvisaba ideas brillantes mientras se comía un sándwich.
La que no pasaba las noches llorando en su sofá con una copa de vino en la mano.
La que no sentía que estaba perdiendo el control de su vida.

Asiento. No digo nada más. Cierro el portátil con calma.

—Lo tendré listo.

Me levanto, sintiendo que mis piernas pesan el triple.
Como si la gravedad hubiera decidido ensañarse solo conmigo.

Raúl me dedica una sonrisa leve, casi forzada.
Como si eso pudiera animarme.

—Confío en ti.

Pero no sé si yo confío en mí misma.

Vuelvo a mi despacho con el portátil apretado contra el pecho, como si en él estuviera la respuesta a todo.
Pero lo único que siento es un nudo en el estómago y la presión latiéndome en las sienes.

Me dejo caer en la silla y cierro los ojos un segundo.
La cuenta atrás acaba de empezar.
Tres días.
Tres malditos días para reinventar un proyecto entero y sorprender a Raúl.

Abro el portátil y vuelvo a mirar la presentación.
La estrategia, los puntos clave, los gráficos…
Lo analizo todo, como si esta vez fuera a verlo con otros ojos, pero no.

Sigue siendo la misma propuesta tibia y predecible que he presentado hace unos minutos.

No es innovadora.
No es lo que esperaban de mí.

Mi mente se llena de pensamientos negativos. Me froto la cara con las dos manos y resoplo.

—Venga, Júlia, céntrate…

Abro una pestaña nueva en el navegador y empiezo a buscar como una loca.
Webs de marketing, foros, campañas virales, artículos sobre las marcas que lo están petando.
Necesito inspiración. Urgente.

El nombre de la empresa me late en la cabeza.
Cierro los ojos y me obligo a recordarlo: productos sostenibles, conciencia medioambiental, una marca que no vende solo cosas, vende una filosofía de vida.

Abro mi presentación de nuevo.
La miro con otros ojos.

Y ahí está el fallo.

Estoy vendiendo el *qué*, pero no el *por qué*.

Y las campañas que funcionan, las que de verdad conectan con la gente, no son las que enseñan el producto…
Son las que despiertan algo.

¿Por qué alguien elegiría Econova?
¿Por qué sentiría que esa marca va con su forma de ver el mundo?

¿Qué los hace especiales?

Eso.
Ahí es donde tengo que empezar.

Me inclino sobre el teclado. Empiezo a escribir, buscando esa chispa que haga saltar algo.
Pero no salta nada.
Intento tirar de esos métodos que me han salvado mil veces:

estructuras probadas, enfoques que solían funcionar. Pero ahora no encajan. Todo me parece plano. Sin alma.

Repaso campañas anteriores, comparo tendencias, busco referentes... y sigo sin encontrar nada que me mueva por dentro. Este proyecto debería tener luz propia. Revolv lo necesita. Raúl lo espera. Pero lo que tengo es una idea empaquetada con cinta adhesiva.
Y no brilla.

Pienso en Raúl.
En su cara de "esperaba más", en su silencio después de cada una de mis frases. En esa tensión que me deja temblando por dentro.
¿Por qué espera tanto de mí?

Sí, lo sé. Siempre he sido buena. He sacado proyectos adelante con una sonrisa. Pero ahora... ahora tengo el corazón a medio montar y la cabeza hecha un lío.
Y él, en lugar de darme un respiro, me echa más carga encima.

Una rabia sorda me sube por el pecho.
¿No puede dárselo a otro? Hay gente más joven, más fresca, con ideas que salen solas. Gente que no está intentando reconstruirse mientras trabaja.

Raúl fundó Revolv con 22 años. Ahora tiene 42, y sigue siendo ese líder que todos admiran. Que sabe cómo motivarte… aunque, a veces, esa motivación se sienta más como una losa.

¿Por qué no lo delega? ¿Por qué insiste en que sea yo?

Frunzo el ceño y respiro hondo, intentando no dejar que la frustración me coma.
Esto no va de él. Ni de sus expectativas.

Va de mí.
De lo que quiero hacer con esto.
De recuperar mi voz.

Miro el reloj y casi salto de la silla.
Se me ha ido el tiempo.

Recojo las cosas sin mucho orden, con esa mezcla de agotamiento y alivio que deja un día que no ha terminado de cuajar.
Pero al menos ahora hay algo que me hace soltar el portátil con más alivio que pesar.

CAPÍTULO 17

Escribo a Marina sin pensarlo mucho:
Nos vemos en La variable? Mi presentación ha sido un drama.

Tarda menos de un minuto en contestar:
En media hora estoy ahí.

Quedamos en nuestro sitio.
Pequeño, con luz cálida, paredes color mostaza y ese olor a vino bueno que se te mete bajo la piel.

Allí las copas siempre saben mejor.
Y el ruido, las risas, las voces del resto…
Todo se mezcla en una especie de burbuja donde, por fin, puedo respirar.

Llego al bar y ahí está ella, puntualísima, plantada en la puerta como si la hubieran dibujado.

Sonrío al verla y, sin decir nada, me acerco para darle dos besos.
Entramos, y antes de que pueda abrir la boca, ella ya ha pedido dos copas de vino.
Hay cosas que no se discuten.

Lo de las copas es nuestro código secreto. Al parecer, esto es lo que hacen las adultas responsables después de un día infernal: se sientan, beben vino y analizan la vida con la precisión de un bisturí.

Marina me lanza una de esas miradas que cortan el aire.
La suya dice: *sé que vas a contarme algo y sé que no me va a gustar*.

—¿Qué te pasa? —pregunta sin rodeos. Directa como una flecha.

La miro, trago saliva, doy vueltas a la copa. Estoy agotada de fingir que todo va bien.
Así que lo suelto.

—He entregado el proyecto… y a Raúl no le ha gustado —digo, dejando escapar una sonrisa irónica que se me escapa sin querer—. Me ha dado tres días para encontrar algo más innovador. Más típico de *la antigua Júlia*, según él.

Marina se queda quieta. Me observa. Como si estuviera buscando las palabras justas y no quisiera soltar lo primero que se le pasa por la cabeza.

—A ver, Júlia… —empieza, con una pausa medida—. Para ya de exigirte tanto. Entiendo que no sea tu mejor proyecto. Y entiendo que Raúl esté decepcionado, es su negocio, es normal… Pero tú estás entrando en un bucle de negatividad que, honestamente, no te ayuda en nada. Al contrario, creo que está haciendo que te bloquees aún más.

Trago saliva. Porque sé que tiene razón. Porque su tono no es de reproche, sino de hermana que me conoce de sobra.

—Es completamente normal que estés dispersa —continúa—. Has pasado por un montón de cambios en muy poco tiempo. Quizá lo que necesitas no es insistir, sino parar. De verdad. Pide unos días, Júlia. Desconecta.

Las palabras me caen como una bomba. Directas. Incómodas. Pero reales.

Y lo peor… es que no tengo nada que rebatir.

Sé que tiene razón. Sé que he caído en un papel de víctima que hasta parece que me acomoda. Como si me hubiera acostumbrado a revolcarme en lo negativo. A justificar mi bloqueo con todo lo que me ha pasado. Y me jode. Porque siempre he cumplido. Siempre he estado ahí. Y ahora… ahora que no estoy a la altura, siento que defraudo. Que no soy suficiente.

Me quedo en silencio. No porque no tenga nada que decir. Sino porque, siento que alguien me ha dicho exactamente lo que necesitaba oír.

Justo cuando el silencio empieza a pesar entre nosotras, cuando noto que Marina me está dejando espacio para procesar sus palabras sin presionarme… suena mi móvil.

Número oculto.
Otra vez.

Esta vez no lo pienso.
Descuelgo ya cabreada, con la paciencia en mínimos históricos.

—Mira, quien seas, para ya. Estoy harta. Si esto sigue, voy a tomar medidas legales —espeto, con la voz seca, autoritaria, como si acabara de canalizar a mi yo más borde.

Marina se queda tiesa, sorprendida por mi tono. Me lanza una mirada interrogativa y me hace una seña con la mano, pidiéndome que le enseñe la pantalla. Se la paso sin decir nada.

Ve lo mismo que yo: número oculto.

Sin decir palabra, aprieta el botón de altavoz.

Silencio.

Solo una respiración. Lenta. Constante.
Y nada más.

No es angustia lo que siento esta vez.
Es molestia. Molestia en mayúsculas. De esa que sube como un calor por el pecho y se te instala entre las cejas.

—¿Hola? —repito, con tono afilado, como quien no está para juegos.

Nada.
Solo esa respiración.
Como si quien esté al otro lado solo buscara hacerme perder los nervios.

Cuelgo de golpe.
Ni un segundo más.

—Qué coño… —murmura Marina, mirando el móvil como si pudiera sacarle una explicación.

—Me tienen hasta el moño —le contesto, soltando el teléfono en la mesa—. Si es una broma, no tiene ni puta gracia.

Marina me observa con el ceño fruncido, entre curiosa y alerta.

—¿Tú crees que podría ser Álex?

Niego con la cabeza de inmediato, sin dudar.

—La primera vez… sí, lo pensé. Pensé que quizá no sabía cómo hablar conmigo o quería saber si estaba bien sin decirlo directamente. Pero después de vernos el otro día en el café, lo descarté por completo. Álex necesita espacio. Y, si algo tengo claro, es que no es de los que se esconden detrás de una pantalla.

Marina, que me conoce demasiado bien, nota que me he quedado en blanco y me da un pequeño empujón en el brazo para sacarme del bucle.

—A ver —dice, en tono práctico—, últimamente las compañías se las apañan todas para conseguir clientes nuevos. Llaman desde números raros, meten miedo o prueban cosas nuevas. Seguro que es eso. No te ralles.

Asiento, aunque en el fondo sé que no es una llamada de ventas. Lo noto. Lo intuyo. Y eso es justo lo que más me molesta: no tener el control.

—Sí, seguro que tienes razón —miento, porque necesito creerlo.

Marina me sonríe y levanta su copa.

—Pues brindemos por que mañana no te llamen. O, si lo hacen, que al menos digan algo.

Chocamos las copas con un tintineo leve. Y mientras bebo, no puedo evitar sentir que algo más se avecina. No sé el qué. Pero está ahí. Flotando en el aire.

Marina deja su copa en la mesa y me mira con esa cara suya de "vale, drama controlado, volvamos al plan inicial".

—A ver, volvamos al tema. Tu bloqueo. —Se recoge el pelo en un moño mal hecho y se acomoda en la silla—. Vamos a ver si entre las dos le damos una patada.

Me encojo de hombros, algo más relajada ahora.

—Ojalá. Porque llevo días estancada. Es como si mi cabeza se hubiera ido de vacaciones sin mí.

—Mira, cuando yo me bloqueo —empieza, con tono de gurú improvisada—, hago tres cosas: uno, salgo a andar sin rumbo y sin auriculares. Dos, cambio de entorno. Literal. Me voy a currar a una cafetería o al coworking ese que siempre tiene olor a friegasuelos de limón. Y tres, escribo ideas absurdas sin filtro, aunque no tengan sentido. Alguna joya siempre sale.

Saco el móvil y empiezo a anotar como si me acabara de revelar un secreto ancestral.

—Me gusta lo de escribir sin filtro. Igual mi problema es que intento que todo salga perfecto desde el primer momento.

—Error de manual —dice, dándome un codazo—. Nadie tiene ideas brillantes cuando está tensa. Tú antes te inspirabas hasta viendo un cartel cutre en la carretera. Tienes que volver a eso.

—Ya, pero ahora solo veo facturas y deadlines.

Marina levanta la mano para llamar al camarero y, sin consultarme, pide unas bravas y unas croquetas.

—Cenar bien también es parte del proceso creativo —me dice, guiñándome un ojo—. No hay genio que trabaje con hambre.

Cuando nos traen la comida, entre charlas y risas, vuelve a sonar mi móvil.

No.

Otra vez no.

Mi cabreo escala a niveles olímpicos. Esta vez ni me molesto en mirar la pantalla. Marina, más rápida que yo, lo coge directamente.

—Ya está bien —dice con voz firme, como si fuera una madre furiosa pillando a su hijo mintiendo—. O dices quién eres o vamos

directamente a la policía. Ahora mismo.

Silencio.

Y entonces, apenas un susurro.

—Marina...

¿Qué?

Mi cara se congela. Esa voz… me suena. Pero no logro ubicarla. Es como un eco de otra vida, como un recuerdo confuso.

Marina me mira. Ojos muy abiertos. Boquiabierta. Pero ella sí la ha reconocido.

Aparta el teléfono del altavoz, lo baja despacio como si le quemara y, en voz baja, tan baja que apenas la oigo, me dice:

—Es mamá.

Lo que me faltaba.

Marina no pierde ni un segundo. Se pone el móvil otra vez en la oreja y dispara, con ese tono suyo que mezcla decepción, rabia y años de silencio acumulado.

—¿Has sido tú la que ha estado llamando en oculto todo este tiempo? —Su voz no tiembla ni un poco—. ¿En serio, mamá? ¿Ahora tampoco puedes mostrar tu número? ¿No vaya a ser que queramos saber de ti?

Hace una pausa breve. Yo no respiro.

—Pues te equivocas —suelta, tajante—. Hace tiempo que no estás en nuestras vidas, y así queremos que siga siendo.

Silencio al otro lado. Un silencio espeso.

Yo no digo nada. No puedo. Me cuesta hasta moverme. Solo la escucho.

—¿Qué quieres? —insiste Marina al teléfono, con el ceño fruncido y la voz cada vez más tensa.

Silencio.

Otra vez ese silencio maldito que lo llena todo.

Esta mujer… siempre aparece cuando algo necesita. Cuando le conviene. Cuando ya no sabes si te está buscando o manipulando.

Y, entonces, su voz se cuela por el altavoz, más baja que antes, casi temblando.

—Me gustaría hablar con las dos. No quiero haceros daño. Pero necesito que sepáis algo.

Me sale responder sin pensarlo.

—Basta.

Mi voz suena seca, dolida. Como si tuviera años acumulados detrás.

—Ya han sido demasiadas veces, Helena. Demasiadas. Siempre haces lo mismo: apareces, sueltas promesas que no piensas cumplir, nos haces creer que te importamos... y luego desapareces. Siempre.

Marina baja la cabeza, pero no dice nada. Sabe que ahora me toca a mí.

—Y si de verdad te importara no hacernos daño… ¿por qué llevas días llamándome en oculto sin decir nada? ¿Por qué ahora? Has tenido muchas oportunidades. Demasiadas.

Al otro lado, su voz suena como un susurro:

—Lo hago para que no tengáis problemas. Para no agobiaros. Pero necesito veros. Es urgente, Júlia.

Me quedo quieta.

Urgente.

—No, aquí nos tienes a las dos —digo, firme, sin un temblor en la voz—. No queremos verte. Lo que tengas que decir, lo dices ahora. O se acabó.

Marina no me interrumpe. Solo asiente en silencio, con los labios apretados y la mirada fija en el móvil, como si también necesitara que yo dijera lo que ella no puede.

—No tendríamos ni que escucharte, mamá. No te lo mereces.

Helena guarda silencio unos segundos. Se nota que intenta recomponerse. Que no esperaba encontrarse con esta versión de nosotras. Pero se acabó. Ya no somos las niñas que se quedaban esperando sentadas en el sofá a que ella apareciera como si fuera normal desaparecer durante semanas.

—Por favor… —su voz suena apagada, como si se le hubiera escapado la vida—. No quiero hacerlo por teléfono. Necesito veros. Decíroslo en persona.

—No —salta Marina esta vez, tajante—. No vamos a mover un dedo por ti. Di lo que tengas que decir.

—Es importante…

—Todo siempre es "importante" contigo —respondo, seca—. Urgente. Delicado. Lo de siempre. Y al final, siempre es lo mismo: tú. Tus dramas. Tus miserias. Tus líos con hombres que

desaparecen. ¿Se ha largado el último? ¿Estás otra vez sin sitio donde dormir?

Silencio.

Nada más que su respiración al otro lado. Casi puedo verla, retorciéndose al no tener ya el control.

—Quiero veros —repite, pero su tono ya no tiene autoridad. Solo esa fragilidad que usaba cuando intentaba manipularnos con pena.

Y ni por eso aflojamos.

—No —decimos las dos a la vez.

Ni una lágrima. Ni una duda. Ya no.

—¿Qué pasa, Helena? ¿Necesitas dinero? —le suelto, sarcástica, con esa rabia contenida que ya no pienso disimular.

Al fin, responde.

Pero no como esperaba.

Su voz se quiebra. Llora. De verdad.

Y lo peor es que, a pesar de todo, a pesar de los años, de las desapariciones, de las promesas rotas… algo en mí se revuelve al oírla llorar. No lo entiendo. No debería. Pero me pasa.

—Necesito que vendáis la casa de los abuelos —dice entre sollozos —. Debo dinero. Es urgente.

—¿Qué? —me sale sin pensarlo.

Marina suelta una carcajada seca. De esas que no hacen gracia.

—¿La casa de los abuelos? ¿En serio? Si tus propios padres te quitaron de la herencia, será por algo, ¿no crees?

Helena no contesta.

Y yo no puedo más.

No puedo seguir escuchando esta historia otra vez. No puedo volver a caer en su juego, en su lástima, en su voz rota.

Siempre es lo mismo.

Siempre acaba igual.

Y ahora ya se ha coronado.

Sin pensarlo más, cuelgo.

—Ya está. No quiero saber nada más. Que se espabile —digo, dejando el móvil boca abajo sobre la mesa.

Marina me mira.

Y lo veo claro. A ella también se le ha removido algo. Porque mamá tiene esa habilidad. La de colarse dentro de ti aunque no quieras. La de causar rabia y preocupación al mismo tiempo. Como si pudieras odiarla y querer salvarla a la vez.

—Esta vez se ha pasado —murmura, sin levantar la vista de la mesa —. Es tan egoísta… Sabe que ahí vivo yo. Y solo quiere salvarse el culo. Como siempre.

Le aprieto la mano.

—Marina, tranquila.

Ella me mira, los ojos enrojecidos por la furia contenida, por la historia de siempre.

—Esa casa —le digo— nos la dieron los abuelos a nosotras. Es tu casa. No necesitamos a mamá para nada.

Aprieta los labios, traga saliva.

—Nos tenemos las dos. Como siempre.

Y eso es lo único que importa.

Marina me mira de reojo, con esa mezcla de orgullo y vulnerabilidad que solo saca cuando algo la asusta de verdad.

—¿Te importa si vienes a dormir a casa? —pregunta en voz baja—. No sé… tengo la paranoia de que aparezca. Ya sabes cómo es.

—Claro que sí —le digo sin dudarlo.

Pasamos por mi casa solo para que coja algo de ropa para mañana. Todo es rápido, casi automático. No hace falta decir mucho. Nos entendemos con miradas, con silencios que no incomodan porque ya los hemos vivido muchas veces. Seguro que pensamos lo mismo, pero en dos cabezas distintas.

Dormimos juntas en su cama, como cuando teníamos diez años. Una al lado de la otra, espalda con espalda al principio, luego pies entrelazados sin querer, y ese calorcito que solo da saber que no estás sola.

Puta Helena.

Siempre lo consigue.

Siempre encuentra la grieta por donde colarse, como un viento helado en una casa mal cerrada.

Y ahí está, en mi cabeza, dándole vueltas a todo cuando no debería ni estar en la ecuación. Pero lo está. Porque así es ella. Porque así de enredado nos dejó todo.

Suspiro y cierro los ojos.

Mañana será otro día.

Aunque sepa que el monstruo no vive bajo la cama, sino en los recuerdos.

CAPÍTULO 18

El día se me escapa entre los dedos. Intento seguir los consejos de Marina, pero nada funciona. Miro la pantalla, repaso las ideas, abro y cierro documentos... y nada. Esa desconexión con el proyecto sigue ahí, como un muro invisible entre mi cabeza y la creatividad.

Y por si no tuviera ya un bloqueo del tamaño de un edificio, súmale a la madre del año.

Me río sola.

Vuelvo a abrir la presentación de Econova, me obligo a concentrarme, me repito que esta crisis va a ser mía, personal, laboral, existencial… pero no por culpa de esa mujer.

Econova tiene todo lo que me gusta. Es una marca sostenible, fresca, con valores... todo lo que suelo defender. Pero no logro convertirlo en algo brillante. Lo intento. De verdad. Pero en algún punto me doy cuenta de algo doloroso: el problema no es el proyecto.

Soy yo.

No conecto. No me sale. Quiero sentirlo, pero no puedo.

Me echo hacia atrás en la silla, cierro los ojos un segundo, y justo entonces, el móvil vibra.

Es Clara.

"¡Sorpresa! Llego a las 18, ¿me adoptas el finde en tu casa?"

La leo una vez. Dos. Me cuesta procesarlo, pero la sonrisa me brota sola, sin esfuerzo. Clara y su capacidad mágica de aparecer cuando más la necesito. Siempre.

Le respondo enseguida:

"¡Por supuesto! No sé cómo he sobrevivido sin ti. Te espero con los brazos abiertos."

La verdad es que ya estoy planeando mentalmente todo lo que podríamos hacer. Una cena improvisada, tal vez un maratón de alguna serie absurda que podamos comentar entre carcajadas hasta quedarnos dormidas.

Me siento mejor solo de imaginarlo.

¡Qué bien va a venir un fin de semana así! Despejar la cabeza, apagar el ruido. Sin estrés, sin proyectos pendientes. Sin llamadas raras.

Cierro los ojos un momento, respirando hondo. Me dejo llevar por la imagen de nosotras dos tiradas en el sofá, con las mantas hasta la nariz, un bol de palomitas y algún vino que probablemente elegiremos solo por la etiqueta bonita.

Pero entonces, el teléfono vuelve a vibrar.

Número desconocido.

¿Será posible?

Me quedo mirando la pantalla, incrédula. Otra vez. Otra maldita vez. Es increíble.

No va a parar hasta que lo consiga.

No respondo.

Lo dejo sonar, firme, como quien ignora a un fantasma que se cuela en su casa sin permiso. Después, sin pensarlo dos veces, apago los datos. Pum. Silencio.

No lo va a conseguir.

No esta vez.

Me repito esas palabras como un mantra mientras dejo el teléfono a un lado y miro la pantalla del ordenador. Intento centrarme de nuevo en el proyecto, pero lo que parecía un día normal se ha convertido en un maldito caos.

Aun así, cuando llega la hora de salir del trabajo, siento algo distinto. No es que haya tenido un día especialmente productivo —porque no—, ni que la creatividad por fin haya decidido hacer acto de presencia. No. Lo que me hace sentir un poco más ligera hoy es saber que esta noche ceno con Clara y Marina.

Y eso, sinceramente, ya es suficiente para que el mundo me parezca un poquito menos insoportable.

Recojo mis cosas, dejo el estrés atrás y empiezo a pensar que hoy es el día.

Hoy inauguro mi piso.

Suena tonto, lo sé, pero me da igual. He decidido que esta noche quiero que sea otra cosa. Un refugio. Un espacio mío, de verdad. Donde se respire algo nuevo. Algo mejor.

Quizá lo necesito por todas las semanas de mierda acumuladas. O porque, después de tantos días sin saber qué hacer con mi vida, al menos esto me hace sentir que empiezo algo. Aunque sea una cena entre amigas.

En vez de irme directa a casa, hago una parada estratégica.

Voy a comprar vino.

Pero no cualquier vino. Quiero *ese* vino que te hace creer que todo va a ir bien aunque no tengas ni idea de cómo. Algo para picotear, algo bonito para la mesa, y ya que estoy, me paso por la tienda de menaje que hay al lado del súper.

Porque mi casa necesita alma. Y nada le da más alma que unas copas de vino decentes, un mantel que no parezca heredado de una abuela, y velas. Muchas velas. Que si no hay velas, no hay cena. Punto.

Primero el supermercado, luego la tienda.

Este tipo de compras me relajan. No son por necesidad, son por placer. Son para mí. Dicen algo sobre cómo quiero vivir, aunque sea en medio del caos. El mantel lo tengo claro: blanco, sencillo, con clase. Las copas me llevan más rato. No quiero nada hortera, pero tampoco básicas. Elegantes, sin pasarse. Algo que diga: *sí, esta es mi casa, y yo me cuido*.

Salgo cargada pero contenta. Y de ahí, al restaurante de sushi. En Manzanares no hay mucha variedad, pero este sitio nunca falla. El sushi está bueno, no te clava el precio y, además, me recuerda que no hace falta cocinar para cenar bien.

Al llegar a casa, me quito los zapatos con ese suspiro de alivio que parece automático últimamente. Miro la mesa y recuerdo que no he preparado nada. Bueno, lo haré después. Paso. Hoy no hay prisa ni exigencias. Antes que todo eso, me merezco una ducha.

Una larga.

De esas en las que dejas el mundo fuera y te quedas a solas contigo. El agua cae por mi espalda como si lavara más que la suciedad del día. Cierro los ojos y suspiro. No recuerdo la última vez que me sentí así de tranquila. A veces, lo más valioso es justo eso: un momento sin ruido, sin prisas, sin tener que demostrar nada.

Salgo de la ducha y me pongo cómoda. No es que el piso esté hecho un desastre, pero siento la necesidad de recoger. No por ellas, sino por mí. Ordenar el espacio es mi forma de respirar mejor. Como si tener las cosas en su sitio me recordara que yo también puedo encontrar el mío.

Doblo la ropa que tenía encima de la silla, ordeno un par de libros que no he abierto en semanas y limpio la encimera de la cocina. Nada loco. Solo un gesto simbólico de que estoy empezando a reconstruir algo.

Miro el reloj. Es hora.

Clara ya ha llegado al pueblo. Podría dejar que viniera caminando, pero no. Esta vez quiero ir yo. Compartir ese momento. Siempre que vuelve a Manzanares, aunque solo haya pasado un par de semanas, siento que algo vuelve a encajar.

Salgo, me subo al coche y enfilo hacia la estación. Hay tráfico, pero no me importa.

Cuando llego, ahí está. Clara.

Radiante, como siempre. Parece que se ha tomado tres cafés seguidos y se ha ganado la lotería. Me ve, sonríe de oreja a oreja y abre los brazos como si no nos viéramos desde la adolescencia.

—¡Por fin, coño! —exclama, corriendo hacia mí con esa energía suya que siempre me desarma.

Y en ese abrazo exagerado, exageradamente necesario, me doy cuenta: esta noche sí va a ser distinta.

—Exagerada. Te dejo sola dos minutos y ya estás dramatizando.

Nos reímos mientras coge su maleta —más grande de lo razonable para un fin de semana, pero esa es Clara— y nos subimos al coche. En cuanto arranco, me lanza esa mirada suya de "suelta la bomba".

—A ver, ¿qué ha pasado últimamente en tu vida? Porque cada vez que te dejo sola un mes, vuelvo y has cambiado de casa, de novio o de corte de pelo.

—No te pases, que el pelo lo llevo igual.

Pongo el intermitente y me meto en la carretera, pero ya sé que no me va a soltar. Clara es como un detector de dramas activos: los huele a kilómetros.

Respiro hondo.

—Bueno… Álex me dejó.

Abre la boca como si no lo supiera, pero la cierra al instante.

—Vale, eso ya lo sabía. Pero sigue.

—Me mudé.

—Eso también lo sabía.

—Estoy teniendo la crisis creativa más gorda de mi vida.

—Sí, eso también me lo imaginaba.

—Y ha vuelto Helena.

Clara me mira con los ojos muy abiertos y la ceja más alta que nunca.

—Eso no lo sabía.

Y luego, suspira.

—Tía, estás en tu era de reinvención. Lo veo clarísimo.

—Yo lo veo como mi era de mierda, pero me encanta tu optimismo.

Seguimos hablando mientras el coche avanza por las calles del pueblo. Clara me pone al día de su vida en Madrid: que si las cenas de trabajo, que si la influencer con la que tiene que colaborar es una petarda, que si ha descubierto un restaurante nuevo que, según ella, me encantaría.

Me encanta escucharla. Su vida siempre suena a película americana. La mía, últimamente, más bien parece un documental sobre crisis existenciales.

Cuando llegamos a la casa de Marina, me entra un nudo en el estómago.

La casa de los abuelos. Para mí siempre será eso, aunque ahora figure a nombre de Marina y yo también tenga parte en la herencia.

Aparco y me quedo ahí, quieta, mirando la fachada. El coche en silencio, el corazón un poco menos.

Que haya vuelto a aparecer nuestra madre remueve muchas cosas. Demasiadas.

Esta casa nos salvó.

Porque nosotras no tuvimos madre. Bueno, sí, la tuvimos. Pero solo en el papel. En la práctica fue una mujer que entraba y salía de nuestras vidas según cómo de vacía tuviera la cartera.

Y, de pequeñas, aún teníamos esa ilusión absurda —que cada vez que volvía, lo hacía para quedarse—, pero con los años se nos fue

cayendo como se caen los dientes de leche: un poco por sorpresa, un poco con dolor.

La verdad es que nunca estuvo. No de verdad.

Pero los abuelos sí.

Siempre.

Mi abuela era de las que se levantaban a las seis de la mañana para hacer pan casero y regañarte si salías sin bufanda en noviembre. Y mi abuelo… mi abuelo era ese tipo de hombre que hablaba poco, pero cuando lo hacía, cada palabra se te quedaba dentro como si llevara peso.

Cierro los ojos un segundo y me los imagino, como cuando éramos niñas.
Mi abuela sacando la ropa limpia al patio para que oliera a sol.
Mi abuelo, sentado en su sillón con la radio puesta, escuchando a un locutor hablar de cosas que, en su mundo, eran importantísimas.

Y me duele.
Porque no deberían haberse ido nunca.

Clara debe notar mi silencio, porque me toca la pierna con suavidad.

—Oye…

La miro y sonrío.
No quiero ponerme triste.

—Va, vamos a por Marina, que tenemos una cena que preparar.

Salimos del coche y subimos los escalones de la entrada. Marina nos abre con su sonrisa de siempre, esa que no necesita decir nada para decirlo todo.

—Pensé que ibais a tardar más.

—Pues ya ves, hoy somos puntuales.

La miro de arriba abajo y frunzo el ceño.

—¿Y esa maleta? —pregunto, cruzándome de brazos.

—¿Qué pasa con mi maleta?

—Que *es* una maleta. No una bolsita con un pijama y un cepillo de dientes, sino una maleta en toda regla.

Marina me lanza una mirada en plan "¿de verdad me estás diciendo esto?" mientras baja los escalones con toda la dignidad del mundo.

—A ver, Júlia, que me quedo a dormir esta noche.

—Ah, no, si ya me lo imaginaba. Solo quería oírtelo en voz alta.

Clara se ríe mientras coge la maleta y la mete en el maletero como si llevara haciéndolo toda la vida.

—Como si no os conociera ya. Marina, en el fondo te mueres por probar la cama nueva de Júlia, admítelo.

—Lo que no quiero es volverme sola a casa a las dos de la mañana. Y tampoco iba a dejaros beber todo el vino sin mí.

—Claro, claro. —Arranco el coche y las miro de reojo—. Que conste que luego os encargáis de recoger.

Clara se ríe mientras Marina pone esa cara de hermana pequeña que parece incapaz de haber roto un plato en su vida.

—Sí, sí. Lo que tú digas.

Avanzamos por las calles del pueblo. Al pasar por la plaza principal, Clara suelta un suspiro con toda la teatralidad del mundo.

—Joder, qué fuerte. Aquí no cambia nada.

—¿Y qué esperabas? —pregunto, aunque ya sé por dónde va.

—No sé… algo. Un poco de innovación, algo de vida. ¡Pero si hasta el cartel de la farmacia es el mismo que cuando íbamos al insti!

Desde el asiento de atrás, Marina se ríe.

—Bueno, al menos han puesto un estanco nuevo.

—¿Y qué ha pasado con la papelería de la señora Carmen?

—Se jubiló, su hijo no quiso seguir con el negocio, así que ahora hay una tienda de productos ecológicos.

—Ah, sí. Muy típico en un pueblo de toda la vida.

—Ey, que al menos intentan modernizarse.

Clara apoya la cabeza en el reposacabezas y deja escapar un suspiro largo.

—A veces pienso en cuando vivía aquí… Éramos inseparables. Siempre juntas.

—Hasta que nos abandonaste por la gran ciudad.

—No dramatices, por favor.

Nos reímos las tres. Pero en el fondo, lo sentimos igual: que este lugar sigue siendo el mismo… y, sin embargo, nosotras ya no. Dejamos de ser las niñas que corrían por estas calles, y ahora, volver se siente un poco como intentar encajar en una versión vieja de una misma.

Seguimos el camino mientras Clara pregunta por novedades: si hay algún sitio nuevo para salir, qué ha sido de cierta gente que conocíamos. Nos echamos unas risas recordando a algunos excompañeros del instituto —como el típico guaperas que ahora tiene tres hijos y un bar de tapas— y, entre carcajadas, llegamos al edificio de mi nuevo piso.

Aparco y me giro hacia ellas con una sonrisa triunfal.

—Bienvenidas a mi humilde morada.

Clara observa el edificio y asiente con gesto teatral.

—Pues para ser humilde, tiene muy buena pinta.

—Es que tengo buen gusto, querida —respondo, con tono de diva.

Nada más entrar, Clara deja su maleta en la entrada y se cruza de brazos como si fuera a hacerme una inspección.

—A ver, enséñame tu santuario.

Le hago una reverencia exagerada.

—Adelante, siéntete como en casa.

Marina, que ya se mueve por aquí como si fuera copropietaria, pasa de todo y va directa a la cocina.

Clara, en cambio, se lo toma con calma. Pasea por el salón con cara de crítica de interiores, mano en la barbilla incluida.

—Pequeño pero bonito.

—Gracias. Es justo lo que buscaba en Tinder… pero lo encontré en Idealista.

Suelta una carcajada y sigue inspeccionando. Se pasea tocando los muebles, pasando la mano por la barra de la cocina, echando un vistazo a la decoración con aire de experta.

—Transmite paz.

Se gira hacia el estante y señala las plantas con la ceja levantada.

—¿De plástico?

—A ver, todos tenemos traumas. El mío es haber matado hasta un cactus.

Clara niega con la cabeza, entre resignada y divertida, y sigue curioseando. Desde la cocina, Marina pone una playlist de Spotify y, en cuanto empieza a sonar *Ain't No Sunshine*, me giro con una sonrisa automática.

—Bien jugado, hermana.

—Te conozco. Sé que esta canción te obliga a abrir una botella de vino.

—Es que si no lo hago, creo que la ley me puede castigar.

Voy directa a la cocina, saco mis nuevas copas —grandes, elegantes, de esas que hacen que cualquier viernes parezca sacado de una comedia romántica— y las lleno de vino blanco. Marina saca el sushi con eficiencia de camarera con estrella Michelin y Clara, cómo no, empieza a poner la mesa como si fuera un evento de gala. Pero antes de sentarse, frunce el ceño y olisquea el aire.

—¿Es… canela y naranja?

La miro como si acabara de preguntar si el agua moja.

—¿Es en serio esa pregunta?

Asiente con media sonrisa, sabiendo perfectamente la respuesta.

—Cierto, no sé por qué dudo de ti. No has cambiado en la vida.

Sonrío mientras dejo la botella en la mesa y les paso sus copas. Las tres nos sentamos y, antes de que empiecen a devorar el sushi como si no hubiéramos comido en días, levanto la mía.

—Brindemos, antes de que esto parezca una reunión de tiburones hambrientos.

Chocamos las copas y, justo antes de dar el primer sorbo, las miro con una media sonrisa que me sale sin pensarlo.

—Gracias por estar aquí. Por la paciencia. Por no salir corriendo cuando mi vida es un drama.

Clara me da un leve empujón con la copa.

—¿Qué dices, tía? Si nos pirran los culebrones.

—Eso, y que eres nuestra persona favorita —añade Marina, con esa sonrisa suya que siempre desarma.

Bebo un buen trago, ese que sienta como un abrazo, y suelto un suspiro.

—Pues menos mal, porque me temo que la telenovela no ha terminado.

Las tres reímos. De esas risas que no curan pero alivian. Y empezamos a comer, mientras la música sigue sonando de fondo, suave, y mi piso —por fin— se siente como algo más que un techo. Se siente como un hogar.

Cuando ya le hemos dado buena cuenta al sushi, al vino y a media tableta de chocolate —que nadie recuerda haber sacado, pero ahí está, abierta y medio derretida— decido que ya va siendo hora de dejar de hablar de mis miserias.

—Vale, basta de culebrón. Cambiemos de tema. Contadme cosas. Cosas felices, cosas emocionantes.

Clara levanta la mano como si estuviéramos en clase.

—¿Cosas emocionantes? Uy sí, tengo una: mi vecino buenorro.

Me llevo la copa a los labios con una sonrisilla.

—¿Otra vez con eso? ¿Sigues en fase de acoso pasivo?

—Perdona, yo no acoso. Yo facilito encuentros casuales.

Marina y yo nos miramos con cara de "sí, claro, encuentros casuales". Clara se acomoda en la silla, se recoge el pelo con todo el arte del mundo y nos lanza una mirada de conspiradora profesional.

—Pero sí, ya ha habido miradas. Largas. Intensas. Lo próximo será un clásico de manual. Que me falte sal, que se me caiga algo justo cuando pase por su puerta… Ya sabéis, las técnicas de toda la vida.

Marina suelta una carcajada.

—Lo que tienes que hacer es invitarle a una copa, no fingir que eres la protagonista de una comedia de los 2000.

—No me presionéis. Esto es arte.

Nos reímos las tres, como si todo en ese momento tuviera sentido. Y justo cuando voy a darle otro sorbo al vino, Marina deja su copa sobre la mesa con un golpe sutil pero lo bastante dramático como para que las dos le prestemos atención de inmediato.

—Vale… yo también tengo una bomba.

La miramos como si acabara de anunciar que va a salir en un reality.

—A ver —digo yo, alzando una ceja—. Tú dispara.

—Creo que me espían.

Clara y yo nos quedamos en silencio. De esos silencios densos, de los que se llenan de miradas cómplices y cejas arqueadas. Nos miramos entre nosotras como diciendo *¿va en serio?*, y luego la miramos a ella, esperando que se ría y diga que es una coña. Pero no. Nos mira seria. Muy seria.

—¿Perdón? —pregunto, medio en broma, medio esperando que me lo aclare antes de montarme un thriller mental.

—Que me espían. Llevo tres días viendo el mismo coche aparcado delante de mi casa. Siempre el mismo. Con un tío dentro.

Clara suelta un suspiro digno de madre agotada.

—Marina, cariño… ¿has dormido bien estos días?

—Que no me lo estoy inventando, joder. Está ahí. Todo el rato. Mismo coche, mismo tío. Me mira. Lo sé.

—Igual es un vecino nuevo que aún no sabe dónde aparcar —digo, intentando mantener la calma y no soltar la risa.

—O un repartidor con el GPS borracho —añade Clara, como si fuera una detective cansada del caso.

—O alguien que se ha enamorado de ti y no sabe cómo declararse. Ya sabes, rollo romántico perturbador.

Marina nos fulmina con la mirada. Si las miradas mataran, ya estaríamos enterradas con una flor en la frente.

—Idiotas —murmura, cruzándose de brazos, mientras nosotras no podemos contener la risa.

—Perdón —dice Clara, conteniendo la risa mientras se abanica con la mano—. ¿Y qué hace exactamente ese hombre?

—Nada. Solo está ahí. En el coche. Mirando.

Silencio. Otra vez. Pero de los que ya no suenan tan divertidos.

Porque sí, suena raro. Y lo peor es que Marina no es precisamente de montarse películas. Si lo dice, algo hay.

—¿Has intentado acercarte? —pregunto, con cautela.

—Claro, Júlia, porque es lo más normal del mundo acercarse a un coche y decir: "disculpe, ¿me está espiando?" —responde con ironía,

levantando las cejas como si yo fuera la loca.

—Bueno, si tienes dudas…

—Mira, pasaos un día por mi casa y lo veis vosotras mismas. A ver si os da tanta risa cuando lo tengáis a cinco metros.

Clara y yo nos miramos. Ese tipo de mirada que dice *vale, igual no es tan gracioso después de todo*.

—Vale, lo compro —dice Clara, encogiéndose de hombros—. Pero como al final sea un repartidor esperando a que le abran la puerta, te lo vamos a recordar en cada cena, cada cumpleaños y cada grupo de WhatsApp hasta el fin de tus días.

—Hecho —responde Marina, seca—. Pero si no es un repartidor, quiero disculpas y sushi. Del bueno.

Marina cruza los brazos, con el ceño fruncido y esa cara de "os vais a tragar vuestras palabras".

—Os vais a reír… cuando lo veáis con vuestros propios ojos.

Clara le pone una mano en el hombro con aire de hermana mayor condescendiente. Como si le hablara a una niña convencida de que hay un monstruo bajo la cama.

—Marina, cielo… vamos a aprovechar que estoy aquí este finde y pasamos por tu casa a ver a tu espía personal en directo, ¿te parece?

—Perfecto —responde ella, levantando la barbilla como si acabara de ganar un juicio—. Pero luego nada de “tenías razón, Marina”. Quiero un “somos unas idiotas y jamás volveremos a dudar de ti”.

Clara y yo nos miramos, conteniendo la risa. No sabemos si Marina se ha montado una peli o si realmente hay algo turbio… pero por si

acaso, este finde toca plan detectivesco.

Se hace un silencio raro. Uno de esos que se quedan flotando porque lo que se acaba de decir es demasiado raro como para seguir comiendo como si nada.

Clara se revuelve en la silla y, como siempre, rompe el hielo sin filtros

—Vale. Y ahora que hemos hablado del vecino acosador... ¿podemos volver a la parte en la que bebíamos vino tranquilas y nos reíamos de nuestras desgracias?

—Te recuerdo que la tuya incluía estrategias de seducción con sal y objetos caídos misteriosamente —le lanzo, alzando una ceja.

—Tácticas de aproximación, por favor. Hay toda una ciencia detrás —responde Clara, muy digna, mientras se sirve otra copa.

Marina suelta una carcajada bajita, ya más relajada, y le da un sorbo al vino.

—Si mañana resulta que el tipo del coche es solo un padre esperando a su hijo del conservatorio, quiero que sepáis que me tomaré muy en serio mi derecho a burlarme de vosotras cuando os volváis paranoicas.

—Apuntado —digo, brindando con mi copa—. Pero si descubres que es un acosador en serio, prometo escribir una novela sobre ti resolviendo crímenes.

—Y que Netflix compre los derechos —añade Clara—. "*Marina, la vigilada*". Miniserie. Siete capítulos. Tensión, drama y mucha iluminación cálida.

Las tres reímos, por fin relajadas. El piso huele a vino, a canela, y a ese tipo de complicidad que solo se siente cuando sabes que estás a salvo con las personas adecuadas.

Y por un momento, lo de Raúl, el proyecto, la maldita llamada de Helena y todo lo demás… se queda ahí fuera. Suspendido.

Mañana, si eso, ya volverá el caos. Hoy, somos solo nosotras.

De repente, Clara suelta:

—Bueno, centrándonos en las novedades de nuestras vidas... ¿os he dicho que me he hecho amiga de Óscar?

Marina y yo giramos la cabeza al mismo tiempo. Coreografía espontánea.

—¿Óscar? —pregunto, demasiado neutra para que suene natural.

—¿El camarero aquel? —añado, entornando los ojos como si eso me ayudara a ver mejor la intención oculta.

—El mismo —responde Clara, alargando la última sílaba como si estuviera presentando a un concursante de reality—. Nos hemos visto varias veces en Madrid. Es un tío majísimo. Muy divertido.

—¿A fiestas como la que fuimos? —pregunto con todo el disimulo del que soy capaz. Spoiler: cero.

Marina frunce el ceño. Empieza a alternar la mirada entre las dos como si estuviera viendo un partido de tenis emocional.

—¿Qué fiesta?

Clara carraspea y niega rápido, con cara de "aquí no ha pasado nada".

—No, qué va. Óscar trabaja ahí, pero también en otros sitios. Es coctelero. Muy conocido, por cierto.

Marina sigue con esa mirada que perfora. No se la cuelas así como así.

—Ya. Pero… ¿qué fiesta?

Bebo un sorbo largo de la copa. Clara hace lo mismo. Marina nos observa con los brazos cruzados y la ceja en modo interrogatorio. Cada segundo que pasa, más claro tiene que hay algo que no sabe.

Y que quiere saber.

—Ajá. Algo me estáis ocultando —dice Marina, señalándonos con la copa en la mano como si estuviera haciendo de detective en una serie de sobremesa—. Pero me da igual, porque ya lo sacaré en otro momento.

Clara y yo intercambiamos una mirada rápida. Marina no es tonta. Nos la va a devolver en cuanto bajemos la guardia.

—El caso es que —continúa Clara, ignorando la amenaza como si no hubiera escuchado nada—, me he dado cuenta de que en el mundo en el que me muevo ahora en Madrid, lleno de eventos, gente con contactos y marcas que te invitan a cosas... hay muchas personas que dicen conocerte, pero que en realidad no se esfuerzan nada en hacerlo.

Se hace un silencio cortito. De esos que solo ocurren cuando Clara se pone en modo sincera. Que no es muy a menudo.

—Óscar no es de esos —añade—. Desde que lo conocí, me ha tratado como si nos conociéramos de toda la vida. Y eso es raro en un sitio donde la gente cambia de amigos como de zapatos.

—¿Entonces es tu nuevo mejor amigo? —pregunta Marina, con una sonrisilla de lado.

—Está en la lista para serlo —responde Clara, entre risas—. Y por eso quiero juntaros un día. Que lo conozcáis bien.

—¿Con Marina también? —pregunto, arqueando una ceja con dramatismo fingido.

—Con Marina también —repite Clara, dándole un codazo cariñoso a mi hermana—. Y de paso, podríais venir a Madrid antes de las fiestas de Navidad. Os quedáis unos días en mi casa, hacemos planes guays y os presento a Óscar.

Me lo pienso.

Madrid en Navidad. Las luces, los mercadillos, el vino caliente, la ciudad llena de gente corriendo a todas partes. Podría estar bien. Podría ser justo lo que necesito para resetear.

Marina asiente con entusiasmo contenido.

—No suena mal. Pero si vamos, quiero un cóctel gratis del amigo Óscar.

Clara se ríe.

—Trato hecho.

Nos miramos las tres. Y sonrío.

La idea me gusta.

Y, aunque no lo diga en voz alta, también me interesa saber más sobre Óscar.
Y, quizá, sobre Lucas.

CAPÍTULO 19

El sol de la mañana se cuela por las rendijas de la persiana, iluminando mi habitación con esa luz suave, pero insistente. Miro el reloj: las 8:00. Es sábado. Podría darme el lujo de quedarme en la cama, pero no. Hoy quiero aprovechar el día.

Me levanto con cuidado, en modo ninja, y voy directa a la cocina. Mientras la cafetera empieza a soltar ese olor a gloria bendita, una idea me asalta: ¿y si salimos a correr? Naturaleza, aire fresco, despeje mental…

Con dos tazas de café en las manos, me acerco a la habitación donde duermen Clara y Marina. Abro la puerta con sigilo. Están ahí, hechas un ovillo entre las mantas, respirando como dos bebés, ajenas al mundo, como si el tiempo no pudiera tocarlas. Me da penita… pero solo un segundo.

—¡Buenos días, dormilonas! —exclamo con entusiasmo criminal, entrando a paso firme.

Clara gruñe desde algún lugar del edredón.

—¿Qué hora es? —pregunta con voz de ultratumba.

—Hora de levantarse y vivir. He pensado que podríamos salir a correr por la ruta de la Charca Verde. Es preciosa, y con la luz de esta mañana... planazo.

Marina se asoma por debajo de su almohada, mirándome con incredulidad.

—¿Correr? ¿Un sábado por la mañana? ¿Estás bien?

—Sí. Y vosotras también lo estaréis. Un poco de ejercicio, luego aperitivo en el pueblo. Venga, decidme que sí.

Clara se incorpora poco a poco, frotándose los ojos como una niña en el primer día de cole.

—La verdad es que un aperitivo al sol suena tentador... —murmura Clara, mientras se estira como un gato.

Marina resopla, pero se rinde.

—Está bien, pero más te vale que el aperitivo sea espectacular. Y no pienso correr más de lo necesario.

Sonrío, triunfal.

—No os vais a arrepentir, palabra de Júlia.

Nos cambiamos en modo exprés, nos calzamos las deportivas y salimos a la calle. El aire fresco nos da en la cara, pero el sol empieza a calentar como si supiera que lo necesitamos. Vamos directas hacia la ruta, ese caminito entre árboles que parece sacado de un anuncio.

El río Manzanares suena al fondo, y los pájaros nos regalan su mejor banda sonora. Corremos a ritmo tranquilo —más por supervivencia que por deporte—, y aunque al principio protestan, las dos acaban sonriendo.

—Tenías razón, Júlia. Esto es precioso —dice Clara, mirando el paisaje como si lo viera por primera vez.

—Y pensar que casi me pierdo esto por quedarme en la cama... —añade Marina, ya sin aliento, pero contenta.

Cuando volvemos al pueblo, el hambre aprieta. Directas a La Reunión Bar. Pillamos una mesa en la terraza de la plaza, con el sol pegando justo como nos gusta: sin molestar pero calentando.

Nos quitamos las chaquetas, nos dejamos caer en las sillas y pedimos sin pensar demasiado: tortilla, jamón ibérico y unas aceitunas aliñadas.

—Esto es vida —dice Marina, alzando su vaso.

—Por días como este —responde Clara, chocando su copa con la suya.

Clara se recuesta en la silla, los pies estirados, la cara al sol, como si acabara de descubrir el sentido de la vida. Suspira.

—Este pueblo tiene su encanto, la verdad.

La miro alzando una ceja.

—¿Perdona? ¿Tú no eras la que ayer iba rajando de que aquí nunca cambia nada y que todo sigue igual desde que nos fuimos?

Clara se encoge de hombros con una sonrisa.

—Bueno, es que es verdad. Pero también es cierto que… el pueblo siempre será el pueblo. Con sus cosas buenas y sus mierdas, pero siempre tiene algo especial.

Sonrío. Esa no se la puedo discutir.

—Por cierto —dice, enderezándose un poco en la silla—, mis padres nos han invitado a comer a las tres.

La miro, pestañeando como si no hubiese escuchado bien.

—¿Los padres de quién?

—Pues los míos, tonta —se ríe—. Y como llevan siglos sin verte, han insistido en que vengas.

Me quedo en silencio. Es cierto que hace un montón que no los veo. Y aunque a veces este pueblo me agobie con su efecto lupa sobre mi vida, los padres de Clara siempre han sido un refugio. Como una segunda familia… pero con postres caseros.

—Vale, acepto. Pero solo si prometen no preguntarme por Álex en los primeros cinco minutos.

—Trato hecho. Y Marina también viene. Ya le he dicho que no tiene escapatoria.

Reímos justo cuando Marina se levanta para ir al baño. En cuanto desaparece dentro del bar, aprovecho el momento como una experta en confidencias de terraza.

—Clara —susurro, inclinándome un poco hacia ella—, dime la verdad… ¿Óscar conoce a Lucas?

Me mira de reojo, esa media sonrisa suya que me da entre ganas de abrazarla y estrangularla.

—Sabía que en algún momento ibas a sacar el tema.

—No me cambies de tema —insisto, bajando aún más la voz—. ¿Se lo ha vuelto a encontrar? ¿Sigue yendo a esas fiestas?

Clara chasquea la lengua y empieza a girar su caña con el dedo, como si necesitara concentrarse en cualquier cosa menos en mi pregunta.

—Me ha dicho que a veces lo ve por ahí, pero no sabe mucho más. No son amigos, Júlia.

—¿Pero… lo ha vuelto a ver en ese sitio?

—No lo sé. ¿Quieres que le pregunte directamente?

Me lo pienso. No quiero parecer desesperada, pero la curiosidad me puede. Y lo de dejar las cosas a medias nunca ha sido lo mío.

—Quizá… no estaría mal. Pero sin que parezca que yo quiero saberlo.

Clara suelta una risa justo cuando Marina aparece de nuevo y se deja caer en la silla.

—Vale, ¿qué pasa aquí? —pregunta, mirándonos como si acabara de entrar en mitad de un crimen.

Nos quedamos calladas un segundo.

—Nada —responde Clara, muy natural—. Le estaba diciendo a Júlia que hoy comemos en casa de mis padres.

Marina nos mira con ojos entrecerrados. Sospecha. Se nota. Lo huelo desde aquí.

—Ajá.

—Sí, eso —añado, intentando sonar convincente—. Que hace mucho que no los vemos… y ya tocaba.

Marina se apoya en el respaldo, sin quitar el ojo de encima.

—Vale, si vosotras lo decís…

Pero lo dice como quien se lo guarda para más tarde. Como quien no compra lo que le vendes, pero por hoy lo deja pasar.

Y lo peor es que sé que me la va a devolver. Solo que no sé cuándo.

El camino de vuelta a casa es tranquilo, con el aire fresco pegándonos en la cara y ese sol mentiroso de invierno

calentándonos el abrigo justo lo necesario como para no quejarse.

Vamos charlando de todo y de nada: de los planes para Navidad, de lo que vamos a comer, de si Marina se ha vuelto loca con lo del espía o si nos va a tocar llamar a Equipo de investigación.

Cuando llegamos a mi apartamento, el salón se transforma en el clásico caos de chicas en modo vacaciones: ropa por todas partes, neceseres abiertos como si hubiera explotado un Sephora, y turnos improvisados para la ducha. Cada una gritando desde dentro que la otra no tarde mucho, que el agua caliente no es infinita.

—¡Quedan cinco minutos de agua caliente! —grita Marina, mientras yo intento secarme el pelo a toda prisa con la toalla.

—No seas exagerada, esto no es un camping.

—Pues debería serlo, con el desastre que habéis montado en el salón —se queja Clara, levantando sujetadores del sofá como si fueran pruebas de un crimen.

Aun así, en menos de una hora estamos listas. Oliendo a crema hidratante y con el estómago rugiendo.

Clara, que está con el modo "nostalgia activado", insiste en dar un paseo antes de ir a casa de sus padres. Quiere ver qué ha cambiado en el pueblo.

—Tampoco llevas un siglo sin venir —le digo, mientras caminamos.

—Ya, pero cada vez que vuelvo me siento como una turista en mi propio sitio.

—Bueno, mientras no saques el palo selfie… —suelta Marina, y nos echamos a reír.

Cuando llegamos a casa de Clara, su madre nos recibe con esa emoción desbordante que tienen las madres que no ven a su hija desde hace días… y que además nos quieren como si fuéramos parte de la familia. Porque en el fondo, lo somos.

—¡Pero qué guapas estáis, por Dios! —exclama la madre de Clara nada más abrirnos la puerta. Nos abraza una a una con entusiasmo —. Cada vez que os veo, estáis más espectaculares. ¿Cómo lo hacéis?

—Filtrando bien la luz —responde Marina, soltando una de sus verdades como puños.

—Y durmiendo poco, pero maquillándonos mucho —añado, mientras dejo el abrigo en el perchero.

La casa huele a comida rica, a hogar. En el salón, el padre de Clara y su hermano están en el sofá, enganchados a *El Chiringuito de Jugones*. Por supuesto.

—¿En serio? —dice Clara, cruzándose de brazos—. ¿Es sábado, hay visita y estáis viendo esto?

—Poned algo más decente, por favor —añado, soltando una risilla mientras paso de largo hacia el comedor.

Su hermano levanta la vista un segundo y nos lanza una sonrisilla burlona.

—Si queréis, os pongo el *Sálvame Deluxe*, que va más con el nivel.

—Muy gracioso —responde Clara, dándole un manotazo suave mientras empezamos a sentarnos en la mesa—. Venga, contadme. ¿Qué ha pasado por aquí últimamente?

Y ahí es cuando su madre entra en modo "mamá preocupada", que es su estado natural.

—Clara, hija, ¿comes bien en Madrid? Porque a mí me da que cada vez que vienes estás más delgada.

—Mamá, por favor… no estoy desnutrida.

—Pero comes verdura, ¿no? Y carne, al menos de vez en cuando. Que luego os hacéis anémicas y no sabéis por qué.

—Sí, mamá. También bebo agua y duermo por las noches.

—Eso lo dudo —murmura su hermano, sin apartar los ojos de la tele.

Clara pone los ojos en blanco. Está claro que no va a ganar esta batalla.

Pero entonces, la madre de Clara me enfoca a mí con su mirada afilada y dulce a partes iguales.

—Y tú, Júlia, hija… ¿cómo estás? Porque lo de Álex, de verdad… Qué poca vergüenza. Mira que dejarte después de tantos años…

Trago saliva. Intento no tensarme. Sonrío como puedo, aunque me incomoda más de lo que esperaba.

—Bueno… son cosas que pasan.

—Sí, pero no deberían. Los hombres de hoy en día no saben lo que quieren. Yo siempre le decía a Clara: a los hombres hay que ponerles los puntos sobre las íes desde el primer momento, porque si no…

Niega con la cabeza, mientras remueve algo en una cazuela como si allí también estuviera cocinando la lección.

—Y tú, con lo buena chica que eres, con lo bien que te portaste siempre…

Me limito a asentir, mientras pienso que ojalá fuera tan fácil como echarle sal a la comida y arreglarlo todo.

—Mamá… —interrumpe Clara, con ese tono suyo de "ni un paso más"—. Superado. Pasado. *Next*.

Su madre se da cuenta de que se ha pasado y me lanza una mirada mezcla de disculpa y cariño maternal.

—Ay, perdóname, Júlia. No quiero remover cosas. Lo importante es que ahora estás bien, ¿verdad?

—Verdad —respondo, con una sonrisa de cierre de tema. Fin de conversación.

Entonces su radar se gira hacia Marina, que hasta ahora estaba disfrutando del espectáculo en silencio, comiendo como quien ve una buena serie desde el sofá.

—¿Y tú, hija? ¿Cómo te va la vida? ¿El trabajo bien? ¿Y los amores?

Marina se ríe y se recuesta en la silla con ese aire suyo que mezcla seguridad y pasotismo en dosis perfectas.

—El trabajo va genial, mamá número dos. Me levanto, diseño, cobro y repito. Y los amores… —hace una pausa de efecto, como buena actriz secundaria que se roba la escena—. No hay. Y no los quiero.

—Ay, hija… pero qué pena…

—Ninguna pena —contesta Marina, tan campante—. Mejor sola que mal acompañada, siempre lo he dicho. Y viendo el panorama… casi que mejor.

Clara y yo nos reímos porque sabemos que lo dice completamente en serio. Marina lleva años casada con su independencia, y le va bastante bien.

—Pues yo sigo pensando que deberías darle una oportunidad a alguien —insiste la madre de Clara —. No todos los hombres son como Álex, ¿eh, Júlia?

Clara pone los ojos en blanco y lanza un suspiro dramático.

—Mamá, por favor. O cambiamos de tema o empiezo a hablar de lo que hace papá cuando dice que va a por el pan y tarda tres horas.

—¡Oye, oye! —protesta el padre desde el sofá, sin despegar los ojos del televisor.

La comida se alarga entre sobremesa, cafés, dulces caseros que su madre *nos obliga* a probar aunque ya estemos a punto de explotar, y ese cariño que solo se respira en las casas que han sido hogar desde siempre.

Nos despedimos con abrazos apretados. De esos que te dan golpecitos en la espalda como si con eso quisieran dejarte un poco más de amor pegado a la ropa.

—Gracias por la comida, de verdad. Estaba todo riquísimo —digo, porque es lo mínimo que puedo decir después de haber comido como si no hubiera un mañana.

—Sí, mamá, eres la mejor —añade Clara, dándole un beso en la mejilla.

—Y la más obsesionada con nuestra vida amorosa —remata Marina, provocando una carcajada general.

El padre de Clara nos despide con un gesto rápido desde el sofá, sin despegar la vista del fútbol, y su hermano ni se molesta en fingir interés. Salimos a la calle con el estómago lleno y esa sensación

cálida que dejan las comidas en casas donde, aunque no sea la tuya, te hacen sentir como en casa.

Apenas hemos dado diez pasos cuando Marina, cómo no, vuelve a la carga:

—Vale, ahora que ya hemos comido, estamos relajadas y no podéis decir que tengo hambre, vamos a mi casa.

Clara y yo nos giramos a la vez para mirarla, como si lo hubiéramos ensayado.

—¿Para qué? —pregunta Clara, aunque lo sabe perfectamente.

—Para lo del coche. —Nos mira como si no pudiera creer que no lo tuviéramos presente—. Si sigue ahí, veréis que no me lo estoy inventando.

Yo resoplo.

—¿Y si no está?

—Pues mala suerte. Pero al menos me habréis tomado en serio.

Clara y yo nos miramos, compartiendo esa mirada muda que dice: *está completamente paranoica, pero vamos a seguirle el juego*. Total, tenemos la tarde libre, y si esto sirve para que Marina deje de sonar como si estuviera protagonizando una peli de conspiraciones, pues adelante.

—Vale —digo—. Pero si llegamos y no hay coche, prometes cerrar el tema. Asumir que tienes una imaginación demasiado activa y dejar de espiarte a ti misma.

—Trato hecho —responde ella, alzando las manos como si fuera inocente de todo.

Vamos caminando. Marina va unos pasos por delante, con ese aire de detective a punto de resolver el caso de su vida. Clara y yo detrás, con media sonrisa y las cejas medio arqueadas. Ya estamos imaginando el final: Marina decepcionada, nosotras conteniendo la risa, y fin del misterio.

Pero al girar la esquina, delante de la casa de los abuelos... nada.

Ni rastro del coche.

Marina se detiene en seco, frunce el ceño y cruza los brazos con el dramatismo de quien acaba de descubrir que su telenovela ha sido cancelada. Mira la calle como si esperara que el coche se materializara de repente. Spoiler: no pasa.

—¿Ves? No hay nadie —dice Clara, en plan *te lo dije*.

—Ya, pero os juro que ha estado ahí tres días seguidos.

Yo observo la calle. Todo normal. Coches aparcados como siempre. Persianas bajadas. Ni una señal de que algo raro ocurra.

—A lo mejor es alguien que vive por aquí y coincide con tu horario —sugiero.

—O un repartidor con GPS rebelde que para siempre en el mismo sitio —añade Clara, encogiéndose de hombros.

Marina nos lanza una mirada fulminante.

—Me tomáis por loca.

—No —respondo yo, con una sonrisa que no ayuda mucho—. Solo que… justo hoy no está. Y es raro.

Ella aprieta los labios y suelta un suspiro largo, de esos que dicen "me rindo por hoy, pero esto no ha terminado".

—Vale, puede ser coincidencia —concede Marina, aunque su ceño sigue fruncido—, pero si vuelve a pasar, os lo diré.

—Hecho —dice Clara, alzando una mano como si estuviera prestando juramento en un juicio.

Yo asiento también, aunque sigo sin tenerlo del todo claro. No sé si creerle o pensar que se está montando una película, pero si esto le da un poco de tranquilidad… pues que así sea.

—¿Y ahora qué? —pregunto, buscando cambiar de tema y aligerar el ambiente que se nos ha quedado un poco denso.

Clara me lanza una mirada con esa chispa tan suya, medio traviesa.

—Ahora nos tomamos algo. No pienso dejar que la tarde se nos escape entre misterios y coches fantasma.

Nos reímos. Al final, es lo que mejor sabemos hacer: buscar una excusa para brindar, aunque el mundo se esté cayendo a pedazos.

CAPÍTULO 20

Caminamos por el centro del pueblo, cruzando la plaza, donde los bancos están ocupados por jubilados que parecen tener reuniones diarias para arreglar el mundo. Algunas tiendas ya tienen luces navideñas en los escaparates, y en el aire flota ese olor a chimenea que me hace sentir, ahora sí, que estamos en diciembre.

Nos sentamos en *La Reunión*, nuestro rincón, con sus mantitas sobre las sillas y la carta perfecta para tardes frías: cafés, infusiones y copas que reconfortan el alma. Venimos llenas de la comilona en casa de los padres de Clara, así que descartamos cualquier tentación de pedir comida.

—Yo quiero un carajillo —dice Marina, convencida.

—¿No es un poco pronto para meterle licor al café? —pregunta Clara, alzando una ceja.

—Nunca es pronto si el cuerpo lo pide.

Clara y yo nos miramos, conteniendo la risa. Al final, ella pide un chocolate caliente con Baileys y yo un té chai con leche, que ya solo con olerlo me relaja.

Apenas le doy un sorbo, suelto la bomba, sin anestesia ni pausas.

—Vale. Necesito saber qué haríais vosotras en mi situación.

—Uff, me encanta cuando empiezas así —dice Marina, removiendo su café con una media sonrisa.

—Suéltalo —añade Clara, estirando las piernas bajo la mesa, como si se estuviera preparando para la tormenta.

Respiro hondo. Porque si no lo digo ahora, me lo seguiré guardando hasta que explote en el peor momento. Y ya no tengo margen para seguir aguantando.

—Mi trabajo me está consumiendo. No puedo más. Me levanto con ansiedad, llego a la oficina sintiéndome una impostora... y sé que no voy a poder entregar el proyecto que Raúl quiere porque... porque no lo tengo. Y no lo voy a tener.

Se hace un silencio. De esos que te retumban en el pecho.

Clara apoya los codos en la mesa y me mira como si ya supiera el final de esta historia.

—¿Has hablado con él?

—No. ¿Para qué? Para que me mire con esa cara de decepción y me diga que esperaba más de mí.

Marina niega con la cabeza, entre alucinada y enfadada.

—Tía, ¿tú te estás oyendo?

—Sí. Y créeme, ojalá no me estuviera oyendo.

Clara chasquea la lengua y no tarda en ir al grano. Como siempre.

—Júlia, no es solo el proyecto. Esto te viene quemando desde hace tiempo. Desde que Álex se fue estás agarrándote al curro como si fuera tu salvavidas. Y lo único que estás haciendo es hundirte con él.

Miro mi taza. Se me ha quitado hasta el hambre que no tenía.

—No es tan fácil. Es mi trabajo.

—¿Y qué? —salta Marina—. No es tu vida. Es solo trabajo. Trabajar es una parte de lo que hacemos, no lo que somos.

Suspiro y paso una mano por la nuca, como si con eso pudiera quitarme la tensión que me recorre entera.

—No sé qué hacer.

Clara me clava la mirada y baja un poco la voz. Esa forma suya de hablar cuando quiere que escuche de verdad.

—Júlia, tienes que hablar con Raúl.

—Paso.

—No, para ser honesta. Para decirle que necesitas parar, que te desborda, que lo estás intentando, pero que ahora mismo no puedes.

Me cruzo de brazos, incómoda. Me remuevo en la silla como si eso fuera a ayudar.

—No puedo permitirme dejar el trabajo.

—No te estoy diciendo que lo dejes —responde con calma—. Te estoy diciendo que pidas un respiro. Un paréntesis. Júlia, han sido meses de mierda. Te has quedado sin relación, sin piso, con una mudanza, con un trabajo que cada vez pesa más… y sigues tirando como si fueras una superwoman. Pero no lo eres. Nadie lo es.

Trago saliva. Las palabras se me quedan atravesadas.

—Pero si paro… ¿qué hago?

Clara sonríe. Esa sonrisa que mezcla paciencia, cariño y verdad.

—Te buscas. Júlia, si te dieras un tiempo para ti, no para quedarte en casa lamentándote, sino para hacer cosas que ni te has planteado. No sé... apúntate a pilates, aprende cerámica, vete un mes a un sitio nuevo. Haz algo diferente. Pero deja de tapar lo que sientes con trabajo.

—No estoy tapando nada.

Clara y Marina se ríen al mismo tiempo.

—Tía, lo dices como si tú misma te lo creyeras —salta Marina—. ¿Cuántas veces te has sentado en tu sofá sin hacer nada más que... sentir lo que sientes?

Noto la tensión en los hombros, como si mi cuerpo se defendiera por su cuenta.

—La vida te está diciendo que por ahí no era, Júlia —suelta Clara, directa, sin anestesia—. Ese novio, ese trabajo, este pueblo… Igual nada de eso era el plan. Y tú has seguido adelante por inercia. Pero te juro que el fin de semana en Madrid te vi brillar diferente.

Hace una pausa.

—Júlia, ¿cuánto hace que no te brillan los ojos por algo?

Callo.

Porque tiene razón.

Porque no me acuerdo.

Los dedos de Clara, me sujetan como si quisiera detener el temblor. Su tono no grita, pero deja huella.

—No tengas miedo a soltar lo que te pesa. A veces, lo único que nos falta para estar bien es quitarnos de encima lo que no nos deja avanzar.

Me muerdo el labio. Esa frase se me clava. De esas que subrayarías con rotulador fosforito en un libro de autoayuda.

—No sé si me atrevo.

—Claro que te atreves. Solo tienes que creértelo.

—Vale, ya está bien de charla motivacional —respondo, removiendo el hielo de mi bebida con la pajita—. Me estáis metiendo presión y no pienso plantarme en el despacho de Raúl a despelotarme emocionalmente. Lo siento, no soy tan valiente como creéis.

Clara me lanza una mirada de "te vas a comer tus palabras", pero antes de que pueda decir nada más, mi móvil vibra sobre la mesa.

Número oculto.

Otra vez.

Suelto un bufido y agarro el móvil con fuerza.

—Mira, Marina, tú tendrás un acosador aparcado delante de tu casa, pero yo la tengo al teléfono.

Marina y Clara se giran hacia mí al unísono.

—¿Cómo? —pregunta Marina, frunciendo el ceño.

—¿Otra vez mamá? —añade sin ocultar el fastidio.

—¿En serio vuestra señora madre os llama en oculto? —Clara nos mira con los ojos abiertos como platos, entre sorprendida e indignada.

Hago un gesto leve, como quien no tiene respuestas.

—Sí. Y esta vez se lleva el premio: nos ha pedido que vendamos la casa de los abuelos. Que necesita dinero urgente. Y debe ser verdad, porque no para de llamarme.

Las dos se miran con esa complicidad silenciosa que me confirma que están igual de preocupadas que yo, aunque intenten disimularlo.

—¿Y si descuelgas ahora? Pon el altavoz —sugiere Clara.

Resoplo. Esa mezcla de rabia, tristeza y cansancio vuelve a instalarse en el pecho. Y sé que en Marina también.

—No —responde Marina antes de que pueda hacer nada. Corta, firme. —Ya basta. Los abuelos ya la ayudaron bastante. ¿No se supone que era ella quien tenía que cuidar de nosotras? Estoy harta, Júlia. No quiero más cargas. No quiero seguir siendo yo la adulta. Si ella no ha sabido cuidarse, ese es su problema, no el nuestro.

Silencio.

De esos que pesan. De los que duelen.

Miro a Marina. Se le han puesto los ojos vidriosos. Es la vez que la veo más reticente a hablar con Helena. Siempre había una fisura por donde colarse, siempre acababa cediendo un poco. Pero esta vez… no.

—No es justo —añade, con la voz quebrada.

Clara le aprieta la mano con delicadeza. Su tono se vuelve suave, como solo alguien que entiende de heridas profundas puede hacerlo.

—Marina, cielo… No puedo estar más contigo. Ella no merece vuestra atención. Os ata un hilo de sangre, nada más. Una madre cuida, cría, ayuda. Y Helena nunca fue eso. No le debéis nada. Al contrario: tenéis que estar orgullosas de dónde estáis, de cómo os tenéis la una a la otra… y de haber llegado hasta aquí sin mirar atrás.

Me recorre un escalofrío por la nuca.

La llamada se corta.

—Tenéis razón —digo, firme, como si acabara de soltar una sentencia en un juicio de película—. No se merece ni esta incomodidad que acabamos de tragarnos. Estamos aquí para disfrutar. Las tres. Y ella, que ni siquiera tiene el valor de mostrar su número, no va a jodernos el fin de semana. Ni de coña.

Nos terminamos las bebidas como quien se bebe las sobras de una mala decisión. Ese último trago de dignidad mezclado cafeína.

—Bueno, pues ya estaría. —Doy una palmada sobre la mesa como si con eso cerrara oficialmente el drama maternal—. ¿Pedimos otra ronda o nos vamos a casa a hacer lo que hacen las mujeres de bien?

—¿Y qué hacen las mujeres de bien? —pregunta Marina, alzando una ceja con ese tono suyo tan de sarcasmo elegante.

—Verse una saga completa hasta que se nos borren las pestañas del sueño —respondo, como si hablara de una religión.

—Vale, lo tengo —Clara levanta el dedo índice, en plan *Eureka*—. Maratón de *Los juegos del hambre*. Desde la primera. Sin peros.

Marina y yo cruzamos miradas. Nos conocemos demasiado.

—¿Desde la primera? —pregunto, por si cuela rebajar el compromiso emocional.

—Obviamente. No vamos a empezar por la tercera, como unas psicópatas —dice Clara, indignada—. Y si no acabamos hoy, se sigue mañana. Esto es democracia emocional.

Así que nada, decisión tomada. Nos levantamos, pagamos y nos vamos calle abajo, con el frío arañándonos la cara pero el cuerpo un poco más ligero.

Cuando entramos en casa, el salón se convierte en un campamento improvisado: mantas por todas partes, cojines como si nos los fueran a quitar, velas encendidas porque soy así de intensa.

Marina se apodera del sofá, Clara se tira al suelo como si fuera su hábitat natural y yo, la anfitriona que se viene arriba, le doy al *play*.

Y entonces… *Los juegos del hambre* hacen lo suyo.

Porque da igual cuántas veces la hayamos visto: *Los juegos del hambre* siempre nos enganchan como si fuera la primera vez. Marina suelta comentarios aleatorios cada diez minutos sobre la injusticia del Capitolio y lo bien que les vendría una revolución en la vida real, empezando por los precios del alquiler.

Clara se pasa media peli criticando el triángulo amoroso, jurando que Peeta es un pan sin sal y que Gale era claramente *la* opción.
Yo solo estoy.
Viéndolas.
Viendo la peli.
Sintiendo ese tipo de plan que no planeas, pero te salva el día. Me dejo caer del todo, por dentro. Por fuera. Por fin.

Cuando termina la primera peli, nos miramos como si estuviéramos leyendo la mente en grupo.

—¿Ponemos otra? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Venga, la segunda —dice Marina, ya embutida en el sofá como si hubiera firmado un contrato de permanencia.

—Hasta que el cuerpo aguante —añado.

Clara le da al *play* sin dudar.
Y así nos quedamos. Con las mantas, la revolución en la pantalla y el

mundo real… fuera. En pausa. Como si por una noche entera, todo lo jodido supiera que no tiene permiso para entrar.

CAPÍTULO 21

Los domingos tienen ese algo melancólico, como si el fin de semana se despidiera bajito, sin hacer ruido, con un susurro en la nuca.

—Bueno, petardas, ha sido un placer —dice Clara, ajustándose el bolso al hombro mientras espera en la puerta de la estación—. En Madrid os espero con planes, con fiestas… y con tortilla del Sylkar.

—En ese orden, por favor —añade Marina, medio dormida, con cara de resaca emocional.

Nos abrazamos. Fuerte. De esos abrazos que no son una despedida, son una pausa con fecha abierta. Clara se separa, me agarra por los hombros y me mira con esa intensidad que tiene cuando va en serio.

—Piensa en lo que te dije ayer —susurra.

—Ajá —respondo, lo justo para no mentir ni prometer.

Entra por la puerta con esa energía que tiene ella, como si el finde no le hubiera drenado ni una pizca. Nos lanza un beso en el aire y se va, dejando tras de sí ese vacío pequeñito que sólo dejan las personas que suman.

Marina y yo nos miramos. El frío de la mañana se siente más frío sin Clara llenándolo todo con sus palabras.

—Me voy a mi casa, a ver si el coche misterioso ha vuelto —dice, sacando las llaves del bolsillo como quien se prepara para una

misión.

—Dame parte si descubres que tienes un acosador real, que yo ya tengo suficiente con las llamadas en oculto —respondo, medio en broma, medio en serio.

Se ríe y me lanza un beso al aire, antes de alejarse calle abajo.

Y entonces, me quedo sola.

Pero no duele tanto como antes.

Camino hacia casa con las manos en los bolsillos y la cabeza hecha un hervidero. El pueblo está en calma, con las calles mojadas por el relente de la noche y ese silencio de domingo por la mañana, cuando todo el mundo está en modo despertar lento, sin prisa, sin ruido, sin obligaciones urgentes.

Cuando abro la puerta de mi apartamento, me recibe el desastre de la noche anterior: mantas por el suelo, copas a medio vaciar, la mesa aún con migas de chocolate y risas. El caos bonito de las noches que curan. Me dejo caer en el sofá y suelto el aire. Ha sido un buen fin de semana. De esos que no salvan la vida, pero te la suavizan un poco.

Pero claro… ahora toca volver. A lo de siempre. A lo de antes.

Miro el móvil. Ningún mensaje nuevo. Ni señales del universo. Pero entonces… las ganas. La tentación. La curiosidad que nunca se queda quieta.

JÚLIA
oye, tú que tienes contactos hasta en el infierno,
hazme un favor.

CLARA
Dime, mi pequeña acosadora.

JÚLIA
Investiga a Lucas. A ver si descubres algo. Solo quiero asegurarme de que no es un asesino en serie, por ejemplo.

CLARA
Ajá, claro, claro… ¿Y si resulta que es encantador y el amor de tu vida?

JÚLIA
Pues ya decidiré si quiero que me secuestre o no.

CLARA
Dame unas horas. A ver qué saco.

Sonrío y dejo el móvil en la mesa. Clara es una mezcla entre el FBI y la vecina cotilla de toda la vida: si alguien puede saber quién es Lucas de verdad, es ella. Y si no… al menos se entretiene.

Me hundo en el sofá. Literalmente. Como si me tragara. Y por primera vez en semanas, no me molesta que esté todo en silencio.

Escucho. Me escucho.

Ese fin de semana. Esa conversación. Todo me ha dejado algo dentro, algo que ahora no se calla, algo que suena bajito pero constante.

Redescubrirme.

Esa fue la palabra que usó Clara. *Redescubrirme.*
Y no sé por qué me pesa tanto. Como si, al decirla, me hubiera señalado una herida que yo misma no había visto.

Como si llevar años siguiendo una ruta segura, estable, aparentemente feliz… me hubiera alejado de mí sin darme cuenta.

¿Y si lo intentara?

¿Y si, en lugar de seguir aferrándome a este trabajo que me consume, soltara?
¿Y si dejara de fingir que todo está bien, y aceptara, por una vez, que no lo está?
¿Y si me diera la oportunidad de descubrir qué quiero ahora, sin Álex, sin esta vida que se ha derrumbado, sin ese peso de lo que se esperaba de mí?

¿Y si me plantara delante de Raúl y le dijera la verdad?

Que no tengo nada.
Que no tengo el proyecto que espera.
Que no tengo una idea brillante.
Que no tengo ni la cabeza en su sitio.

Que me ha pasado por encima la vida y, en lugar de nadar, me he quedado intentando hacer pie en un suelo que ya no está. Que he fallado.

Pero… ¿y si no pasa nada por fallar?

Porque fallar no es fracasar.
Fallar es humano. Es parte del camino.
Fracasar sería quedarme aquí, parada, mirando cómo todo se desmorona sin hacer nada.
Fracasar sería seguir fingiendo, seguir sosteniendo lo que ya no se puede sostener, esperando que un milagro me devuelva una vida que ya no quiero.

Fracasar sería negar lo evidente: que ya no soy la misma.

Y sí, me aterra. Pero también… me alivia.

Porque si ya no soy la de antes, entonces puedo elegir quién quiero ser ahora.

Quizá la Júlia de antes habría seguido empujando hasta romperse, con tal de no decepcionar a nadie.
Pero yo…
Yo quiero ser la Júlia que se permite parar. Que respira. Que admite que está perdida sin sentir que por eso ha fracasado.
Quiero ser la Júlia que se atreve a decir: *esto ya no me llena, esto me ahoga, esto no soy yo.*

Y eso, lejos de rendirse, es lo más valiente que puedo hacer.

Eso, es soltar.

Soltar el control.
Soltar el perfeccionismo.
Soltar el puto miedo a decepcionar.

Porque si me quedo atrapada en lo que fui, nunca voy a descubrir lo que puedo llegar a ser.

Y, joder, si algo me ha dejado claro este fin de semana con Clara y Marina es que hay vida ahí fuera. Que no tengo por qué seguir por este camino solo porque lo elegí hace años. Que cambiar de rumbo no es fallar, es crecer.

Así que sí.
Mañana me plantaré delante de Raúl y le diré la verdad.
Con miedo, con dudas, con el estómago retorcido como una maldita lavadora en ciclo rápido.
Pero también con la certeza de que estoy haciendo algo por mí.

Suspiro y cierro los ojos.
No tengo todas las respuestas.
Pero no me aterra hacerme las preguntas.

Recojo el piso con esa sensación rara, pero reconfortante, como si al ordenar el desastre que han dejado mis amigas también estuviera recolocando algo dentro de mí.
Doblo la manta del sofá, recojo los vasos, sacudo los cojines. Paso el aspirador por encima de las migas de palomitas como si cada movimiento fuera una declaración de intenciones: *Estoy volviendo a mí.*

Y entonces me doy cuenta.
Llevo semanas aquí… y aún no he estrenado la bañera.
La bañera que tanto me ilusionó.
La que defendí con uñas y dientes cuando casi me convencen de que no la necesitaba.
Y aquí estoy, duchándome cada día como si tuviera prisa por llegar a un trabajo que me ahoga.

No.
Hoy no.
Hoy no corro. Hoy me regalo tiempo.
Hoy me lo tomo con calma.

Enciendo un par de velas en el baño y dejo que la luz tenue haga su magia. Busco el incienso de vainilla que me regaló Clara, lo enciendo y observo cómo el humo empieza a moverse en espirales suaves. El olor dulce y envolvente se apodera del espacio, como si me abrazara despacito.

Abro el grifo y dejo correr el agua caliente. Mucha espuma. Obvio. De esa que cubre hasta los pensamientos, como si pudieras esconderte debajo sin que nadie te encuentre. Y si puedes, mejor.

Pongo *Exoplaneta*, de Arde Bogotá, y dejo que la música lo llene todo.

Cuando la bañera está lista, me meto despacio. El agua me recibe como si llevara días esperándome. Me hundo un poco más. Suspiro. Y entonces no hago nada. No pienso, no hablo, no me exijo. Solo estoy. Que ya es mucho.

Respiro. Siento el olor a vainilla, la calidez del agua, la espuma cosquilleando los hombros, la canción como un susurro en los oídos. Me dejo ir, sin prisa.

Y entonces… zas. Lucas.

Su imagen aparece en mi mente sin permiso, como una notificación inesperada.
El calor de su aliento en mi cuello.
El roce suave de sus labios.
Su respiración tranquila, tan cerca que se me enreda en la piel.

Y yo…

Quietísima.

Porque me sujeta las muñecas con firmeza. Porque me tiene. Y no sé si quiero que me suelte o que me sujete más fuerte. No sé si quiero huir o dejarme caer del todo.

Abro los ojos de golpe, sobresaltada.
El corazón me late como si me hubiera sorprendido haciendo algo que no debía.

El agua sigue caliente, la espuma se desliza suave por mi piel, la música de fondo crea una atmósfera que parece salida de una película. Pero hay algo distinto en mí. Una vibración interna, un cosquilleo que no sé si me incomoda… o me invita a seguir.

Cierro los ojos y me hundo un poco más en la bañera. Todo parece empujarme a un sitio que no había visitado en mucho tiempo.

Y entonces, como si el cuerpo supiera antes que yo lo que necesita, mi mano se mueve.

Un roce suave. Un suspiro.

Me dejo llevar.

El recuerdo aparece sin avisar: la mirada de Lucas, sus dedos deslizándose por mi espalda.

Mis dedos siguen bajando, lentos, como si exploraran un terreno que había olvidado. Mi piel responde, viva, despierta.

Me muerdo el labio. El deseo empieza a prender, despacito, como una cerilla que enciende algo que creía apagado.

Mi mano sigue en mi entrepierna. Como si un impulso interno me lo pidiera, y siento una punzada de tensión, como si algo me hubiera tocado por dentro.

Me detengo un momento, con los ojos cerrados, porque sé que si sigo pensando en eso, me voy a perder. Pero lo que más me molesta es que no sé si quiero perderme.

Necesito más.
Acelero la forma de tocarme, con la otra mano presiono mis pechos, quiero volver al momento donde Lucas tenía las manos encima de mí.

Sigo tocándome.
Más fuerte.
Más adentro.

Y sigo.
Porque me lo merezco.
Porque también esto es cuidarse.

Siento que me arqueo sin darme cuenta, que mi cuerpo responde como si llevara tiempo esperando este permiso. Me acaricio sin prisa, con la ternura de quien se reconoce. No es solo placer, es volver a mí.

Cuando el clímax me atraviesa, es silencioso pero poderoso. Como una ola que no avisa, pero arrasa.

Me quedo quieta.
Respirando.
Sintiéndome.

El agua empieza a enfriarse. Me incorporo despacio, envuelta en esa mezcla de calma y vértigo que queda después de tocar un lugar íntimo.

Salgo, me seco y me pongo la bata.

No soy la misma que se metió en esa bañera.
No soy la Júlia rota que dejó Álex.
Hoy me he tocado. Pero no solo el cuerpo.

Me he tocado el alma.
Y todavía está aquí.

Me planto frente al espejo, con el cabello aún húmedo cayendo en ondas suaves sobre mis hombros, y me observo. Hay algo nuevo en

mi mirada, algo que no estaba hace unas semanas. Tal vez una chispa. Tal vez una calma.

Inhalo hondo, como si pudiera llenarme de valor con solo una respiración, y empiezo a ensayar en mi cabeza lo que diré mañana en la oficina.

Ese discurso que llevo escribiendo en silencio desde hace días.

Una parte de mí aún tiembla al pensarlo, pero la otra... la otra ya no quiere callarse. Estoy cansada de disfrazar lo que me pasa, de fingir que siempre puedo con todo, de esconder mi vulnerabilidad como si fuera una vergüenza.

No lo es.

Ahora sé que mostrarme tal como soy —con las dudas, el cansancio y las heridas sin cerrar— es también una forma de fuerza.

Salgo del baño con una sensación de resolución cosida a la piel. Me pongo el pijama despacio, con ese ritual que parece mínimo pero que, en noches como esta, es casi sagrado. Doblo la ropa con cariño, elijo lo que me pondré mañana, lo dejo preparado con cuidado.

No porque quiera controlar el día, sino porque estoy lista para soltar el miedo.

Mañana es para avanzar.
Para dejar de sobrevivir y empezar a vivir.

Y aunque el futuro siga envuelto en bruma, ya no me da tanto miedo.

Porque por fin he recordado que, dentro de mí, siempre estuvo todo lo que necesito para salir adelante.

CAPÍTULO 22

Hoy, cuando me miro al espejo antes de salir, sé que estoy lista.
O al menos, todo lo lista que se puede estar cuando vas a enfrentarte a lo que llevas semanas evitando.

Hoy voy a hablar con Raúl.
Hoy voy a decirle la verdad.
Estoy agotada. No puedo más. Y no quiero seguir engañándolo. Ni a él, ni a mí.

El sol entra con timidez por la ventana, como si también dudara de si hoy será un buen día. Me visto rápido, pero elijo bien. Camisa blanca, limpia, estructurada. Mi falda favorita, la que me hace sentir segura. Y esos zapatos con los que siento que podría enfrentar una guerra.

Hoy no hay espacio para las dudas.
Hoy no me gana el miedo.

En la oficina todo parece seguir su curso. Correos, llamadas, teclas que suenan como si nada. Pero yo voy con el corazón latiéndome en las sienes. No pido cita. No mando correo. Camino directo al despacho de Raúl.

Cuando asomo la cabeza, está solo. Mi estómago se revuelve.
Perfecto.
O no.

Pero da igual.
Entro.
Cierro la puerta detrás de mí con firmeza.

—Raúl, necesito hablar contigo —digo, y mi voz no tiembla… aunque por dentro todo esté hecho un nudo—. No tengo nada. El proyecto… lo siento, pero no lo tengo.

Silencio.

El tipo de silencio que no sabes si es previo a una tormenta o a una tregua.
Raúl me mira.
No dice nada.
Solo espera. Como si supiera que eso no era todo.

Y tiene razón.

Porque hay más.

—¿Qué quieres decir con que no tienes nada, Júlia? —pregunta Raúl, y aunque la frustración es evidente en su voz, también hay una incredulidad que me atraviesa como una lanza. Como si no pudiera entender cómo, de todas las personas, he sido yo la que ha llegado a este punto.

Me duele.
Me duele porque sé que le estoy fallando.
Pero también sé que no puedo seguir fingiendo.

Respiro hondo. Me obligo a no mirar al suelo. A no encogerme.

—Que no he podido terminarlo. Que no tengo nada que mostrarte. Y sí, sé que no debería estar diciéndote esto a dos días de la entrega… pero no puedo más. He estado presionándome, intentando llegar a

algo que simplemente no ha salido. Y te defraudo, lo sé. Pero no puedo seguir haciendo como que todo está bien. Porque ya no lo está.

Raúl se queda callado. Sus ojos se oscurecen, pensativos, como si midiera el peso exacto de cada palabra que acabo de soltarle. La decepción se instala en su postura, en la forma en que se recuesta en la silla, cruzando los brazos. Está haciendo esfuerzos por no levantar la voz. Lo conozco.

—No me lo puedo creer, Júlia —responde finalmente, con la voz cargada de reproche, como si se le hubiera soltado una costura por dentro—. Estamos a dos días de la entrega y ni siquiera has entregado un maldito esbozo que se pueda usar. ¿Sabes lo que significa esto? Que tengo que salir con un primer borrador sin alma, sin fuerza. Que el cliente va a pensar que nos hemos dormido.

Me trago el nudo de vergüenza que se me forma en la garganta. Me arden las mejillas. El orgullo se me cae al suelo como un jarrón que no tengo fuerzas para sujetar.

Pero no me rompo. No del todo.

—Lo siento, Raúl. Sé que no es suficiente, sé que no es lo que esperabas. He intentado mil veces sentarme y sacar algo… y solo he conseguido quedarme en blanco. Estoy agotada. Por dentro. Por fuera. Por todos lados.

Raúl suspira, se pasa la mano por la cara como si necesitara borrarse la rabia de encima. Esa forma suya de respirar lento para no estallar.

—No puedes hacer esto. No ahora —dice finalmente, con esa calma que da más miedo que cualquier grito—. Te he dado tiempo. Te he

dado espacio. Pero esto no es solo tu proyecto, Júlia. Aquí hay un equipo detrás. Esto nos afecta a todos. Y te lo digo como jefe, sí, pero también como alguien que confió en ti. Esto es un error. Y llega en el peor momento.

Y ahí está.
La verdad.
Fría, directa, dolorosa.
Pero real.

Asiento. Porque sé que tiene razón.
Porque no hay excusas que valgan.

Le noto la tensión en la mandíbula, el rastro de la frustración acumulada. Aun así, lo que me dice me golpea hondo. Porque tiene razón. Lo que he hecho es irresponsable. Y por mucho que quiera justificarme, no hay excusas que valgan.

—Sé que he fallado —admito, con un nudo en la garganta—. Y entiendo que estés cabreado. Yo también lo estoy. Conmigo. Créeme. Pero no puedo seguir fingiendo que esto sigue teniendo sentido para mí. Ya no lo tiene.

En su mirada hay algo que cambia. Una grieta. Algo menos rígido, más humano. Tal vez se da cuenta de lo que me ha costado decir esto. Tal vez ve, por fin, que no era cuestión de desinterés, sino de agotamiento.

—Júlia… —dice al fin, y aunque mantiene el tono serio, su voz suena un poco más baja, un poco más blanda—. No me gusta nada lo que ha pasado. No puedo ignorarlo, y tampoco puedo esconderlo bajo la alfombra. Vamos a tener que usar lo que hay, ese primer esbozo, y

salvarlo como podamos. Pero por favor, la próxima vez… no me dejes a oscuras. No puedo ayudarte si no me dices que estás mal.

Lo miro. Le sostengo la mirada. No es un perdón, no es una palmadita en la espalda, pero no estoy sola. Y eso, ahora mismo, es un bálsamo.

—Gracias, Raúl —digo, en voz baja, pero con sinceridad—. De verdad. Haré lo posible por reconectar. Por estar mejor.

Raúl se reclina en su silla, lanza una mirada rápida al reloj y luego suspira, como si estuviera organizando mentalmente todo lo que viene.

—Mira, Júlia… tal vez lo mejor sea que te tomes unos días. Antes de las vacaciones. Sé que estás agotada, lo estás diciendo con cada gesto, con cada palabra. Si te quedas aquí ahora, en este estado, no vas a sacar nada. Vete, desconecta. Haz lo que necesites para recuperar el aliento. Los clientes verán lo mismo contigo en la oficina o sin ti. Pero tú no eres la misma si estás al borde del colapso.

Y ahí sí. Algo dentro de mí se afloja. Como si por fin alguien me diera permiso para soltar.

—¿Estás seguro? —pregunto, aunque ya noto el alivio instalándose en mi pecho, como un calorcito nuevo que no esperaba.

—Sí, lo estoy —dice Raúl, su voz suena como la de alguien que también se ha sentido cansado alguna vez—Mañana empiezas las vacaciones, ¿qué más da empezar un par de días antes? Aquí, así, no vas a dar lo mejor de ti. Estás saturada.

Asiento. Lento, como si cada movimiento necesitara su propio permiso. Pero dentro de mí algo se desbloquea. Una pequeña grieta por donde entra el aire.

—Gracias, Raúl. De verdad. Me tomaré esos días. Los necesito.

Lo miro una última vez antes de salir del despacho, con esa sensación rara de haber dado un paso hacia algo… aunque no tenga ni idea de hacia qué. Cruzo la puerta sin mirar atrás, sintiéndome un poco más ligera. O quizá solo menos asfixiada.

Me quedo un momento frente a la puerta cerrada. El pecho me pesa como si acabara de correr sin parar, pero hay algo que se ha aflojado. Raúl tiene razón. No estoy para seguir fingiendo. Pero tampoco quiero salir de aquí arrastrando los pies como si huyera. No hoy. No después de todo lo que he aguantado.

Podría irme. Podría colgar el abrigo, agarrar el bolso y desaparecer hasta nuevo aviso. La idea me seduce más de lo que debería. Pero entonces pienso en esa mirada de Raúl, la de "confío en ti aunque me estés fallando" y no puedo. No quiero que lo único que se recuerde de mí sea que me fui sin luchar un poco más.

Así que respiro hondo y vuelvo a mi mesa.

La luz blanca de oficina me golpea con esa crudeza que no perdona ojeras ni pensamientos tristes. Todo el mundo sigue a lo suyo, tecleando, hablando bajo, mirando pantallas.

Me siento. Mis dedos acarician el teclado como si dudaran si volver a abrir ese archivo. Pero lo hago. El maldito esbozo. Sigue siendo flojo, sí. Tibio. Pero al menos está ahí. Es algo. No perfecto, no brillante… pero es el principio de algo que quizá, con suerte, pueda salvarse.

Me obligo a concentrarme, a dejar de lado la decepción, la culpa y esa sensación de estar haciendo todo mal. Tecleo despacio, como si las palabras pesaran más que de costumbre. No voy al ritmo de siempre, mi cabeza no está ni al setenta por ciento, pero al menos

me estoy moviendo. Y aunque sé que este borrador no va a salvar el proyecto ni a hacer que Raúl me aplauda, al menos me recuerda que sigo aquí. Que no me he rendido del todo.

Y, curiosamente, eso me alivia.

Porque, por un rato, dejo de pensar en lo que he fallado. Solo pienso en esto. En lo que sí puedo hacer hoy. Aunque sea poco. Aunque sea tarde. Aunque no tenga ni puñetera idea de si sirve de algo.

CAPÍTULO 23

Martes. El día que no tengo que ir a la oficina. El día que Raúl me regaló como un respiro, un paréntesis que jamás pensé que me permitiría. Y lo más raro de todo es que… no me siento culpable. Al contrario. El aire fresco del parque me llena los pulmones mientras corro, y mis piernas responden mejor de lo que esperaba.

Todo mi cuerpo parece gritar: *¡Gracias!*, como si tuviera sed de movimiento, de sol, de vida. De deshacerse, por fin, de toda esa mierda que he venido arrastrando sin pausa. Y es raro, sí. Porque, según mi yo de hace dos semanas, tendría que estar con un nudo en el estómago por no estar trabajando, por no estar rindiendo, por no cumplir. Pero no. Me siento bien. Me siento… libre.

Vuelvo a casa y me meto directa a la ducha. El agua caliente cae sobre mi piel y me arranca el cansancio, el ruido, la ansiedad. Es como si también me limpiara de culpa. Me pongo ropa cómoda, de esas que no aprietan y te abrazan, y me dejo caer en el sofá. Enciendo el móvil y, sin pensarlo demasiado, abro el chat con Clara y Marina.

Escribo:
¿Estáis disponibles para una videollamada?

El mensaje lo envío con la esperanza de distraerme, de hablar de algo ligero. De repente, el móvil vibra en mi mano.

Marina, rápida como siempre:
¿Videollamada? ¿Cómo puede ser eso si estás en el trabajo?

Me río al leerla. De esas risas suaves que te sorprenden, que no avisan, como cuando alguien te pilla justo en el pensamiento. Marina, siempre tan lógica. Siempre tan atenta. Le contesto sin pensarlo:

Júlia:
Estoy en descanso, ¿qué pasa si me apetece una videollamada mientras me tomo un café como una señora?

Clara:
Yo me apunto! ¿Tienes algo que contarnos o solo te ha dado por ponerte existencial?

Sonrío.
Me dejo caer en el sofá, me acomodo entre los cojines y, decido no dar rodeos.

Júlia:
Quiero hablar de todo y de nada. Solo necesitaba un rato con vosotras. De esos que te ordenan la cabeza, aunque no arreglen nada. Pero sí… también tengo cositas.

Clara:
Eso suena a mantita, chismorreo y confesionario. ¿Cinco minutos y nos conectamos?

Me levanto y paso por el espejo, como si necesitara confirmar que sigo siendo yo. Me recojo un poco el pelo, reviso el ángulo de la cámara (herencia de tantas videollamadas pandémicas) y vuelvo al salón con la taza caliente entre las manos.

Me siento. El corazón algo apretado, los nervios cosquilleando, pero también esa sensación cálida de saber que estás a punto de compartirte con alguien que te quiere sin juicio.

Suena el tono de la llamada. Y ahí están.

Clara, despeinada pero luminosa, y Marina, que en cuanto me ve en casa entre semana, frunce el ceño y se pone en modo detective:

—¿Qué haces en casa? ¿Qué ha pasado? ¿Se ha roto el mundo y nadie me ha avisado?

Me acomodo en el sofá con la taza de café entre las manos. La cerámica caliente me reconforta más de lo que debería, como si el calor me sostuviera por dentro. Sintiéndome un poco vulnerable... pero también agradecida. Este respiro, este pequeño paréntesis, era justo lo que necesitaba. No sé si esto es el primer paso para recolocar las piezas de mi vida, pero sí tengo claro una cosa: hoy no tengo que ser perfecta. Solo tengo que ser yo.

Me quedo callada unos segundos, buscando las palabras. Decirlo en voz alta lo vuelve más real, más grande, más crudo... pero ya no quiero seguir escondiéndome. Al final, elijo ser honesta.

—Ayer le dije a Raúl que no podía más. Que no tenía ni fuerzas ni ideas. Y él… bueno, me dijo que me quedara en casa unos días. Que me tomara un descanso. Que ya era evidente que el trabajo me estaba pasando factura.

Marina parece procesar lo que acabo de decir y su cara cambia, pasa de la sorpresa a una especie de comprensión.

Me inclino un poco hacia adelante, como si al hacerlo pudiera sostenerme mejor. Porque, aunque lo diga con aparente calma, lo cierto es que siento una mezcla rara entre alivio y vergüenza. Como

si admitir que he fallado me hiciera más pequeña. Pero no. En realidad, me está haciendo más libre.

—Vaya… eso sí que no lo esperaba. ¿Y cómo te sientes con eso?

Tardo un par de segundos en responder. No porque no lo sepa, sino porque me cuesta aceptar lo que siento sin juzgarme.

—Bien. La verdad… bastante bien. Pensé que me iba a sentir culpable, como una inútil por no poder con todo. Pero no. Lo necesitaba. El trabajo me estaba arrasando y… simplemente, no podía más.

Clara, levanta la mano como quien aprueba una moción en el Parlamento.

—Te entiendo, Júlia. Esto es como cuando sabes que tienes que parar, pero no sabes cómo. Y ahora que ya has dado el paso... tienes que aprovecharlo. ¿Qué vas a hacer con tanto tiempo libre?

Marina asiente, con esa expresión suya de "te escucho, pero también estoy haciendo cálculos mentales". Tiene esa mezcla de preocupación y serenidad que solo tienen las personas que saben lo que es vivir con la soga siempre un poco apretada.

—Eso, ¿qué vas a hacer? —insiste, más suave esta vez—. Es como una especie de mini-vacaciones, ¿no? ¿Vas a desconectar del todo?

Me quedo pensativa por un momento. La pregunta tiene más peso del que parece. Porque, honestamente, no tengo ni idea. No sé qué hacer con tanto espacio vacío sin emails, sin reuniones, sin sentir que se me cae el mundo encima.

—Voy a intentarlo. Ver pelis, dormir sin despertador, pasear... lo que sea que no implique usar el cerebro. Solo quiero sentir que estoy

viva y no en modo supervivencia.

Lo agradezco en silencio. Necesito más momentos como este. Momentos que no estén llenos de expectativas ni de tareas. Solo... paz.

Clara sonríe. Esa sonrisa que me da ganas de abrazarla a través de la pantalla.

—Eso suena perfecto. En serio. Recarga pilas, Júlia. Y si necesitas reírte, desconectar o hablar de cosas absurdas, sabes que nos tienes.

Y lo sé. Y por un segundo me dan ganas de llorar, pero me lo guardo. Solo les devuelvo una sonrisa silenciosa que, si pudiera, lo diría todo.

Marina mira la hora en su móvil y resopla.

—Me voy, que tengo una reunión y si llego tarde otra vez, me echan. Te veo mañana, ¿vale? Me cuentas cómo vas.

Asiento con la cabeza. Me despido con la mano. Marina se desconecta.

Y entonces, cuando creo que vamos a colgar, Clara se endereza y me mira como si estuviera a punto de soltar una bomba.

—Espera, antes de que se corte... tengo información sobre Lucas.

Me quedo quieta, como si alguien hubiera pulsado pausa en mi mundo.

—¿Qué? —pregunto, apretando un cojín contra el pecho—. ¿Qué sabes?

Clara alza una ceja y sonríe con esa cara suya de "vas a flipar".

Me acomodo, subo los pies y abrazo un cojín con fuerza.
—Venga, suéltalo.

Clara chasquea la lengua y se recuesta en la silla como si estuviera en una junta directiva en lugar de en una videollamada conmigo. Lleva el portátil en el regazo y una taza de café en la mano. Hasta da rabia lo bien que sostiene el drama.

—Óscar me ha contado que Lucas no estaba en esa fiesta por casualidad. El sitio... es suyo. Bueno, el edificio es de su familia. Pero él lo gestiona.

Levanto las cejas tan alto que casi se me escapan de la frente.
—¿Perdón?

—Que el local, la fiesta, ese ambiente de "esto no es para nosotras" pues sí era para él. Porque él manda ahí.

Parpadeo. Una vez. Dos. Mi cerebro procesa lento, como si le costara arrancar.
—Entonces no fue casualidad.

—Exacto.

Me muerdo el labio. Hay algo que se agita dentro. Algo que no sé si quiero mirar de frente. Clara me observa desde la pantalla y entorna los ojos con esa mirada de "te tengo calada".

—No pongas esa cara —dice, señalándome con el dedo—. Que te veo venir.

—¿Qué cara?

—Esa cara. La de "este giro de guion me pone".

—No me pone. Me sorprende.

—Ajá.

—¡De verdad!

—Júlia, tía… que te conozco. Y te mola.

—Bah, qué más da. Si de todas formas te ibas a rayar con esto tarde o temprano —sigue Clara, revolviéndose el pelo—. ¿Qué vas a hacer estos días? ¿Has pensado en aprovecharlos o te vas a quedar encerrada en casa?

No le respondo. Porque no sé qué responder. Sí, me atrae. Sí, esto le da otro color a todo lo que viví en esa fiesta. Pero hay algo que me escuece. Algo que no logro identificar.

Miro a mi alrededor. El piso está perfecto, acogedor... pero me parece más pequeño que ayer. Más silencioso.

—Oye… ¿y si adelanto el viaje a Madrid?

Clara se queda congelada.
—¿Cómo?

—Pues eso. Que me subo esta semana. El pueblo se me queda pequeño y con tantos días por delante, me va a dar algo. ¿Te parece bien si voy ya?

Clara se lanza hacia la pantalla como si pudiera abrazarme desde ahí.
—¿Que si me parece bien? Júlia, me parece una ideaza. Vente ya. Esta semana hay un montón de cosas. Y además tengo que presentarte a gente.

—¿Qué gente?

—Gente. Interesante. Gente con la que podrías hacer buenas migas… —dice con una sonrisa ladeada que no me inspira precisamente paz mental.

La miro con los ojos entrecerrados.
—No me estarás montando una encerrona…

—Júlia, ¿por quién me tomas?

—Por alguien que montaría una encerrona sin dudarlo.

Clara suelta una carcajada.
—Vente ya, anda. En Madrid siempre pasan cosas.

Y tiene razón. Pero lo peor es que la idea me ilusiona más de lo que quiero admitir.
Cuelgo la videollamada y dejo el móvil boca abajo sobre la mesa, como si así pudiera evitar seguir dándole vueltas a todo. Spoiler: no funciona.

Lucas vuelve a instalarse en mi cabeza como quien sabe que tiene butaca reservada en primera fila.
Ahora que sé que el local es suyo, que esa fiesta no fue casualidad sino parte de su mundo, mi imaginación empieza a hacer de las suyas.

Me visualizo volviendo allí, pero esta vez distinta. No como una extraña que observa desde fuera, sino como alguien que ya ha estado, que conoce las reglas del juego.

Me veo entrando con seguridad, con un vestido nuevo —seguro elegido por Clara—, de esos que hacen que hasta tu reflejo te mire dos veces. Lucas me vería desde lejos, apoyado en la barra con esa sonrisa suya, esa que parece saberlo todo de antemano. Quizá levantaría su copa en mi dirección antes de acercarse y susurrarme algo al oído, como aquella noche

Y yo, con ese nudo dulce en el estómago, respondería con la mirada.

No creí que fueras a volver, Júlia.
Yo tampoco.

Y entonces… dejo que mi mente escriba el resto. Una conversación cargada de doble sentido, pasos lentos entre la gente, esa tensión tan suya.

Un cosquilleo me recorre la nuca solo de imaginarlo.

Sacudo la cabeza y me río sola.
—Venga ya, Júlia…

Estoy fantaseando con un hombre del que solo sé el nombre. Un hombre que, probablemente, tiene un lado más oscuro del que yo podría manejar sin acabar envuelta como un caramelo de lujuria y líos.

Pero qué quieres que te diga...
Quizá, en mucho tiempo, no me importaría probar el caramelo.

Cojo el móvil, lo desbloqueo y abro el chat con Marina.

Júlia:
No me mates, pero adelanto el viaje a Madrid. Nos vemos allí directamente. Te quiero, ¿vale? No me odies.

Los dos ticks azules aparecen casi al instante. Marina siempre tiene el móvil en la mano. Siempre.

Marina:
¿Qué dices? ¿Cuándo te vas?

Júlia:
Mañana o pasado. En cuanto encuentre billete.

Marina:
Joder, Júlia. Me dejas tirada.

Júlia:

No te dejo tirada. Solo me adelanto. Nos veremos en nada.

Tarda un poco en responder. Eso significa que está debatiéndose entre el enfado y el amor fraternal. Me la imagino con el ceño fruncido, dramatizando la situación más de lo necesario solo para darme un poco de culpa.

Marina:

Eres una perra egoísta.

Júlia:

Pero me quieres.

Marina:

Porque no tengo otra opción.

Júlia:

Te invito a algo cuando llegues.

Marina:

Te pienso exprimir hasta el último céntimo, que lo sepas.

Júlia:

Te quiero, bebé rabioso.

Marina:

Yo también, aunque seas una traidora.

Dejo el móvil a un lado sabiendo que ya lo ha asumido. Y que, en el fondo, me entiende. Siempre lo hace.

Con la decisión tomada, abro el portátil y me lanzo de cabeza a lo que más me gusta cuando planeo una escapada: cotillear planes. Quiero que este viaje no sea solo sofá y maratones de alguna serie con Clara —aunque tampoco suena mal, todo hay que decirlo—.

Pero si me voy antes, quiero hacer algo más. Algo que me recuerde que sigo viva.

Tecleo *eventos Madrid esta semana* y se abre un abanico de posibilidades: exposiciones de arte moderno con nombres imposibles, mercadillos, conciertos pequeños… Y entonces lo veo.

Una sesión de jazz y soul en un bar de Malasaña. Luz tenue, estética retro, gente con aire interesante y ese ambiente íntimo que parece abrazarte al entrar. Se ve acogedor. De esos sitios que te invitan a quedarte horas.

Clico sin pensarlo.

Pienso en si proponerle el plan a Clara o guardármelo para mí. La idea de hacer algo sola me tienta más de lo que esperaba. Probarme en otra situación. Sentirme independiente, sin tener que depender de nadie para disfrutar.

Pero claro… también sé lo que pasaría si se lo cuento a Clara.

Lo hará grande. Muy grande.

Montará una quedada, invitará a medio Madrid, se emocionará, me obligará a ponerme tacones y, en un abrir y cerrar de ojos, lo que empezó como una noche tranquila de jazz y vino se convertirá en una fiesta de copas infinitas y resaca asegurada.

Sonrío, porque en el fondo también me gusta eso. Lo adoro. Me encanta cómo Clara convierte cualquier martes en una historia que te hace reír durante semanas.

Pero no. No esta vez.

Estos días son para mí. Para redescubrirme. Para hacer cosas nuevas sin tener que justificarme, sin tener que rendir cuentas.

Esta noche —decido— es solo mía.

CAPÍTULO 24

El bus ha llegado puntual —milagro navideño, básicamente— y he bajado en Moncloa con la maleta en una mano y el móvil en la otra, siguiendo la ubicación que me ha mandado Clara. Quedamos en su sesión de fotos —perdón, *su shooting*, que es como se dice si eres alguien del universo Clara— para que me diera las llaves de su casa antes de irme a instalar.

Pero tenemos un problema.

No he comido nada. Y mi estómago ruge con la violencia de alguien que lleva demasiadas horas sin probar bocado. Así que hago lo que cualquier persona con dos dedos de frente haría: desviarme del plan y buscar comida. Prioridades claras.

Camino con la maleta arrastrándose detrás de mí como un perro cansado, sin un rumbo exacto pero con una misión concreta: café y algo dulce. Algo que me devuelva el alma al cuerpo y me haga olvidar que llevo desde las siete en modo supervivencia.

Acabo entrando en *Motteau*, una cafetería que conozco solo de oídas pero que huele a mantequilla y a felicidad. En la vitrina: croissants que parecen joyas, bizcochos con pinta de abrazarte por dentro y pastas francesas que gritan "cómeme" como si esto fuera *Alicia en el país de las maravillas*.

Me pido un café con leche para llevar y una selección indecente de pastas. Nada de medias tintas. Si voy a inaugurar mi estancia en Madrid, que sea con dignidad y azúcares simples.

Salgo con la bolsa en una mano y el café en la otra, rumbo al estudio donde Clara trabaja hoy. En uno de esos espacios de techos altos, luz natural y mucha gente con pintas de haber dormido tres horas, pero estar divinos igual.

Cuando llego, Clara ya me está esperando en la entrada. Móvil en una mano, gafas de sol tamaño *diva internacional* y esa energía suya de "llevo haciendo cosas importantes desde que tú estabas en pijama".

—Vienes con comida. Me gustas —dice, mirando la bolsa con la misma intensidad con la que otra gente mira una declaración de amor.

Le tiendo la bolsa y el café que le cogí también, porque soy así de buena amiga.

—Lo mínimo, ya que me prestas tu palacio.

Clara coge el café con una mano y rebusca con la otra en el bolso hasta sacar las llaves. Me las lanza al vuelo.

—Toma, para que te instales. Hay toallas limpias en el armario y la nevera medio llena. Aunque si quieres sobrevivir más de dos días, compra algo.

—Entendido. No morir de hambre, primera misión.

Me clava los ojos, ladeando la cabeza, como si estuviera analizando algo que solo ella ve.

—Te veo bien. Como si estas vacaciones ya estuvieran haciendo efecto.

Sonrío.

—Es que aún no he tenido tiempo de cagarla. Dame un par de días.

Se ríe, me planta un beso rápido en la mejilla y desaparece de nuevo dentro del estudio con la eficiencia de una productora de moda con prisa.

◆ ◆ ◆

Llego a su casa con la maleta rodando detrás y las llaves aún frías en la mano. El apartamento huele a Clara: a perfume caro, a velas de jazmín y a ese ambientador que jura que no usa pero que claramente lo usa. Todo está impecablemente colocado, como si viviera dentro de una editorial de interiores que ha decidido tirarse al rollo boho chic.

Dejo la maleta en la habitación de invitados, luminosa, con una cama grande y un espejo de cuerpo entero en la esquina. Deshago el equipaje rápido, no por orden, sino por necesidad de sentirme instalada. De marcar territorio.

Después me meto en la ducha.

El agua caliente me cae como un abrazo. Me lavo el pelo deprisa, me seco con una de esas toallas blancas que Clara dobla como si fueran de hotel cinco estrellas y me visto con unos vaqueros, un jersey negro de cuello alto y unas botas cómodas. Uniforme de "no tengo intención de ligar, pero si surge, estoy digna".

No tengo hambre aún, pero la nevera me ha mirado con vacío existencial. Así que salgo a comprar lo básico: fruta, pan, leche, algo de picoteo. No quiero volver con las manos vacías y sentirme la típica huésped parásito que solo consume oxígeno.

Cuando la tarde empieza a caer, me acuerdo del local de música en vivo que vi en internet. Y algo dentro de mí —una especie de cosquilleo en la tripa— me dice que igual esta noche no acaba en el sofá.

Me apetece ir.
No sé si por la música, por el ambiente, o simplemente por la idea de hacer algo que no he hecho nunca.

Salgo del apartamento con la bufanda enrollada hasta la nariz y camino hacia Café Central, un club de jazz de esos que llevan décadas en la ciudad y que han visto pasar a artistas increíbles. Me gusta la idea de sentarme allí, ser una espectadora anónima en la penumbra, dejar que suene otra cosa que no sea el ruido de mis propios pensamientos.

El local es todo lo que esperaba. Y más.
Techos altos, paredes de ladrillo visto y una iluminación que juega con tonos ámbar, dándole ese aire íntimo que hace que cada mesa parezca su propio mundo. La barra es de madera oscura, con los bordes desgastados como si miles de manos hubieran pasado por ahí antes que yo. Al fondo, un pequeño escenario espera: piano de cola, contrabajo y batería colocados con precisión.

El público es una mezcla curiosa: parejas en cita romántica, grupos de amigos que se ríen lo justo para no romper la magia, y algunas

personas solas, como yo, que parecen haber venido a perderse en la música.

Elijo una mesa algo escondida, cerca de una columna. Lo bastante lejos del escenario como para no sentirme expuesta, pero lo bastante cerca como para disfrutar sin distracciones.

Pido un vino blanco y dejo que el murmullo de conversaciones y los instrumentos afinándose me envuelvan.
El primer sorbo me calienta la garganta. Y, por primera vez en tiempo, estoy bien conmigo. De verdad.

No sé cuándo empecé a asociar salir sola con estar sola. Como si necesitar siempre a alguien para validar una experiencia fuera lo normal. Como si la felicidad solo contara si se comparte.

Pero aquí estoy.
Con una copa en la mano, en un sitio que no conozco, escuchando a músicos en directo. Cómoda en mi piel. No porque me haya convertido en alguien distinto, ni porque sea valiente de repente. Sino porque, no me estoy juzgando por ello.

Pienso en una frase que leí hace tiempo. De esas que la gente subraya en libros y comparte en redes como si hubiera descubierto el secreto del universo:
"Todo lo que quieres está al otro lado del miedo."

¿Y si es verdad?
¿Y si la vida que quiero, la Júlia que quiero ser, está justo al otro lado de todas las excusas que me pongo?
Que no tengo con quién ir. Que no es mi ambiente. Que me da miedo hacerlo mal. Que mejor otro día.

Hoy no hay excusas.
Hoy hay jazz.
Y la certeza de que salir de mi zona de confort no me ha matado. Al contrario: me ha recordado lo bien que sienta sentirse viva.

Estoy con la copa a medio camino de los labios cuando oigo un "Andrea" a lo lejos.

Ni me inmuto.
No porque no lo haya escuchado, sino porque, sorpresa, no me llamo Andrea. Sigo en mi burbuja, con esa sensación extraña y bonita de estar haciendo algo distinto. Algo que, por fin, me sienta bien.

Hasta que una mano se apoya en mi hombro.

—Andrea.

Levanto la vista, con el ceño fruncido, lista para decirle a quien sea que no, no soy Andrea y que, por favor, me deje tranquila con mi vino y mi momento de epifanía personal.

Pero entonces lo veo.

Lucas.

Joder.

De todos los bares de Madrid.
De todas las noches en las que podía haber salido sola.
De todas las personas que podían confundirme con otra.
Tenía que ser él.

Mi estómago reacciona antes que mi cabeza. Se encoge, traicionero, como si hubiera estado todo este tiempo esperando a que Lucas

volviera a aparecer de la nada solo para descolocarme. Y vaya si lo consigue.

Va vestido con una camisa azul cielo, remangada hasta los codos, reloj discreto en la muñeca y esa seguridad suya.

Me mira con ese punto de diversión en los labios. Como si esto fuera un juego. Sus ojos se deslizan hacia la silla vacía frente a mí. Vuelve a clavar la mirada en la mía y suelta, con esa voz suya que parece un susurro con intención:

—¿Puedo hacerte compañía?

Otra vez.
Otra maldita vez me quedo sin palabras. ¿Pero qué me pasa? ¿Qué tiene este hombre que siempre consigue dejarme bloqueada, como si mi cerebro decidiera tomarse unas vacaciones en cuanto abre la boca?

Pero claro, Lucas no es de los que esperan respuesta. Se mueve con esa naturalidad que roza lo descarado.
Ya ha decidido que esa silla es suya.
Se sienta frente a mí, se acomoda, y vuelve a lanzarme esa mirada intensa, con un toque canalla que me desarma. Esta vez, sus ojos bajan directos a mis labios.

—¿Esperas a alguien? — pregunta, sin hacer el más mínimo esfuerzo por disimular que me está devorando con los ojos. Y como si la cosa no fuera ya suficientemente obvia, se muerde el labio inferior al terminar la frase.

Vale. Esto es injusto.

—No espero a nadie. Ni quiero a nadie hoy —respondo, ladeando la cabeza con una sonrisa que busca igualarle el tono.

Burlona.
A la defensiva.
Protegida.

Lucas frunce ligeramente el ceño, como si mi respuesta no le cuadrara.

—Te recordaba más simpática la última vez… —murmura, con un toque de decepción que no sé si es sincero o parte del show.

Alzo mi copa, le doy un sorbo al vino y me encojo de hombros.

—El vino nos hace más simpáticos a todos. Además, me dejaste claro que no nos gustaba lo mismo. Así que dime, Lucas, ¿qué tipo de compañía ofreces?

Él se inclina un poco sobre la mesa, como si estuviera a punto de confesarme un secreto.

—La última vez fui algo brusco —admite, y hay algo en su tono que parece genuino—. Hoy puedo ofrecerte una clase rápida sobre el grupo que toca. La música se siente mejor cuando se entiende.

Frunzo el ceño, sin poder evitar que la curiosidad me pique. ¿Lucas en modo profesor? Esto no me lo esperaba. ¿Y si resulta que forma parte del grupo? ¿O que tiene una faceta oculta que no vi venir?

—¿Ah, sí? —ladeo la cabeza, dejando que el juego continúe—. Quieres enseñarme muchas cosas, pero no sé si tu criterio es tan bueno como crees.

Él sonríe de lado. Esa jodida sonrisa de quien ya se ve ganando la partida.

—Soy representante de artistas —dice, y se recuesta un poco hacia atrás, con esa seguridad suya tan bien medida—. Así que mi criterio

algo debe valer, teniendo en cuenta que paso la mayor parte del tiempo con músicos.

No quiero que sepa que me interesa. No pienso regalarle ese poder. Antes de que se meta en un terreno donde yo no pueda seguirle el ritmo, decido cortar por lo sano.

—Y sí, tienes razón —digo, encogiéndome de hombros, como si no me importara—. Fuiste brusco. No sabías qué buscaba… ni qué quería.

Lucas suspira, con un gesto leve, como si se rindiera, como si bajara el escudo un segundo.

—Me disculpo. Hay una parte de mí… algo oscura. Y tú conociste un poco de ella.

Suena sincero. Y, contra todo pronóstico —y contra toda lógica emocional sana—, bajo un poco la guardia.

—Bueno, puedes quedarte —digo, con tono de falsa indiferencia—, pero solo un rato. Imagino que debes estar ocupado. Si estás aquí, es por trabajo, ¿no?

—Exacto —responde, sin dudar—. Esta banda es emergente. Hemos conseguido este bolo y necesito asegurarme de que todo fluya. Me gusta verlo desde la perspectiva del público. Así puedo sentir lo que ellos sienten.

Interesante. Más de lo que esperaba.

—¿Y además de conciertos y fiestas privadas, qué más te gusta hacer?

Lucas me lanza una mirada divertida. Peligrosamente divertida.

—Uy, uy... esas preguntas son más de cita que de encuentro casual. ¿A caso quieres conocerme, Andrea?

Me echo a reír sin poder evitarlo.
La noche en la que le solté ese nombre me pareció una idea brillante. Ahora, con la luz de la madurez me suena ridícula.

—Para empezar —digo, apoyando el codo en la mesa y devolviéndole la mirada, con una media sonrisa—, si quisiera redirigir este encuentro a una cita, tendrían que pasar dos cosas.

Él me observa en silencio, con los ojos entrecerrados, expectante. Perfecto.

—La primera, darte un consejo: no te creas todo lo que oyes. Andrea no es mi nombre real.
Y la segunda… —hago una pausa dramática y bajo un poco la voz, como si compartiera un secreto— por mucho que creas que puedes meterte en mi cabeza y psicoanalizarme, tu trabajo es con artistas, no con la psicología.

Lucas se queda callado. Levanta una ceja. Y sonríe.

¿He dejado a Lucas sin palabras? ¿Yo? ¿En qué momento se ha girado la tortilla?
Bien por mí.
Siento ese cosquilleo travieso en la barriga y, sin poder evitarlo, se me escapa una risa. De esas que salen solas, sin pedir permiso.

—Vaya, vaya, chica sin nombre… —dice Lucas, inclinándose un poco hacia delante con esa media sonrisa suya—. Veo que esta noche vienes con ganas de darme guerra.

Nos quedamos en silencio. Una pausa espesa, densa.
Nos miramos.

No de cualquier forma, no con cortesía. No. De esa manera en la que ninguno quiere ser el primero en parpadear.

Y Dios.
Claro que le daría guerra.
Mucha.
Y de muchas formas.

Pero no me muevo. No le doy el gusto.

—Tranquilo —digo alzando ligeramente la barbilla, como quien sabe exactamente el efecto que provoca—. Esta noche he venido a disfrutar de este grupo emergente —marco las comillas en el aire con los dedos, como si supiera de lo que hablo, como si fuera una entendida de la vida y del jazz.

Lucas sonríe, como si le encantara el jueguecito. Me tiende su copa, con un gesto suave, y me lanza un guiño que, de no estar preparada, me habría hecho caer de espaldas.

—Disfrutemos juntos, entonces.

CAPÍTULO 25

Las luces se atenúan y el grupo empieza a tocar. Hay quienes apenas prestan atención, sumidos en sus conversaciones, usando la música como simple decoración sonora. Otros, en cambio, la observan como si asistieran a una ceremonia sagrada.

Lucas y yo dejamos de hablar. Pero yo… yo no puedo dejar de mirarlo.

Está sentado frente a mí, ahora de medio lado, con un codo apoyado en la mesa. me fijo en sus manos. En sus muñecas. En cómo le quedan los dedos largos y firmes sobre la copa. Tiene unas manos sexys. Muy sexys.

Y entonces lo recuerdo.
Cuando me sujetó por las muñecas.

Un escalofrío me recorre la espalda. Siento un pinchazo en el vientre. El calor me sube por la piel, lento, como un fuego que se enciende sin pedir permiso. Algo se activa en mí, algo que no quiero —ni pienso— frenar.

Sin pensarlo demasiado, muevo la silla hasta quedar a su lado.

Lucas gira la cabeza y me mira. No se sorprende. Sonríe de medio lado, como si esto ya estuviera en su guion. Como si supiera que yo acabaría aquí.

No decimos nada. Solo volvemos la vista al escenario. Pero entre los dos, algo se ha tensado.

Su mano se posa en mi rodilla.
No en cualquier parte. En la parte superior.
Y aprieta. Suave al principio. Luego, con más intención.

Dios.
¿Cómo puede provocarme tanto con tan poco?

Tomo su mano con la mía y la guío un poco más arriba. Despacio.
Hasta la parte interior de mi muslo.
Lo miro de reojo.
Pero él no se gira. Solo se muerde el labio y vuelve a presionar.
Fuerte.

Mi mano se desliza hacia su muslo, decidida. Lo acaricio con la misma intención.
Quiero que me mire.
Quiero ver el deseo en sus ojos.
Quiero que se pierda en esta tensión igual que yo.

Y entonces se inclina, su aliento roza mi oreja y su voz sale grave, rasposa, casi una orden disfrazada de susurro.

—Para… o vas a tener que esperar a que termine con el grupo.

Sonrío.
Me encanta esto.
Esta vez, el control lo tengo yo.

Pero no paro.
Ignoro su advertencia y deslizo la mano con más intención, frotándolo sobre la tela. Lo noto duro, firme, preparado.

Y el calor que me recorre el cuerpo me sacude con la peor de las necesidades.

Lucas reacciona.
Aparta su mano de mi muslo y atrapa la mía con fuerza.
La presiona.
La dirige.
Me hace sentir cada milímetro de lo que le estoy provocando.
Marca el ritmo. Como si quisiera que no quedara ni una sola duda.

Dios.

El local se borra.
El grupo, la gente, la música…
Todo se convierte en ruido de fondo.

Solo existimos él y yo.

La ropa me sobra.
Su camisa.
Su pantalón.
Todo estorba.

Quiero arrancársela.
Quiero arrancárnosla.

Me inclino hacia su oído, dejo que mi lengua trace un camino lento por su cuello y susurro:

—Vámonos.

Lucas sonríe. Esa sonrisa que es puro pecado.
—Creo que eres más peligrosa sin nombre que siendo Andrea.

Lo miro de frente. Me muerdo el labio.
—No sabes cuánto puedo llegar a serlo.

Mis ojos bajan a su boca.
Y entonces ya no pienso en nada más que en lo que quiero hacer con ella.

Lucas aparta mi mano de entre sus piernas, pero no la suelta. La lleva a sus labios y la besa. Lento. Provocador. Como si quisiera dejarme claro que el juego acaba de empezar.

Saca el móvil con la otra mano, escribe algo rápido.

¿A quién?
No sé.
No me importa.

Guarda el teléfono, me clava esa mirada intensa y contiene una sonrisa tensa, como si se estuviera sujetando a sí mismo con una cuerda fina.
—Vamos.

Salimos del local con prisa. Apenas me da tiempo a ponerme la chaqueta antes de que me tome de la mano y me arrastre calle abajo. Caminamos unos metros, lo justo para alejarnos del ruido, de las miradas, del mundo.

Y en cuanto nos envuelve la oscuridad de una calle más tranquila, se gira. Me atrapa por la cintura. Y me besa.

Joder.

Sus labios juegan con los míos. Me muerde. Me lame. Me reclama como si fuera lo único que le queda.
Como si lo necesitara para seguir respirando.

Mis manos se cuelan por su cuello, lo aferro con fuerza. Lo acerco más.

No es suficiente.
No lo será nunca.

—Oye —murmura contra mi boca—. ¿Quieres ir a otro sitio?

—¿A qué sitio te refieres?

—A mi casa.

Las palabras retumban dentro de mí.
Eso nunca lo había hecho. Irme así. A casa de un casi desconocido.
Bueno… Lucas no era exactamente un desconocido.
Sabía cosas de él. Demasiadas, quizá.
Pero incluso cuando esa vocecilla interior intenta advertirme, él la silencia.
Y yo… quiero silenciarla también.

Me acerco a su boca, atrapo su labio inferior entre los dientes y le susurro:

—Vamos.

Lucas saca el teléfono. Pide un Cabify con la calma de quien lo tiene todo bajo control.
Mientras tanto, su mano baja.
Desliza los dedos hasta el botón de mi pantalón. Lo desabrocha sin apartar la mirada de la mía.
No dice nada. Solo actúa.

Sus dedos se cuelan bajo la tela.
Debajo de la ropa interior.
Y entonces, me acaricia.
Lento. Seguro.
Un roce que es un incendio.

Gime. Un sonido grave, contenido.
Como si le costara no dejarse llevar del todo.

Su boca vuelve a la mía, pero esta vez no hay delicadeza.
Es un beso hambriento. Urgente.
Su lengua encuentra la mía, me devora.
Y mientras me besa, sus dedos siguen ahí. Explorando. Provocando.

Besa mi cuello.
Mi barbilla.
Mi boca otra vez.
Y yo… yo apenas puedo sostenerme.

Penetra con los dedos, sin avisar.
Presiona con firmeza.
Se mueve lento, con intención, como si supiera exactamente cómo llevarme al límite.

Las piernas me tiemblan.

Necesito más.
Necesito todo.

Y entonces, el coche llega.
El maldito Cabify.

Mierda.
No quiero que se detenga.
No ahora.
No todavía.

Nos recolocamos deprisa y entramos en el coche. El silencio entre nosotros está cargado de electricidad. No hace falta decir nada. Nos miramos, nos sonreímos. Y eso lo dice todo.

Mientras el coche avanza, escribo rápido a Clara: *Voy a llegar tarde. Todo bien. No te preocupes.*

Cuando llegamos a su portal, Lucas saca las llaves, pero antes de que pueda abrir, tiro de él y lo beso. Con ganas. El trayecto ha sido eterno.

Me levanta del suelo como si no pesara nada, y su cuerpo choca contra el mío. Su dureza roza mi centro y me arranca un jadeo que no puedo controlar.
Me sostiene contra la pared, profundizando el beso hasta que no nos queda aire.

Me baja con cuidado, abre la puerta, y me arrastra con él. Entre risas ahogadas y besos a medias, entramos en el ascensor.

Desabrocha mi pantalón con las manos temblorosas de deseo. Se agacha.
Besa la línea de mi vientre, roza mi piel con la lengua.
Luego alza la mirada y me pide permiso sin decir nada.

Le agarro la cabeza y lo acerco más, sin dudar.

Las puertas del ascensor se abren antes de que pueda ir más lejos. Maldigo en silencio.

Entramos en su casa casi corriendo.
Las chaquetas caen al suelo.
Lucas baja mis pantalones y me sienta sobre la mesa más cercana, como si no pudiera esperar ni un segundo más.

Su boca vuelve a buscar la mía. Su cuerpo me cubre.
No quiero espacio entre nosotros.
No quiero aire.

Desliza mis braguitas con una lentitud que me enciende todavía más.
Su lengua traza un camino directo, exacto.
Besos. Caricias. Ritmo.
Y yo… yo ya no soy dueña de mi cuerpo.
Los gemidos me escapan sin filtros.

Estoy a punto.

Lo sé.
Lo sabe.
Y, justo entonces, se aparta.

Me deja temblando, al borde.
Y sonríe. El muy cabrón sonríe.

—Aún no, nena…

Desaparece un segundo y vuelve con un preservativo entre los dedos. Antes de que mi cerebro lo procese del todo, me rodea la cintura, me levanta de la mesa y me lleva por el pasillo como si tuviera el guion grabado en la cabeza. Cruzamos una puerta, y lo veo: un espejo enorme, de suelo a techo, que nos refleja bajo una luz cálida, suave, casi irreal.

Me coloca justo delante. Su pecho roza mi espalda. Sus manos, expertas, seguras, se deslizan por mi cintura antes de empezar a desabrocharme la blusa, botón a botón, con una lentitud que me desarma. La tela cae por mis hombros y se desliza al suelo. Un segundo después, el sujetador cede bajo sus dedos.

Intento darme la vuelta. Quiero mirarlo. Necesito su boca, su olor, su piel. Pero no me deja.

—Mírate —susurra, con la voz ronca, cargada de deseo—. Quiero que lo veas todo.

Me estremezco. Y miro.

Sus manos recorren mi pecho con una delicadeza feroz. Cada caricia es precisa, medida, perfecta. Su pulgar traza círculos suaves sobre uno de mis pezones mientras su boca me devora el cuello con lentitud, saboreándome.

Nuestra mirada se encuentra en el espejo.
No hay escapatoria.

Y entonces, sin previo aviso, su mano baja. Sus dedos me rozan, me abren, se hunden en mí con una seguridad que me arranca un gemido tan crudo que ni siquiera sé de dónde ha salido.

Se mueve dentro de mí con ritmo, con fuerza. Cada embestida de sus dedos es más fuerte, más profunda, un vaivén que me hace temblar y sentir que estoy a segundos de explotar.

Pero no quiero correrme sin él.

—Para —le susurro, con la voz temblando.

Se detiene. Me mira. Su expresión cambia: ya no es deseo, es pura hambre. Se desabrocha el pantalón sin apartar la vista de mis ojos. Me gira con firmeza y me apoya contra el espejo. El frío del cristal contrasta con el calor que hay entre nosotros.

Y entonces me penetra.

Y todo desaparece.

Es profundo, firme, preciso. Jadeo, me arqueo, intento buscar aire, pero su mano me toma del mentón y me obliga a volver al espejo.

—Mírate —ordena.

Y lo hago.

Me miro.
Veo mi propia imagen, el reflejo de mi piel encendida.
Mis ojos cerrándose de placer.
Su torso pegado al mío, sus manos agarrándome fuerte, marcándome.

Y no hay nada más jodidamente excitante que eso.

Me vuelve a girar con suavidad, como si quisiera que me viera desde fuera, como si me convirtiera en espectadora de mi propio placer. Se inclina sobre mi oído, su aliento cálido y entrecortado rozándome la piel.

—Imagínate que volvemos a estar frente a la habitación de cristal —susurra con esa voz grave que me recorre como una corriente—. Que pueden ver cómo te estremeces cada vez que entro en ti.

Joder.

Mi cabeza va directa allí. Al pasillo con paredes de cristal, a esa sensación de exposición, de ser observada sin poder hacer nada. Y la imagen me consume de una forma que no sabía que podía excitarme tanto.

El calor en mi vientre se intensifica, una presión ardiente que me retuerce desde dentro.

Lucas lo sabe. Lo nota. Y me guía con firmeza.

Apoya mis manos contra el espejo, obligándome a mirarnos. A ver cómo me arqueo con cada embestida, cómo su cuerpo me reclama, cómo su boca se entreabre por el placer. Se hunde en mí otra vez. Despacio. Profundo.

Su mano me agarra el pecho con fuerza, lo amasa con sus dedos mientras su ritmo se vuelve más intenso. La combinación de todo —su piel, el reflejo en el cristal, el calor acumulado— me sobrepasa.

Me muerdo el labio, pero no sirve de nada. Un escalofrío brutal me atraviesa la espalda y una oleada de placer me sacude entera.

Y me dejo ir.

Con fuerza.

Con un gemido roto que se ahoga contra el cristal.

Con su nombre escapándose de mis labios y las piernas temblando bajo su peso.

Lucas me sujeta, se aferra a mí como si también estuviera cayendo. Su respiración se vuelve errática, sus movimientos más torpes, más salvajes. Y cuando me aprieta contra él, cuando gruñe cerca de mi oído, sé que también ha perdido el control.

Y joder, qué maravilla perderse así.

El placer sigue vibrando en mi piel. Respiro con dificultad. Me miro en el espejo: el pelo revuelto, los labios hinchados, el cuerpo todavía tenso. Expuesta. Tan jodidamente expuesta.

Y entonces, la realidad me alcanza de golpe.

¿Qué coño acabo de hacer?

El calor empieza a disiparse y, en su lugar, llega una punzada de pudor. Me arde la garganta, me arden las mejillas. Quiero cubrirme, envolverme en algo que me devuelva el sentido, que me haga sentir menos… desnuda.

Me aparto, cruzando los brazos sobre el pecho, evitando su mirada.

—¿Dónde está el baño? —pregunto, con una voz más baja de lo que me gustaría.

Lucas me observa. Su expresión se suaviza. Suelta un suspiro, como si entendiera al instante lo que me pasa. Y en lugar de decir algo, en lugar de llenarme de preguntas o buscar explicaciones, simplemente me envuelve entre sus brazos.

Como si supiera que, ahora mismo, eso es justo lo que necesito.

—¿Estás bien? —susurra contra mi sien, dejando un beso ligero, reconfortante. Como si su boca tuviera el poder de anclarme a la tierra.

Sus brazos son un refugio. Cierro los ojos un instante, dejándome abrazar por esa calidez, por la sensación de estar contenida, sostenida. Como si todo el vértigo se detuviera solo con ese gesto.

Entonces, con una caricia lenta en la espalda, me separa con suavidad.

—El baño está al fondo, segunda puerta a la derecha —dice con una sonrisa leve, de esas que no presionan, que solo invitan a respirar—. Te espero en el sofá.

Y ahí está otra vez.

Ese Lucas que sabe cuándo apretar y cuándo dejar espacio.

El que entiende que, ahora mismo, necesito un respiro.

Me envuelvo en la primera prenda que encuentro, murmuro un "gracias" que apenas se escucha y me pierdo tras la puerta del baño, como si ese paréntesis me fuera a salvar del caos de emociones que llevo dentro.

Cierro la puerta y me apoyo contra ella, dejando escapar un suspiro largo.

Levanto la mirada hacia el espejo.

Las mejillas todavía encendidas, el pelo hecho un desastre, los labios hinchados de tanto besarlo. Pero hay algo más. Algo en mis ojos.

Me veo… distinta.

Y sonrío.

No solo por lo que acaba de pasar. No solo por Lucas.

Sonrío porque el sexo ha sido otra cosa.

Algo más libre.
Más intenso.
Más mío.

CAPÍTULO 26

Lucas está en el sofá, ya con el pantalón puesto pero sin camisa. Apoya un brazo en el respaldo, relajado, como si fuera lo más natural del mundo estar ahí, medio desnudo, con ese torso de anuncio y esa piel que grita *tócame otra vez*.

Levanta la vista y me recorre con los ojos, deteniéndose un segundo de más en la camisa que llevo puesta —suya, por supuesto—.

—Te queda bien —dice, con esa media sonrisa que ya debería estar prohibida por ley.

Me muerdo el labio. Su mirada me da ganas de otra ronda, pero en vez de lanzarme sobre él como una posesa, camino despacio hasta el sofá y me acurruco a su lado. Apoyo la cabeza en su hombro, y él me rodea con el brazo sin pensárselo. Me atrae hacia su calor como si encajáramos sin esfuerzo.

—Así que… —murmura, divertido—. ¿Ahora ya puedo saber tu nombre?

Levanto la cabeza y lo miro, con una ceja arqueada.

—¿De verdad hemos hecho todo eso sin que sepas cómo me llamo?

—Quería preguntártelo, pero me pareció más interesante hacerlo después de haber follado frente a un espejo.

Suelto una carcajada entre dientes y le doy un empujoncito en el pecho, aunque en realidad lo que quiero es quedarme ahí, pegada a él, a su olor, a su cuerpo.

—Eres un idiota.

—Uno encantador, admítelo.

Ruedo los ojos, pero no le llevo la contraria. Porque sí, lo es. Un idiota encantador.

Me aprieta un poco más contra él y vuelve a mirarme, con esa expresión que mezcla curiosidad y juego.

—Venga, dímelo.

Me humedezco los labios. Y lo suelto.

—Júlia.

—Júlia… —murmura, deslizando los dedos por mi espalda desnuda, justo bajo la camisa—. Me gusta.

Sonrío y escondo la cara en su cuello, dejando escapar una risa suave. Me muerdo el labio, como si eso pudiera calmar el vértigo que empieza a crecer en mi pecho. Porque ahora que la adrenalina ha bajado, que la intensidad se ha disipado, me doy cuenta de dónde estoy: en su casa, en su sofá, como si esto fuera lo más normal del mundo. Y aunque me gusta la idea… también me da un poco de vértigo.

—Creo que me voy a vestir.

Lucas me lanza una mirada de fingida decepción.

—¿Estás insinuando que mi camisa no es lo suficientemente cómoda?

Me echo a reír y le doy un empujón suave en el hombro antes de levantarme. Cojo la ropa que había dejado en la habitación y me encierro en el baño. Me visto despacio, aún con la piel sensible, como si cada prenda que me pongo me recordara lo que ha pasado. Cuando me miro en el espejo, hay algo distinto en mí.

Respiro hondo y me obligo a mantener la mirada.

Lucas.

Su cara se cuela en mi mente sin pedir permiso. Su mirada intensa, sus palabras en la fiesta, aquella conversación sobre los límites, sobre sus gustos. Y entonces, la duda.

¿Soy yo la rara por no entender ese mundo? ¿O es él el que está demasiado cómodo dentro de algo que no sé si comparto?

Sacudo la cabeza y suspiro. No quiero pensar tanto. No ahora.

Cuando vuelvo al salón, él sigue ahí. En el mismo sitio, con el mismo cuerpo de escándalo y esa calma peligrosa que parece envolverlo todo. Me fijo en su torso, en la forma en que respira, en cómo me observa al entrar. Es un imán. Pero al mismo tiempo, hay algo que me frena. No sé qué es. No sé si es miedo, intuición o simplemente agotamiento emocional.

Siento esa urgencia incómoda de preguntar. De sacar un tema que me lleva rondando desde que puse un pie en esa fiesta. Pero no puedo. La boca no me responde. Mi cabeza tampoco ayuda. Hay algo que me frena, algo que no quiero admitir del todo.

No sé cómo hablar de ello sin sonar insegura, sin parecer que estoy cuestionando algo que no entiendo del todo. O peor: que no acepto.

Lucas me observa con una mirada inquisitiva, parece que está esperando que diga algo más. Y entonces, siento que mis pensamientos se mezclan con la incomodidad.

—Oye… —empiezo, dudando un segundo antes de soltarlo—. Sobre el día que nos conocimos… ¿vas mucho a ese tipo de fiestas?

Él se incorpora un poco. Entreabre los labios, entorna los ojos, como si buscara algo más allá de la pregunta.

—Depende de lo que consideres "mucho".

—No te hagas el interesante —le digo, ladeando la cabeza.

Él se ríe por lo bajo, y se acaricia la mandíbula con aire despreocupado.

—No soy un habitual, si eso es lo que te preocupa. Pero sí… he ido unas cuantas veces.

Aprieto los labios, como si eso pudiera calmar la sensación extraña que me vibra en el pecho.

—¿Y qué es lo que te atrae de esas fiestas?

Lucas se toma su tiempo. Me mira, como si dudara en decirme la verdad o una versión más digerible.

—La libertad, supongo —responde al fin—. No hay juicios. Nadie espera nada de ti. Cada uno va a su ritmo, a su manera, con sus reglas. Y si no quieres jugar, nadie te obliga.

La libertad.

Esa palabra, dicha por él, suena distinta. Casi... peligrosa.

En teoría es bonita. Pero en su voz, en su mundo, me hace sentir que esa libertad no es para todo el mundo. O no de la forma en que yo la entiendo.

—¿Y tú? —pregunta de pronto, devolviéndome la pelota—. ¿Te sentiste cómoda allí?

Titubeo.

—Fue… interesante —respondo, como si eso bastara para resumir todo lo que me removió aquella noche.

Él asiente, como si ya esperara esa respuesta. Como si me conociera más de lo que me gustaría admitir.

—Pero no te convenció.

Levanto la vista, un poco sorprendida de lo rápido que ha captado lo que ni yo sabía poner en palabras.

Lucas sostiene mi mirada. Sin juicio. Solo con esa calma suya que lo envuelve todo.

—No pasa nada, Júlia. No es para todo el mundo —dice, como si realmente no le importara.

Y no sé si eso me alivia… o me molesta.

Hay una punzada en el pecho, pequeña pero afilada. No me esperaba que lo dijera tan fácil. Tan resignado. Como si me estuviera descartando de algo sin luchar siquiera.

Lucas suspira, se pasa una mano por el pelo, y por un instante me parece que también a él le pesa algo.

—No quiero que pienses que intento meterte en algo que no va contigo —dice, su voz más suave de lo normal—. Ha estado bien… muy bien. Pero no quiero que te sientas incómoda con lo que soy.

Trago saliva. Hay algo en su tono que me hace sentir una distancia nueva, algo que antes no estaba ahí. O sí, pero no quería verlo.

—No me siento incómoda —respondo rápido. Quizá demasiado rápido.

Él ladea la cabeza, me observa. No me lo dice, pero lo piensa: *no te lo crees ni tú*. Y lo peor es que tiene razón.

—Te ha gustado lo que ha pasado —continúa, sin rodeos—. Eso lo sé. Pero no es solo esto lo que me gusta a mí.

La sinceridad me cae encima como una baldosa desde una azotea. Plaf. Sin aviso. Sin anestesia.

—¿Y qué es lo que te gusta a ti? —pregunto, aunque ya sé la respuesta. La he sabido desde aquella fiesta. Desde antes, incluso. Desde ese primer comentario suyo sobre lo diferentes que éramos.

Lucas no responde enseguida. Se reclina un poco en el sofá, el brazo extendido en el respaldo, girado hacia mí. Me mira como si estuviera buscando la forma más delicada de romper algo que, tal vez, ni siquiera había empezado.

—Me gusta jugar, Júlia. Me gusta… explorar. Y no siempre con la misma persona.

Ahí está. La frase. El disparo limpio.

Asiento. Muy despacio. Como si necesitara que mi cuerpo la digiriera antes que mi cabeza. Porque ya lo sabía. Pero dicho así, con esa calma, con esa claridad… suena diferente. Más real. Más definitivo.

—Y yo no puedo darte eso, ¿verdad? —pregunto bajito, casi en un suspiro.

Lucas sonríe de lado, pero no hay picardía esta vez. Solo una especie de tristeza resignada. Como si ojalá pudiera decirme otra cosa.

—No creo que quieras dármelo.

—No lo sé —admito. Y es la única verdad que puedo permitirme.

Porque no lo sé.
No tengo ni idea de lo que quiero.
Solo sé que esta noche ha sido un torbellino que me ha descolocado y, a la vez, me ha hecho sentir más viva que en mucho tiempo. Que su forma de tocarme, de mirarme, de leerme... me atrapa. Me enciende. Pero también sé que hay cosas que no sé negociar. Que, aunque quisiera abrirme a todo eso, aunque quisiera ser la mujer que encaja en su universo… hay algo en mí que se resiste. Algo que se encoge solo de imaginarlo con otra.

Con otras.

Y ese "no lo sé" no es una rendija para seguir, es un abismo entre dos mundos que, tal vez, nunca terminen de encontrarse.

Lucas asiente y suelta el aire por la nariz, como si ya lo hubiera asumido. Como si esta conversación la hubiera tenido consigo mismo mucho antes que yo.

—No quiero hacerte daño.

Sus palabras me atraviesan. Porque yo tampoco quiero que me lo haga. Y, sobre todo, no quiero hacérmelo yo sola.

—No me lo harás.

Pero él sigue mirándome como si ya lo hubiera hecho. Como si supiera que esto, inevitablemente, va a doler.

Baja la mirada y asiente, despacio. Como si estuviera digiriendo algo que yo aún no alcanzo a entender. Luego levanta los ojos, y hay algo nuevo en su expresión. Algo que me incomoda.

—Entonces… ¿qué hacemos? —pregunta, con esa calma tensa que en realidad es todo menos tranquila.

No tengo respuesta.

O sí. Pero no quiero decirla. Porque si lo hago, tendré que admitir que lo que ha pasado esta noche no puede volver a pasar.

—No lo sé.

Es lo único que me sale. Lo más honesto.

Él es el primero en romper la mirada. Humedece sus labios, se le tensa la mandíbula.

—Júlia, me gustas.

Y mi pecho se encoge. Porque yo también siento algo. Algo que no sé nombrar, pero que ya me está calando.

—Pero no puedo ser lo que necesitas.

No sé qué decir. Porque lo peor es que tiene razón.

—No busco nada —respondo, como quien se agarra a un salvavidas.

Lucas ladea la cabeza y niega con una sonrisa triste, casi con ternura.

—No todavía —me corrige, con esa certeza que desarma—. Pero lo harás. Algún día. Y yo nunca podré darte eso.

Abro la boca, pero no encuentro palabras. No me ha dejado espacio para mentir. Ni siquiera a mí misma.

Se pasa una mano por la nuca y se recuesta en el sofá. Su torso sigue desnudo, y por un segundo me pregunto si en otra vida, en otro momento, en otra versión de mí… esto hubiera terminado distinto.

Si esto fuera una película, ahora mismo me estaría acercando para besarle. Para callarle con la boca y fingir que nada de esta conversación ha pasado.

Pero esto no es una película.

Y yo no soy la protagonista perfecta.

—Te he jodido la noche, ¿verdad? —pregunta, con esa sonrisa ladeada que ya no me desarma, solo me duele un poco.

Casi me río. Casi.

—No —miento.

Él resopla. No se lo cree. Yo tampoco.

—¿Quieres que te pida un coche?

Y no sé por qué, pero eso me duele. Como si fuera una forma educada de decir: "ya está, se acabó".

Lo miro. Podría quedarme. Podría fingir que no ha pasado nada, que soy de esas personas que pueden separar, que pueden convivir con este tipo de finales suaves. Pero no quiero fingir. No esta vez. No con él.

Asiento.

Lucas no dice nada. Solo saca el móvil, lo desbloquea, desliza el dedo un par de veces. Eficiente. Distante.

—Estará aquí en cinco minutos.

Cinco minutos. Qué irónica es la vida. Me parecen una eternidad… y al mismo tiempo, no son suficientes.

El silencio entre los dos se estira, incómodo. Me gustaría encontrar una frase que rompa la tensión, que deje algo bonito en el aire

antes de irme. Pero no se me ocurre nada.

Lucas se inclina hacia adelante, apoya los codos en las rodillas y entrelaza los dedos. Luego me mira. Y en su mirada hay algo que me hace tragar saliva. Una tristeza suave, contenida. Algo que no sabe cómo decir.

—Si las cosas fueran diferentes…

Pero no lo son. Y los dos lo sabemos.

—Sí —susurro, porque no hace falta decir más.

El móvil vibra. El coche ha llegado.

—Ya está aquí —informa, como si fuera el cierre oficial de esta historia.

Me levanto. Él también. Camino hacia la puerta sin mirar atrás. Pero entonces su mano envuelve mi muñeca, suave, sin apretar. Me detengo. Mi cuerpo se congela.

Me gira hacia él. Sus ojos se clavan en los míos, intensos.

—No me arrepiento de esta noche.

Le creo.

—Yo tampoco.

Me suelta despacio, como si le costara, como si dejarme ir fuera un gesto más grande de lo que quiere admitir. Pero antes de que pueda dar un paso hacia la puerta, su mano vuelve a buscarme. Esta vez no es deseo, no es urgencia. Es algo más íntimo. Me sujeta el rostro con una ternura que me desarma.

No me da tiempo a reaccionar.

Su boca se funde con la mía en un beso que no se parece a ninguno de los de antes. No hay prisa. No hay hambre. Solo un roce profundo, sereno, como si quisiera grabarse en mi memoria.

Y lo consigue.

Ese beso me roba el aire.

Y algo más que no sé cómo se llama, pero sé que va a doler recordarlo.

Cuando se separa, su frente se apoya en la mía. Sus dedos siguen en mi mejilla, suaves, firmes, como si aún no quisiera soltarme del todo.

—Cuídate, Júlia.

Mi nombre en su voz suena a despedida. Y joder, duele más de lo que esperaba. Como si dijera adiós a algo que apenas empezó. A algo que no sabe si se va a repetir.

No me fío de mi voz, así que solo asiento. Doy un paso atrás. Rompo el contacto.

Y esta vez, cuando salgo por la puerta, no miro atrás.

Apenas cruzo el umbral del portal, las luces del coche iluminan la calle. El aire frío me da de lleno en la cara, pero no me despeja. Me tiemblan los dedos. Me arde la piel. Me arde el pecho.

Llego a la acera justo cuando el coche frena.

El conductor baja un poco la ventanilla.

—¿Júlia?

Asiento con un gesto y me meto deprisa. Cierro la puerta con más fuerza de la necesaria, como si así pudiera cerrar también todo lo que dejo detrás.

No quiero mirar atrás. No quiero darle a Lucas la oportunidad de cambiar de idea. No quiero que diga nada más.

Porque duele, un poquito.

Duele en un sitio al que no debería haber dejado entrar a nadie.

Las puertas se cierran y el coche arranca. Apenas hemos avanzado unos metros cuando la primera lágrima me resbala por la mejilla. La seco rápido. Como si eso pudiera evitar que lleguen más.

Pero no funciona.

Otra la sustituye. Y otra.

Joder.

No sé cómo pararlas.

Cierro los ojos. Me muerdo el labio. Trato de contener el nudo que me sube por la garganta. Pero el peso en el pecho es tan grande, tan inmenso, que me desborda.

Y ahí, en el asiento trasero de un coche cualquiera, mientras la ciudad sigue su curso como si nada, empiezo a llorar.

◆ ◆ ◆

Cuando llego al portal de Clara, ya no lloro. O al menos, no activamente. Las lágrimas se han secado en algún punto del trayecto, pero el pecho me sigue pesando. Sé que en cuanto hable, en cuanto me mire, en cuanto diga algo… me voy a romper otra vez.

No toco el timbre.

Saco las llaves con manos temblorosas y abro la puerta con torpeza. Subo deprisa, como si el movimiento pudiera detener lo inevitable.

Cuando cruzo la puerta, Clara está allí. Despeinada, con una camiseta enorme, y los ojos entrecerrados por el sueño. Pero en cuanto me ve, en cuanto sus ojos recorren mi cara y se detienen en los restos de lágrimas, su expresión cambia.

Desaparece el sueño. Desaparece todo.

—¿Qué ha pasado?

Y ya está.

Basta con esas dos palabras para que todo se desmorone.

Me lanzo a sus brazos y el nudo que me apretaba el pecho desde hace rato revienta. Clara me sostiene fuerte, sin decir nada más. Acaricia mi espalda con una paciencia infinita, como si supiera que no necesita entenderlo todo para estar ahí.

—Shhh… tranquila. Estoy aquí.

Pero no puedo estar tranquila.

Porque hay algo dentro de mí que no deja de gritar.
Aunque no tenga nombre, aunque no pueda explicarlo, lo siento retorcerse en lo más hondo.

Es dolor.
Es rabia.
Es confusión.
Es todo eso junto y más.

Y Clara, con su abrazo firme, se convierte en el sitio seguro donde puedo desmoronarme sin miedo.

CAPÍTULO 27

Clara no hace preguntas. Solo se mueve con esa naturalidad suya, como si supiera exactamente lo que necesito sin que tenga que decirlo.

Se levanta, va a la cocina y, al cabo de unos minutos, vuelve con dos tazas de café humeante. Deja una cerca de mí, la otra frente a ella, y se sienta en el sofá, lo suficientemente cerca para hacerme sentir acompañada, pero sin invadir mi espacio.

Me pasa una manta sin decir nada.

Bebo un sorbo. El calor me reconforta la garganta y, de algún modo, me ancla un poco al presente.

Clara no toca su café. Solo está ahí. Esperando.

Y yo… intento encontrar las palabras para todo lo que llevo dentro. Porque sigue doliendo. Porque todavía me arde la piel. Porque Lucas me ha hecho sentir cosas que no sé si quiero haber sentido.

Respiro hondo.

—Clara… —mi voz sale baja, rota.

Ella no dice nada. Solo me mira con esos ojos de amiga de siempre, sin exigencias, sin prisas. Como si fuera a quedarse ahí hasta que consiga soltarlo todo.

Y sé que lo hará.

Así que trago saliva, dejo la taza en la mesa y la miro.

—No sé ni por dónde empezar.

Clara se recuesta, cruza las piernas y se arropa con la manta que compartimos. Sus movimientos son lentos, suaves. Como si supiera que estoy hecha de cristal y que cualquier gesto brusco podría romperme.

—Empieza por donde puedas —dice, con esa voz suya que siempre suena a casa.

Cierro los ojos un instante. Tomo aire.

—He estado con él.

Clara parpadea. No parece sorprendida. Solo asiente con la cabeza, como si ya lo hubiera intuido.

—¿Con Lucas?

Asiento.

—Nos encontramos por casualidad. Yo fui a escuchar a un grupo de jazz… y él estaba allí.

Clara no dice nada. Me deja espacio. Sabe que hay más. Que lo importante viene ahora.

—No sé cómo explicarlo —susurro—. Me hizo sentir cosas que… que no sabía que podía sentir. Fue intenso, distinto. Pero cuando todo terminó… la realidad me golpeó de frente.

Ella deja la taza en la mesa, despacio. Se acomoda en el sofá y se gira hacia mí, entera, como si se preparara para sostenerme.

—¿Qué pasó?

Respiro hondo. Me cuesta encontrar las palabras.

—Él fue claro. Me dijo que no puede darme nada convencional. Que esto… lo que sea que ha pasado entre nosotros… no puede ser más.

Mi voz tiembla al final. Me aprieto las manos contra los muslos, intentando no romperme.

Clara frunce el ceño. Se nota que está procesando.

—¿Pero qué significa eso exactamente?

Trago saliva.

—Que quiere seguir con su vida. Con sus fiestas, con… otras personas.

El silencio se instala entre nosotras. Espeso, denso. Como una niebla que no deja ver más allá.

—Joder… —Clara se pasa la mano por el pelo, molesta—. ¿Te lo dijo así?

—Más o menos. No con esas palabras, pero sí. El mensaje era claro.

Ella resopla. Se le nota en la mirada esa mezcla entre rabia y tristeza. Por mí.

—¿Y tú qué hiciste?

Aprieto los labios. Me cuesta responder.

—Nada. No puedo enfadarme con él, Clara. Ha sido honesto. No me ha vendido nada que no fuera. Y lo agradezco. De verdad que sí. Pero… eso no hace que duela menos.

Clara me mira. Y en su cara hay algo entre compasión, ternura y ganas de coger un palo y partirle la cabeza a alguien.

—¿Y tú? —pregunta bajito—. ¿Tú qué quieres?

Cierro los ojos. La pregunta me atraviesa.

—No lo sé…

Mi voz es apenas un susurro.

Porque la verdad es esa.
No lo sé.
No sé si quiero más de él o si quiero alejarme. No sé si lo que siento es pura atracción o algo más. No sé si me duele porque me ha rechazado… o porque, en el fondo, yo también sabía que esto no iba a ninguna parte.

Clara suspira y, sin decir nada, se acerca y me envuelve en un abrazo. Apoyo la cabeza en su hombro, cierro los ojos. Me dejo sostener.

—Sea lo que sea, Júlia… lo que sientes está bien. Pero que algo duela no significa que tengas que aferrarte a ello.

Asiento contra su pecho. Pero sigo sin saber qué hacer con todo esto.

—No entiendo por qué me afecta tanto —confieso al separarme un poco para mirarla a los ojos—. Ha sido solo una noche. Una estúpida noche.

Clara me observa. Tiene esa mirada suya que atraviesa capas y capas, como si siempre supiera más de lo que digo. Más de lo que yo misma sé.

—A veces, una noche es suficiente para que algo se te clave —dice con esa voz suya que es puro refugio—. No te juzgues por sentir, Júlia. Pero tampoco te quedes atrapada en eso.

—¿Y qué hago entonces? —pregunto. Y me odio un poco por lo vulnerable que sueno.

—Respira —responde, sonriendo—. Y date tiempo. No tienes que tener todas las respuestas hoy.

Me dejo caer contra el respaldo del sofá y miro al techo, como si las respuestas estuvieran escritas ahí arriba, ocultas entre las sombras de la lámpara.

◆ ◆ ◆

La luz de la mañana se cuela por las persianas, dibujando líneas doradas en la pared. Me remuevo entre las sábanas, sintiendo el sueño aún pegado a la piel. Pero hay algo que me despierta.

El olor.

Café recién hecho. Tostadas crujientes. Paz.

—Buenos días, princesa —escucho la voz de Clara antes de verla.

Abro los ojos. Está allí, en la puerta, con una bandeja en las manos y una de esas sonrisas suyas que no se aprenden. Se nacen con ellas.

Y joder, qué suerte tengo de tenerla.

—¿Desayuno en la cama? —pregunto, incorporándome mientras me froto los ojos—. ¿Qué he hecho para merecer esto?

—Nada especial —responde Clara, dejándome la bandeja sobre las piernas—. Solo ser tú.

En la bandeja hay un café con leche humeante, dos tostadas con mantequilla y mermelada y un plátano cortado en rodajas. Práctico y dulce, como ella. Clara se sienta al borde de la cama.

—¿Cómo estás? —pregunta en voz baja, mientras yo acerco el café a los labios.

Hago una pausa. Sorbo un poco. El calor me reconforta desde dentro, como si cada trago me fuera recolocando en el cuerpo. Y entonces lo noto: algo ha cambiado. No sé si es el descanso, la charla de anoche o simplemente la presencia de Clara, pero hoy lo siento más claro. Más llevadero.

—Estoy bien —digo. Y esta vez no es una mentira—. O al menos… mejor que ayer.

Ella asiente, como si llevara esperándolo desde que abrió los ojos.

—¿Y qué piensas de todo esto? —pregunta, sin decir su nombre, pero sabiendo que ambas lo tenemos presente.

Cojo una tostada, le doy un mordisco y dejo que el sabor me dé unos segundos más para pensar.

—Pienso que Lucas fue sincero —digo, con la voz más firme de lo que esperaba—. No me dio falsas esperanzas. No jugó conmigo. Me dijo lo que quería, y sí, dolió. Pero también lo respeto.

Clara me observa, entre orgullosa y sorprendida.

—Eso es madurez, Júlia —dice, con una media sonrisa—. No muchas personas son capaces de ver las cosas así de claras, tan pronto.

—No digo que no me guste —respondo, tragando el nudo junto con el bocado—. Porque sí, me gusta. Me gusta su sonrisa, su forma de mirarme, su energía... Pero no somos compatibles. No queremos lo mismo. Y eso no es culpa de nadie.

Clara me devuelve una sonrisa cálida. Y siento que algo dentro de mí se afloja. Como si por fin pudiera soltar el aire que llevaba conteniendo.

—Escucha —dice Clara sin rodeos, entrando como una tormenta con moño despeinado y energía prematura—, he pensado que hoy necesitamos algo que nos active. Algo que nos haga sentir vivas, poderosas y, ya que estamos, quemar todo lo que nos hemos zampado estos días.

—¿Y qué propones? —pregunto, intrigada.

—Body combat —responde, con una sonrisa de esas que deberían estar prohibidas antes de las diez de la mañana—. Hay una clase esta mañana en un gimnasio cerca de aquí.

—¿Body combat? —me río—. ¿Eso no es lo de pelear contra enemigos invisibles?

—Exactamente —dice con una emoción que me preocupa un poco—. Música a tope, puñetazos al aire, patadas voladoras… Es como canalizar tu energía negativa con estilo. Adrenalina pura y sin terapia.

—Suena intenso —respondo, sonriendo con un poco de miedo—. ¿Y si me caigo de una de esas telas o me rompo un tobillo?

—No hay telas, drama queen. Solo tú, tu rabia y muchas ganas de sudar —dice entre risas—. Es perfecto para sacar esa vibra de "mindpositive" que tanto se lleva ahora. Ya sabes: "libera tu mente, libera tu cuerpo".

—Ah, claro, la típica frase que suena bien en Instagram pero nadie sabe exactamente qué significa —bromeo mientras muerdo una tostada.

—Exacto —asiente, entusiasmada—. Pero bromas aparte, a veces lo que necesitas no es pensar más, sino mover el culo.

—Vale, me apunto —digo, asintiendo con resignación—. Pero si me desmayo, tú me cargas de vuelta a casa.

—Trato hecho —responde, guiñándome un ojo—. Pero venga, acaba ese desayuno. La clase empieza en una hora y no pienso llegar tarde a liberar demonios.

El local está en una callejuela de Chamberí, escondido entre edificios antiguos con balcones llenos de macetas y ropa tendida que parece no secarse nunca. La fachada es discreta, como si no quisiera llamar la atención. Pero en cuanto cruzamos la puerta, todo cambia.

Luces de neón. Espejos por todas partes. Música electrónica que se mete en el pecho como si te estuviera marcando el ritmo del corazón. Un sitio que huele a esfuerzo, a sudor... y a ganas de superarse.

—Vaya —murmuro, echando un vistazo general—. Esto parece más un club que un gimnasio.

—Me encanta —responde Clara, con una sonrisa que brilla más que las luces del techo—. Ya me siento más fitness solo por estar aquí.

Nos registramos en recepción y nos indican el camino a la sala. Al entrar, la realidad nos da un bofetón visual: tres chicas con leggings de compresión y tops que podrían ser de una campaña publicitaria; dos chicos con músculos que no saben lo que es un día de descanso, y todos haciendo movimientos que parecen parte de una coreografía de Beyoncé.

—¿Seguro que esto es para principiantes? —susurro, sintiendo cómo la inseguridad empieza a bailarme zumba en el pecho.

—Relájate —dice Clara, dándome un codazo suave—. Todos empezamos alguna vez. Además, mira quién está delante.

Sigo su mirada y… madre mía.

El profesor.

Alto, moreno, tiene una de esas sonrisas que hacen que te olvides de cómo se conjugan los verbos. Sonríe como si no costara. Como si supiera exactamente lo que provoca y estuviera encantado de hacerlo.

—Hola, chicas —saluda mientras se acerca con una energía que casi ilumina la sala—. ¿Primera vez?

—Sí —respondo, intentando sonar natural, aunque tengo el rubor a punto de instalarse en mis orejas—. Espero no morir en el intento.

Se ríe.

—No os preocupéis, os guiaré paso a paso —dice—. Soy Adrián, por cierto.

—Clara —extiende la mano con una sonrisa que delata más interés del necesario—. Y ella es Júlia.

—Encantado —responde él, estrechándonos la mano con un apretón firme que me deja temblando un poco los dedos—. Vamos, preparaos, que empezamos en cinco minutos.

Nos colocamos en el centro de la sala y Clara se inclina hacia mí con voz de conspiración:

—¿Lo ves? Esto ya ha valido la pena solo por verle de cerca.

—Clara, por favor —respondo, conteniendo la risa—. Hemos venido a sudar, no a ligar.

—Exacto. Y yo ya estoy sudando solo de mirarle.

Pongo los ojos en blanco, pero sonrío.

Esto promete.

La clase empieza con una música que parece sacada de una peli de acción. De esas en las que alguien corre por su vida o se enfrenta a un ejército entero.

Adrián se coloca al frente, en el centro de la sala, y se mueve con una seguridad que da rabia y envidia a partes iguales. Cada gesto suyo parece coreografiado. Hasta respirar le queda bien.

—¡Vamos, chicas! —grita, con una voz de anuncio de televisión y sonrisa de portada—. Hoy venimos a liberar energía, a soltarlo todo. No se trata de ser perfectos, sino de sentir.

Empezamos con golpes al aire, patadas bajas, saltos que me hacen replantearme si mi cuerpo recuerda lo que es tener coordinación. Al principio me siento como una marioneta mal manejada, pero poco a poco, la música me atrapa y me dejo llevar.

—¡Eso es, Júlia! —me grita Adrián desde el frente—. ¡Suelta todo lo que llevas dentro!

Y vaya si lo suelto.

Golpeo el aire como si fuera Raúl, como si fuera Lucas, como si fueran todas las veces que he tenido que callarme lo que sentía. Y, joder, qué bien sienta. Clara, a mi lado, lo da todo con la gracia de quien se cree en un videoclip, riendo y sudando como si no hubiera un mañana.

—¡Vamos, chicas! — repite Adrián, subiendo el volumen—. ¡Este es vuestro momento!

Y sí. Lo es.

Al acabar, estoy empapada, agotada, con las piernas temblando... pero también estoy feliz. El tipo de felicidad que solo llega cuando has vaciado el cuerpo de todo lo que te sobraba.

—¿Qué tal? —pregunta Clara, recogiendo su botella y su toalla.

—Increíble —respondo, jadeando pero sonriendo—. No sabía cuánto lo necesitaba hasta ahora.

—Te lo dije —dice ella, triunfante—.

En el vestuario, todo huele a limpio, a desinfectante y a gente que ha sobrevivido al apocalipsis del body combat. Nos sentamos en un banco de madera, aún sudadas, aún con las pulsaciones por las nubes, pero con la cara llena de satisfacción.

—Vaya —murmuro, pasándome una toalla por la frente—. Ha sido como resetearme desde dentro.

Justo entonces suena el móvil de Clara. Lo saca, lo mira… y sonríe.

—Es nuestro grupo de las tres —dice, enseñándome la pantalla.

Marina ha escrito:

"Chicas, confirmado: llego pasado mañana a las 11. ¿Quedamos en casa de Clara o nos vemos en algún sitio?"

Clara contesta en cuestión de segundos:

"En casa, sin duda. Así te recibimos como te mereces, reina."

Yo no tardo en sumar mi granito de amenaza amistosa:

"Trae comida. O te quedas sin sofá."

Marina responde con un emoji llorando de risa y:

"Vale, jefas. Os quiero."

—Qué ganas de verla —digo, guardando el teléfono con una sonrisa tonta.

—Sí —asiente Clara—. Va a estar genial. Como en los viejos tiempos.

Pero antes de que podamos seguir hablando, el teléfono de Clara vuelve a sonar. Esta vez, con otro mensaje. Ella lo lee y levanta una ceja divertida.

—¿Óscar? —pregunto, al ver su expresión.

—Sí —dice, sonriendo con complicidad—. Le dije que estabas aquí. Quería que os conocierais.

Y entonces, lee en voz alta:

"Chicas, estoy libre esta tarde. ¿Os apetece vernos en algún sitio chulo? Podemos ir a La Paca en Malasaña o a Ojalá en Lavapiés. Vosotras decidís."

—Me apunto —digo, animada—. ¿Qué tal Ojalá? He oído que está genial.

—Perfecto —responde ella mientras ya va escribiendo la respuesta—. Le digo que quedamos allí a las 7.

Ojalá es uno de esos lugares que transportan a otro mundo en cuanto cruzas la puerta. Luces tenues, paredes de ladrillo visto, mesas de madera rústica, y un aroma delicioso a velas, café y tapas recién hechas. Tiene esa mezcla entre bohemio y moderno que te hace sentir que estás en el sitio correcto.

Clara y yo llegamos puntuales, pero Óscar ya está allí, apoyado en una mesa cerca de la barra, con una sonrisa que ilumina toda la sala.

—¡Chicas! —exclama al vernos, levantándose para saludarnos—. Qué alegría veros.

—Óscar, te presento a Júlia —dice Clara con su tono de presentadora de gala—. Júlia, él es Óscar. Uno de los pocos hombres decentes que quedan en Madrid.

—Encantada —digo, ofreciéndole la mano con un apretón cálido y directo—. Me han hablado mucho de ti.

—Espero que bien —responde, sonriendo. —El placer es mío —añade Óscar, con una sonrisa tan sincera que me desarma un poco —. Hacía siglos que no nos veíamos, ¿no?

—Desde aquella fiesta —digo, recordando vagamente aquella noche llena de luces tenues y rostros borrosos—. Aunque la verdad es que apenas hablamos.

El tintineo de las copas marca el inicio oficial de la tarde. Una de esas que sabes que recordarás porque no tiene nada de extraordinario, pero está llena de pequeños momentos que se sienten bien. Hablamos de todo y de nada: de Madrid, del trabajo, de los planes para las fiestas, de la última serie que nos tiene enganchadas. Óscar tiene una forma de contar cosas que hace que todo parezca divertido. Clara y yo nos soltamos sin darnos cuenta, como si lleváramos años compartiendo sobremesas con él.

—¿Y qué tal la clase de body combat? —pregunta Óscar en un momento, con media croqueta en la mano.

—Agotadora —responde Clara, riendo—. Júlia casi se desmaya, pero sobrevivió con estilo.

—Hey, no exageres —protesto entre risas—. Aunque sí, ha sido intenso. Brutal. En todos los sentidos.

—Me alegra oírlo —dice él, apoyándose en la mesa con expresión relajada—. A veces, lo único que necesitamos es un buen puñetazo al aire para vaciarnos por dentro.

—Exacto —digo, alzando la copa como quien brinda por una victoria personal—. A eso he venido. A liberarme de mierdas acumuladas.

La tarde se nos escurre entre copas, tapas y carcajadas. Óscar insiste en que probemos las croquetas de jamón —spoiler: son un escándalo— y Clara no para de bromear con que deberíamos instaurar la tradición de hacer esto una vez por semana. Mínimo.

—Esto es lo que necesitamos —dice—. Más tardes como esta. Sin dramas, sin exigencias. Solo buen rollo.

—Totalmente —añado, dejando la copa sobre la mesa—. Se me está olvidando hasta que la vida últimamente me ha pasado por encima.

Es entonces, con el vino haciendo lo suyo y la conversación flotando ligera, que me lanzo.

—Óscar, ¿cómo es trabajar en esas fiestas? —pregunto, como si fuera una pregunta más, pero sabiendo que no lo es. Estoy midiendo sus reacciones, queriendo entender algo más.

Él me mira, como si no esperara eso, pero tampoco le incomodara. Sonríe con un punto de picardía.

—¿Por qué lo preguntas? —responde, con esa voz suya entre curiosa y burlona.

—No sé —respondo, encogiéndome de hombros—. Es solo que... esa noche fue distinta. Y me da curiosidad saber qué pasa realmente en esos lugares.

Óscar se reclina un poco, me observa como si midiera cuánto contar.

—Es un mundo aparte —dice al fin—. Gente con dinero, poder, influencia... pero también con ganas de soltarse. Allí nadie juzga a nadie. Afuera son jefes de empresas, políticos, padres de familia. Dentro... son solo deseos sueltos.

—¿Y tú? —pregunto, intentando restarle intensidad con una sonrisa —. ¿Qué papel juegas tú en todo eso?

—Yo solo sirvo copas —responde, riéndose—. Pero sí, hay normas muy estrictas para el personal.

—¿Normas? —Clara se mete en la conversación, con el ceño ligeramente fruncido.

—Un montón —dice Óscar, bajando un poco la voz, como si de verdad no debiera contarlo—. Por ejemplo, si alguien da un nombre falso, usamos ese nombre y punto. No se puede ligar con los clientes. Nada de flirteo, ni medio tonteo. Los móviles personales están prohibidos. Nos dan unos antiguos, con teclado, solo para emergencias internas.

—Vaya —murmuro—. ¿Y eso lo cumple todo el mundo?

—Más les vale. Se toman muy en serio la privacidad. Hay seguridad, pero discreta. Si alguien se pasa con las copas, el equipo se avisa por código. Y si alguien pregunta por otra persona... silencio absoluto. Aunque la tengan delante.

Me quedo un segundo en silencio, dándole vueltas a lo que acaba de decir.

—¿Y el piso de arriba?

Lo suelto sin pensarlo demasiado. Pero la curiosidad me quema la lengua.

Óscar se ríe, pero su mirada cambia. Hay algo que no dice.

—Eso ya es otro nivel —responde, ladeando la cabeza—. Yo no subo. Mi lugar es la barra... y con eso ya tengo material de sobra para escribir un libro.

—¿Y la gente? —insisto. No sé por qué, pero necesito saber. Tal vez busco algo de Lucas entre sus palabras. O algo de mí.

Óscar me observa con atención, como si supiera que mi pregunta va mucho más allá de la simple curiosidad.

—Son personas —dice al fin, con cuidado—. Como tú, como yo... pero con otros códigos. Algunos buscan morbo. Otros, algo más oscuro. Pero todos están ahí por lo mismo: por una sensación que no encuentran fuera. Por una forma de libertad que en su día a día no se pueden permitir.

—¿Y eso es bueno? —pregunto, sintiendo cómo algo se agita dentro de mí.

Óscar se toma su tiempo. No responde enseguida, como si lo que fuera a decir pudiera cambiar algo.

—Depende —responde —. Para algunos, es liberador. Es el único sitio donde pueden explorar lo que son de verdad. Sin filtros, sin máscaras. Para otros... es solo una vía de escape. Un lugar donde todo lo que pesa fuera, desaparece por unas horas.

Me inclino un poco hacia adelante, sin darme cuenta. La curiosidad me arde en la piel.

—¿Y qué hacen exactamente?

Óscar me sostiene la mirada. Duda. Pero luego se decide.

—Es un club donde la gente lleva sus fantasías al límite. Hay orgías, juegos de poder, dinámicas que no podrías imaginarte en otro contexto. Todo con normas claras, pero sin las reglas de siempre.

—¿Y cómo es eso? —repito, casi en un susurro. No sé si quiero que siga hablando o que pare.

Él se reclina en la silla, ahora más serio.

—Es difícil de explicar. Pero si tuviera que resumírtelo… imagina un sitio donde todo está permitido. Donde nadie te juzga. Donde puedes mirar y ser mirada. Donde los deseos más oscuros se hacen realidad… y nadie dice nada.

El silencio que se instala en la mesa es espeso.

Hasta que Clara decide intervenir con su habitual estilo.

—Vaya, vaya —dice, con media sonrisa—. Toda esta información suena a que estás investigando a Lucas más que al club en sí.

Óscar suelta una risa y me lanza una mirada cargada de intención.

—Ah, sí. La noche que os conocisteis… Lucas y tú.

Siento el calor subirme por el cuello. Clara lo nota, por supuesto.

—Vamos, Júlia —dice, con tono travieso—. Reconócelo. Todo esto de las normas, las salas privadas, el piso de arriba… lo quieres saber porque Lucas te ha dejado medio loca.

Óscar alza una ceja, divertido, y yo me quedo en silencio un par de segundos. Mi copa está a medio camino entre la mesa y mis labios, y me doy cuenta de que no sé si quiero seguir escuchando… o preguntar más.

Al final, respiro hondo.

—Sí —admito, bajando la mirada hacia mi copa—. Hay algo dentro de mí que necesita entender lo que pasa ahí. Y no es solo por Lucas… aunque sí, él tiene parte de culpa.

Dibujo un pequeño círculo con el dedo en el borde de la copa, como si eso pudiera darme las palabras que aún no encuentro del todo.

—Es más que él —añado, con un suspiro—. Es como si ese mundo… me llamara. Como si algo dentro de mí necesitara saber qué se siente al estar del otro lado. Donde la gente se libera. Donde no hay juicios. Donde todo es posible.

Clara me mira, sorprendida por mi sinceridad. No dice nada al principio. Solo me observa, como si intentara descifrar si realmente soy yo la que acaba de hablar. Óscar, en cambio, asiente, tranquilo, con una expresión que mezcla comprensión y advertencia.

—Lo entiendo —dice, apoyando los codos en la mesa—. Es normal sentir curiosidad por lo que no conoces, sobre todo cuando eso te toca de cerca. Pero Júlia… ten cuidado. Ese mundo puede ser fascinante, sí, pero también jodidamente peligroso. No todo es liberación y fantasía. Hay sombras. Y no siempre se ven venir.

Sus palabras me calan hondo. Las siento retumbar dentro.

—Lo sé —respondo, con un nudo en la garganta—. Pero necesito entenderlo. Saber qué hay allí. Qué hay en Lucas… y qué hay en mí.

Óscar me sostiene la mirada. Parece debatirse internamente, como si no supiera si decir lo que está a punto de decir. Pero entonces, con decisión, suelta:

—Si lo necesitas tanto, puedo conseguir entradas. Mañana hay otra fiesta como la de aquella noche. Mis contactos siguen activos.

Un silencio espeso se instala entre los tres.

Clara y yo nos miramos. Y por un segundo, el mundo se detiene. Ella me observa como si acabara de descubrir a una versión de mí que no conocía.

—¿Dónde está mi amiga y quién eres tú? —pregunta, entre seria y en broma, mirándome con los ojos bien abiertos—. Júlia… ¿de verdad quieres hacer esto?

No contesto enseguida.

Mi mente ya ha cruzado esa puerta. La imagino de nuevo: las luces tenues, las habitaciones de cristal, los cuerpos entrelazados bajo miradas curiosas, los susurros, el deseo sin filtros. Lucas. En algún rincón. Observando. Participando. ¿Y yo? ¿Sería capaz de mirarlo a los ojos después de saber más? ¿O de querer más?

Mi pulso se acelera. Me ruborizo. Es como si una parte de mí ya estuviera allí.

Al fin, miro a Clara. Y, contra todo pronóstico, mi voz suena firme:

—Ven conmigo.

Clara parpadea, sorprendida. No es fácil pillarla fuera de juego, pero lo he conseguido.

—Júlia, yo me apunto a casi todo, lo sabes. Pero hasta para mí esa noche fue… intensa —dice, bajando un poco la voz, con una sonrisa nerviosa—. ¿Estás segura?

—No —admito—. Pero necesito hacerlo igual.

Óscar, que hasta ahora se había mantenido en segundo plano, saca el móvil con la calma de quien ya lo tenía todo pensado. Nos envía dos códigos QR.

—Aquí tenéis las entradas —dice, mirándonos con una sonrisa cómplice—. Mañana a las diez. No lleguéis tarde.

Clara alza una ceja, pero agarra su teléfono y guarda el código como quien acepta un reto que no sabe muy bien por qué ha aceptado.

—Vale, me apunto —dice finalmente—. Pero con una condición: no me dejes sola ni me arrastres a ninguna de esas habitaciones de cristal.

—Trato hecho —respondo, sonriendo.

—Gracias, Clara.

—De nada —dice, levantando su copa—. Pero si esto sale mal, te lo voy a recordar el resto de tu vida. Con lujo de detalles.

La tarde empieza a desvanecerse entre el murmullo de la ciudad. El local se vacía poco a poco, y las luces tenues ganan protagonismo, como si supieran que ahora toca el turno de los secretos. Óscar se levanta, se estira como quien ha hecho bien su parte, y nos abraza antes de desaparecer entre la gente.

Clara y yo salimos a la calle. El aire fresco nos envuelve con suavidad, y Madrid, como siempre, late con esa energía suya que parece eterna. Caminamos despacio, sin hablar, cada una metida en su propia película.

Yo solo puedo pensar en mañana. En ese lugar. En lo que puede pasar. En lo que puedo descubrir de Lucas… pero sobre todo, de mí.

—¿Crees que estoy loca por hacer esto? —pregunto al fin, rompiendo el silencio.

Clara se ríe bajito. No se burla, solo me entiende.

—No —dice—. Solo eres curiosa. Y valiente. Pero, sobre todo… humana.

Sonrío, sintiendo cómo sus palabras me aflojan algo por dentro. Esa mezcla entre miedo y emoción que llevo a flor de piel desde que vi ese código en la pantalla.

—Gracias por esto.

—De nada —responde, enlazando su brazo con el mío—.

Llegamos a casa y el cansancio del día me cae de golpe encima, como si mi cuerpo también supiera que mañana no será un día cualquiera.

Mientras me meto en la cama, el cuerpo empieza a relajarse, pero mi mente no. Ella va por libre. Se escapa, viaja sin permiso a la fiesta de mañana, a ese club con luces tenues y secretos escondidos tras cada puerta.

Me imagino las habitaciones de cristal. Las siluetas entre sombras. Cuerpos que se buscan sin vergüenza, sin límites, sin nadie que les diga lo que está bien o mal. Gente mirando. Observando. Y otros dejándose ver.

El pulso se me acelera. Las mejillas me arden.

No puedo evitarlo. Cierro los ojos y me veo allí. Paseando por esos pasillos como si formara parte de ese mundo, como si lo entendiera. Como si me perteneciera.

Y, sin embargo, hay una parte de mí que se queda atrás. Que duda. Que se pregunta si estoy lista para verlo, para sentirlo. Para vivirlo.

¿Y si no lo estoy?
¿Y si sí?

Respiro hondo, abrazo la almohada como si pudiera protegerme de mí misma, y dejo que el sueño me lleve… aunque sé que, esta noche, la que va a soñar es otra Júlia. Una más atrevida. Una que aún no sé si soy… o si siempre he sido y no me había dado cuenta.

CAPÍTULO 28

Estoy aquí. Justo en la entrada. El corazón me late tan fuerte que casi puedo oírlo, como si llevara un tambor dentro del pecho. Las manos, frías. Las mejillas, ardiendo. No me reconozco. No soy la Júlia que sale a correr los domingos por la mañana, ni la que se pasa horas frente al ordenador en la oficina, ni siquiera la que llora en el sofá de Clara después de una mala cita.

Soy otra.

Una que lleva un top de manga larga con un escote lo bastante pronunciado como para sentirse sexy, pero aún dentro de los márgenes de la elegancia. El pantalón de pinza negro se ajusta como si hubiera sido hecho a medida, marcando cada curva con una precisión casi obscena. Me he hecho tirabuzones, que caen sueltos sobre los hombros, dándome un aire entre sofisticado y provocador. Y los labios, pintados de un burdeos intenso, son el toque final.

Me miro en el reflejo de la puerta.
¿Quién eres, Júlia?

El local sigue igual que la última vez. Discreto. Anónimo. Una fachada sobria que no insinúa nada de lo que esconde dentro. Pero yo lo sé. Lo recuerdo. Las luces. La música que vibra en los huesos. Las miradas afiladas como dagas. Y las habitaciones de cristal. Esas malditas habitaciones.

Clara está a mi lado, impecable en su vestido negro ceñido y botas altas. Tiene ese aire de chica mala que, aunque se lo ponga por diversión, le queda demasiado bien. Me observa con una mezcla de preocupación y curiosidad.

—¿Lista? —pregunta, ajustándose el bolso.

No respondo de inmediato.
¿Estoy lista?

Hay algo en este lugar que me llama, que me arrastra sin explicaciones. Algo que no entiendo, pero que me pulsa en el pecho. Como si, por algún motivo, necesitara estar aquí. Sentir esto. Verlo todo. Pero también hay una parte más pequeña —más mía— que me susurra que esto es demasiado, que no soy yo, que lo más sensato sería dar media vuelta y volver a casa.

—Júlia —dice Clara, tocándome suavemente el brazo—. Si no quieres hacer esto, nos vamos.

Sacudo la cabeza.
—No —respondo, con más firmeza de la que siento—. Estoy lista.

Ella asiente, sin necesidad de decir nada más. Lo entiende, aunque no lo comparta.

Nos acercamos a la puerta. Y ahí está Érica. Impecable. Intimidante. Exactamente igual que la primera vez.

—Buenas noches. Soy Érica —dice, con esa voz suave pero firme que parece ensayada al milímetro—. ¿Puedo ver su invitación?

Tengo un déjà vu tan nítido que me parece oír mi respiración del día en que entramos por primera vez. Clara saca su teléfono y muestra

el código QR. Érica lo escanea con un dispositivo diminuto y nos mira con su expresión profesional, imperturbable.

—Bienvenidas. Les recuerdo que los móviles deben permanecer guardados durante la fiesta.

Asentimos. Clara guarda su móvil en el bolso.

Érica nos observa un segundo más, como si buscara algo en nuestras caras. Como si supiera que, al menos una de nosotras, no ha venido solo por curiosidad.

—Les deseo una buena noche —dice finalmente.

Nos hace un gesto para que pasemos. El hombre de seguridad abre el portón negro y revela un pasillo iluminado con luces tenues que parecen susurrar secretos al oído. Clara me lanza una mirada rápida, con una sonrisa nerviosa en los labios.

Cruzamos el umbral, y el sonido nos envuelve de inmediato. Una mezcla de electrónica envolvente y bajos profundos que retumban en el pecho como un segundo corazón. Las luces, cálidas y difusas, bailan sobre las paredes y el suelo. El aire huele a perfume caro y a algo más... algo denso, cargado, que me eriza la piel y me mantiene alerta.

Cada paso hacia el interior intensifica las sensaciones. Un calor lento nace en mi estómago y se desliza hacia abajo, serpenteando por mis piernas, que de repente parecen de gelatina. Y entonces, sin quererlo, sin planearlo, mi mente vuelve a él.

A Lucas.
A sus manos.
A su boca.
A cómo me deshizo.

Me recorre un escalofrío cálido. Me siento húmeda. Y una presión familiar se instala en mi vientre, reclamando atención. Mi cuerpo no ha olvidado. Todo lo contrario. Este lugar parece reactivar cada recuerdo, cada roce, cada respiración compartida.

La sala principal nos recibe con un impacto visual: luces ámbar, música embriagadora, cuerpos que se mueven con una soltura que hipnotiza. Dirijo la mirada hacia la barra. Y allí está él. Óscar. Sirviendo cócteles como si fuera una extensión de la música, con esa elegancia suya que mezcla carisma con misterio.

—Vamos —dice Clara, tirando suavemente de mi mano—. Óscar nos ha visto.

Asiento, aunque mis ojos se distraen. El lugar está más lleno que la última vez. Y todo… vibra.

Necesito absorber cada detalle. Cada uno. Como si registrarlos en mi memoria me diera control sobre algo que, en el fondo, ya me desborda.

Las mujeres visten lencería convertida en arte: encajes oscuros, corsés ajustados, medias que insinúan más que muestran. Irradian una seguridad que abruma. Saben por qué están aquí. Y lo disfrutan.
Los hombres tampoco se quedan atrás. Trajes impecables, corbatas flojas, camisas medio abiertas, miradas cargadas de intención. Exudan poder. Seguridad. Deseo.

Hay de todo: cuerpos, edades, estilos. Gente bailando, riendo en corrillos discretos, y otros que ya se deslizan hacia zonas más oscuras del local. Más íntimas. Más privadas.

El ambiente es denso. Casi eléctrico. Y yo… no sé si tengo miedo o excitación. Quizás las dos cosas. Y quizás por eso me gusta tanto.

Clara me toca el brazo.

—Júlia —dice, señalando con la cabeza—. Óscar.

Levanto la vista. Él sonríe, y de repente, una extraña tranquilidad me invade. Como si, dentro del caos de esta noche, tener un rostro conocido fuera suficiente ancla para no perderme del todo.

—Chicas —dice Óscar, acercándose con esa seguridad suya tan desarmante—. Bienvenidas de nuevo.

—Gracias —respondo —. El local está… impresionante.

Óscar sonríe. Como si supiera exactamente lo que estoy sintiendo.

—Sí —dice—. Hoy es una noche especial. ¿Qué os apetece tomar?

—Un cóctel —salta Clara, con una sonrisa traviesa—. Algo que nos ponga en ambiente.

Antes de que pueda responderle, me adelanto.

—Un chupito primero —digo, con voz decidida. Más firme de lo que esperaba incluso para mí.

Clara me mira, arqueando una ceja.

—¿Un chupito? —pregunta, medio riéndose—. ¡Hoy promete!

No digo nada. Solo sonrío. Y miro a Óscar, que ya está sacando una botella de tequila y tres vasitos de cristal.

—Buena elección —dice, mientras sirve—.

Brindamos. El sonido del cristal al chocar marca el inicio de algo que no sé bien cómo nombrar, pero que ya siento en la piel.

—Por nosotras —dice Clara, aún sin quitarse esa expresión de incredulidad divertida.

El líquido desciende por mi garganta como fuego líquido. Y ese calor… se esparce. Lentamente. Desde el pecho hasta las piernas. Me siento despierta. Consciente de todo.

—Ahora sí —susurro, con una media sonrisa—. Estoy lista.

Me giro, dando la espalda a la barra, apoyando los codos sobre el mármol frío, y dejo que mis ojos exploren el local. Todo sigue latiendo. Las luces. La música. La gente.

Entonces los veo. Un grupo a pocos metros. Dos parejas, sentadas juntas, compartiendo algo más que una charla casual.

Hay una energía entre ellos. Silenciosa. Eléctrica. Las miradas que se cruzan son cargadas, casi caricias. Y, sin embargo, no hay nada torpe o vulgar. Solo… naturalidad.

Una de las mujeres —pelo suelto, vestido rojo ceñido que parece pintado sobre su cuerpo— se inclina hacia la otra. Le aparta un mechón de pelo con un gesto lento, casi reverente. Y esa mano… se desliza, suave, por el cuello de su amiga, acariciando como si supiera exactamente cómo hacerlo.

No hay pudor. Ni poses. Ni teatro.

Solo complicidad. Plena. Casi luminosa.

Los cuatro sonríen. No es una sonrisa inocente, pero tampoco es sucia. Es una sonrisa de quienes se entienden. De quienes han dejado los filtros fuera.

—¿Qué ves? —pregunta Clara, acercándose a mi.

—Ellos —digo sin apartar la vista del grupo—. Hay algo en cómo se miran, en cómo se tocan… Es como si estuvieran en su propio mundo.

Clara sigue mi mirada y observa durante unos segundos a las dos parejas.

—Sí —dice al fin—. Se nota que están aquí por lo mismo.

—¿Y qué es eso? —pregunto, casi en un susurro.

Clara se encoge de hombros, pero sonríe, como si la respuesta le pareciera obvia.

—Libertad —responde—. Aquí la gente viene a ser quien realmente es. Sin miedo. Sin juicios.

Asiento. Sus palabras se me quedan grabadas en algún lugar profundo. Tal vez eso es lo que me arrastró hasta aquí. La posibilidad de permitirme ser. Sin excusas. Sin filtros.

—¿Y tú? —pregunta entonces Clara, girando un poco la cabeza hacia mí—. ¿Qué buscas aquí, Júlia?

No contesto de inmediato. Sigo observando al grupo. Cómo se ríen, cómo se acercan. Cómo se rozan sin pudor, como si sus cuerpos ya hubieran aprendido a comunicarse solos.

—No lo sé —respondo, al fin—. Pero creo que estoy a punto de descubrirlo.

Nos quedamos un rato más apoyadas en la barra, dejándonos llevar por el ambiente, por la música envolvente y la calidez de las copas. Hasta que dos hombres se acercan. El rubio es atractivo, de unos treinta y tantos, con una sonrisa de esas que invitan a confiar y unos

ojos que saben lo que hacen. El moreno es más discreto, pero tiene una presencia fuerte. Silenciosa. Intensa.

El rubio se inclina ligeramente hacia nosotras, apoyando el brazo en la barra. Su voz es baja, envolvente, como una caricia medida.

—No os había visto antes —dice, mirándonos a ambas, aunque se detiene un segundo más en Clara—. Y créeme, os habría recordado.

Clara sonríe sin esfuerzo. Es esa sonrisa que usa cuando sabe que tiene toda la atención del mundo.

—Es nuestra segunda vez —responde, jugueteando con el borde de su vaso—. Aunque la primera fue... interesante.

Él se ríe. Una risa cálida, contagiosa.

—Interesante es una forma de decirlo —murmura, con una mirada cargada de dobles sentidos—. Este lugar tiene esa magia.

El moreno, que hasta ahora no ha dicho nada, se inclina hacia mí. Su voz es grave, pero suave. Sabe lo que hace. Y lo hace bien.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Qué te trae por aquí?

Me sostiene la mirada con esa calma que me descoloca. Como si no tuviera prisa. Como si ya supiera que va a obtener la respuesta que quiere.

—Curiosidad —respondo, sin apartar la vista de sus ojos—. Y ganas de ver qué se siente… al estar del otro lado.

David —que pronto sabremos que así se llama— levanta una ceja, divertido.

—Del otro lado —repite, como saboreando las palabras—. Eso suena prometedor.

Clara se ríe, y el sonido es tan libre que por un momento olvido dónde estamos.

—Prometedor y peligroso —añade, mirando a David con una sonrisa descarada—. Justo como nos gusta.

Marcos, el moreno, sigue observándome en silencio. No hay prisa en sus gestos, pero tampoco duda. Es como si me estuviera estudiando. O leyendo. Y no sé por qué, pero eso me gusta.

—¿Y vosotros? —pregunto, buscando nivelar el juego—. ¿Qué os trae por aquí?

David sonríe, pero esta vez es Marcos quien contesta.

—Libertad —dice, con una seguridad tranquila—. Aquí venimos a quitarnos las máscaras. A ser de verdad.

Clara y yo intercambiamos una mirada. Una de esas que no necesita palabras. Sabemos lo que estamos pensando. Lo que estamos sintiendo. Este lugar, esta noche, esta gente... tiene algo que tira de nosotras hacia lo desconocido.

—Entonces —dice David, levantando su copa—, ¿os apetece otro trago?

Clara sonríe. Y esta vez, la respuesta es pura decisión.

—Por qué no —dice, mirándolo de frente—.

David se ríe, y el sonido es tan atractivo como el resto de él.

En segundos, Óscar aparece frente a nosotras con dos copas distintas a las anteriores. El líquido es oscuro, denso, con un tono ámbar profundo. El aroma que desprenden es una mezcla de especias y cítricos, cálida y provocadora.

—Para las valientes —dice Óscar, con esa sonrisa suya que parece saber demasiado.

David alza su copa, mirándonos a Clara y a mí como si brindara por algo más que una bebida.
—Por nuevas experiencias —dice, casi en un susurro.

—Por nuevas experiencias —repetimos al unísono, chocando nuestras copas.

El trago es fuerte, con un primer golpe que quema ligeramente al bajar, pero deja un regusto dulce, cálido, que se queda en mis labios. Siento cómo el calor se extiende por todo mi cuerpo, relajando mis hombros, soltando tensiones. Pero también despertando algo. Una parte de mí que llevaba tiempo dormida.

—¿Qué os parece el lugar hasta ahora? —pregunta Marcos, a mi lado, su voz grave apenas se oye por encima de la música.

Su brazo roza el mío, un contacto mínimo pero suficiente para erizarme la piel. Me giro un poco hacia él, dejándome envolver por su cercanía.

—Es... diferente —respondo, dejando escapar el aire lentamente—. No sé si es la música, la gente o el ambiente, pero hay algo en todo esto que... te hace sentir en otro mundo.

—Eso es exactamente lo que buscamos —interviene David, con una sonrisa que destila provocación mientras mira a Clara—. Un lugar sin normas. Donde puedes ser quien quieras ser.

Clara se inclina hacia él con una naturalidad que envidia cualquier escena de película.
—¿Y tú quién eres aquí? —pregunta, con una voz baja, tan cargada de intención que hasta a mí me deja sin aire.

David no responde al instante. Se acerca, como si fuera a susurrarle un secreto.

—Eso depende de con quién esté —murmura. Y su tono... su tono es una promesa envuelta en terciopelo.

Marcos no ha apartado la vista de mí. Su mirada es intensa, constante, como si no necesitara palabras para leerme.

—¿Y tú, Júlia? —dice, con esa voz que parece un roce en mi cuello —. ¿Quién eres aquí?

La pregunta me toma por sorpresa, pero no me incomoda. Al contrario. Siento un impulso dentro de mí. Como si, por fin, alguien me estuviera invitando a explorarme de verdad.

—No lo sé —respondo, sin bajar la mirada—. Pero quiero descubrirlo.

Marcos sonríe, y en su sonrisa hay algo cálido. Casi tierno.

—Eso me gusta —dice, inclinándose un poco más hacia mí—. Porque este lugar es para eso. Para descubrir. Para explorar.

Su aliento me roza la oreja, y un escalofrío recorre mi espalda. No sé si es el alcohol, la atmósfera o simplemente él, pero siento que mi cuerpo le está diciendo sí mucho antes que mi mente.

—¿Y tú? —pregunto, girándome hacia él, obligándolo a mirarme—. ¿Quién eres aquí?

No responde enseguida. Me mira con una intensidad que me hace tragar saliva, como si sus ojos buscaran algo dentro de mí.

—Alguien que busca lo mismo que tú —responde por fin. Su voz es suave, apenas un hilo sobre el ritmo de la música.

Clara y David siguen en su propia burbuja, riendo, rozándose, jugando con el límite. Pero aquí, en esta esquina de la barra, el

mundo se reduce a Marcos y a mí. A nuestras respiraciones. A esta tensión que vibra bajo la piel.

—¿Y qué es lo que estoy buscando? —pregunto, sin apartar los ojos de los suyos. Mi voz tiembla apenas, pero no de miedo. De anticipación.

Marcos sonríe. Y esta vez su mirada me desnuda con más precisión que cualquier mano. Me observa como si ya supiera la respuesta. Como si la hubiera visto en mí antes de que yo la sospechara.

—Eso —dice, acercándose un poco más—, es algo que solo tú puedes responder.

Pero entonces, una voz corta el momento como un trueno en mitad de la calma.

—Un Macallan, solo.

El impacto de esas palabras me atraviesa antes de que mi mente siquiera procese por qué.
Me giro. Y ahí está.
Lucas.

Su presencia lo llena todo. Oscuridad y deseo. Está de pie junto a la barra, con el rostro medio en sombra, mirándome como si estuviera debatiéndose entre devorarme o desaparecer. Sus ojos —esos malditos ojos que no he podido olvidar— se clavan en los míos, y el tiempo se detiene.

Mi corazón late con tanta fuerza que me retumba en las sienes. El aire a mi alrededor se espesa, y durante unos segundos, no hay música, ni gente, ni copa entre mis dedos. Solo él. Y yo.

Entonces, una media sonrisa aparece en sus labios. Tan lenta. Tan descarada. Tan Lucas, que por un segundo olvido cómo se respira.

—Hola, Andrea —dice, con una voz que no es más que un susurro, pero que me atraviesa como una orden.

Andrea. El nombre rebota dentro de mí como una alerta. Como un recuerdo. Como un recordatorio de que en este lugar, las reglas son otras. ¿Lo dice para marcar territorio? ¿Para recordarme cómo empezó todo?

—Hola, Lucas —respondo, con una firmeza que no siento, pero que consigo fingir.

Siento cómo Marcos se tensa a mi lado, su postura se vuelve rígida, alerta. No dice nada, pero su silencio pesa. Observa la escena con una expresión que no alcanzo a descifrar, como si intentara anticipar qué lugar ocupa él en todo esto.

Clara y David se giran también, alertados por la tensión que ha congelado el aire.

—¿Todo bien? —pregunta Clara, sus ojos fijos en los míos. Está preocupada, lo noto en su tono. Pero también curiosa. Como si supiera que este momento lo cambia todo.

—Sí —respondo, sin apartar la vista de Lucas—. Todo está... bien.

Lucas sostiene mi mirada un segundo más. Luego toma su copa de Macallan con calma, como si el mundo pudiera esperar.

—Me alegra oírlo —dice, y su voz tiene un filo que no puedo identificar—. Nos vemos dentro, Andrea.

Y se va.

Así, sin más. Como si no acabara de trastocar todo lo que yo creía haber puesto en orden.

No tengo tiempo de reaccionar. Solo me da para girar la cabeza y ver cómo se aleja. Con ese paso lento, seguro. Con esa elegancia arrogante que siempre lo acompaña. Como si el lugar le perteneciera. Como si yo le perteneciera.

Camina directo hacia el pasillo. El mismo que lleva a la piscina. El mismo que lleva a todo lo demás.

Lo observo hasta que su figura se pierde entre los cuerpos. Y entonces, solo entonces, me doy cuenta de que no he respirado desde que apareció.

Me muerdo la lengua y me obligo a volver. Aquí. Ahora.

—¿Todo bien? —Marcos me mira con una media sonrisa. No hace ningún gesto que delate que ha visto a Lucas. O quizás sí lo ha visto, pero simplemente no le importa.

—Sí, sí. Perdona —suelto el aire por la nariz y le sostengo la mirada. No quiero ser la chica que se queda colgada de alguien que, claramente, juega en otra liga.

—Decías que te parecían curiosas estas fiestas. —Apoya un codo en la barra y gira ligeramente su cuerpo hacia mí, atento.

Sí, claro. Hablemos de eso. De lo que, en teoría, me intriga. De lo que, en la práctica, me da un poco de miedo.

—Es que… no sé. Hay como un aura de secretismo, pero a la vez todo el mundo parece tan cómodo…

Marcos sonríe, como si mi comentario le hiciera gracia.

—Porque aquí nadie juzga, Júlia. Por eso la gente se relaja. Se suelta. Es libre.

Libre. Qué palabra tan grande. Libre para hacer lo que quiera, para tocar, para probar, para cruzar límites que ni sabía que existían.

—¿Y tú? ¿Eres de los que viene a menudo?

Se ríe bajo, con esa voz que vibra como un eco grave.

—Depende de lo que llames "a menudo". No es que venga cada fin de semana, pero sí… cuando me apetece, vengo.

Ambiguo. Pero deliberadamente ambiguo, como todo aquí.

—¿Y cómo es? —pregunto, y solo entonces noto que mi copa ya está vacía.

Marcos ladea la cabeza, divertido.

—¿El qué?

—Lo que pasa aquí. Más allá de la barra y la música.

Me observa en silencio unos segundos, como calibrando mi nivel de curiosidad. Como si se preguntara si estoy preparada para la respuesta, o si solo estoy jugando a estarlo.

—Eso depende de ti —responde al fin.

Alzo una ceja.

—Vaya respuesta más de anuncio de perfume.

Ríe con ganas, como si no se lo esperara.

—Es la verdad. No hay una sola experiencia. Para algunos, esto es solo un sitio con buena música y tragos caros. Para otros… es la puerta a una parte de sí mismos que no pueden sacar fuera de aquí.

—¿Y tú? ¿Exploras?

No responde de inmediato. Da un trago a su copa, y sus ojos se clavan en los míos, como si la respuesta estuviera escondida ahí dentro.

—¿Te gustaría saberlo?

Me echo un poco hacia atrás, riéndome por lo bajo.

—Si me lo preguntas así, parece que estoy ligando contigo.

—¿Y si lo estuvieras? ¿Sería un problema?

Niego con la cabeza mientras sonrío. No sé si por nerviosismo o por juego.

—No. Solo que… no soy muy de este mundo.

—Pero estás aquí. Y preguntas.

Me muerdo el labio, un gesto que me sale sin pensar.

—Sí. Supongo que sí.

No dice nada más. Solo se inclina un poco hacia mí, como si me invitara a seguir. Como si estuviera esperando ver si doy el siguiente paso… o me echo atrás.

Pero antes de que pueda hacerlo, sin querer, mis ojos vuelven al pasillo por donde Lucas desapareció hace unos minutos.
Y ahí está otra vez. Esa voz interior que intento acallar. La que me susurra que lo siga.
Que cruce esa línea. Que vea con mis propios ojos lo que hay al otro lado de esa libertad de la que todos aquí presumen.

—No quiero caer en mi propia trampa —digo de pronto, como si necesitara romper el hechizo. Me sacudo los pensamientos como quien espanta un mosquito molesto—. ¿Te parece si nos tomamos unos chupitos?

Marcos sonríe, divertido.

—Esa es la actitud. ¿Tequila? ¿Jäger? ¿Algo más experimental?

—Sorpréndeme.

Hace una seña a Óscar, y en menos de un minuto tenemos frente a nosotros dos vasitos con un líquido azul brillante.

—¿Qué es esto?

—Un invento de la casa.

—¿Vamos a morir?

—Si es así, al menos será con estilo.

Chocamos los chupitos. El líquido entra dulce, casi inofensivo, pero luego deja un regusto ardiente que me hace fruncir la nariz y cerrar un ojo.

—Vale… no está mal —admito, carraspeando mientras dejo el vasito sobre la barra.

Marcos se ríe y se apoya en la barra con esa naturalidad suya, esa manera despreocupada de estar en el mundo que me desconcierta un poco. Me observa con atención, con ese brillo en los ojos de quien está intentando leer algo que no está del todo escrito.

—Entonces, Júlia, dime la verdad… ¿por qué estás aquí?

Un escalofrío me recorre la espalda.
No sé si es por la forma en la que lo dice o porque, en el fondo, yo tampoco tengo una respuesta clara.

—¿Cómo que por qué estoy aquí?

—No pareces del tipo que viene a estas fiestas solo por la experiencia. Algo te trajo. Algo más que curiosidad.

Trago saliva. Marcos es observador. Y eso, en este contexto, me pone nerviosa.

—Una amiga me invitó —respondo, bajando un poco la mirada.

—Y sin embargo, aquí estás, conmigo, preguntándome sobre todo esto, en lugar de estar con tu amiga.

Me muerdo el labio. No quiero darle la razón. Pero la tiene.

—¿Y tú? —contraataco—. ¿Por qué estás aquí?

Marcos se ríe y se acerca un poco más, como si con cada respuesta redujera una distancia que yo apenas reconozco que existe.

—Porque me gusta la gente interesante.

Pongo los ojos en blanco.

—Venga ya. No me vengas con frases de póster motivacional.

—¿Y qué quieres que te diga? —responde, con esa media sonrisa que empieza a parecerme peligrosa—. Me gusta la libertad. Me gusta que aquí nadie es de nadie. Nadie debe explicaciones. Y, sobre todo, me gusta la gente que se atreve a descubrir lo que realmente quiere.

Sus palabras me atraviesan como un puñal. Porque, por mucho que intente distraerme, no puedo evitar pensar en Lucas.
Y en lo que me dijo.
Y en que, al final, todo —todo— vuelve a él.

Así que sonrío, levanto la mano y llamo al camarero otra vez.

—Pon otros dos.

Si esta noche voy a buscar respuestas, que al menos vengan con un poco más de alcohol.

Marcos me observa con curiosidad mientras Óscar nos sirve otros dos chupitos. Levanto el vasito, pero esta vez no bebo de inmediato. Lo giro entre mis dedos, viendo cómo el líquido azul brilla bajo las luces del local.

—¿Sabes? —digo, más para mí que para él—. Hace unos meses, ni siquiera sabía que existían sitios como este.

Marcos ladea la cabeza.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy aquí.

Él no dice nada. Solo me mira. Me deja espacio. Y tal vez sea el alcohol, o tal vez simplemente estoy cansada de callar, pero las palabras empiezan a salir solas.

—La primera vez que vine… —Me humedezco los labios, el recuerdo aún ardiendo en algún rincón de mi cuerpo—. Fue una locura. De esas cosas que haces sin pensarlo, sin planearlo. Pero algo cambió. Algo dentro de mí.

—¿Qué pasó?

Exhalo despacio, jugando con el borde del vaso.

—Conocí a alguien.

Marcos asiente lentamente.

—Déjame adivinar. No fue solo una conexión física.

Lo miro de reojo.

—¿Siempre eres tan perspicaz?

—Solo cuando hay historias interesantes de por medio.

Suspiro. Me siento más expuesta de lo que pensaba.

—Fue algo más. No sé explicarlo. Esto no era mi mundo. No eran mis normas. Pero había algo en él… en todo esto —hago un gesto amplio, señalando la fiesta, el ambiente, el misterio—. Algo que me hizo querer saber más.

—Y ahora has vuelto para descubrir qué es ese 'algo'.

Asiento. No puedo negar lo obvio.

Marcos deja el vaso sobre la barra y me observa con esa media sonrisa suya, más curiosa que seductora.

—¿Y qué harás ahora?

Me quedo en silencio.
Con la cabeza llena.
Con el pecho apretado.
Podría quedarme aquí. Seguir hablando con él. Dejarme llevar por el ambiente y fingir que esa punzada que siento en el estómago es solo una mala digestión.
O podría hacer lo que realmente quiero hacer.

Lo que me está llamando desde el momento en que Lucas dijo *Andrea*.

Miro de reojo el pasillo por el que desapareció Lucas. Mi estómago se tensa. Una parte de mí quiere moverse, otra quedarse clavada aquí para siempre.

Marcos sigue mi mirada. Su sonrisa se ladea con una mezcla de comprensión y algo que no sé si es ironía o resignación.

—Ah.

—¿Ah, qué? —respondo, girándome hacia él con rapidez.

—Nada. —Levanta las manos en gesto de rendición—. Solo que ahora todo encaja un poco mejor.

Frunzo el ceño.

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes. Pero tranquila, no voy a juzgarte.

Dejo escapar una risa nerviosa.

—No hay nada que juzgar.

—Por supuesto que no. —Su tono es ligero, sin rastro de burla—. Solo que, por un momento, pensé que estabas aquí para explorar este mundo por ti misma. Pero ahora veo que hay un nombre y un rostro detrás de toda esa curiosidad.

El nudo en mi estómago se aprieta con fuerza.

—Eso no significa nada.

—No, claro que no.

—De verdad.

—Lo que tú digas.

Le fulmino con la mirada, pero él solo se ríe, pasándose una mano por el pelo como si nada le afectara.

—Mira, Júlia. No soy quién para meterme, pero si algo he aprendido de sitios como este es que hay dos tipos de personas: las que vienen a experimentar… y las que vienen buscando a alguien.

Trago saliva, despacio.

—¿Y tú crees que yo…?

—Creo que tienes que decidirlo por ti misma.

Sus palabras caen sobre mí con el peso de una verdad incómoda. Como si me acabaran de quitar una venda de los ojos, pero aún no pudiera ver con claridad.

Suspiro, deslizando los dedos por el borde del vaso vacío.

—Gracias por la charla, Marcos.

—De nada, exploradora —responde con una sonrisa tranquila—. Pero antes de que te vayas corriendo a buscar respuestas… —Hace una pausa, levantando un dedo—. Que sepas que no siempre son lo que esperas.

Asiento. No tengo nada más que decir.

Me bajo del taburete, aliso mi pantalón con manos temblorosas. Y sin pensarlo demasiado —como si mis pies supieran el camino mejor que mi cabeza— giro sobre mis talones y camino hacia el pasillo.

Cada paso retumba dentro de mí con la misma pregunta: *¿qué demonios estás haciendo?*

Pero ya es tarde para dar marcha atrás.

Sigo caminando con paso firme, aunque por dentro siento que algo se rompe, que algo me araña desde dentro. Subo las escaleras, sintiendo el eco de la música vibrar bajo mis pies. Y entonces lo veo.

Me quedo inmóvil frente al mostrador.

Lucas está allí.
Con una chica.

Alta. Delgada. Vestido negro ceñido que se funde con su piel como si fuera parte de ella. Pelo castaño, liso y brillante. Maquillaje perfecto. Ríe, como si el mundo fuera suyo, mientras apoya un codo en el

mostrador y lo mira con una expresión descarada, de esas que dicen *quiero que me devores aquí mismo*.

Y Lucas…
Lucas tiene esa media sonrisa perezosa que conozco demasiado bien.

Y no es para mí.

Siento una punzada seca, precisa. Una puñalada directa al pecho. Un golpe de realidad que me deja sin aire.

¿Es real esto?

Parpadeo varias veces, como si eso fuera a hacer desaparecer la imagen frente a mí. Pero no. No desaparece.

Y entonces, algo se enciende dentro de mí. Una energía desconocida, inesperada. Una mezcla de orgullo, rabia y fuego. Una parte quiere girarse y desaparecer. Pero la otra… la otra está harta de ser siempre la que se encoge, la que observa desde atrás.

Así que enderezo la espalda. Levanto la barbilla. Camino.

Directa al mostrador.

—Buenas noches —digo con voz firme, sin un temblor.

Lucas gira la cabeza. Sus ojos me encuentran, y durante un segundo, solo uno, su expresión cambia. Pero enseguida vuelve esa máscara de calma perfecta, esa que domina tan bien.

La chica a su lado me lanza una mirada rápida, calculadora, como si midiera mi presencia con una balanza invisible.

Yo no me inmuto.

—¿Me puedes dar un bañador y una toalla? —le digo al chico del mostrador, ignorando por completo la presencia de Lucas, como si

fuera una corriente de aire sin relevancia.

El chico asiente, eficiente, y me entrega lo que he pedido.

Lo cojo con seguridad. Como si no fuera la primera vez que hacía esto. Como si llevara años habitando este mundo.

Lucas me sigue con la mirada. Puedo sentirlo.
Le devuelvo la mirada.

—Lucas —saludo, apenas una inclinación de cabeza, una sonrisa ladeada cargada de intención.

Él alza una ceja. No se lo esperaba.
Perfecto.

Me doy la vuelta y me alejo con calma, sintiendo su mirada clavada en mi espalda como si me rozara la piel.

Bajo las escaleras hacia la piscina. Cada paso parece marcar una versión nueva de mí. Una que no pide permiso para estar.

Sujeto la toalla y el bañador como si fueran mi armadura. Respiro hondo. El nudo en el estómago sigue ahí, sí. Pero también hay una certeza: esta vez, no voy a ser yo la que se haga pequeña.

La piscina ya está llena de cuerpos relajados. Algunos flotan con copas en la mano, otros ríen sentados en el borde. La luz azul del agua proyecta reflejos hipnóticos en las paredes de cristal. La música, aquí, suena lejana. Casi como un susurro.

Dejo la toalla sobre una tumbona. Me giro… y ahí están.

Lucas y ella.

Bajan las escaleras. Hablan en voz baja. Ella se ríe. Él dice algo, y ella vuelve a reír. Como si compartieran un idioma del que yo ya no entiendo.

No me importa.
O, al menos, eso intento creer.

Me doy la vuelta justo cuando llegan a mi altura. Y entonces, Lucas, con esa tranquilidad suya que parece ensayada, dice:

—Júlia, te presento a Paula.

Paula. La chica me mira con media sonrisa.
—Encantada.
Su voz es suave, pero su mirada... su mirada escanea.

Le devuelvo la sonrisa sin bajar la guardia.

—Igualmente.

Lucas se apoya contra el respaldo de una tumbona con la calma de quien sabe exactamente dónde está. De quien, quizás, también sabe lo que provoca.

Y probablemente, para él, esta sea solo otra noche más.

Pero para mí, no.

—Así que… —la voz de Lucas se desliza entre nosotras como un desafío encubierto—, ¿qué os parece el ambiente hoy?

Su sonrisa es de esas que juegan a medias, como quien tantea terreno con la punta del pie antes de zambullirse.

—Interesante. Siempre hay caras nuevas —añade, lanzándome una mirada fugaz antes de volver a centrarse en Lucas—. Aunque algunas me resultan familiares.

Lucas suelta una risa grave. De esas que conozco. De las que usa cuando se divierte con algo. O con alguien.

—Es que este lugar es un pañuelo —responde con su voz de terciopelo sucio.

Paula ladea la cabeza, como si jugara a ver cuánto puede estirar el coqueteo sin que se rompa el hilo. Yo los observo, obligándome a mantener la expresión serena. La espalda recta. Los gestos tranquilos.

No voy a parecer incómoda, aunque por dentro sienta que se me revuelven todos los putos órganos.

Entonces Lucas se gira hacia mí. Su atención ahora es toda mía. Directa. Intensa. Quema.

—¿Y tú, Júlia? ¿Cómo te sientes aquí?

Me humedezco los labios antes de responder.

—Curiosa.

No miento. No del todo.

Lucas me sostiene la mirada unos segundos. Lo sé. Esto es un juego. Está midiéndome. Evaluando mis límites. Jugando a ver si todavía me tiene donde quiere.

—Eso me gusta —responde, con una sonrisa que se clava como un anzuelo bajo la piel.

Paula se aleja un poco, camina hacia el borde de la piscina, se agacha y mete las manos en el agua. Salpica con suavidad, como si el agua también fuera parte del juego.

Lucas me hace un gesto con la copa, invitándome a unirme. A entrar en su terreno.

—Pues si tienes curiosidad… —Paula levanta una ceja, sin dejar de mirar el agua—, este es un buen sitio para explorar.

Lucas se ríe y bebe de su copa.

—Paula no se equivoca. Hay muchas maneras de disfrutar estos lugares.

Lo miro con algo que se parece demasiado a un reto.

—¿Y cuál es tu favorita?

Él sonríe de lado. Esa sonrisa que tiene justo antes de lanzarte a la boca del lobo.

—Depende de con quién esté.

Boom.

Directo. Descarado.

Y joder, cómo me revuelve.

Paula lo observa con una ceja ligeramente arqueada, luego me mira a mí, como si estuviera atando cabos.

—¿Y la tuya, Júlia?

Siento la adrenalina en el pecho. La piel me arde. Respiro hondo.

—Supongo que aún estoy descubriéndolo.

Lucas se humedece los labios.

—Eso lo hace más interesante —dice, con la voz más baja, más lenta. Más peligrosa.

Paula ríe. Una risa suave, casi traviesa. Luego se desliza al agua con elegancia, sin perderme de vista.

—Entonces deberías dejar que te enseñemos.

Y ahí está. El momento. Esa tensión que lo cambia todo. Noto la mirada de Lucas clavada en mí. No se mueve. No sonríe. Solo espera.

Calcula.

Este es su juego.

Entro en la piscina y me detengo en el borde, dejando que el agua me abrace lentamente. La temperatura me estremece al principio, pero enseguida se vuelve un refugio cálido que me ancla. Paula nada hasta mí y se queda a mi lado, tan cerca que nuestras pieles casi se rozan. Su mirada es un reto envuelto en una sonrisa divertida. No me aparta los ojos de encima.

—Vamos, Júlia —dice, su voz un murmullo que se mezcla con la música de fondo y el rumor suave del agua—. Si has llegado hasta aquí, es porque tienes ganas de ver hasta dónde puedes llegar.

Trago saliva, pero no aparto la mirada. No voy a hacerme pequeña. No esta vez.

Lucas se acerca también, apoyando los antebrazos en el borde de la piscina, dejando que el agua le acaricie la piel como si le perteneciera. Tiene esa expresión suya de calma absoluta, pero sus ojos están atentos. Pendientes de cada gesto mío. De cada mínima reacción.

—Paula tiene razón —su voz es un roce cálido, un susurro húmedo que me acaricia por dentro—. No estás aquí por casualidad.

Y no. No lo estoy.

Tampoco he venido para demostrar nada. Pero hay una parte de mí que se niega a ceder terreno. Que no quiere darle a Lucas el placer de verme tambalear.

Así que sonrío. Lenta. Firme.

—Supongo que tienes razón.

Paula ladea la cabeza, satisfecha. Sus labios se curvan con picardía, como si aprobara mi respuesta con puntos extra. Luego se gira hacia Lucas y, con una naturalidad que me quema, le pasa una mano por el cuello, rozándole la piel mojada con una familiaridad que me aprieta el pecho.

—Dime, Lucas —dice, con diversión descarada—, ¿quién de las dos besa mejor?

Lucas suelta una carcajada baja, grave, de esas que se quedan flotando en el aire como humo espeso.

—Eso no es algo que pueda responder tan fácilmente.

Paula me lanza una mirada rápida, como si acabara de tener una idea deliciosa.

—Creo que deberíamos darle material para comparar.

Y entonces su mano se desliza por mi brazo bajo el agua. Un roce sutil. Pero evidente. Me observa. Espera. Su cercanía, su seguridad, el tono de su voz… todo es un recordatorio de que aquí, las reglas no son las mismas. Que Lucas es un jugador libre. Que nada está escrito. Ni prohibido.

Lucas no dice nada. No presiona. Solo observa. Como si el espectáculo apenas estuviera comenzando.

Y yo.

Yo siento esa parte de mí que tantas veces me frenó, esa que siempre preguntaba "¿Y si no encajas aquí?"... silenciarse de golpe.

Esta vez no hay miedo. Hay adrenalina. Pulso acelerado. Y una necesidad desconocida que me empuja hacia adelante.

Así que me acerco a Paula.

Y juego.

El agua me rodea, pero el calor en mi pecho es insoportable. Cada fibra de mi cuerpo está en tensión, como si algo dentro de mí estuviera a punto de romperse... o de liberarse. La mano de Paula sigue en mi brazo, suave pero firme. Me acerco. No porque lo haya planeado, no porque lo entienda del todo, sino porque algo en mí —algo que llevaba tiempo dormido— me empuja a seguir.

Siento la mirada de Lucas sobre mí, penetrante, fija, tan intensa que me atraviesa la piel. Y cuando los labios de Paula rozan los míos, el mundo se detiene un segundo.

No me aparto. A pesar del nudo en mi estómago, a pesar de la confusión, hay algo en ese gesto que me enciende. Es breve, pero el contacto deja una huella inesperada. Me separo, y encuentro los ojos de Lucas. En ellos no sé qué hay: ¿interés? ¿orgullo? ¿posesión? Tal vez un poco de todo.
No me siento pequeña frente a él.
Me siento poderosa.

—¿Qué te parece? —pregunto, con la voz más firme de lo que siento.

Lucas no responde de inmediato. Me estudia. Su mirada baja hasta mis labios, como si todavía llevaran la marca de Paula. Luego, lentamente, sonríe. No es una sonrisa cualquiera. Es un desafío.

—Creo que estás empezando a entender cómo funciona este sitio —dice, su tono grave, arrastrando las palabras como si cada una tuviera doble filo.

Paula se acerca a mí. Esta vez no hay juego en sus ojos, sino algo más sutil. Más íntimo. Se inclina hacia mi oído, y su voz me envuelve

como una caricia tibia.

—Puedo enseñarte a disfrutar de tu libertad, Júlia. Solo tienes que dejarte llevar. Aquí nadie juzga. Solo se vive.

Sus palabras se clavan en mí. No con violencia, sino con una claridad que da miedo. Porque la verdad es que no sé qué quiero… O tal vez sí lo sé, pero me asusta admitirlo. Hay algo en mí que se abre, que late más fuerte. Algo que quiere explorar, no por nadie más, sino por mí.

Lucas sigue ahí, observando. No dice nada, pero su presencia lo dice todo. Está esperando. Midiendo. Disfrutando del espectáculo sin intervenir. Y eso, joder, también me gusta. Me gusta tenerlo ahí, al borde, al límite, atrapado en lo que no puede controlar.

Con decisión, me giro hacia Paula. Esta vez no hay duda. Nuestros labios se encuentran de nuevo, y algo dentro de mí estalla. No es solo pasión. Es libertad. Es el vértigo de cruzar una línea, de probar algo nuevo sin justificarme. La calidez de su boca, la suavidad de su piel, el tacto del agua rodeándonos… Todo se mezcla en una sensación abrumadora que se instala en mi vientre y sube hasta el pecho.

Cuando nos separamos, Paula sonríe, brillante, radiante.

—¿Alguna vez te ha tocado una mujer de verdad? —pregunta con picardía, sin perder esa calma que la rodea.

Me quedo en blanco. No esperaba esa pregunta, no esperaba esa crudeza, pero tampoco me molesta.

Lucas sigue ahí, a unos pasos, apoyado en el borde de la piscina, y su mirada me atraviesa como un cuchillo caliente. Hay deseo en sus ojos, sí, pero no es solo eso. Es algo más denso, más oscuro, más

íntimo. Me mira como si no pudiera apartar la vista, como si yo fuera algo sagrado.

—¿Nunca lo has probado? —susurra Paula, tan cerca que noto el calor de su aliento en mi cuello.

Niego con la cabeza. Me tiembla la voz, así que no hablo. Ella sonríe, y ese gesto suyo me enciende más de lo que debería.

—¿Te lo puedes creer? —dice Paula, con una sonrisa cargada de intención—. Nunca ha sentido lo que es que una mujer le haga eso.

Sus palabras flotan entre nosotras como un reto, como un susurro que me empuja a cruzar un límite que no sabía que quería cruzar. Mi piel se eriza, pero no por vergüenza, sino por la anticipación que empieza a arderme en el pecho.

—Entonces déjame enseñarte.

Lucas no necesita decir nada para hacerse notar. Se acerca con esa calma suya, ese andar que parece estudiado al milímetro. Me aparta un mechón de pelo con una delicadeza que me estremece, y su boca roza mi oído con una voz más ronca, más grave, más peligrosa.

—Deja que Paula te lo haga.

Me estremezco. No solo por lo que dice, sino por cómo lo dice. Como si no fuera una sugerencia, sino una puerta que él abre para mí. Una invitación a un mundo donde no hay normas, ni miedo, ni vergüenza. Solo deseo. Solo piel. Solo placer.

Y en ese momento, con su voz aún retumbando en mi cuello, no pienso en lo que debería o no debería hacer. Pienso en lo que quiero. Y lo que quiero… está justo delante de mí.

Me tumbo con cuidado sobre la piedra templada del borde, y deslizo el bañador por mis caderas con las manos temblorosas. Estoy expuesta. Vulnerable. Viva. Paula se acomoda entre mis piernas, sus labios me rozan la piel con una delicadeza que me desarma, y yo cierro los ojos, perdida en la sensación.

Sus besos no son tímidos. Son cálidos, seguros. Empieza en mis muslos, lenta, muy lenta, subiendo por mi piel como si pudiera leer cada centímetro de mí. Y cuando su lengua me roza por fin, no puedo evitar un suspiro que se mezcla con la música lejana y el murmullo del agua.

Abro los ojos y Lucas está ahí. No se ha movido. No dice nada. Solo me observa. Tiene una mano bajo el agua, y aunque no lo veo claramente, sé perfectamente lo que está haciendo. Y me excita. Me excita más de lo que debería.

El contacto de Paula se intensifica. Su lengua se mueve con maestría entre mis pliegues, y cuando desliza un dedo dentro de mí, el mundo entero se tambalea. Me arqueo ligeramente, buscando más, más de ella, más de esto, más de mí. Me aferro al borde con una mano, mientras la otra sube a mis pechos, acariciándolos con fuerza.

Estoy a punto.

Y entonces, justo cuando el placer amenaza con romperme por dentro, escucho una voz.

—Júlia.

Mi nombre. Corto, nítido. Y de repente, todo se detiene.

Me incorporo de golpe, con el pulso desbocado, y busco la fuente de esa voz que me acaba de devolver a la realidad.

Es Clara.

Está ahí. A tan solo unos pasos. Su expresión es una mezcla perfecta de sorpresa, confusión y algo más difícil de identificar.

Siento como una ola fría que lo arrasa todo. Mi cuerpo aún vibra, mis mejillas arden, y lo único que puedo hacer es sujetar la toalla y cubrirme como si eso pudiera devolverme algo de control.

Pero el daño ya está hecho.

Aparto a Paula con un movimiento torpe, casi brusco, y agarro el bañador como si fuera un escudo. Me lo pego al pecho, buscando tapar más que el cuerpo. Buscando tapar la vergüenza.

La vergüenza. Esa que me golpea con tanta fuerza que me deja sin aliento. Y no es de la ligera, de la que se pasa con un par de risas y un "no pasa nada". No. Esta es la vergüenza que se clava. Que duele. Como cuando me caí en la función del colegio delante de todos los padres y creí que me iba a morir del bochorno. Solo que esto… esto es peor. Mucho peor. Esto es como si alguien hubiera abierto una puerta dentro de mí que no quería enseñar. Ni siquiera a mí misma.

—Clara —digo, con la voz hecha trizas, temblorosa. Siento que si intento decir algo más, me romperé del todo.

Mi mente borra a Lucas. A Paula. Incluso la música parece desvanecerse. Solo están Clara… y David, su nuevo acompañante. Por suerte, ella lo entiende todo sin que tenga que explicarle nada. No dice nada incómodo. Solo se acerca, se inclina un poco hacia mí, y dice con la naturalidad de quien sabe cuándo retirarse:

— Me voy, ¿quieres venir? —dice, mirándome con mirada cariñosa, pero confundida.

Asiento, sin poder mirarla a los ojos. Le agradezco esa salida digna más de lo que sabrá nunca.

Noto cómo David intenta contener una sonrisa, y eso… eso me destroza. Porque no hay nada gracioso en sentirse así.

—Sí—susurro, casi sin pensarlo. Me aferro a Clara como a un ancla —. Acompáñame. Por favor. No quiero estar aquí.

No miro atrás. No quiero. No me despido de Lucas. Ni de Paula. Ni de nadie. Camino recto hacia la salida con Clara a mi lado, sintiendo cómo el nudo en la garganta crece a cada paso.

El aire fuera del local es frío y cortante. Y, aun así, me sabe a libertad. A escape. A algo parecido a volver a respirar.

Porque lo único que tengo claro ahora mismo es que necesito huir de esta noche. Olvidarla. Enterrarla. Y tal vez… tal vez perdonarme por haber querido ser otra.